CHRISTIAN JACQ

EL VALLE DE LOS REYES

Colección Enigmas de la Historia

Ediciones Martínez Roca, S. A.

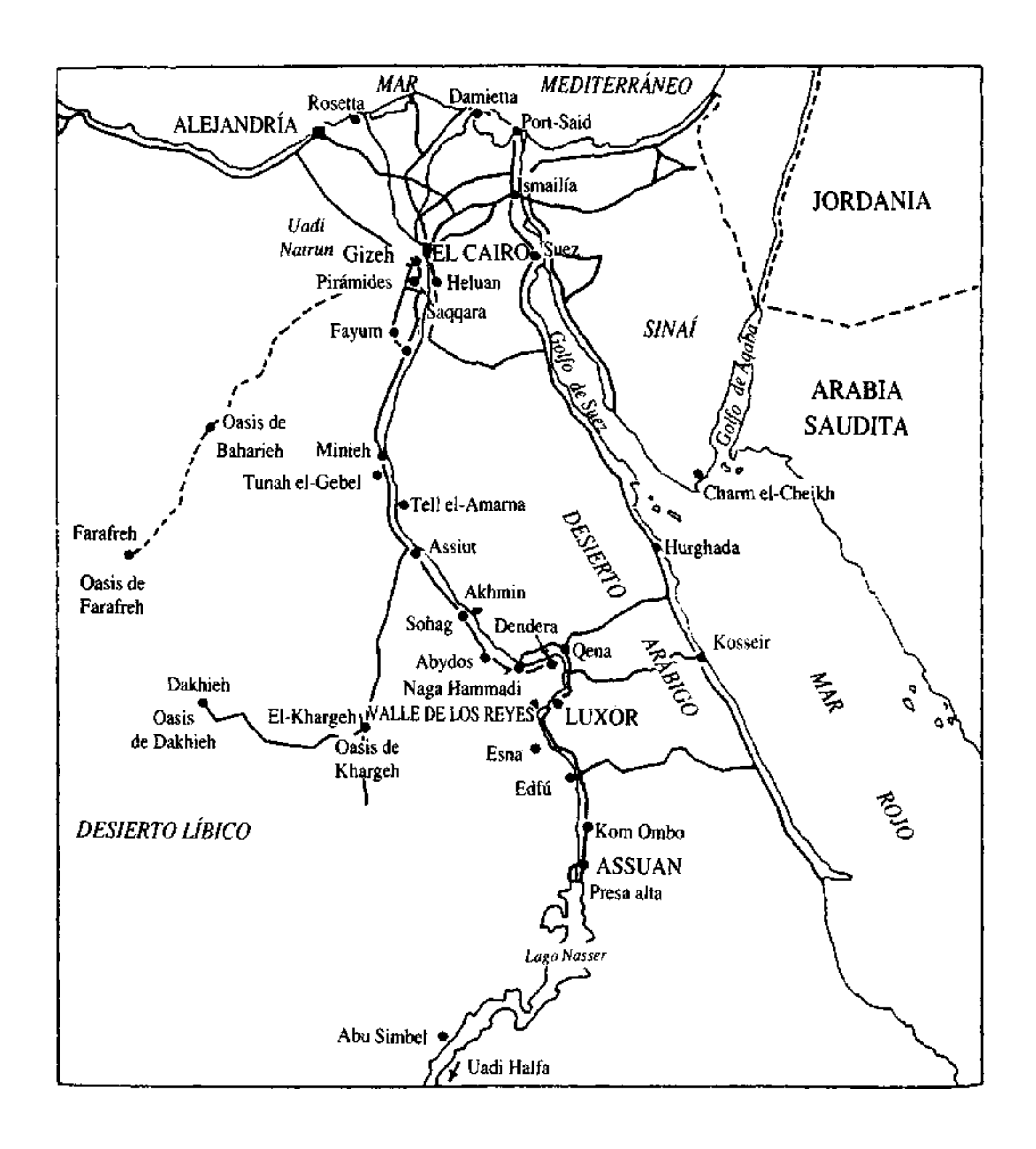
Traducción de Manuel Serrat Crespo
Cubierta: Geest/Hoverstad Ilustración: E. Lessing/Zardoya Press
Título original: *La Vallée des Rois*

Enric Granados, 84, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-1832-0
Depósito legal B. 222-1994

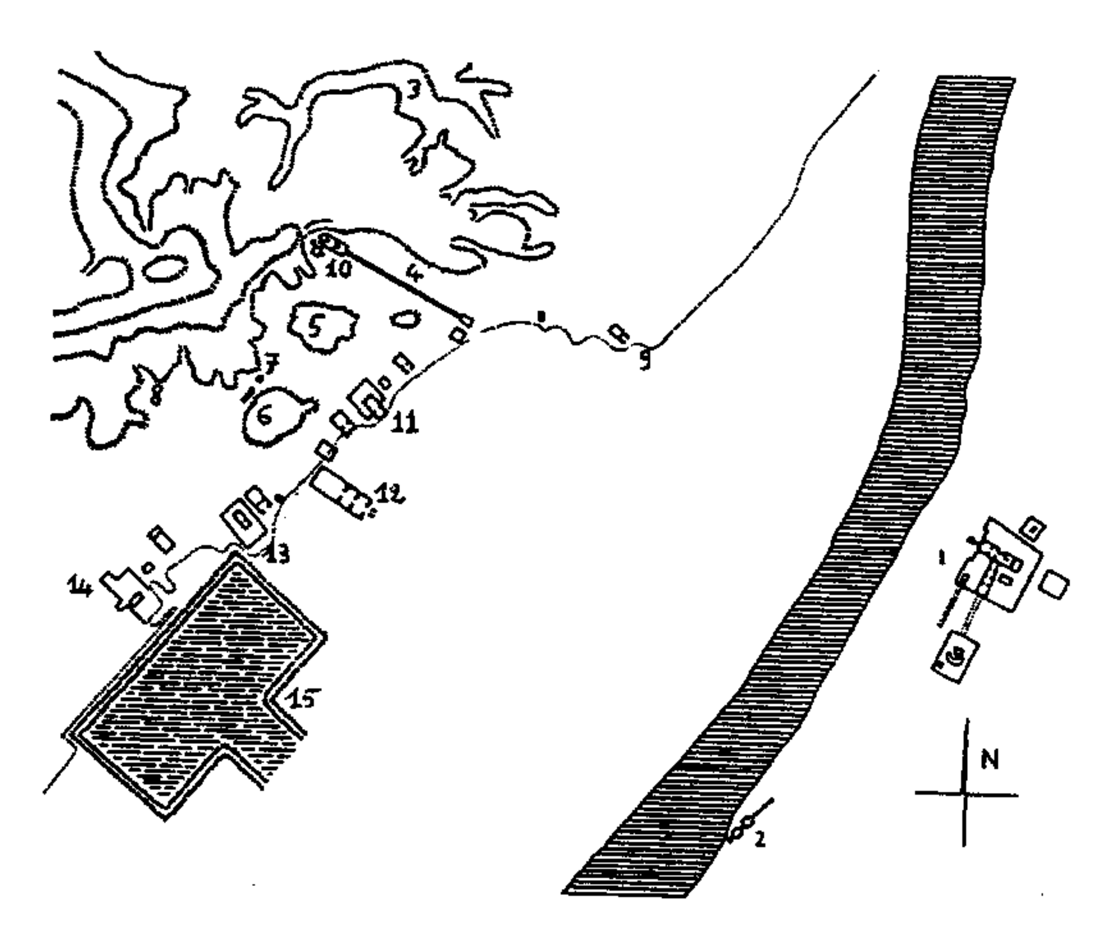
Fotocomposición de Pacmer, S. A., Miquel Ángel, 70-72, 08028 Barcelona
Impreso por Libergraf, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona
Impreso en España - Printed in Spain

INDICE

VALLE DE LOS REYES



TEBAS-OESTE

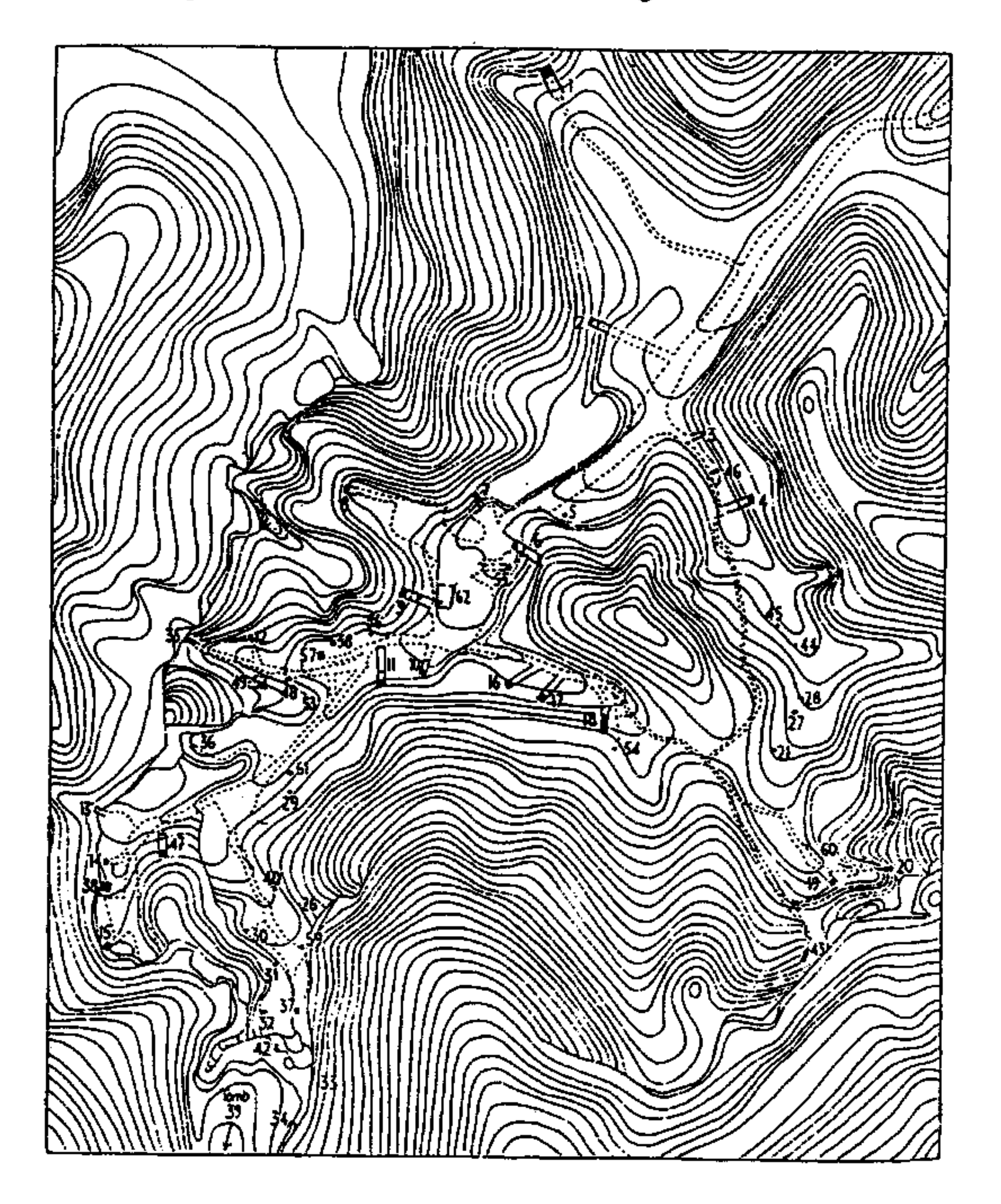


(Según el *Lexikon der Ägyptologie.*)

1. Karnak
2. Luxor
3. Valle de los Reyes
4. Assasif
5. Cheikh abd el-Gurna
6. Gurnet Murrai
7. Deir el-Medineh
8. Valle de las Reinas
9. Templo de Seti I
10. Deir el-Bahari
11. Ramesseum
12. Templo de Amenhotep III
13. Medinet Habu
14. Malqata (palacio de Amenhotep III)
15. Lago y estanque de Birket Habu

VALLE DE LOS REYES

El emplazamiento de las tumbas se designa con un número



(Según Porter-Moss, 22, Plano II.)



Caminos
Líneas de acantilados
0 100 metros

(Según E. Hornung, *The Valley of the Kings*, 21.)

Lista de tumbas del Valle de los Reyes	
1. Ramsés VII	32. Corredor
2. Ramsés IV	33. Corredor
3. Proyecto abandonado por Ramsés III (?)	34. Tutmosis III
4. Ramsés XI	35. Amenhotep II
5. Meriatum	36. Maiherpri
6. Ramsés IX	37. Corredor y cámara
7. Ramsés II	38. Tutmosis I
8. Merenptah	39. Pozo funerario
9. Ramsés V y Ramsés VI	40. Pozo funerario
10. Amenmés	41. Pozo funerario
11. Ramsés III	42. Sennefer; Tutmosis II (??)
12. ?	43. Tutmosis IV
13. Bay	44. Pozo funerario
14. Tausert y Setnajt	45. Userhat
15. Seti II	46. Yuya y Tuya
16. Ramsés I	47. Siptah
17. Seti I	48. Amenemopet
18. Ramsés X	49. Corredor y tumba
19. Montu-her-kopeshef	50. Pozo funerario
20. Hatshepsut	51. Pozo funerario
21. ?	52. Pozo funerario
22. Amenhotep III	53. Pozo funerario
23. Ay	54. Escondrijo de Tutankamón
24. Pozo funerario	55. Teje (?), Smenker (?), Amenhotep IV (?)
25. Pozo funerario	56. «Tumba de oro»
26. Pozo funerario	57. Horemheb
27. Corredor con cuatro sepulturas	58. Pozo funerario
28. Corredor con una sepultura	59. ?
29. Pozo funerario	60. In (?), Satre
30. Pozo funerario, varias cámaras	61. Pozo funerario
31. Pozo funerario	62. Tutankamón
Para mayores detalles, y las fechas de descubrimiento, véase Anexo 4.	

INTRODUCCIÓN

«El Valle de los Reyes... ¡Cómo hace soñar ese simple nombre! -escribe Howard Carter, el descubridor de la tumba de Tutankamón-; *de todas las maravillas de Egipto, no hay una sola que impresione tanto la imaginación. Aquí, lejos de los ruidos de la vida, en este valle desértico, dominado por la "cima", como por una pirámide natural, yace una treintena de reyes.»*

El más célebre y visitado paraje del Egipto faraónico, el Valle de los Reyes, sigue siendo misterioso; subsisten numerosos enigmas.

El descubrimiento de las tumbas fue una verdadera epopeya que merece ser contada; aventureros, buscadores de tesoros y sabios se ilustraron de distintos modos, por lo general con una pasión que sólo un paraje de tanto poderío podía inspirar. A lo largo de esta obra encontraremos sorprendentes personalidades que ofrecieron al Valle una parte esencial de su existencia, buscando los secretos de los reyes de Egipto. ¡Cuántos golpes de teatro, locas esperanzas, decepciones, indescriptibles alegrías! Excavar, encontrar un faraón más o menos conocido por los textos y los objetos, seguir la pista de un fantasma que, de pronto, se convierte en realidad, cavar en una tierra milenaria para penetrar en una sepultura, intacta tal vez a través de los siglos, admirar pinturas y relieves de inefable belleza, leer textos que revelan las claves de la resurrección... ¿Cuántas emociones ha vivido el Valle, cuántas ha engendrado?

Durante cinco siglos y tres dinastías, las XVIII, XIX y XX, de 1552 a 1069 a. de C, el Valle fue utilizado para albergar las momias de los soberanos y algunos dignatarios admitidos a permanecer para siempre junto a los monarcas que marcaron con su huella aquel brillante período de la historia egipcia conocido con el nombre de Imperio Nuevo, de acuerdo con una denominación inspirada en la historiografía prusiana del siglo XIX. En aquella época, Egipto era un país rico y poderoso, faro de las civilizaciones mediterráneas y centro de una luminosa espiritualidad. Contar la historia de las excavaciones y los excavadores nos permitirá, de paso, evocar el reinado y la personalidad de los reyes que hicieron de Tebas su capital y del Valle su morada de eternidad.

Mis peregrinaciones al Valle han sido innumerables. En cada viaje, el encuentro es más intenso y más profundo. Cuanto más se conoce el Valle, cuanto más se estudia, más fascina. Ninguno de sus amaneceres, ninguno de sus crepúsculos se parece, y no pueden dejar indiferente. Sus piedras contemplaron los funerales de los Tutmosis, de los Amenhotep y de los Ramsés, sus áridas laderas guardan la memoria de aquel momento misterioso en el que el alma regresa a la luz de la que había salido. Cada tumba tiene su propio genio, sus colores, sus perfumes del más allá, su mensaje. Cada paso es un descubrimiento de la divinidad, severa y dulce a la vez, que protege el Valle, de esa diosa del silencio que nos hace escuchar la gran voz de los antiguos.

Cuando finaliza un milenio en el que el Valle de los Reyes, pese a su celebridad y a causa de esa celebridad, corre el riesgo de desaparecer, cuando la famosa tumba de Tutankamón y muchas otras se degradan irremediablemente, ¿tendremos la voluntad de salvarlas?

El Valle es una página esencial de la historia y la espiritualidad, grabada en la piedra y nutrida por los ritos que, gracias a la presencia de los bajorrelieves, siguen celebrándose ante nuestros ojos o al margen de nuestra presencia. En el corazón de esa «venerable necrópolis de los millones de años de Faraón», sonríe la diosa de Occidente, acogedora y apacible, que abre los hermosos caminos de la eternidad.

Para Egipto, la muerte no existe; por ello el Valle no es un lugar de muerte sino un canto de resurrección y un himno a la luz, al sol que desaparece en las tinieblas y renace tras haberlas vencido. Así es la aventura del Valle: un perpetuo renacimiento.

1 - El Paraje y Su Misterio

Antes de poder abordar el Valle de los Reyes, es preciso dirigirse a Luxor, en el Alto Egipto, a seiscientos cincuenta kilómetros al sur de El Cairo. En la orilla este del Nilo se yergue la inmensa ciudad templo de Karnak, de la que el templo de Luxor forma parte.[1] Pequeña ciudad, perezosa y apacible, antaño, Luxor se ha convertido en una fábrica turística a donde afluyen decenas de embarcaciones de crucero. Desde esta orilla este, la mirada descubre el acantilado y la montaña líbica que se yerguen, hoscos, enigmáticos y casi hostiles, en la orilla occidental. Tras esa barrera montañosa, perdida a veces en la bruma matinal, tras el circo rocoso de Deir el-Bahari, se oculta el Valle de los Reyes, centro de una región aislada y árida presidida por *el-Kurn,* «el cuerno». Dominando esta depresión, la «cima», parecida a una pirámide, vela por las sepulturas reales; allí vive la diosa del silencio que sometía a ruda prueba a los artesanos encargados de construir y decorar las tumbas.

El Valle es el inicio de un ued excavado por las lluvias que desgastaron el calcáreo y formaron una depresión donde reina a menudo un intenso calor. Para llegar hasta allí, hay que seguir la carretera que sale del embarcadero, atravesar la zona de cultivos y, luego, sin transición alguna, serpentear por el desierto y sumirse en un paisaje de rocas y colinas. Este camino es el que siguieron, hace más de tres mil años, las procesiones funerarias que conducían a los reyes de Egipto hasta su última morada. Al norte del templo de Seti I, en Gurna, la montaña se convierte en una barrera protectora; impone respeto al peregrino y anuncia la grandeza del paraje, tan alejado del mundo de los hombres y de sus preocupaciones cotidianas.

Moldeado en la prehistoria por el lecho de los torrentes y las lluvias tormentosas, el Valle se divide en dos ramas; la del oeste, la más vasta, sólo comprende cuatro tumbas, dos de ellas sepulturas reales. La del este, considerada como el Valle de los Reyes propiamente dicho, recibió el nombre árabe de *Biban el-Muluk,* «las puertas de los reyes».

La entrada del paraje, antes de la ampliación debida a la construcción de la carretera moderna, era un estrecho paso; daba acceso a un anfiteatro delimitado por abruptos acantilados. Un cuerpo de policía especializada, alojado en una fortaleza, velaba por esa puerta de piedra.

Aquí se despliega una vida secreta, inmutable, que sólo el silencio permite advertir. Algunos gavilanes, murciélagos, un zorro de las arenas y algunos perros son los únicos huéspedes de ese paisaje mineral, insensible a las fluctuaciones del tiempo. La puesta en escena de la naturaleza es de perfecta eficacia; los muros de piedra parecen muy altos, la impresión de aislamiento es absoluta aunque los cultivos y el mundo exterior están relativamente cerca. El

[1] Véase Christian Jack, *Karnak et Louxor.*

sonido circula de un modo sorprendente, de modo que los pasos del paseante resuenan de acantilado a acantilado.

El flujo de los turistas y la intrusión de la modernidad no eliminan el carácter sacro del paraje; el Valle fue creado con un espíritu y en un universo radicalmente distintos del nuestro, regulados por un rey-dios, Faraón, y una economía basada en la prosperidad del templo y la solidaridad. Ni deseos de rentabilidad ni búsqueda del beneficio material; lo esencial era descubrir un punto de condensación de la energía donde se unieran armoniosamente el cielo y la tierra. El Valle es uno de los lugares del planeta donde ese matrimonio es perceptible del modo más evidente; como escribe Romer, se trata de un «emplazamiento cuidadosamente elegido y controlado por grandes dramas cósmicos», el principal de los cuales es la muerte y la resurrección de Faraón.

El Valle no es fúnebre; muy al contrario, recibe la luz, unas veces de modo aparente en sus rocas y sus acantilados, otras de modo secreto en la paz de sus tumbas. No es humano, en la medida en que se sitúa más allá de la existencia terrestre. «Paisaje antropófago», escribe con razón Flaubert, porque devora lo humano para que aparezca lo divino. ¿Acaso el Valle no es «el bello Occidente», el más allá presente en la tierra y hecho visible?

En el sello del Valle, grabado en las puertas de las sepulturas, figuraba el chacal Anubis sobre nueve enemigos atados. Simbolizaban las fuerzas del mal y los poderes destructores que debían ser controlados y sometidos; Anubis, detentador de los secretos de la momificación, es también el buen guía por los caminos del otro mundo.

¿Por qué ese atractivo por el Valle, por qué esa fascinación, si no porque oculta respuestas para los problemas más esenciales y nos hace participar, más o menos conscientemente, en su misterio? Durante cinco siglos, estuvo inscrito en la piedra y revelado en los muros de las tumbas: para Egipto, la existencia terrestre de Faraón era sólo un paso entre la luz de la que provenía y el paraíso en el que era admitido como ser «de voz justa».

Llegar a esa vida de eternidad, más allá del tiempo y del espacio, exige una ciencia del más allá que debe practicarse aquí abajo. Las tumbas del Valle están consagradas a la transmisión de esta ciencia. No es el rey fulano el que resucita, sino Faraón y, a través de él, su pueblo. En este lugar, del que ningún visitante sale indiferente, se celebra el juego de la vida y de la muerte. El Valle es un lugar de vida porque las moradas de los faraones, en vez de reducirse a sepulturas, son libros de enseñanzas, gracias a los jeroglíficos y a la imagen.

Corno escribió Forbin, director de los museos de la Restauración, al visitar «el valle sagrado», *«todo a mi alrededor decía que el hombre sólo es algo por su alma; rey por el pensamiento, frágil átomo por su envoltura, sólo la esperanza de otra vida puede hacerle vencedor en esta continua lucha entre las miserias de su existencia y el sentimiento de su origen celestial... En estos lugares de tinieblas, me creía bajo el poder de Aladino, bajo un*

hechizo mágico; me parecía estar guiado por la luz de la lámpara maravillosa, y a punto de ser iniciado a algún gran misterio».

Este mundo cerrado, tan estéril en apariencia, tenía un nombre extraordinario: *sekhet aat,* ¡«la gran pradera»! Este simple detalle muestra la distancia que existe entre la visión egipcia de la muerte y la nuestra. Las piedras del Valle y sus tumbas son la traducción sensible de un paraíso celeste; para la mirada atenta, es la pradera maravillosa donde Faraón, tras haber superado las últimas pruebas, pasa una eternidad serena.

2 - ¿SOBREVIVIRÁ EL VALLE?

Antaño, y en cualquier estación, el aire era seco; aunque existiera la humedad, los rayos del sol la disipaban enseguida. Este sol de Egipto, en el que se encarna de manera visible el poder de Ra, era un poderoso factor de conservación de los monumentos. Cuando las tumbas estaban cerradas, reinaba en ellas una temperatura casi constante, fuera cual fuese el calor exterior, con las diferencias debidas a la exposición de la puerta de la sepultura. Gracias al clima que reinaba en el Valle, los procesos de degradación quedaban detenidos; por ello los descubridores se maravillaron ante la calidad de las pinturas y los relieves, cuando el vandalismo no los había destruido. Incluso las tumbas violadas en la Antigüedad, como la de Ramsés III, y abiertas pues al aire libre, conservaron su frescor durante siglos. Sin embargo, recientes comprobaciones demuestran que el Valle de los Reyes está en peligro y que, sin rápidas intervenciones, desaparecerá. ¿De dónde procede el peligro?

Violentas lluvias han amenazado, en todo tiempo, algunas tumbas; raras, pero muy abundantes, producían corrimientos de tierra y hacían caer torrentes de barro y piedras que invadían las sepulturas. En la Antigüedad se adoptaron medidas de protección, especialmente la construcción de muretes.

En nuestros días, si el cielo de la antigua Tebas, antaño de un azul liso y perfecto, se cubre cada vez más de nubes, se debe a un inexorable cambio de clima. La creación del inmenso lago Nasser, que destruyó Nubia y sus tradiciones, fue un error de consecuencias dramáticas que sólo ahora se comienzan a evaluar. Mañana, lloverá cada vez más y el índice de humedad crecerá; el gres de los templos se verá atacado, corroído, pinturas y jeroglíficos desaparecerán. La ecología se convierte, poco a poco, en una preocupación mundial, aunque el partido «verde» egipcio sólo agrupe algunos centenares de miembros, en un país donde la contaminación hace estragos. Para algunos, la construcción de la presa alta de Assuan, que está terminándose, condena a muerte a Egipto. La salvaguarda de los monumentos debiera, sin embargo, ser prioritaria, pues el turismo es uno de los componentes más importantes de la economía egipcia, sin mencionar la necesidad de preservar semejantes tesoros espirituales y artísticos. Las moradas de eternidad de los faraones, con el maná que atraen, contribuyen a alimentar a los vivos.

Otro peligro: los sobresaltos de la montaña tebana. Si los temblores de tierra son raros, se sospecha que uno de ellos dañó los templos de Karnak a comienzos de la era cristiana. Puede advertirse que el calcáreo del Valle se agrietó en algunos lugares y que el soporte de las pinturas está resquebrajado.

Pillajes y degradaciones voluntarias dañaron para siempre varias tumbas. El pillaje llamado «científico» tiene una sola ventaja, la conservación de bajorrelieves expuestos en un museo.

Champollion y Rosellini, a regañadientes, recortaron cada uno

de ellos un relieve de la tumba de Seti I, obras que pueden admirarse en el Louvre y en Florencia y que desearíamos ver de nuevo en su lugar de origen. Establecer el inventario de las figuras y las escenas arrancadas al Valle y dispersas por los museos del mundo forma parte de las tareas ingratas de la egiptología. Lamentablemente, gran cantidad de esculturas y objetos fueron destruidos; miles de piezas que formaban parte del «mobiliario fúnebre» de los más grandes reyes se han perdido para siempre. ¿Y cuántas colecciones privadas, reservadas a miradas egoístas y, por lo tanto, profanadoras, albergan obras procedentes del Valle? Queda lo mejor y lo peor, el turismo. Lo mejor porque proporciona a Egipto divisas, favorece una mezcla de lenguas, de costumbres, de culturas, rechazando el espectro del integrismo islámico; lo peor porque las tumbas del Valle no están destinadas a miles de visitantes apresurados, poco conscientes de la irremediable contaminación que provocan. ¿Y qué decir de algunas hordas bárbaras que se secan el sudor en los relieves y rompen pedazos de hielo destinados a refrescarles y contenidos en bolsitas de plástico golpeándolos contra los muros de las tumbas? Desde 1850, los visitantes fueron demasiado numerosos. La agencia Cook, a partir de 1840, llevó a cabo una política de viajes que hizo atractivo Egipto; país espléndido, clima agradable en invierno, aire sano y revitalizador en la región de Luxor, propicia a la curación de las afecciones respiratorias, hoteles de lujo, embarcaciones de crucero bien acondicionadas... ¿qué aristócrata de cierta fortuna habría renunciado a semejantes atractivos? El viaje a Egipto se convirtió en una obligación mundana. En 1880, Luxor era ya una estación turística muy frecuentada.

Las tumbas reales se convirtieron en un punto de paso obligado; los visitantes más estúpidos inscribieron su nombre en los muros con hollín, mientras el mismo hollín de las antorchas manejadas sin precaución ennegrecía los techos. La instalación de la electricidad suprimió aquella fuente de degradación pero, al facilitar el acceso a las tumbas, multiplicó el número de turistas.

Hoy, la situación se considera catastrófica. Pinturas visibles aún el siglo pasado han desaparecido; algunos textos jeroglíficos desaparecen. Se han llevado a cabo misiones de salvamento fotográfico, especialmente gracias al Instituto Ramsés, que, con muy escasos medios, memoriza por medio de la imagen lo que todavía es visible. Varios especialistas predicen que, si no se lleva a cabo una acción de envergadura, las maravillas del Valle de los Reyes habrán desaparecido dentro de diez años.

¿Soluciones propuestas? Hacer que los turistas paguen más caro. Pero, ya en el lugar, ¿quién va a renunciar al gasto? Medio más radical: cerrar provisional o definitivamente algunas tumbas, como la de Tutankamón, una de las más dañadas. Pero seria también necesario cuidarlas. Se piensa también en construir reproducciones fotográficas, pero edificarlas en el propio Valle quebraría su magia. Los debates enfrentan a las autoridades afectadas sin que se adopte una línea de conducta precisa. La pregunta está planteada: ¿Cómo salvar el Valle de los Reyes y permitir que siga siendo accesible?

3 - NACIMIENTO, GLORIA Y DECADENCIA DEL VALLE DE LOS REYES

NACIMIENTO DEL IMPERIO NUEVO

La historia del Valle se confunde con la del Imperio Nuevo que cubre tres dinastías, la XVIII, la XIX y la XX (hacia 1552-1069 a. de C.). Este Imperio Nuevo, durante el que Egipto apareció como el centro de la civilización y la sabiduría, nació en dramáticas circunstancias.

Hacia 2050 a. de C., Tebas se convirtió en una ciudad importante; se erige ya, en la orilla este, el primer Karnak, mientras los muertos son enterrados en la orilla oeste. Los soberanos de la XI dinastía hacen excavar sus sepulturas en la montaña de Occidente, aunque la capital se halla en el Medio Egipto donde se edifican todavía pequeñas pirámides. A finales de la XII dinastía se produjo la invasión de los hicsos, pueblos asiáticos que ocupan el norte del país; en Tebas, a finales de la XVII dinastía, tras largos años de ocupación, ruge la revuelta. Con el impulso de grandes damas de firme carácter, se forma un ejército de liberación, decidido a expulsar al invasor y a reunificar las Dos Tierras.

El príncipe Ahmosis vence a los hicsos y se convierte en fundador de la XVIII dinastía. Probablemente fue enterrado en Tebas, pero no en el Valle de los Reyes, que no se inauguró bajo su reinado; el emplazamiento de su tumba sigue siendo un enigma.

El personaje merecería ser mejor conocido, pues su acción fue decisiva; su reinado fue largo, un cuarto de siglo aproximadamente (1552-1526), y dio a su país una filosofía política destinada a evitar otras invasiones. Descansaba en la voluntad de mantener una zona de seguridad entre Egipto y los países de Asia y enviar cierto número de cuerpos expedicionarios, en períodos regulares, para desalentar sediciones y conspiraciones. No se trataba de colonizar sino de prevenir cualquier tentativa de agresión en un mundo inestable donde no faltaban aventureros y jefes de guerra.

Al Egipto del Imperio Nuevo le gusta la paz y se procura los medios para preservarla; practica una muy activa política de disuasión, que se traduce también en la recepción de riquezas y tributos. ¿No es acaso el dios de Karnak, Amón, «El oculto», quien ha dado la victoria a Faraón? Nada será demasiado hermoso para su santuario. El Imperio Nuevo celebra la gloria de Amón; Ahmosis, «El que nació de la luna», ha dado el primer paso.

EL INNOVADOR, AMENHOTEP I

Durante veinte años, Amenhotep I (1526-1506), tal vez más según otras cronologías, reina sobre el Doble País unido de nuevo. Es el primer rey del Imperio Nuevo que incluye a Amón en su nombre, que significa «El principio oculto (Amón) está en su plenitud *(hotep)».* El emplazamiento de su tumba, como veremos, plantea problemas; cierto es, sin embargo, que ese faraón de apacible

reinado fue el primero que separó la tumba real, excavada en el desierto, del templo donde se celebraba el culto del poderío real, transfigurado y deificado.

¿Por qué semejante innovación, sino para insistir, de un modo espectacular, en el simbolismo de la dualidad que marca la historia de la civilización egipcia? Templo y tumba, distintos en la forma y en el emplazamiento, no lo son en el espíritu. Indisociables, forman los dos elementos complementarios de una unidad energética por la que circulan la potencia vital, más allá de la muerte. La tumba es el lugar secreto donde perdura el alma de Faraón; el templo es el lugar visible donde algunos especialistas practican los ritos.

Amenhotep I fue considerado el protector del paraje del Valle y de la necrópolis de Occidente; los constructores le invocaron de buen grado, como un genio bueno capaz de inspirarles y guiar su mano.

EL FUNDADOR, TUTMOSIS I, Y SU MAESTRO DE OBRAS, INENI

Aunque el reinado de Tutmosis I sólo duró unos quince años (1506-1493), es particularmente importante porque fue, al parecer, el primer faraón que hizo excavar su tumba en el Valle de los Reyes. «El que nació de Thot», el dios de la sabiduría, del conocimiento y de las ciencias sagradas, disponía de las competencias necesarias para inaugurar tan extraordinario paraje.

Su principal colaborador fue el maestro de obras Ineni, que trabajó en secreto y en silencio; *«sólo yo* -proclama en un texto tan célebre como enigmático- *vigilé la construcción de la tumba. Nadie vio, nadie oyó. Procuré con atención construir lo más perfecto que existía, y velé por el buen desarrollo de los trabajos; hice cubrir las paredes de revoque. La obra fue tal que los antepasados nunca vieron otra igual».* El guía del maestro de obras fue la sabiduría que albergó en su corazón; hizo que la sepultura del rey fuera inviolable para satisfacer su deseo.

Aunque la morada de eternidad de Tutmosis I fue, sin embargo, descubierta, veremos que plantea serios problemas de identificación. La tumba de Ineni, por su parte, es bien conocida; fue excavada en el «valle de los nobles» y lleva el número 81. Fue despejada a finales del siglo XIX. Ineni, arquitecto poderoso y respetado, director de la doble casa del oro y de la plata, director del doble granero de Amón, constructor de la primera tumba del Valle de los Reyes, de la parte central del templo de Amón en Karnak, maestro de obras con Amenhotep I, Tutmosis I, Tutmosis II, Tutmosis III y Hatshepsut, dignatario anciano, cargado de honores y sabio entre los sabios, eligió como última morada una sepultura inconclusa del Imperio Medio. En vez de un espléndido monumento, optó por la humildad y la tradición, siguiendo con sus pasos las huellas de sus antepasados. Sabemos también que dispuso la tumba de su hijo Nefer, «El perfecto», en Dra Abu el-Naga.

EL ENIGMA DE TUTMOSIS II

Sucesor de Tutmosis I, Tutmosis II es un rey muy enigmático.

Los especialistas en cronología no se ponen de acuerdo sobre la duración de su reinado, ¡tres años, ocho años o doce años! De él, de su política, no sabemos casi nada. Su tumba, que durante mucho tiempo se creyó que era la sepultura núm. 42 del Valle, tal vez se halle en otra parte. ¿Ese misterioso faraón quebró tal vez la tradición inaugurada por Tutmosis I eligiendo otro paraje, tal vez Deir el-Bahari? En este campo, nos haremos más preguntas que respuestas daremos.

TUTMOSIS III Y LA GLORIA DEL VALLE

Con Tutmosis III, que reinó más de cincuenta años, la elección del Valle se impuso de un modo definitivo. A partir de entonces, a excepción de uno o, tal vez, dos reyes, todos los monarcas egipcios, hasta el final del Imperio Nuevo, eligieron el paraje como última morada.

Desde esa época, se lo considera sagrado y especialmente precioso; soldados y policías velan por él. Ningún profano puede franquear su entrada, muy estrecha, practicada entre dos rocas. Todas las tumbas deben excavarse y decorarse en secreto. Los accesos son luego tapiados, bloqueados y disimulados. Un mapa, que forma parte de los secretos de Estado, se halla en los archivos del palacio y de la Casa de Vida.

¿CUÁNTAS TUMBAS?

Sesenta y dos tumbas se excavaron en el Valle, cincuenta y ocho en el Valle de los Reyes propiamente dicho y cuatro en la rama occidental; existen inicios de tumbas abandonadas, tumbas sin inscripciones que tal vez estuvieran destinadas a reyes y otros tipos de sepulturas para personas no reales, a las que se les concedió, pues, un inmenso privilegio.

Casi todas las tumbas fueron más o menos desvalijadas, a excepción de tres, la de los padres de la reina Teje, la gran esposa real de Amenhotep III, padre del célebre Akenatón; la de Maiherpri, un soldado; la de Tutankamón, descubierta en 1922 por Howard Carter. Sus tesoros fueron transportados al museo de El Cairo, donde se exponen en salas contiguas; pueden advertirse numerosos parecidos entre los magníficos objetos de los padres de Teje y los de Tutankamón.

EL TIEMPO DE LOS RAMSÉS

De Ramsés I a Ramsés XI, de 1295 a 1069, doscientos veintiséis años, dos dinastías (la XIX y la XX), y una sucesión de magníficas tumbas en el Valle; pero también, tras el reinado de Ramsés III (11 Solí 54), una lenta erosión del poder faraónico y una degradación económica. Ramsés III había logrado rechazar dos tentativas de invasión y mantener la prosperidad de las Dos Tierras; sus sucesores verán cómo se desmorona la gloria del Imperio Nuevo.

Durante la XIX dinastía, la del gran Ramsés II, es probable que graves inundaciones devastaran una parte del Valle y causaran

serios daños a las tumbas más expuestas. Cierto número de observadores, antiguos o modernos, evocaron las lluvias torrenciales que lo destrozan todo a su paso y amenazan los monumentos colocados al pie de una ladera.

Mientras la entrada de las tumbas de la XVIII dinastía está cuidadosamente disimulada y enterrada, los Ramsés adoptaron una posición muy distinta. El acceso a la tumba se convierte en un majestuoso portal, absolutamente visible. Ciertamente, el Valle estaba muy vigilado; pero el debilitamiento del poder central y los tumultos interiores debieron de convertir aquellas sepulturas en fáciles presas para los ladrones.

EL VALLE DE LAS REINAS

El ser que está enterrado en el Valle de los Reyes es un faraón, término procedente de dos palabras egipcias, *per âa,* cuyo significado es «El gran templo». Simbólicamente, no es hombre ni mujer sino un ser cósmico encargado de hacer vivir la Regla divina en la Tierra y poner orden en vez de desorden. Por lo tanto, un hombre o una mujer pueden convertirse en faraón; el Valle de los Reyes alberga dos tumbas de mujeres que fueron elevadas al cargo supremo, Hatshepsut y Tausert.

Las grandes esposas reales de la XIX y de la XX dinastías fueron enterradas en un valle específico que se abre al sureste del Valle de los Reyes, frente al pueblo de Deir el-Medineh. En esta necrópolis, la más septentrional de la montaña tebana, se excavaron por lo menos ochenta tumbas que albergan también a hijas de rey e hijos de Ramsés III. Al parecer, al principio, ese «Valle de las Reinas» estaba reservado a los príncipes, a las princesas y a sus educadores. La primera gran esposa real que fue admitida en él se llamaba Sat-Ra, «La hija de la luz divina», madre de Seti I y esposa de Ramsés I.

Como han subrayado varios egiptólogos, el Valle de las Reinas es la única necrópolis tebana abierta en dirección al Nilo y los cultivos, al mundo de los vivos pues; la decoración de las tumbas utiliza pocos episodios del viaje del sol por el más allá, pero recurre al repertorio de escenas del *Libro de los muertos* y señala la última etapa de la resurrección del ser real.

Al fondo del Valle de las Reinas, en efecto, se dispuso una estrecha garganta que simboliza la matriz de la diosa Hator, soberana de Occidente, dama de las estrellas y dueña del nuevo nacimiento. Durante las lluvias, en la gruta se formaba una cascada; así se evocaba la llegada del agua celeste que transforma la muerte en eternidad. Así se simbolizaba, de modo monumental, el útero de la vaca cósmica donde resucitaban los seres que el tribunal de Osiris reconocía como justos.

El Valle de las Reinas se llama *ta sekhet neferu,* «el lugar de los lotos», símbolo de renacimiento solar; también puede traducirse por «el lugar del cumplimiento» es decir de la resurrección. Si el alma franqueaba el lugar de las pruebas, el Valle de los Reyes, «salía

a la luz» en el Valle de las Reinas. Se advierte que los distintos sectores de la necrópolis tebana no fueron elegidos al azar y se dispusieron de modo que celebraran, en la Tierra, los ritos del más allá.

EL TIEMPO DE LOS PILLAJES

A partir del reinado de Ramsés IX (1125-1107), Egipto entra en un período de crisis. Una invasión libia provoca trastornos sociales y económicos; los obreros tienen hambre y se declaran en huelga. La región tebana es presa de convulsiones que el poder central no consigue dominar. En el año 9 del reinado de Ramsés IX se comete un crimen abominable: el pillaje de algunas tumbas. El esplendor de los sepulcros reales había aguzado ya la codicia de pandillas de ladrones, más o menos organizadas, pero sus tentativas, perpetradas contra las tumbas de Seti II y Ramsés II, habían abortado gracias a las consignas de seguridad que se aplicaban todavía en el Valle.

Los desvalijadores del año 9 no se atrevieron a atacar el Valle de los Reyes; con la probable complicidad de altos funcionarios, penetraron en las tumbas de la XVII dinastía y en algunos sepulcros del Valle de las Reinas. En el momento del reparto se produjo un altercado y uno de los bandidos habló demasiado; toda la banda fue detenida. Comenzó un largo proceso. Khaemuaset, visir y gobernador de Tebas, quiso establecer toda la verdad y procedió al examen de numerosas tumbas. Con gran satisfacción por su parte, advirtió que la última morada de Amenhotep I estaba intacta y que el Valle de los Reyes no había sufrido daño alguno. El tribunal se reunió en el templo de Maat, la Regla universal, construido en el paraje de Karnak, en el interior del recinto de Montu. Los diecisiete acusados reconocieron sus crímenes; habían excavado un túnel para penetrar en la sepultura del rey Sobekemsaf III, la de la reina Nubkhas y en algunas tumbas privadas. Tras haber violado los sarcófagos y despojado a las momias de sus joyas, las habían quemado.

Los profanadores pertenecían al personal de los templos de la orilla oeste; ninguno de ellos había sido iniciado en la cofradía de Deir el-Medineh, encargada de excavar y decorar las tumbas del Valle de los Reyes. Obligados a guardar secretos, los artesanos habían respetado sus compromisos.

La ejecución de los culpables no bastó para restablecer el orden. Ramsés X, la duración de cuyo reinado es incierta, parece ejercer cierto control sobre Nubia y, en consecuencia, mantener todavía las riendas del Estado. Su tumba, que lleva el núm. 18, no ha sido explorada más allá del primer corredor y es una de las obras futuras del Valle.

Cuando el último de los ramésidas, Ramsés XI, sube al trono en 1098 a. de C., se enfrenta con disturbios cada vez más serios. Hambre, inseguridad, huelgas, expediciones libias, abusos de poder de potentados locales. Esta descripción es, sin duda, demasiado apocalíptica, pero cierto es que la autoridad central vacila.

Al cabo de una larga evolución, los sumos sacerdotes de Amón

se han convertido en príncipes del sur de Egipto; Tebas les pertenece. El país está de nuevo partido en dos.

Hacia el año 18 del reinado de Ramsés XI, unos desvalijadores violan las tumbas del Valle de los Reyes. Ya no tienen en cuenta la advertencia formulada por Ursu, dignatario de Amenhotep III: *«El que profane mi cadáver en la necrópolis y rompa mi estatua en mi tumba será un hombre odiado por Ra; no podrá recibir agua en el altar de Osiris y no podrá transmitir sus bienes a sus hijos».*

Esta vez, la cosa es muy grave. Una banda bien organizada, aprovechando la falta de vigilancia, se ha apoderado de numerosas riquezas. El oro, la carne de los dioses, excita su codicia. Altos funcionarios, extranjeros e, incluso, artesanos de Deir el-Medineh participan en la conspiración y compran testaferros que, en la tumba de Ramsés VI, actúan con rara violencia destrozando la momia y deteriorando el sarcófago.

Detener a los culpables y castigarlos no bastará. Se adopta una decisión dramática: es preciso abandonar el Valle de los Reyes. El Estado no es ya capaz de velar por la seguridad del paraje. De ese modo, en el año 19 del reinado de Ramsés XI, se asiste a un acontecimiento extraordinario: se proclama una nueva era, llamada «renovación de los nacimientos». Por una acción mágica, se suprime el pasado y se vuelve a poner en orden la creación. El sumo sacerdote Herihor está en el inicio de la mutación; el poder se distribuye entre él mismo, que reina en el sur, Ramsés XI y Smendes, que controla el norte del país y reside en Pi-Ramsés, la capital creada por Ramsés II. Egipto cambia, Pi-Ramsés pronto será abandonada en beneficio de Tanis, donde serán enterrados los faraones de la XXI dinastía. A la muerte de Ramsés XI, en 1069, Smendes subirá al trono mientras los sacerdotes de Amón seguirán afirmando su supremacía en la región tebana.

La última tumba del Valle: Ramsés XI (núm. 4)

Triste destino el del último de los Ramsés que, en veintinueve años de reinado (1098-1069), ve como Egipto se disloca ante sus ojos. Tebas y el sur se le escapan, luego Pi-Ramsés y el norte; la capital sagrada y la capital económica pasan a otras manos. Aunque el país no se sume en la guerra civil, sus divisiones lo debilitan. Ramsés XI no fue capaz de mantener la unidad de las Dos Tierras, su tumba fue la última excavada en el Valle, pero es probable que su momia nunca fuera depositada allí.

El gran pozo inconcluso del sepulcro contenía restos diversos, especialmente fragmentos de un equipo funerario que databa de la XXII dinastía; hay rastros de un comienzo de incendio. Un estudio reciente prueba que esta tumba sirvió de taller donde se fabricaron objetos destinados a las procesiones y donde se «trataron» algunas momias reales amenazadas. Los cristianos la utilizaron como establo y cocina. Tal vez el sumo sacerdote de Amón, Pinedjem I, iniciara una restauración con la intención de convertirla en su propia tumba; pero la hipótesis parece frágil en la medida en que la era de la

«renovación de los nacimientos» se había proclamado ya, poniendo fin al papel del Valle como necrópolis real.

EL SALVAMENTO DE LAS MOMIAS REALES

Pinedjem I, que fue sumo sacerdote de Amón (1070-1055) y luego rey de Egipto (1054-1032), merece nuestro agradecimiento; a él le debemos la última inscripción jeroglífica del Valle y gracias sobre todo a este hombre piadoso se salvaron muchas momias reales. Pinedjem I comprendió que sus esfuerzos para proteger el paraje y sus reales ocupantes serían inútiles; los desvalijadores no retrocederían ante nada para apoderarse del oro, las joyas y los amuletos. Tomó pues una decisión desgarradora pero ineluctable: cambiar de lugar las momias reales.

A decir verdad, esta medida de protección se había llevado a cabo por etapas; varias tumbas, especialmente el sepulcro de Seti I, habían albergado temporalmente los ilustres cuerpos. Antes de Pinedjem, Smenedes, aunque fuera rey del norte, hizo restaurar la tumba de Amenhotep I y preservar la tumba de Tutmosis II. Ciertamente fue en la tumba desocupada de Ramsés XI donde quitaron a las momias cierto número de objetos preciosos y se recuperó el oro, que se había convertido en un material precioso al final de la explotación de las minas de Nubia. En realidad, muchos de los «pillajes» de las tumbas reales son el resultado de ese gran cambio de la XXI dinastía durante el que se sacaron momias y equipo funerario de su lugar original.

El escondrijo se eligió con cuidado y la elección se reveló excelente puesto que será necesario esperar a 1881, como veremos para que el secreto sea descubierto. Pinedjem hizo que le enterraran en el más venerable de los sarcófagos, el de Tutmosis I, el fundador del Valle; el sumo sacerdote que llegó a Faraón rendía así homenaje a su antepasado.

En 900 a. de C, la mayoría de las tumbas del Valle habían sido vaciadas; las Divinas Adoradoras de Anión, que formaban una dinastía femenina reinante en Tebas, eligieron algunas de ellas como sepultura. Las grandes tumbas ramésidas, con su visible portal eran de fácil acceso; no ocurría lo mismo con los sepulcros anteriores de entradas enterradas y ocultas.

En aquel primer milenio antes de Cristo, el Valle de los Reyes siguió siendo un paraje sagrado, cada vez más enigmático y misterioso Allí remaban las sombras de gloriosos faraones; con el declive del poder egipcio y el progresivo abandono de Karnak, el Valle se hundió en las tinieblas.

4 - ¿QUÉ ES UNA TUMBA REAL?

El término «tumba», que solemos utilizar, es engañoso. La tumba de un faraón no es un mausoleo a su gloria o un monumento de propaganda, que proclama sus grandes hechos, sus hazañas militares y civiles; textos y figuraciones son de orden esotérico y simbólico, sin ninguna anotación histórica. Nunca se aborda la vida privada de los monarcas, lo que desconcertó y desconcierta todavía a muchos egiptólogos. Además, una tumba no es una cueva de Alí Babá donde un potentado oriental acumulaba sus riquezas y su oro para sustraerlos al populacho; se trata, para utilizar un término alquímico adecuado a la naturaleza del lugar, de un *atanor,* un receptáculo donde se acumulan poderes y fuerzas que apuntan a la resurrección del ser real. Esa tumba, recordémoslo, es el naos del templo, su parte secreta donde se celebran perpetuamente rituales por las imágenes y las escenas cargadas de vida y de magia creadora. Lo que se lleva a cabo en el misterio de la tumba está más allá del entendimiento humano, pero no es menos real. Los textos inscritos son fórmulas activas, las divinidades transmiten la energía original que está también contenida en los amuletos. La tumba real puede ser considerada un laboratorio ultrasecreto destinado a producir eternidad; durante esta delicada operación, cierto material es útil: armas, carros, vajillas, ropas, cofres, muebles, vasos, *uchebtis* («los que responden», estatuillas que llevan a cabo, en el otro mundo, los trabajos en lugar del resucitado), capillas desmontables, etc. Ungüentos, óleos sagrados, alimentos sólidos y líquidos completan ese equipamiento gracias al que el alma del rey pasará las puertas del más allá y avanzará por sus hermosos caminos. Pese a las precauciones adoptadas, la mayoría de estos tesoros fueron pillados, saqueados o destruidos, a veces con un salvajismo que revela el fanatismo de los profanadores; el fabuloso contenido de la pequeña tumba de Tutankamón permite imaginar la magnitud de pérdidas irremediables.

EL PODER DE LOS JEROGLÍFICOS

La tumba real funciona por sí misma, sin ninguna intervención exterior, pues las modalidades de su existencia fueron incluidas en los jeroglíficos, «las palabras de Dios»; por ello, ninguna sepultura faraónica del Valle está desprovista de textos. Las representaciones de los dioses y las escenas más sorprendentes, la «decoración» de los sarcófagos, los «proveedores de vida», son jeroglíficos que siguen siendo eficaces. Pintores y dibujantes adoptaron variadas soluciones: grabados que reúnen ricas ilustraciones (Ramsés III, Ramsés VI), relieves pintados (Horemheb, Ramsés I, Seti I), papiro extendido y dibujado en un muro (Tutmosis III, Amenhotep II). En todos los casos, el objetivo buscado es el mismo, confiar a los jeroglíficos la misión de velar por la integridad espiritual de Faraón.

El universo del Valle de los Reyes nos desconcierta:

divinidades con cuerpos de hombre y cabezas de animales, cuerpos sin cabeza, serpientes, escenas enigmáticas... Al menor paso nos sentimos, a la vez, admirados, fascinados y perdidos. La razón y el análisis fracasan, impotentes, al pie del misterio. Nadie puede pretender haberlo descifrado totalmente; pero sabemos, gracias a las investigaciones llevadas a cabo desde Champollion, que este universo no es una fantasmagoría nacida de un cerebro delirante. De ese modo se nos revela el otro mundo, esa otra cara de la vida por la que viajan la luz y el ser resucitado de Faraón; nada es ahí cosa de creencia, sino sólo de conocimiento. En Egipto, todo es andadura, travesía y metamorfosis; el viaje del alma no se lleva a cabo sin peligros y pruebas. Las tumbas del Valle no los ocultan; muy al contrario, insisten en los peligros que debe afrontar el sol antes de renacer. Faraón se identifica con él y comparte su pasión. El Valle perfora las tinieblas y crea sin cesar un nuevo sol.

MUERTE DE UN FARAÓN

El principal papel de un rey de Egipto es hacer vivir a Maat, la Regla universal, poniéndola en el lugar del desorden, de la rebelión y del estruendo, consustanciales a la especie humana, nacida de las lágrimas de Dios. El individuo llamado a esa función se inscribe en el linaje eterno de los faraones y pierde sus rasgos particulares para revestir las ropas simbólicas del rey-Dios; por ello, las representaciones del Valle no nos ofrecen ningún retrato individualizado sino un rostro real siempre semejante en el que se encarnan serenidad y realización.

Faraón es el elemento esencial que mantiene a Egipto en armonía; cuando muere, el mundo regresa al caos. La solidaridad del Estado con el cosmos desaparece. El país lleva luto por la felicidad perdida y teme el desencadenamiento de las fuerzas del mal.

Varias medidas permiten evitar la catástrofe. En primer lugar, la momificación del rey difunto; luego, su colocación en la tumba; finalmente, la puesta en marcha, por su sucesor, del proceso de resurrección.

«El halcón ha llegado al cielo, el hijo de la luz divina ha emprendido el vuelo y se sienta ahora en el trono de Ra», así se describe el ascenso al cielo del alma real que se reincorpora a la luz original. El cuerpo de Faraón debe ser momificado para convertirse en un Osiris, ser reconstruido que será el soporte del renacimiento. La momificación no es una voluntad de preservar un cadáver, sino la afirmación de la existencia de un cuerpo de luz, incorruptible para siempre. Faraón atraviesa, como Osiris, la prueba de la muerte; de ese modo, la momia está cubierta de joyas y amuletos que forman una armadura mágica. Se extraen las vísceras y se colocan en cuatro vasos, los canopes, protegidos por los cuatro hijos del dios Horus, hijo y sucesor de Osiris. Para que el rey resucite, cada parte de su cuerpo es sacralizada; ninguno de sus miembros es privado de divinidad. La momia es soporte material de fuerzas inmateriales, el corazón que guía al ser; el *ka,* dinamismo creador; el *ba,* el alma-

pájaro; el nombre, identidad real del ser; la sombra, depósito de poder.

La momia permanece tendida en el sarcófago, pero también se la representa de pie, animada por la palabra divina. La momificación es el arte de captar las energías sutiles, de fijarlas en el cuerpo osírico. Cuando ha concluido, el cuerpo de inmortalidad de Faraón es colocado en un ataúd y atraviesa el Nilo; en la orilla oeste se organiza una procesión que pasa por el «templo de los millones de años» donde se celebrará el culto, luego toma el camino que conduce al Valle. Sólo algunos íntimos, pertenecientes al inmediato entorno de Faraón, son autorizados a vivir el ritual de colocación en la tumba, considerada como la región de luz.

Antes de cerrar y sellar la puerta de la morada de eternidad, el sucesor del rey difunto, que actúa como Horus, hijo de Osiris, practica en la momia la apertura de la boca y los ojos. La tumba de Seti I, especialmente, ofrece las escenas de este ritual. Gracias a él, textos e imágenes se ven animadas y toman vida al mismo tiempo que el cuerpo osírico. La aventura de la resurrección puede iniciarse, en la noche transfigurada de la tumba y bajo un cielo de piedra estrellada.

PLANO Y ELEMENTOS DE UNA TUMBA REAL

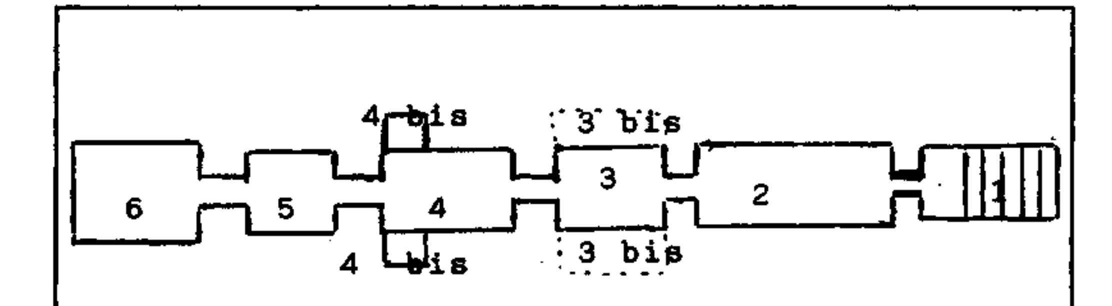
Arte de eternidad, arte para la eternidad, el arte egipcio no creó dos monumentos semejantes. Enamorado de la estabilidad y del poder, ignora la repetición y la fantasía. Es imposible, así, teorizar y emitir clasificaciones, estériles con mucha frecuencia.

Si se considera el conjunto de tumbas reales, se advierte que sus dimensiones son muy variables; mientras la sepultura de Tutmosis I es muy modesta, la de Seti I tiene más de cien metros de largo. Existe, sin duda, un principio de crecimiento; a medida que las tumbas van construyéndose, altura, anchura y volumen aumentan, sin relación alguna con la duración del reinado. Los corredores, sino se alargan, se hacen más anchos y altos; las dimensiones de la cámara funeraria son cada vez más imponentes y el sarcófago adopta un aspecto cada vez más colosal.

Ninguna tumba es idéntica a otra, aunque se adviertan puntos comunes: una puerta de acceso (unas veces disimulada, otras evidente), un corredor que se hunde más o menos profundamente en la tierra, un paso intermedio y una sala del sarcófago. Sea cual sea el plano, sean cuales sean sus variantes, se trata siempre de un camino que consiste en penetrar en la roca, en el interior de la montaña de Occidente, descender hacia el reino de debajo de la tierra franqueando puertas, impregnarse de los textos y las escenas rituales y, finalmente, descubrir la cámara de resurrección. Recorrido iniciático por antonomasia, una tumba del Valle de los Reyes «funciona» del mismo modo que una pirámide del Imperio Antiguo; la forma ha cambiado pero la realidad simbólica no ha variado.

Durante la XVIII dinastía, la entrada de las tumbas se excava

verticalmente, al pie de un escarpado; da acceso a un corredor que se presenta como un plano inclinado que puede incluir peldaños. Este primer eje se ve quebrado por un recodo en ángulo recto, precedido de un pozo de unos seis metros de profundidad. Tumbas como las de Tutmosis IV y Amenhotep II presentan incluso dos desviaciones. Al extremo del recorrido, la sala del sarcófago. Se ha advertido que los pilares presentes en ciertas salas tenían una sección de dos codos por dos, y que la norma para la altura y la anchura de los corredores era de cinco codos por cinco (un codo = 0,52 m). Con el comienzo de la XIX dinastía, las proporciones cambian; las tumbas se agrandan y se amplían. Los arquitectos adoptan un plano rectilíneo y un único eje.



1. El primer paso del dios (escalera de acceso).
2. El segundo paso del dios (corredor).
3. El tercer paso del dios (sala).
3 bis. Los santuarios en los que reposan los dioses de Occidente y Oriente (hornacinas).
4. El cuarto paso del dios (sala).
4 bis. Las dos estancias de los guardianes de las puertas.
5. La sala del secreto o sala de la Regla.
6. La morada del oro (cámara funeraria).

Lo más importante es conocer los nombres que los propios egipcios daban a las partes principales de una tumba real.[2]

Si establecemos el plano típico de una tumba real, trazamos primero el «primer paso del dios», que corresponde a la escalera de acceso; ese «dios» es a la vez la potencia creadora, el sol en la que se encarna y el faraón que se le identifica. El «camino del sol» es el completo descenso al interior de la tierra. Luego viene el corredor, «segundo paso del dios», seguido de un «tercer paso», flanqueado eventualmente por capillas donde residen los dioses de Oriente y Occidente. Estos pasos se denominan también «lugares donde el dios es halado», es decir donde el sarcófago es arrastrado sobre una

[2] Véase Romer, *Valley of the Kings,* pp. 279 y ss.

narria hacia la cámara funeraria. El «cuarto paso del dios», enmarcado eventualmente por las dos estancias de los guardianes de las puertas, señala el acceso a la parte secreta de la tumba. Se abre la sala del secreto, o sala de la Regla, que sólo permite avanzar al ser que el tribunal del otro mundo reconoce como justo. Finalmente, «la morada del oro» donde reposa el sarcófago y donde se realiza la transmutación del cuerpo mortal en cuerpo de luz, brillante como el oro; pueden añadirse salas anejas, «la sala del carro» (recordemos los carros desmontados de la tumba de Tutankamón), «la sala de rechazar a los rebeldes», «el lugar de plenitud de los dioses», «la morada del alimento», «el último tesoro», «el lugar de los que responden» (los *uchebtis).*

EL MISTERIO DEL POZO

Algunas tumbas incluyen un elemento extraño, un pozo de unos seis metros de profundidad, que aparece por primera vez en la tumba núm. 34. Es «el que oculta», «el que detiene», y señala un punto de ruptura en el recorrido. En la de Tutmosis III, sus dimensiones son imponentes: 4,15 x 3,96 m. Está decorado con frisos de *khakeru,* haces de vegetales unidos entre sí por cuerdas y que simbolizan el fuego protector.

¿Para qué servía ese pozo? Sin duda no de trampa para los ladrones. Semejante idea es incompatible con la mentalidad egipcia. Se ha supuesto que permitía recoger parte de las aguas de lluvia que caían en la tumba durante los diluvios torrenciales, pero esta hipótesis es inaceptable. Por una parte, la mayoría de los pozos se hallan en las sepulturas de la XVIII dinastía, que no se inundaron, por otra parte las tumbas estaban cerradas con puertas y tabiques.

La función del pozo es de orden simbólico; es la ilustración de la caverna del dios Sokaris, cuyo nombre se forma de un verbo de movimiento que significa «deslizar, avanzar». En esta caverna se oculta el agua primordial, gestadora, abstracta, que da vida y forma a todos los seres. Sin esta agua, la resurrección sería imposible. Uno de los momentos fundamentales del ritual consistía en hacer pasar el sarcófago por encima del pozo, para que se impregnara de la energía de Sokaris. El pozo era también una de las formas de la tumba de Osiris, señor de las profundidades y del reino subterráneo; al pasar por encima, la momia real, identificada con el sol, se convertía en Osiris. Lo que estaba arriba se asimilaba a lo que estaba abajo, y a la inversa. El pozo señalaba pues un momento de cambio durante el que el alma real obtenía la fuerza necesaria para su regeneración.

EL SARCÓFAGO

En el centro de la sala de oro, el sarcófago es el elemento más precioso de la tumba. El término que utilizamos es absolutamente inadecuado; de origen griego, la palabra sarcófago significa «devorador de cadáveres», mientras que el término egipcio afirma exactamente lo contrario: «el señor (o el proveedor) de la vida». De ese modo, el sarcófago no es un punto final, un simple cofre para

momia, sino un medio de renacimiento en el que actúan los poderes de creación.

Grabada en el interior de la tapa del sarcófago, la diosa del cielo, Nut, aparece bajo la forma de una mujer, con los brazos y las piernas estirados, cuyo cuerpo se adapta al de Faraón, que resucita en la unión con su madre cósmica. Nut tiene también la función de tragarse el sol poniente, al anochecer, y hacerlo renacer por la mañana; matriz del universo, transforma la muerte en vida.

El sarcófago es también la piedra primordial surgida del océano de los orígenes, durante el nacimiento del mundo; sobre esta piedra se construyó el primer templo. En el interior de esta piedra, Faraón renace y se convierte en el sol de mañana.

El descubrimiento del sarcófago intacto de Tutankamón permitió entrever los esplendores que los desvalijadores e iconoclastas destruyeron en las demás tumbas reales; sin embargo, no todas contenían ataúd de oro. Además, la mayoría de las momias habían sido extraídas de su sarcófago en la XXI dinastía y ocultadas en lugar seguro. Ciertos vándalos, furiosos sin duda al obtener sólo muy escaso botín, se encarnizaron con ciertos sarcófagos, rompieron las tapas, rajaron las cubas de piedra. Varios especímenes magníficos, por fortuna, sobrevivieron, como los sarcófagos de Tutmosis III, de Amenhotep II, de Horemheb, o las enormes cubas de granito de los soberanos ramésidas. El tamaño aumenta con el tiempo; el sarcófago de Ramsés IV es colosal comparado con el de los reyes de la XVIII dinastía. A menudo, en los ángulos del sarcófago pueden verse diosas; entre ellas, Isis y Neftis, encargadas de recitar las fórmulas de resurrección, de batir las alas para dar el soplo de vida y de preparar el oro, la carne de los dioses, que será el cuerpo de luz del faraón transfigurado.

¿TUMBAS INCONCLUSAS?

La tumba de un rey era, con su templo, asunto de Estado por excelencia. Tamaño, dimensiones, proporciones, ornatos se estudiaban y realizaban con el mayor cuidado. Ciertos sistemas numéricos, ciertos secretos de construcción y un repertorio simbólico se transmitían de maestro de obras en maestro de obras. El progresivo agrandamiento de las sepulturas y el cambio de sus estructuras corresponden a un plan que se lleva a cabo con rigor.

Y en esas condiciones, ¿por qué casi todas las tumbas reales nos parecen inconclusas? En el caso de Ramsés I, podemos evocar la brevedad del reinado: menos de dos años. Pero los constructores excavaron una pequeña tumba, y la calidad de la obra es sobresaliente. En el caso de Tutmosis III, que reinó en solitario durante más de treinta años, esta explicación es imposible; idéntica extrañeza en la fabulosa tumba de Seti I donde ciertos relieves no fueron coloreados y donde, al fondo de la cámara funeraria, se abre un corredor «inconcluso» que se pierde en la roca, dispositivo conocido también en otras partes.

En realidad, los cuadriculados, los trazos que se dejan a la

vista, las figuras no terminadas revelan las técnicas utilizadas para construir la tumba, pintarla y darle su función simbólica. El maestro de obras consideró necesario actuar así, pues la tumba es un ser vivo; no puede pues estar «terminada». El último corredor que sale más allá de la morada del oro es la prosecución del camino de resurrección que nunca se detiene. Al igual que el templo, que está siempre en construcción, la tumba real no está inconclusa; está completa y es coherente, sea vasta o modesta, pero no detenida. La obra de renacimiento prosigue en ella al margen del tiempo; en lo invisible, la mano del artesano sigue grabando en los muros los signos y las figuras de inmortalidad.

5 - La cofradía de los constructores

El pueblo de los artesanos o «el lugar de la Regla»

En Egipto, nada muere por completo; la Tierra está tan transida de eternidad que no permite que el olvido o la destrucción triunfen de un modo radical. ¿Se desea una prueba evidente? Mientras que la memoria de los grandes faraones que eligieron el Valle de los Reyes como domicilio se ha visto, a veces, bastante maltratada, la de los creadores de sus tumbas se preservó de un modo sorprendente. Esa salvaguarda se debe, en parte, a la necesidad de mantener el secreto sobre el acto misterioso que constituía la excavación de una sepultura real; para responder a esta exigencia se fundó el pueblo de Deir el-Medineh, en la ribera occidental de Tebas, no lejos del Valle, de modo que se reunieran en el mismo lugar todos los gremios indispensables para la obra.

Talladores de piedra, albañiles, yeseros, escultores, grabadores, dibujantes, pintores vivieron allí, juntos, con sus familias, colocados bajo la directa autoridad del visir de Tebas-Oeste. El pueblo poseía su regla y su tribunal, que emitía sentencias soberanas. Un escriba real llevaba un diario que narra las venturas y desventuras de la comunidad; ausencias, enfermedades, ascensos en la jerarquía se anotaban con cuidado. Este documento, y muchos otros testimonios como las modestas *ostraca,* fragmentos de calcáreo que servían a menudo como borradores escolares, permiten trazar la historia de Deir el-Medineh que, durante cinco siglos, estará vinculada a la de las tumbas reales.

En su apogeo, el pueblo comprendía unas setenta casas construidas en el interior de un recinto de 130 x 50 m, y unas cincuenta fuera, donde vivieron un número de trabajadores que variaba entre sesenta y ciento veinte, sin incluir a sus esposas e hijos. Comunidad pequeña, pues, unida y coherente, en la que sólo se admitían especialistas iniciados en los misterios de su arte.

Esta cofradía, cuya razón de ser era construir moradas de eternidad, fue fiel a su regla casi hasta sus últimos días; durante los procesos que desembocaron en la condena de los desvalijadores, bajo Ramsés IX, ningún miembro de la cofradía se vio inculpado. Los primeros traidores aparecieron, sólo, durante los últimos años de existencia de la comunidad.

El nombre egipcio de Deir el-Medineh era *set Maat,* «el lugar de Maat», el emplazamiento donde se practicaba Maat, la regla que regenta todos los universos. Maat es la más alta expresión de la espiritualidad egipcia; viviendo de Maat y haciéndola vivir, Faraón permite a Egipto permanecer en contacto con lo divino y prosperar. No es pues indiferente advertir que el pueblo de los artesanos está colocado bajo la protección de esta regla que todos debían aplicar en su trabajo.

Situado en el lecho de un antiguo ued, entre la colina donde

fue erigido el pueblo de Gurnet Muray y el acantilado de Occidente, Deir el-Medineh es un paraje encantador. Reina allí un silencio que evoca el gozo de vivir de una comunidad en la que actuaron auténticos genios, cuyas obras admiramos hoy todavía.

Fue Tutmosis I quien, a comienzos del siglo XVI a. de C, fundó la cofradía e inauguró el paraje del Valle. Desde sus orígenes, una muralla rodeó el poblado que formaba una entidad protegida del mundo profano y vigilada por guardias. Sólo penetraban los miembros de la cofradía y su familia más cercana.

Tras el episodio de Amarna, durante el que Akenatón llamó probablemente a los artesanos al emplazamiento de la nueva capital, en el Medio Egipto, regresaron a Deir el-Medineh que Horemheb decidió agrandar. Durante las XIX y XX dinastías, el aumento del volumen de las tumbas exigió un personal más numeroso; la decadencia comenzó bajo Ramsés VI donde ya sólo trabajaban unos sesenta obreros. A comienzos de la XXI dinastía, la comunidad se dispersó; la mayoría de los adeptos fueron acogidos en el templo de Medinet Habu. El paraje de Deir el-Medineh no quedó por completo abandonado; en la XXV dinastía, el rey etíope Taharqa hizo construir allí una capilla dedicada a Osiris y, en la época Ptolemaica, se reconstruyó el templo de la cofradía colocado bajo la protección de Hator y de Maat. Cuando la civilización faraónica se extinguió, algunos anacoretas cristianos ocuparon ciertas tumbas y las degradaron antes que la invasión árabe fuera causa de nuevas destrucciones.

CASAS Y TUMBAS

Los artesanos eran enterrados donde vivían; generación tras generación, la comunidad conocía los mismos goces y las mismas penas. Pequeñas casas pintadas de blanco daban a callejas cubiertas; una calle principal atravesaba el pueblo, y sus vestigios son visibles todavía. Provistas de unos fundamentos de piedra, las moradas de ladrillo crudo tenían una entrada, una primera estancia con un altar dedicado a las divinidades domésticas y a los antepasados, y una mesa de ofrendas, una segunda habitación más alta y más grande que servía de sala de recepción, una o varias alcobas, un cuarto de baño, una cocina, un sótano y una terraza donde, en verano, se dormía de buena gana.

Las reuniones de la cofradía se celebraban en oratorios al norte del paraje o en el templo; los artesanos se instalaban en bancos de piedra, a lo largo de los muros. Allí se transmitían los secretos del oficio, allí eran iniciados aquellos a quienes la comunidad consideraba aptos para actuar en el Valle.

Vivir eternamente en el lugar donde se ha vivido y trabajado, éste fue el destino de los hombres y mujeres de Deir el-Medineh. Las tumbas eran señaladas por la presencia de una pequeña pirámide que recordaba los grandes monumentos del Imperio Antiguo. Con la ayuda de este símbolo, la comunidad se vinculaba a los orígenes de la civilización egipcia y a las enseñanzas de los sabios de Heliópolis,

la ciudad sagrada de las primeras dinastías.

El plano de las tumbas era sencillo: un patio, una capilla donde se reunían los vivos y las almas de los difuntos, un pozo que llevaba a un sepulcro y una o varias salas subterráneas, decoradas a veces de un modo admirable; la tumba del maestro de obras Senned-jem, en perfecto estado de conservación, permite a los visitantes apreciar el genio de los pintores y dibujantes. Los temas se han extraído del *Libro de los muertos:* guardianes de puertas, resurrección en forma de un fénix, campos paradisíacos donde siembra y siega la pareja vencedora de la muerte, etc.

Durante la XIX dinastía, las sepulturas se hicieron familiares y se comunicaban, a veces, unas con otras, formando un imperio invisible semejante a las moradas de los vivos; los vínculos establecidos en esta tierra seguían existiendo en el más allá,

UN BARCO Y SU TRIPULACIÓN

Una imaginería estúpida, presente todavía en los libros escolares e incluso en las obras llamadas «cultas», presenta a los artesanos como una masa de harapientos penando bajo un sol de justicia y recibiendo, como único salario, los latigazos de sádicos capataces; la mayoría de películas sobre Egipto, inspiradas en una mentalidad biblista, decididamente antifaraónica, han popularizado por desgracia tales estupideces.

Los hombres encargados de excavar las tumbas reales eran considerados como un cuerpo de élite; preservando los secretos de su oficio, no eran en absoluto unos esclavos. La organización de su trabajo se hacía de acuerdo con la de los navegantes que surcaban el Nilo; los «servidores del lugar de la Regla» formaban una tripulación dividida en dos equipos, el de babor correspondía al barrio este del pueblo y el de estribor, al barrio oeste. Trabajaban alternativamente, en períodos de unos quince días, descansando uno mientras el otro trabajaba en la obra. El piloto de aquel navío era Faraón en persona, uno de cuyos nombres es precisamente «el gobernalle»; dos «vigilantes de la construcción en el gran lugar» enmarcaban a los artesanos.

Los astilleros tenían, para los egipcios, gran importancia porque eran el lugar donde los adeptos eran iniciados ritualmente a su función. La prueba suprema consistía en reunir las diseminadas partes de una barca y reconstruirla, a imagen del cuerpo de Osiris despedazado y resucitado.

NACIMIENTO DE UNA TUMBA

En cuanto un faraón subía al trono, reunía su consejo y, tras haber consultado a sus «únicos amigos», elegía el emplazamiento de su morada de eternidad. Se consultaba pues el plano del Valle, que formaba parte de los secretos de Estado mejor guardados, y se encargaba a la comunidad de Deir el-Medineh que preparara la sepultura.

¿Por qué determinado faraón elegía determinado

emplazamiento? Somos incapaces de responder. Podemos suponer que el azar y la fantasía no desempeñaban papel alguno en la decisión; sin duda existe una geometría sagrada del Valle cuyas claves no podemos todavía discernir. Comprobamos sencillamente que la orientación de las tumbas era simbólica y no geográfica; los puntos cardinales según los que se organizan el espacio y el tiempo son los del otro mundo.

Los artesanos salían del pueblo por el oeste, trepaban a su derecha y, luego, tomaban un sendero de montaña hacia el norte. A un lado, la cima; al otro, las tumbas de los nobles, los «templos de los millones de años» y los cultivos. La procesión se detenía en un collado donde se había construido un santuario en honor de la diosa del silencio y algunas cabañas de piedra; tras haber celebrado los ritos, ya sólo le quedaba bajar hacia el Valle de los Reyes.

Los talladores de piedra, los primeros en actuar, quebraban el calcáreo con ayuda de instrumentos de piedra y lo trabajaban con cinceles de cobre o bronce, que conferían gran finura al modelado. Se establecía una larga cadena para evacuar, en cestos, los restos de la piedra. Todos los útiles pertenecían a la cofradía, y no a uno de sus miembros; apoderarse de uno era considerado un delito grave. Un escriba, además, anotaba cada día el número de cestos. Desde la edad de las pirámides, la improvisación y el abandono no tenían su lugar en una obra.

Los pulidores de roca desempeñaban un papel determinante; ellos debían preparar del mejor modo la superficie sobre la que se desarrollarían textos y escenas. El alisado de las paredes exigía una mano muy hábil y se advierten diferencias entre las tumbas; tras haberlas recubierto de arcilla, se les daba una capa de yeso destinada a eliminar mohos y humedad. Cuando la roca era de mala calidad, había que revocarla.

En cuanto una pared se consideraba correcta, los dibujantes esbozaban las líneas maestras en función de un sistema de proporciones armónicas; aquella «plantilla», que se dejó a la vista en varias tumbas, permitía organizar el conjunto de la decoración. Aquí y allá, el maestro corregía un trazo imperfecto y hacía modificaciones. El escultor debía grabar los contornos con el cincel, sin cometer errores, el pintor debía colorear las incisiones. La mayoría de las veces, el primer dibujo se hace en rojo, la corrección en negro. Instrumento principal de cálculo: el cordel.

Varios gremios trabajaban al mismo tiempo en la misma tumba, lo que implicaba una rigurosa organización del trabajo y una perfecta distribución de las tareas; es pasmoso el genio de esos creadores, la sorprendente precisión de su mano, la perfección de los jeroglíficos y los personajes. Tumba real, ciertamente, pero también arte real que convierte al Valle en una incomparable obra maestra. Todos los visitantes quedan fascinados por la profusión y belleza de los colores, que, lamentablemente, se degradan de un modo alarmante; los ocres amarillo y rojo se obtenían a partir de sulfuro natural de arsénico y óxido de hierro, los pigmentos negro y blanco del carbono y de la tiza obtenida del calcáreo, los pigmentos azul y

rosa del lapislázuli o de la azulita del Sinaí, y de una mezcla de ocre rojo y de tiza. Tales pigmentos eran de excepcional calidad; sólo la contaminación consiguió atenuar su brillo, cuando el tiempo no había podido hacer mella.

PROBLEMAS DE ILUMINACIÓN

Muchos visitantes se cercioran de que en ninguna tumba, ni siquiera en las más profundas, se ve hollín en el techo y se preguntan: ¿Cómo se iluminaban los artesanos, cuando debían trazar los jeroglíficos, de pequeño tamaño a veces, con la más extremada precisión?

Lámparas y mechas se consideraban objetos muy preciosos de los que se establecía una estricta contabilidad. Se fabricaban mechas con fragmentos de tela retorcidos que se mojaban en salmuera y se untaban, una vez secos, con grasa y aceite de sésamo; esta técnica, a la que tal vez debieran añadirse otros ingredientes no identificados, permitía obtener un buen sistema de iluminación porque las antorchas no humeaban.

Muchos secretos del oficio como éste se olvidaron y perdieron; procedían de un íntimo conocimiento del material, de la práctica cotidiana y de la progresiva mejora sobre el terreno. En la tumba núm. 55, se representa un curioso personaje sentado, con una lámpara de mechas encendida en las rodillas. El nombre de este dios es Heh, la eternidad, y está encargado de difundir la luz.

DURACIÓN DE UNA OBRA

¿Cuánto tiempo necesitaban los artesanos de Deir el-Medineh para excavar y decorar una tumba real? En el caso particular de Ramsés I, la respuesta es fácil puesto que el reinado de ese faraón fue muy corto, menos de dos años. La cofradía, en este plazo impuesto por el destino, fue capaz sin embargo de crear una bellísima tumba, aunque sus dimensiones fueran modestas.

Si confiamos en la tradición según la que la momificación real duraba setenta días, podríamos suponer que dibujantes y pintores sólo gozaban de un cortísimo lapso de tiempo para concluir la decoración de la tumba; en realidad, la obra debía de estar comenzada desde mucho tiempo atrás. Según Jaroslav Ferny es probable que la excavación propiamente dicha no durara más de dos años; por lo que a la decoración se refiere, podía estar acabada en el año cuarto de un reinado. De acuerdo con una hipótesis plausible, seis años de trabajo bastaban para terminar una tumba muy grande, como la de Seti I. Es decir que la expresión «tumba inconclusa» no tiene sentido y, en la mayoría de los casos, la ausencia de pinturas o de grabados se debe a la voluntad de Faraón y su maestro de obras.

6 - Del abandono del Valle a la invasión árabe

Turistas antiguos

La XXI dinastía vive el abandono del Valle como necrópolis real. En ese siglo XI a. de C., el destino de Egipto depende más del norte que del sur; mientras las civilizaciones mediterráneas sufren serios trastornos, la parte meridional de las Dos Tierras se empeña, cada vez más, en preservar las antiguas tradiciones. ¿Cuál fue el destino reservado al Valle de los Reyes entre la XXI dinastía y la conquista de Alejandro Magno? A decir verdad, la documentación se muestra muy silenciosa. Es probable que la célebre necrópolis ya no estuviera custodiada como en tiempos de su esplendor; pero es imposible precisar la fecha exacta en la que las autoridades decidieron dejar abiertas las grandes tumbas ramésidas, vaciadas ya de su contenido por los desvalijadores o por el propio Estado, para poner a buen recaudo el mobiliario fúnebre en escondrijos, algunos de los cuales no han sido todavía encontrados.

En una época difícil de determinar, el Valle se convirtió en un lugar turístico; los griegos dieron a las tumbas el nombre de «siringas» porque, a su entender, se parecían a las largas flautas de los pastores. De fácil acceso, anchas y altas de techo, las hermosas sepulturas de finales de la XIX dinastía y de la XX dinastía, fueron, probablemente, accesibles ya en la Antigüedad. Se las recorría fácilmente y se las descubría gracias a sus grandes portales decorados; en la Época Baja, habían servido además como sepultura para momias de particulares.

Hacia 60 a. de C, el viajero griego Diodoro de Sicilia visita el Valle. *«Son admirables* -escribe hablando de las tumbas-, *y no dejan a la posteridad posibilidad alguna de crear nada más hermoso.»* En conversaciones con los sacerdotes conocedores de la historia del Valle, Diodoro supo que más de cuarenta sepulturas reales habían sido excavadas en aquel extraordinario lugar; la mayoría parecían haber sido destruidas y sólo quedaban once.

Setenta años más tarde, un viajero romano apasionado por la geografía, Estrabón, quedó igualmente maravillado por los esplendores del Valle; también él recogió la tradición oral según la cual habían existido unas cuarenta tumbas.

Griegos y romanos apreciaron mucho la excursión al Valle; al igual que algunos vándalos modernos, dejaron huellas de su paso en forma de inscripciones; se inventariaron más de dos mil. La más antigua, descubierta en la tumba de Ramsés VII, data de 278 a. de C. Fenicios, chipriotas y arameos no se quedaron atrás. Las primeras inscripciones son respetuosas y alaban la belleza del paraje; luego se hacen narcisistas y deplorables, como la inscripción de un romano que se burla de las tumbas y utiliza una venerable pared para informarnos de su nombramiento como gobernador.

En el siglo I a. de C. el Valle de los Reyes es, por primera vez,

víctima de un turismo de masas.

CRISTIANOS EN TUMBAS PAGANAS

El cristianismo se implantó progresivamente en Egipto adoptando dos formas: una comunitaria con monasterios que mezclaban trabajo y meditación y la otra individual con gran cantidad de eremitas y anacoretas, algunos de los cuales fueron temibles fanáticos, empeñados en destruir los templos, incendiar las capillas y hacer desaparecer las imágenes de las diosas porque el diablo se encarnaba en un cuerpo de mujer.

El Valle fue colonizado; las tumbas se convirtieron en celdas, y la de Ramsés VI fue utilizada incluso como iglesia. Los nuevos ocupantes apreciaron la grandeza del paraje y el silencio que allí reinaba; sin estar lejos del Nilo y de los cultivos se hallaban, efectivamente, en otro mundo, transido de más allá. Escribieron su nombre en las paredes, transformaron las moradas de los faraones en cocinas, establos y dormitorios donde se encontraron utensilios domésticos, restos de alimento y de plantas alucinógenas que, sin duda, favorecían el éxtasis místico. Se produjo un milagro: no destrozaron de arriba abajo aquellas sepulturas paganas, llenas sin embargo de divinidades y figuras extrañas. La magia del Valle lo preservaba del desastre.

El cristianismo sólo triunfó definitivamente en Egipto en el siglo VI d. de C.; Filae, el último templo «pagano» todavía en actividad, había sido cerrado de un modo brutal y sangriento[3] y ya nada se oponía a la supremacía de la nueva religión. Provincia del Imperio bizantino, Egipto practicaba un cristianismo teñido de herejía que se apartaba a menudo del dogma; se anunciaban serios conflictos, habría podido desarrollarse una cultura original, vinculada con las civilizaciones mediterráneas.

Pero Egipto fue gobernado de un modo deplorable por un decadente Bizancio que se entregó a los árabes sin ni siquiera pensar en defenderse. En 537, el conde Orión visita el Valle de los Reyes; es el último viaje de un notable bizantino antes de la conquista árabe.

LA TUMBA DE RAMSÉS VII (NÚM. 1)

Aunque el reinado de Ramsés VII no sea especialmente desconocido, su tumba tiene el honor de llevar el número 1, según el inventario establecido en el siglo XIX. Vaciada de su contenido, fue ya visitada en la antigüedad.

Ramsés VII, hijo de Ramsés VI, gobernó tal vez ocho años (1136-1128); sin embargo, existen muy pocos lugares donde figure el nombre de este soberano. ¿Su reinado fue mucho más corto o no ejerció ya un real dominio sobre el país? Por lo común, la época se describe en términos siniestros: inflación galopante, negra miseria, país empobrecido, hambruna, poder central inexistente, robos, acaparamiento de productos alimenticios, etc. Este cuadro

[3] Hemos evocado este dramático período en *Pour l'amour de Philae.* 58

apocalíptico debe matizarse mucho pues no disponemos de testimonios tan precisos y hay que estudiar mucho los documentos para describir la situación de un modo tan sombrío. Ciertamente, Egipto no tiene ya el esplendor de los gloriosos días del Imperio Nuevo, pero es seguro que no conoce semejante debacle. Sin duda sufre una crisis económica, cuya magnitud no puede precisarse.

La tumba está bastante degradada y no figura en el circuito de visitas. Su monumental entrada se abre al pie de una especie de colina; en el corredor, el rey hace ofrendas al dios solar, Ra-Horakhty, y la barca del sol, con el que Faraón se identifica, desciende hacia las profundidades. El oro es el color dominante; reina una impresión de claridad y serena alegría en ese mundo donde la regeneración tiene primacía. En la cámara del sarcófago, cuyo techo está decorado con figuras astrológicas y astronómicas, vela una magnífica figura de la diosa de la magia, la terrorífica leona Sekhmet que se convierte en la dulce gata Bastet para quien conoce las fórmulas rituales capaces de apaciguarla.

La tumba de Ramsés II (núm. 7)

Sesenta y siete años de reinado del más ilustre de los faraones, Ramsés II (1279-1212), llamado a menudo «el Grande»: de norte a sur, su nombre figura en una increíble cantidad de monumentos, como si hubiera construido todo Egipto. Aunque fue, efectivamente, un excepcional constructor, Ramsés II hizo, sobre todo, restaurar numerosos edificios; sus maestros de obras, en incesante actividad, edificaban, consolidaban, reparaban.

Ramsés II es víctima de una mala reputación: la de un jefe de guerra cuya mayor hazaña fue la victoria sobre los hititas, en Kadech. En realidad, ni siquiera es seguro que aquella batalla se produjera y se ha establecido que ninguna de las dos naciones obtuvo un triunfo militar. Frente a frente, ambos ejércitos tomaron conciencia de que un enfrentamiento no serviría para nada; Ramsés y el soberano hitita prefirieron, pues, concluir un tratado de no beligerancia que aseguró la paz en Oriente Próximo durante varios años. Ramsés II la aprovechó para embellecer su país y celebrar el poder divino; la conclusión de la inmensa sala hipóstila de Karnak basta para demostrar el genio de sus arquitectos.

El rey estableció su capital en Pi-Ramsés, en el delta, en el emplazamiento del actual Tell el-Daba; Tebas no era ya el centro vital del país y el rey residió frecuentemente en el norte para mantenerse informado de las evoluciones políticas y militares en Asia. Abandonada en beneficio de Tanis durante la XXII dinastía, Pi-Ramsés era una ciudad espléndida, surcada por canales y célebre por sus parques y sus floridos jardines.

Uno de los más importantes designios de Ramsés II consistió en preservar el equilibrio del país; al norte, construyó Pi-Ramsés, trabajó en Heliópolis, la ciudad santa en tiempos de las pirámides; en el Medio Egipto, se ocupó de Hermópolis, la ciudad sagrada del dios Thot; en el sur, en Tebas, amplió Luxor y Karnak, hizo construir un

inmenso «templo de los millones de años» en la orilla oeste; cubrió Nubia de santuarios, el más célebre de los cuales es Abu-Simbel, que comprende dos templos, uno dedicado al faraón resucitado y el otro a la gran esposa real Nefertari.

Ramsés, «el Hijo de Ra», veló para que se respetara un prudente equilibrio de cultos: Seth en el norte, Ra en Heliópolis, Ptah en Menfis, Amón en Tebas. Quiso evitar que los más vastos dominios de Amón incitaran a los sacerdotes tebanos a confundir poder espiritual y poder temporal hasta el punto de olvidar la autoridad suprema de Faraón, el único sacerdote, mediador entre el cielo y la tierra.

Fue Ramsés II -y no Horemheb- quien arrasó Aketatón, la capital de Akenatón y de Nefertiti, consagrada a uno de los aspectos de la luz divina, Atón; el hijo de Ra, que puso de relieve esa misma luz en su más amplia función, ocultó pues el episodio atoniano, etapa de transición.

El «templo de los millones de años» de Ramsés II, el Ramesseum, donde se veneraba el principio inmortal encarnado en el ser de Faraón, sigue siendo uno de los lugares más conmovedores de Tebas-Oeste. El edificio ha sufrido mucho; sólo se yergue todavía, potente y majestuosa, la sala de columnas que precedía al naos. En el suelo, un gigantesco coloso derribado; entre el pilono y el templo, una acacia a cuya sombra es agradable sentarse durante el fuerte calor.

¿El mayor de los faraones no hizo que le construyeran la más vasta y suntuosa de las tumbas? Inventariada con el número 7 fue por desgracia desvalijada ya en la antigüedad tardía; mobiliario y tesoros fueron robados o transferidos. Sin duda fue también llenada de escombros y su acceso se hizo difícil. Durante una campaña de excavaciones, en 1913-1914, Harry Burton consiguió, al parecer, penetrar en aquella masa pedregosa para introducirse bastante en la sepultura. ¡Es sorprendente que la última morada de Ramsés II no haya sido nunca excavada por completo! Ciertos arqueólogos estiman que vaciarla exigiría un trabajo excesivo. No podemos estar de acuerdo con esta opinión y deseamos, sin excesivas esperanzas, que se haga justicia a la tumba del gran monarca.

Según K. A. Kitchen,[4] se descendía por un corredor correspondiente a los cuatro «pasos del dios»; venía luego una sala donde Faraón se encontraba con las divinidades y donde se celebraban algunos ritos sobre la momia, luego la sala donde estaban depositados los carros reales. El alma de Ramsés los utilizaba para combatir a los enemigos en el más allá. El recorrido proseguía por un nuevo corredor cuyos muros mostraban los ritos de la «apertura de la boca»; concluía en la «sala de la Regla» donde Faraón era reconocido como justo por el tribunal del otro mundo. Esta «sala de la Regla» marcaba un cambio de eje, en ángulo recto; una estrecha puerta daba acceso a la «morada del oro», de ocho columnas, que daba a varias estancias pequeñas, entre ellas un tesoro, un «lugar de

[4] *Le Pharaon triomphant,* 1985, pp. 287-288.

plenitud de las divinidades» y la «sala de los que responden», encargados de los trabajos de construcción en la eternidad. En el centro de la «morada del oro» se hallaba el imponente sarcófago del rey, su matriz de resurrección. Ni publicación ni estudio de conjunto alguno permiten describir una decoración esculpida y pintada cuyo esplendor puede imaginarse. Sabemos que Ramsés hizo inscribir en las paredes pasajes de todas las grandes colecciones llamadas «funerarias»; su tumba aparecía como una suma teológica en la que estaba presente el conjunto de las fórmulas de resurrección.

La momia de Ramsés II tuvo un destino más afortunado que su sepultura. En el año 25 de Ramsés XI, el sumo sacerdote Herihor hizo que la sacaran del sarcófago, amenazado por los desvalijadores, y la colocó en la tumba de Seti I. Cuando ésta, a su vez, estuvo amenazada, Ramsés II emprendió un nuevo viaje, bajo la protección del sumo sacerdote Pinedjem. Esta vez, la medida fue eficaz; el escondrijo de Deir el-Bahari, donde el faraón descansó en compañía de otros muchos soberanos, permaneció intacto hasta el siglo XIX.

Ramsés II, sin embargo, no había llegado al término de sus desplazamientos. Del escondrijo de Deir el-Bahari, salió hacia el museo de El Cairo donde el monarca estuvo algún tiempo expuesto a las miradas de los turistas. Tras haberse cerrado al público la sala de las momias reales, se advirtió que ciertas criptógamas amenazaban la integridad del venerable cuerpo. Se tomó la decisión de enviarlo, para tratarle, a París, a donde Ramsés llegó en septiembre de 1976. Tras siete meses de examen y tratamiento, la momia, ya curada, regresó a Egipto. Deseemos, y también aquí sin grandes esperanzas, que las momias reales recuperen algún día su morada de eternidad, pues una sala de museo nunca será sino un mal menor.

Los médicos que cuidaron al ilustre paciente, muerto a edad muy avanzada, advirtieron que sufría espondilartrosis y arteriosclerosis; en el tórax estaba el corazón, la nariz había sido remodelada y se habían introducido granos de pimienta en el abdomen, la garganta y la nariz. Muchos otros detalles, como la coloración rojiza de los cabellos, se deben a un atento estudio; lo cierto es que el rostro de Ramsés II conserva su grandeza y su poder tres milenios después de su muerte. La autoridad natural del soberano sigue inscrita en sus rasgos; estamos efectivamente ante uno de los más notables faraones de la epopeya egipcia, imbuido de su función y consciente de sus inmensos deberes. El siglo de Ramsés II fue, en muchos aspectos, un tiempo feliz; su momia es serena y grandiosa.

7 - De la conquista árabe al primer excavador

639: Y la noche cayó sobre el Valle

El Egipto faraónico era duro de pelar. Filae sólo había cerrado sus puertas en el siglo VI d. de C. y, en el cristianismo triunfante, perduraban muchos elementos de la antigua religión, más o menos disimulados. El mito de la venida de Cristo-Rey era sólo una adaptación del mito de creación de la civilización egipcia, el del rey-dios; la Virgen reinterpretaba la inmensa figura de Isis dando a luz un hijo salvador y redentor; las primeras comunidades monacales se inspiraron en la regla de los templos y conservaron el vínculo que Egipto consideraba más fundamental: el de la mano con el espíritu.

Egipto se orientaba pues hacia un cristianismo a la oriental y una cultura copta donde se mezclaban aportaciones faraónicas, griegas, romanas y bizantinas; rehacer la Historia sería imaginar, sin gran esfuerzo, un país cristiano, muy abierto a las influencias mediterráneas y polo de equilibrio entre Occidente y el mundo árabe. Pero se trata sólo de una utopía, y es preciso llegar al año 639 (o 642) que modificó radicalmente el destino de Egipto.

El país no resistió mucho a los conquistadores, deseosos de apoderarse de una tierra rica y mal defendida; Bizancio, en plena descomposición, fue incapaz de percibir la importancia cultural y estratégica del antiguo país de los faraones. Los cristianos, cierto número de los cuales había deseado la desaparición de una administración bizantina opresiva e injusta, se desilusionaron muy pronto; en nombre del Corán, fueron combatidos y despojados de sus bienes. El ejército invasor llevó a cabo algunas matanzas y la mayoría de los monasterios desaparecieron. El pequeño grupo de eremitas del Valle de los Reyes fue exterminado o dispersado.

Espesas tinieblas cayeron sobre el Egipto de los faraones. Al revés que los precedentes invasores -persas, griegos, romanos, bizantinos-, los árabes no sentían interés ni respeto por los fabulosos monumentos que descubrían. Los valores musulmanes, es cierto, eran radicalmente distintos a los valores del antiguo Egipto. Así, para los sabios que vivían en los templos, era necesario formular lo divino en una obra; Amón, el dios oculto, debe incorporarse a una estatua que no es él, aunque revela su misterio sin desnaturalizarlo. La religión musulmana, en cambio, prohíbe cualquier representación de lo divino. La civilización egipcia, que osaba mirar cara a cara a la muerte, fue una sociedad feliz que no despreciaba el goce de vivir y los placeres sencillos; se bebía, de buena gana, cerveza y vino. Los conquistadores árabes arrancaron casi todas las viñas. Egipto no conoció ningún dogma, ningún libro santo que afirmara una verdad revelada y definitiva; el Islam impuso el Corán. Podríamos establecer un largo catálogo; lo esencial es comprender que la cultura islámica no se halla en la prolongación ni en la continuidad de la cultura faraónica; el lugar de espiritualidad no es ya el templo sino la

mezquita. Cementerios de un nuevo tipo reciben a los muertos, se celebra otro culto, se instauran nuevas costumbres.

Los valores espirituales fueron modificados, los hábitos corporales también; el antiguo Egipto, tan justamente celebrado por el esplendor de sus vestiduras y atavíos, no veía en la desnudez ultraje alguno a las buenas costumbres. Campesinos y pescadores trabajaban desnudos durante los períodos cálidos, hombres y mujeres se bañaban desnudos, Faraón y su esposa no se vestían para comer con sus hijos, como muestran escenas de la época de Akenatón. El Islam cubrió los cuerpos y los ocultó, sobre todo los de las mujeres; largos vestidos negros, muy poco aconsejables, sin embargo, en un país cálido, se heredan, curiosamente, de una moda cristiana que había consistido en vestirse así para llevar luto por Cristo.

Cien años después de la invasión árabe, la noche del olvido ha cubierto ya el Egipto de los faraones. Tebas y el Valle de los Reyes desaparecen de los mapas y de la memoria de los hombres, como si nunca hubieran existido. Los eruditos árabes, tras haber preguntado si pirámides, templos y tumbas ocultaban fabulosos tesoros se desinteresaron de ellos por completo y ni siquiera los evocaron en sus escritos, como si el pasado faraónico no estuviera ante sus ojos. Cuando Champollion llegue a Luxor, no verá gran cosa del admirable edificio, ocupado por familias que, desde hacía siglos, habían acumulado gran cantidad de desechos. Cierto número de monumentos fueron salvados por la arena; total o parcialmente invadidos, escaparon así de la destrucción. La mayoría de los templos, que no tenían ningún valor sagrado para los nuevos ocupantes, sirvieron así de canteras.

DOS CAPUCHINOS Y UN JESUITA

Desde la conquista árabe hasta el siglo XVI, ningún viajero occidental, que sepamos, se aventura más allá de El Cairo; Egipto se ha convertido en un país hostil, cerrado y peligroso. Nadie sabe lo que ocurre en el sur; sólo la capital atrae a unos pocos aventureros.

El Valle de los Reyes yace en el abandono y el silencio; sin duda fue considerado un lugar inquietante, poseído por genios maléficos y temibles. Ningún texto árabe lo menciona.

En 1589, primer rayo de luz: un veneciano, cuyo nombre no se ha conservado, camina hasta Nubia. Pasa por la antigua Tebas aunque no la identifica y no permanece en la orilla oeste. El viajero no carece de audacia y consigue sobrevivir en un entorno tan insólito como inquietante, dejando aparecer ciertos sentimientos admirativos ante los antiguos monumentos.

1668 señala el renacimiento, timidísimo, del Valle. Por primera vez desde hace unos diez siglos, dos exploradores, los padres capuchinos Protais y François, evocan la existencia de Biban el-Muluk, «Las puertas de los reyes»; pero corresponde al jesuita Claude Sicard el mérito de haber identificado formalmente las ruinas de Tebas y las del Valle de los Reyes, durante su viaje al Alto Egipto,

entre 1707 y 1712. Tras un milenio de total oscuridad, el paraje recupera una identidad.

Claude Sicard, y que nos perdone, era un rudo mocetón que, convencido de su fe y de su valor, no temía nada. Su erudición y un agudo sentido de la observación le permitieron descubrir con exactitud los vestigios de la gran capital del Imperio Nuevo y la prestigiosa necrópolis real; esta pequeña hazaña exigía mucha perspicacia.

«Los sepulcros de Tebas -escribe refiriéndose al Valle- *están excavados en la roca y son de sorprendente profundidad. Se entra en ellos por una abertura más alta y ancha que las más grandes puertas cocheras. Un largo subterráneo de diez o doce pies de ancho lleva a unas cámaras, en una de las cuales hay una tumba de granito elevada cuatro pies; por encima hay una especie de imperial que la cubre y da un verdadero aire de grandeza a todos los demás ornamentos que la acompañan. Salas, cámaras, todo está pintado de arriba abajo. La variedad de colores, que son casi tan vivos como el primer día, hace un efecto admirable.»* El padre Sicard visitó diez tumbas, cinco correctamente conservadas y cinco medio derruidas; al no poder descifrar los jeroglíficos, no pudo indicar los nombres de sus ocupantes. Leyendo con atención su relato, se adivina que se sintió particularmente impresionado por el colosal sarcófago de Ramsés IV; admiró también la extraordinaria frescura de los colores que le produjo la sensación de que el pintor acababa de concluir su obra. ¡Feliz jesuita que contempló lo que nuestros ojos ya nunca verán!

No sin ansiedad, Claude Sicard se hundió en las profundidades de la tierra, iluminándose con una antorcha; la magnitud de las tumbas ramésidas le sorprendió y manifestó un real respeto ante el genio de los constructores. Pero el jesuita no comprendió el objetivo y el significado de las moradas de eternidad; creyó que los bajorrelieves eran anecdóticos y narraban la vida, las victorias y los triunfos temporales de los reyes de Egipto.

POCOCKE EL CLÉRIGO

El Valle de los Reyes, lugar fundamental de la espiritualidad faraónica, les debe mucho pues a los religiosos de los siglos XVII y XVIII; tras los dos capuchinos y el jesuita, le toca a un clérigo británico, Richard Pococke, entrar en escena. En 1739, ese futuro obispo visita el Valle; aunque Tebas, y especialmente la orilla oeste, siguen siendo lugares peligrosos donde actúan pandillas de bandoleros, Pococke no se preocupa de ello y emprende un primer trabajo de arqueólogo. Ciertamente, como sus predecesores, rinde culto al género literario del relato de viaje, que publicará en 1743 con el título de *Description of the East;* pero intrigado por el Valle, establece el primer plano conocido e indica el emplazamiento de las tumbas que ha explorado, nueve accesibles de un total de dieciocho descubiertas. El estilo del dibujo es muy poco científico y parece más un cuadro fantástico que la realidad; el documento plantea además

delicados problemas. La entrada de las tumbas está situada de un modo extraño y el número indicado parece alto; Pococke advierte la presencia de guardas armados con bastones, cuyo papel consistía ciertamente en obtener el famoso *bakshish* y no en proteger los monumentos. Nacía la explotación del turista; si viajeros procedentes de tan lejos se interesaban por aquellos viejos sepulcros, ¿no podían convertirse en proveedores de fondos?

Pococke, como Sicard, se extasía ante la frescura de los colores cuyo estado de conservación le deja pasmado; pero nuestro futuro obispo no supera el estadio de la emoción estética y no se pregunta el significado de lo que está viendo; haber sido el primer cartógrafo moderno del Valle basta para su fama. Advirtamos que dibujó bien la entrada del paraje, lamentablemente ampliada más tarde por razones turísticas; se limitaba todavía a un estrecho paso excavado en la roca.

El tiempo de los religiosos concluye; comienza el de los laicos.

8 - JAMES BRUCE Y RAMSÉS III

UN ESCOCÉS INDOMABLE

A mediados del siglo XVIII, el sur de Egipto sigue siendo una tierra de aventuras en la que el viajero, lo bastante intrépido como para recorrer el lugar, corre reales peligros. Los relatos de viaje de los religiosos hacen soñar a los aficionados a los misterios de Oriente; algunos, tras haber evaluado la situación en términos de riesgo, renuncian. No es el caso del escocés James Bruce, que, en 1768-1769, hace una estancia en Egipto.

En Tebas, solicita ver el Valle de los Reyes; sus guías intentan disuadirle; ¿no es, acaso, un lugar de difícil acceso? Además, no hay allí nada interesante. El escocés, tozudo, insiste; le explican que algunos bandidos viven en aquellos parajes, que tal vez se hayan instalado en el Valle y que un guía honesto no tiene deseo alguno de enfrentarse con ellos. Gracias a las mágicas virtudes del *bakshish,* James Bruce consigue convencer a sus interlocutores para que le lleven hasta el lugar; ¿acaso, recorriendo los Highlands, no había superado ya peligros semejantes?

La travesía del Nilo se efectúa sin incidentes, al igual que el recorrido entre la ribera y el Valle; Bruce, seducido por el paisaje, se felicita por haber perseverado. Pero sus guías se muestran hoscos y desagradables; quisieran huir del Valle antes incluso de haber entrado. Sería conocer mal a un escocés creerle influenciable tras tan largo viaje. Por lo tanto, franquea el estrecho paso y penetra en una tumba señalada por un majestuoso portal.

«Por fin tranquilo», estima al descubrir admirables relieves a la luz de las antorchas. Error: en cuanto da los primeros pasos por el interior de la tumba, sus guías exigen salir. Le predicen las peores desgracias si se obstina en permanecer más tiempo en aquel antro demoníaco; y como el escocés se empeña en proseguir su visita, le abandonan en la oscuridad.

Muy descontento, Bruce se ve obligado a seguirles; a regañadientes, monta a caballo y regresa a la embarcación. La vuelta no es tan apacible como la ida; desde lo alto de los montículos que bordean el camino, les lanzan piedras. El escocés no es un hombre al que se le pueda tomar como blanco; se echa a la cara el fusil y responde disparando contra sus agresores. En adelante, el indomable escocés será respetado y podrá trabajar algo más en la tumba que había entrevisto.

LA TUMBA DE RAMSÉS III (NÚM. 11), LLAMADA «TUMBA DE LOS ARPISTAS»

Tras el primer plano, el de Pococke, llega ahora pues el primer dibujo de un bajorrelieve, el de James Bruce. Como los jeroglíficos siguen siendo indescifrables, el escocés no puede leer el nombre de Ramsés III ni identificar al propietario de la tumba. Queda fascinado

por una pintura que representa a dos personajes que tocan el arpa, bautiza el monumento como «tumba de los arpistas» y los dibuja.

Confesémoslo, el resultado es catastrófico. El arte de Bruce no tiene relación alguna con el de los antiguos egipcios y habría sido radicalmente suspendido en una escuela de escribas dibujantes; da la impresión de que su mano no puede reproducir fielmente lo que sus ojos han visto.

La publicación del mal dibujo de Bruce, en 1790, despertó sensación. El público que lo contempló nunca había imaginado que el arte egipcio hubiera creado semejantes obras maestras. Tras tantos siglos de olvido, volvía a la superficie y despertaba la curiosidad.

En muchas obras se lee, todavía, que los arpistas celebran la lujuria, la vida fácil y los placeres. Eso es olvidar los textos; los dos arpistas de la tumba de Ramsés III cumplen una función precisa, cantan el nombre de dios ante Chu, el dios de la luz, Onuris, el encargado de devolver el ojo del sol que se ha marchado lejos, y Atum, el principio creador. Cuando nos conviene «hacer un día feliz», es decir completo, disfrutando los goces cotidianos, ellos insisten en un punto capital: la felicidad sólo puede alcanzarse si «seguimos el corazón», es decir, nuestro deseo espiritual y nuestra inteligencia sensible.

La tumba de Ramsés III es una pura maravilla; la gama de colores es brillante y alegre, y numerosos rasgos originales la hacen enigmática. Ramsés III había elegido un emplazamiento inventariado hoy como tumba núm. 3; fue abandonado, pero la excavación de la nueva sepultura se vio interrumpida por un incidente rarísimo. Tras la apertura del tercer corredor, los talladores de piedra desembocaron en la tumba de Amenmosis (núm. 10), faraón de la XIX dinastía que había tenido un reinado muy breve, unos veinte años antes. ¿Error de arquitecto o deseo de englobar esta sepultura en la de Ramsés III? Los constructores cambiaron de eje y siguieron excavando en paralelo.

Lo que caracteriza esta tumba son unas escenas únicas pintadas en pequeñas capillas, a uno y otro lado del corredor principal. Asistimos en ellas a la preparación de los alimentos eternamente servidos en el más allá, a la presentación de las ofrendas por los dioses Nilo, personajes de pechos colgantes y vientres hinchados, a la procesión de las divinidades protectoras de las provincias de Egipto; en resumen, toda la naturaleza colabora en la resurrección de Faraón y se ve así transportada al otro mundo. En los muros de esas estancias de modestas dimensiones se representan muebles, vasos, espadas, lanzas, arcos, carros, que son otros tantos elementos del mobiliario fúnebre. Estos objetos eran ritualmente depositados en la tumba y acompañaban al monarca en la eternidad; en la medida en que están pintados, siguen presentes y son eficaces. Otras escenas raras: el rey en persona corta espigas de trigo en los campos paradisíacos y navega en barca por los canales azules de las inmensidades celestiales. Los blancos y los dorados son especialmente luminosos.

Con ciento veinticinco metros de longitud, pero descendiendo

sólo unos diez metros bajo el nivel del Valle, la tumba del rey presenta los textos capitales y las escenas esenciales del encuentro con las divinidades; las etapas de la resurrección están trazadas en un grandioso estilo. Recientemente se ha instalado un suelo de madera para que el polvo desplazado por los turistas no se pegue a las paredes y oculte más aún los colores. Esta vasta sepultura merece una larga visita.

RAMSÉS III EL MAGNÍFICO

Debido a una infeliz dispersión, frecuente en la arqueología egipcia, el sarcófago de Ramsés III se halla en el Louvre y la tapa en el museo Fitzwilliam de Cambridge. Y es dable soñar en un milagro que permitiera reunir, en la misma tumba, esos elementos dispersos. La momia del rey había sido puesta a cubierto en el escondrijo de Deir el-Bahari; era la de un hombre relativamente anciano que había reinado durante treinta y dos años (1186-1154) y había marcado la Historia con su huella.

Ramsés III tenía un modelo, Ramsés II, muerto ciento veinticinco años antes de que él subiera al trono; pese a esa separación, no había olvidado a su glorioso antepasado del que deseaba ser un fiel continuador. Pero la situación internacional había cambiado mucho, en un sentido muy desfavorable para Egipto, y Ramsés III, en vez de conocer los largos años de paz de los que se había beneficiado Ramsés II, tuvo que contener a temibles invasores. Por dos veces, pandillas de libios se infiltraron en el delta occidental con la intención de apoderarse de tierras y pueblos; por dos veces, el ejército egipcio tuvo que restablecer el orden. En el año 11 de su reinado, los libios comprendieron que no daban la talla y abandonaron la lucha armada; comenzó una política de integración tan lograda que algunos libios llegaron a subir al trono.

La agresión de «los pueblos del mar», en el año 8 del reinado, fue mucho más seria. Esta coalición de pueblos indoeuropeos cayó sobre Egipto para apoderarse de sus riquezas; el ejército de Ramsés III tuvo que hacer frente a un adversario superior en número y librar batalla tanto por tierra como en el Nilo. Se considera que, en esta ocasión, tuvo lugar el primer gran combate naval de la Historia. La estrategia egipcia salió victoriosa; inspirándose en las escenas que relatan la famosa batalla de Kadech, Ramsés III hizo inscribir en los muros de Medinet Habu, su «templo de los millones de años» de la orilla oeste, el relato de sus hazañas militares que salvaron Egipto de la invasión.

Medinet Habu. El nombre de este vasto santuario evoca, primero, una puerta fortificada y un recinto, luego un templo gigantesco por el que es posible pasearse durante horas. Cuando cae la tarde, los colores del ocaso devuelven a esta arquitectura su pasado esplendor; los grandes patios, las poderosas columnas, los jeroglíficos profundamente grabados en la tierra, cantan los esplendores de un reinado a cuyo término se inició el inexorable declive de Egipto. Menos célebre que Ramsés II, Ramsés III

consiguió sin embargo mantener la integridad del país y evitar la desgracia. Hasta los últimos tiempos, Medinet Habu siguió siendo un lugar de asilo y un puerto de paz. Allí se hallaba la colina primordial donde, tras haber llevado a cabo su obra de creación, habían sido enterrados los ancestros. No es posible recorrer sin profunda nostalgia ese paraje en el que se siente la presencia de Sokaris, el dueño del mundo subterráneo, y la de las ligeras sombras de las Divinas Adoradoras, dinastía femenina que reinó en Tebas.

El fin del reinado de Ramsés III fue trágico. El rey chocó con algunos clanes religiosos, imbuidos de sus privilegios, y tuvo que luchar contra un solapado adversario, una crisis económica, que provocó incluso una huelga en Deir el-Medineh. Los artesanos protestaron vehementemente pues ya no recibían las raciones alimenticias que se les debían; el Estado se ocupó inmediatamente de ellos, se entregó el alimento y el trabajo prosiguió.

En palacio, se conspiraba contra el rey; mujeres, cortesanos y altos funcionarios intentaron asesinar a Ramsés III utilizando la magia negra. Fracasaron; los cabecillas fueron condenados a muerte. El rey sufrió por la ingratitud de sus íntimos y por la traición en quienes había depositado su confianza.

UN EXTRAÑO TESTIMONIO

No es fácil hacer que hable el Valle, paraje misterioso por naturaleza, y saber siempre quién ha descubierto qué y en qué momento preciso; ¿cómo estar seguro de que, durante un milenio de silencio arqueológico, ningún curioso penetró en el interior de una tumba cerrada desde mucho tiempo atrás? En 1792, un tal Browne discute con algunos habitantes de Assiut, en el Medio Egipto, y con los aldeanos de Gurna, en Tebas-Oeste, donde la mayoría de las casas fueron construidas sobre tumbas de nobles que sirven de sótanos o de despensas; esas entrevistas le revelan que varias tumbas del Valle sólo han sido abiertas durante los treinta últimos años, por incitación de un buscador de tesoros, el hijo de un jeque. Tras la visita de Pococke, algunos sepulcros habían sido cubiertos de arena y, luego, desenterrados de nuevo; pero Browne, cuyo testimonio es discutido, se convence de que han sido descubiertas nuevas tumbas; él mismo ha visto sus pinturas y considera «que representan los misterios».

¿Fue engañado Browne por algún charlatán? El enigma perdura. Y se perfila ya una expedición de un nuevo tipo.

9 - LA EXPEDICIÓN DE EGIPTO Y AMENHOTEP III

SOLDADOS Y SABIOS

El 1 de julio de 1798, Bonaparte desembarca en Egipto. Es el comienzo de una extraña aventura militar y cultural que habría podido convertir Egipto en un territorio francés; aunque la epopeya fuera grandiosa, errores y precipitación la condenaron, sin embargo, al fracaso.

Ciertamente, es un ejército el que holla la tierra de los faraones y se prepara para enfrentarse, en duros combates, a los mamelucos que oprimen a la población egipcia. Los franceses liberarán parcialmente Egipto de aquel yugo pero no sabrán explotar sus victorias y dejarán a otros el trabajo de llenar el vacío dejado a sus espaldas.

La expedición de Egipto no fue simplemente un raid bélico; el futuro emperador se llevó consigo un centenar de sabios pertenecientes a las más diversas disciplinas para preparar una *Description de l'Egypte* cuya publicación comenzará en 1809. Es, sin discusión, una de las más sorprendentes aventuras científicas nunca emprendidas y llevadas a buen puerto en condiciones especialmente difíciles. Imaginemos a unos eruditos, hombres de despacho y biblioteca, obligados a observar, anotar, calcular y dibujar mientras las balas silban en sus oídos y la gente se mata a su alrededor; el ejército hace la guerra, ellos logran que progrese el conocimiento de un país, de un pueblo y, más todavía, de una civilización varias veces milenaria y muy distinta de un mundo árabe con el que se enfrentan cotidianamente e intentan, sin embargo, describirlo. Arqueología, etnología, zoología, botánica... La *Description de l'Egypte,* concebida con el espíritu de los enciclopedistas, intenta no dejar escapar nada y dar una imagen completa del tema tratado.

Vivant Denon, alto funcionario, escritor de ocasión y buen dibujante, es el más célebre de los eruditos que se comprometerán con entusiasmo en la aventura; vagamente libertino, de ingenio vivo, provisto de una notable sangre fría, camina con elegancia en pleno tumulto y planta su caballete donde lo desea, sin temer al adversario del que, a veces, es necesario defenderse.

La orilla occidental de Tebas no es, ni mucho menos, el lugar más apacible de la región; pero el ejército francés, al precio de escaramuzas con frecuencia mortíferas, llega al sur. Con él, el intrépido Vivant Denon que, naturalmente, no quiere perderse el Valle de los Reyes. No sin curiosidad, franquea el estrecho paso que antaño vigilaban los guardias de Faraón y comprueba que es preciso trepar unos quince pies por encima del nivel del suelo del Valle. La entrada monumental de las tumbas abiertas le intriga; anota la permanencia de ciertos símbolos, como el escarabeo en un círculo o el hombre con cabeza de carnero (el sol resucitado) en un círculo también, o las dos mujeres arrodilladas a uno y otro lado del disco

del día, que no puede identificar como Isis y Neftis, encargadas de preparar el renacimiento de la luz.

Iluminándose con antorchas, Denon y algunos oficiales penetran en los largos corredores, contemplan magníficas pinturas y columnas de coloreados jeroglíficos. Si el erudito se siente intrigado y conquistado, los soldados bostezan y se aburren; recorren las tumbas a paso de carga. ¡Unos pocos minutos bastan para visitar seis! Vivant Denon protesta; desearía estudiar a su guisa aquellas obras maestras, permanecer varios días en el lugar. Pero la guerra tiene sus exigencias; es imposible conceder al pintor lo que pide. Tras una áspera negociación con los militares, Denon tiene por fin derecho a... ¡tres horas! Elige la tumba de Ramsés III, de soberbios colores, y dibuja las armas pintadas en una de las pequeñas capillas laterales. Modestísima expedición que concluye con el descubrimiento de una mínima reliquia, un pequeño pie de momia; *«sin duda el pie de una muchacha* -escribe Denon-, *de una princesa, un ser encantador cuyo calzado nunca alteró sus formas y cuyas formas eran perfectas».* Théophile Gautier lo recordará en *La novela de la momia.*

Dos ingenieros en el Valle y la tumba de Amenhotep III (núm. 22)

Mientras Vivant Denon abandona Egipto en compañía de Bonaparte, algunos miembros de la expedición prosiguen sus investigaciones; éste es el caso de dos jóvenes ingenieros, Prosper Jollois, de veintitrés años de edad, y el barón Edouard de Villiers du Terrage, de veintinueve años. Ambos nos son especialmente simpáticos en la medida en que se apasionan por los monumentos egipcios cuyo poderío y carácter sagrado advierten. Por desgracia, están a las órdenes de un tal Girard, ingeniero especializado en puentes y carreteras, y absolutamente insensible al arte faraónico. Pese a las dificultades de todo orden, Jollois y Villiers establecen un gran mapa del Valle de los Reyes donde inventarían dieciséis tumbas, once de ellas abiertas; trazan igualmente planos de espectacular estética aunque llenos de inexactitudes, consecuencias de una campaña arqueológica hecha con mucha rapidez y sin grandes medios técnicos.

Curiosamente, ambos amigos no se limitan al paraje principal; se aventuran por la rama occidental del Valle, salvaje y aislada, y descubren la entrada de una tumba que nadie había señalado todavía. Examinan el terreno, se preguntan si alguien les habrá precedido; el discreto Browne, por ejemplo, ¿no se habría deslizado en el interior del hipogeo cuyo acceso estaba cerrado por pedazos de roca? A finales del mes de agosto de 1799, Jollois y De Villiers penetran, sin saberlo, en la última morada de uno de los más notables faraones de la historia egipcia, Amenhotep III.[5] Incapaces de leer los textos y de descifrar su nombre, pero convencidos con

[5] Su nombre se transcribe a menudo, erróneamente, en la forma «Amenofis»; Amen-hotep significa: «el (dios) oculto está en plenitud».

razón de que los jeroglíficos ocultan una excepcional sabiduría, ambos hombres no tienen la posibilidad de vaciar la tumba para estudiarla. La sepultura, que data del período en el que el arte tebano conoció su apogeo, está por desgracia muy arruinada; los vándalos la han saqueado, privándonos de una inmensa obra maestra cuya decoración era digna del templo de Luxor o de las grandes tumbas de nobles, como la de Rekhmire. En la Época Baja, algunas momias fueron depositadas en esa gran tumba, mal conocida todavía e, incluso, difícil de encontrar; según los dos ingenieros, el agua había dañado de modo irremediable los bajorrelieves. El monumento era digno del esplendor del reinado: varias salas con pilares, numerosas cámaras, una sala del sarcófago dividida en dos partes, la primera con seis pilares y techo cubierto de representaciones astrológicas, y la segunda, más baja, conteniendo el sarcófago.

Los hallazgos fueron muy escasos: una cabeza de rey de esquisto verde (museo del Louvre), otra de alabastro (conservada en Nueva York), un torso de madera de la reina Teje, gran esposa real, un collar de resurrección de bronce con el nombre del monarca, una placa de bronce donde las divinidades que forman la dualidad primordial, Chu y Tefnut, se encarnan en la pareja real, y cuatro estatuillas funerarias (colección De Villiers). Éstos son los magros restos de uno de los más fabulosos tesoros del Imperio Nuevo.

EL REINADO DE AMENHOTEP III

Amenhotep III gobernó Egipto durante treinta y ocho años y siete meses, de 1390 a 1352; aquellos cuatro decenios fueron una edad de oro durante la que la civilización faraónica rica, apacible y feliz alcanzó cimas artísticas: templo de Luxor, templo de Soleb en el Sudán, «templo de los millones de años» en la orilla oeste del que sólo subsisten los colosos de Memnon,[6] tumbas de los nobles, estatuaria de una calidad extraordinaria como las efigies de Sekhmet, la diosa leona, dispersas por numerosos museos, o también las estatuas recientemente descubiertas en el subsuelo del gran patio de Luxor. Junto a Amenhotep III, una reina de excepción, Teje, que desempeño un papel decisivo en el gobierno del país, y un gran sabio, Amen-hotep hijo de Hapu, cuya memoria será venerada al igual que la de Imhotep, el creador de la primera pirámide. Los maestros de obras del rey erigieron también monumentos en Heliópolis, Menfis, Hermópolis, Abydos y El-Kab.

Tiempos de paz, decíamos, porque la pareja real da primacía a la diplomacia y establece una alianza con un país temible, Mitanni, en forma de matrimonios; el soberano asiático envía sus hijas a la corte de Egipto donde cambian de nombre casándose de un modo simbólico con el rey.

La tierra amada por los dioses es el centro del mundo civilizado hacia el que afluyen riquezas y tributos: países de Asia y de

[6] El nombre del rey, Neb-Maat-Ra, «La luz divina (Ra) es la dueña de la Regla», fue reinterpretada fonéticamente como «Memnon, confundiéndose la palabra con el nombre del héroe griego Memnon, hijo de la aurora y víctima de Aquiles; se sabe que ambos colosos, a causa de las fisuras, emitían al amanecer una especie de canto. El emperador romano Septimio Severo, al hacerlo restaurar, los condenó al silencio.

Nubia envían oro, materias primas, regalos. En la capital, Tebas, la vida es animada; una sociedad cosmopolita celebra fiestas y banquetes donde las bellezas rivalizan en elegancia. Siguen viviendo en los muros de las tumbas tebanas donde la muerte no tiene cabida.

Por lo que se refiere al inmenso templo de Karnak, se embellece de un modo notable y gestiona dominios cada vez más extensos; esa prosperidad impulsó sin duda a ciertos sacerdotes a confundir lo espiritual y lo temporal, lo que producirá una toma de posición de Akenatón, hijo de Amenhotep III. En el reinado de este último, Atón era ya venerado como forma del sol. Heliópolis y Tebas no entraban en competencia sino que formaban los dos polos de una tríada cuyo tercer polo era Menfis.

Desolador borrón, el lamentable estado de la tumba de Amenhotep III, una joya de la que nos ha privado la locura destructora de unos vándalos. La expedición de Egipto sólo había rozado el Valle de los Reyes; menos de veinte años más tarde, un musculoso excavador lo afrontará con muy distinta energía.

10 - BELZONI, EL BUSCADOR DE ORO

EL EGIPTO DE MOHAMED ALÍ

El 14 de septiembre de 1801, los últimos soldados franceses abandonan Egipto: de 1809 a 1828 aparecen los nueve volúmenes in-folio de texto y los catorce volúmenes folio imperial de grabados de la *Description de l'Egypte,* que seguirá siendo el más hermoso resultado de la expedición y permitirá descubrir la tierra de los faraones a un público cada vez más apasionado.

Los franceses se han marchado, los ingleses también; ha llegado la hora de Mohamed Alí (o Mehemet Alí). A partir de 1803, su influencia no deja de aumentar; aunque no se convierte oficialmente en virrey de Egipto hasta 1841, de hecho gobierna el país desde 1815, con la obsesión de modernizarlo. Autoritario y astuto, se libra brutalmente de sus adversarios, los mamelucos: los invita a la ciudadela de El Cairo, los encierra y los hace ejecutar por sus arqueros. El campo está libre, hace la política de Turquía y, sobre todo, la suya: reorganización del ejército sobre el modelo europeo, introducción y desarrollo de nuevos cultivos como la caña de azúcar, recurso a ingenieros del país y extranjeros, entre ellos muchos franceses, construcción de azucareras, nacimiento de una industria. Mohamed Alí sueña en un país rico e independiente; por desgracia, no siente gran interés por el pasado faraónico y ordena desmontar numerosos edificios para reutilizar las piedras. Sin la temeraria intervención de Jean-François Champollion, que se atrevió a afrontarle, ¿cuántos templos habrían sobrevivido?

EL TITÁN DE PADUA

Cuando Gian-Battista Antonio Belzoni, nacido el 5 de noviembre de 1778 en Padua, desembarca en Alejandría con su esposa Sarah, el 9 de junio de 1815, descubre un país algo más apacible que durante las precedentes dinastías; tranquilizados por la fuerte personalidad de Mohamed Alí y por su dominio sobre el ejército y la administración, los viajeros que llegan a Egipto son cada vez más numerosos. Es posible esperar dirigirse al sur y regresar indemnes si no se mezclan en la «guerra de los cónsules»; los diplomáticos, ávidos de antigüedades egipcias, mantienen pandillas armadas que no vacilan en manejar el fusil. Belzoni verá la muerte de cerca cuando sea agredido por el cónsul de Francia en persona, Drovetti, y sus esbirros.

Pero Belzoni no teme a nadie. Aquel coloso, que no mide menos de dos metros, dispone de una insólita fuerza física. Hijo de un barbero, se sintió vagamente tentado por el sacerdocio antes de apasionarse por la hidráulica; en 1803, ese francófobo se encuentra en Londres donde hace el papel de Hércules en el teatro y el circo antes de dirigirse a Portugal y España, en 1811. Sigue representando, con éxito, el papel de «forzudo». Gigante de tez

rojiza, demuestra un terrible entusiasmo que lo arrastra todo a su paso pero choca con una dificultad que nunca conseguirá superar: obtener una plaza estable, descubrir un oficio y un país que le ofrezca el equilibrio y la paz interior. Él, que consigue levantar una docena de personas, soporta con menos facilidad de lo que parece su destino de aventurero y batelero.

Tras una estancia en Malta, decide probar suerte en Egipto. La situación política ha evolucionado y se murmura que, si se consigue gustar a Mohamed Alí, es posible hacer fortuna. Durante un año, Belzoni gasta su magro pecunio en poner a punto una máquina hidráulica que espera vender al pachá, al que le gustan las innovaciones tecnológicas que puedan utilizarse en el desarrollo económico del país. Empecinado, el coloso obtiene una entrevista cuyo resultado es catastrófico; Mohamed Alí aprecia el insólito carácter de su huésped, pero rechaza la máquina. En la primavera de 1816, Belzoni está arruinado; la miseria le acecha. Disponiendo de un pasaporte inglés, se presenta al cónsul general de Gran Bretaña, Henry Salt, que se siente impresionado por la potencia física del italiano, su capacidad para desplazar objetos de considerable peso, su habilidad, su ingenio y su facundia. Lo contrata, pues, para su equipo de excavadores, con instrucciones precisas: llevar a Inglaterra la mayor cantidad de objetos antiguos de gran valor. En resumen, un pillaje organizado.

En materia de desplazamiento de antigüedades colosales, Belzoni acumula las hazañas; citemos la estatua gigante del Ramesseum y el obelisco de Ptolomeo IX en Filae. El titán de Padua, de incansable actividad, recorre el país, procede a la apertura del gran templo de Abu-Simbel y consigue entrar en el interior de la pirámide de Kefrén, en la planicie de Gizeh.

Sin embargo, sus relaciones con Henry Salt se degradan; a Belzoni le cuesta aceptar ser un simple perro de caza que debe llevar las presas a su dueño. ¿No posee acaso otras cualidades, no es un auténtico cazador de tesoros? Y, si hay tesoros, ¿dónde buscarlos sino en el Valle de los Reyes?

Un bulldozer en el Valle de los Reyes

Belzoni no es un erudito ni un investigador; no se le podía exigir ser precavido, meticuloso y atento a los detalles. Cuando descubre el Valle, sólo tiene una idea en la cabeza: forzar la entrada de tumbas desconocidas todavía y extraer la riqueza.

El primer excavador verdadero del Valle utiliza varios equipos de obreros y los hace trabajar a todo trapo; vestido a la oriental, se toca con un turbante y luce una magnífica barba. Con voz grave, da sus órdenes y nunca vacila en ponerse personalmente al tajo.

Belzoni es observador. Sólo distingue una decena de tumbas reales, algunas completamente abiertas y otras inaccesibles porque su entrada está llena de cascotes. Además, anota la existencia de sepulturas y pozos que contienen momias y que no son sepulcros reales; es el primero en comprender que el Valle no sólo había

recibido faraones. Se excavaron cuarenta y siete tumbas, afirma la tradición; imposible, responde Belzoni. En este número, concluye equivocándose, se incluyen sepulturas reales que será preciso buscar fuera del Valle.

A Belzoni le guía la pasión del buscador de oro; no practica método arqueológico alguno y, poseído por un fuego devorador, no se concede descanso alguno. Se interesa por el paisaje, por la naturaleza de las rocas y por un sorprendente fenómeno: si sólo llueve una o dos veces al año, las precipitaciones son tan violentas que forman torrentes que arrastran considerables masas de piedras y se introducen en las tumbas. Sigue así el camino de las aguas para intentar sacar a la luz algunos hipogeos desconocidos.

LA TUMBA DE AY (NÚM. 23)

Tras haber pasado por la tumba de Ramsés III, Belzoni se siente atraído por el valle del oeste; gran caminador, busca lugares donde las rocas visibles puedan disimular una cavidad excavada por la mano del hombre. Junto a la tumba abierta de Amenhotep III, hunde su bastón de peregrino en un lugar arenoso. Como sufre de oftalmia, al igual que su esposa, recurre a su equipo de árabes cuya lengua habla. Sus ayudantes apartan las piedras; cae arena en un hueco, dos horas de trabajo bastan para poner al descubierto la entrada de una tumba.

A la luz de las velas, Belzoni descubre dos corredores y tres cámaras; incapaz de descifrar los jeroglíficos, no puede saber que acaba de resucitar la memoria del rey Ay, el sucesor de Tutankamón. En las paredes, algunas escenas han escapado a la destrucción; en una de ellas, la caza de pájaros en las marismas, aunque frecuente en las tumbas privadas, es única en el repertorio de las sepulturas reales. También están representados doce monos en tres registros, que valdrán al monumento el nombre de «tumba de los monos», y al valle del oeste el de «valle de los monos» *(uadi el-Garud).* Simbolizan las doce horas nocturnas que atraviesan el sol y el alma de Faraón antes de resucitar; se encuentran también en la tumba de Tutankamón, junto a la escena donde Ay, precisamente, practica la abertura de la boca en la momia del joven rey difunto.

La tumba de Ay está degradada; en la cámara funeraria, Belzoni contempla sólo un sarcófago mutilado cuyos fragmentos serán recogidos en la tumba de Ramsés XI; quedará parcialmente reconstruida en el museo de El Cairo. Belzoni se siente decepcionado; el triste sepulcro no contiene más tesoros que fragmentos de cerámica, estatuillas de madera y de loza y esqueletos de dispersos fragmentos.

El monumento no ha sido estudiado con detalle y no ha sido objeto de una publicación exhaustiva; el nombre del rey Ay fue destruido y su momia ha desaparecido. No fue identificada en ninguno de los escondrijos donde se preservaron los cuerpos de los faraones del Imperio Nuevo. La tumba sufrió un vandalismo particularmente virulento, como si se hubiera querido destruir la

última morada de un soberano cuyo reinado fue corto (1327-1323), pero cuya carrera de hombre de poder fue bastante larga. Ay, en efecto, fue un alto funcionario tebano durante el reinado de Amenhotep III, y conoció horas de gloria en Aketatón, la ciudad del sol que Akenatón y Nefertiti habían elevado al rango de capital. El rey dictó a Ay, fiel cortesano y confidente, el gran himno a Atón. Cuando concluyó la experiencia de Akenatón, la Corte regresó a Tebas para asistir a la coronación de Tutankamón; Ay sigue siendo uno de los personajes más influyentes. Su experiencia le permite ser un consejero escuchado por el joven monarca, en cuyo visir se convierte. No sospecha que el soberano morirá joven y que él, viejo diplomático que ha evitado muchas trampas, será llamado a ocupar el trono de Egipto.

Durante cuatro años, aquel antiguo jefe de los carros, cuya esposa había sido la nodriza de Nefertiti, desempeñará la función suprema; sus maestros de obras trabajan en Karnak, en Luxor y en Medinet Habu, donde disponía de un palacio.

¿Por quién y en qué fecha fue devastada su tumba? El enigma permanece.

¿La tumba de Amenhotep IV? (núm. 25)

Belzoni se aclimata. Se le respeta por su estatura y su potencia. Tiene la inteligencia de no jugar al europeo dominador, de mezclarse con el pueblo, hablar su lengua y respetar sus costumbres. Ladrones y traficantes no se atreven a importunarle; por lo que a los cónsules se refiere, le dejan en paz en la medida en que se ha convertido en un «patrón» de excavaciones y obtiene resultados. Adquiere una indiscutible reputación y se cuenta con él para sacar de la tierra prodigiosos tesoros que enriquecerán a su empleador, el cónsul general de Inglaterra.

El titán de Padua, decididamente atraído por el valle del oeste, vuelve a excavar junto a la tumba del rey Ay. Descubre una sepultura cuya puerta está sellada todavía; la esperanza de echar mano al oro y las joyas crece. Para derribar el obstáculo, Belzoni utiliza un medio radical: el ariete. La barrera de antiguas piedras pronto es derribada. Decepción, la tumba sólo contiene momias. Los ocho ataúdes pintados datan, al parecer, de un período tardío; pero ¿no pertenecen las momias, como la propia tumba, a la XVIII dinastía? Hoy, han desaparecido, y la sepultura, que recibió el número 25, está vacía. Reeves, uno de los especialistas del Valle, formuló una hipótesis: como se trata sólo de un inicio de excavación, ¿no estaría destinada esa tumba al rey Amenhotep IV y abandonada cuando cambió de nombre para convertirse en Akenatón? Decepcionado, Belzoni regresó al valle del oeste; la necesidad de obtener resultados espectaculares no le permitía descanso alguno.

Un hijo de rey (núm. 19)

El período del 9 al 18 de octubre de 1817 es una de las grandes fechas de la aventura arqueológica en el Valle de los Reyes;

¡en nueve días, no menos de cuatro tumbas nuevas descubiertas! El interés va creciendo. El 9 de junio, Belzoni penetra en la pequeña tumba núm. 21; data de la XVIII dinastía, pero no está decorada y sólo contiene dos momias de mujeres «casi desnudas» con los cabellos bien preservados.

Aquel mismo día, al parecer, entra en la morada de eternidad del príncipe Ramsés Montu-her-kopeshef, cuyo nombre es sinónimo de valor guerrero: «El brazo de Montu (dios halcón) es poderoso». Hijo de Ramsés IX (1125-1107), capitaneó el ejército y obtuvo el insigne honor de habitar la misma necrópolis que su padre.

Único tesoro del lugar: algunas momias, introducidas en una época tardía. Sin duda otros viajeros, como Pococke, conocían ya esa tumba; pero Belzoni fue el primero en explorarla por completo. El cuerpo del príncipe no fue encontrado en ninguno de los escondrijos conocidos.

Aquellos hallazgos, que bastarían para hacer feliz a cualquier arqueólogo contemporáneo, minaron la moral de Belzoni; no podía exhibir ningún objeto de valor.

La tumba de Ramsés I (núm. 16)

El destino iba a ofrecer al titán de Padua el descubrimiento del hipogeo del primero de los Ramsés, el fundador del más ilustre linaje faraónico. Nacido en una familia de militares del delta, el futuro Ramsés era un anciano visir que había pasado sus días sirviendo a Faraón y esperaba pasar una vejez feliz en una villa acomodada, disfrutando el suave viento del norte bajo su emparrado y celebrando el culto de Maat, la Regla divina, que había inspirado su conducta y su trabajo.

El gran Horemheb, reconociendo en él excepcionales cualidades, destrozó aquel hermoso sueño asociándole al trono y prefiriéndole a hombres más jóvenes; cuando regresó a la luz, Ramsés I subió al trono. Llevó los nombres de «El que confirma la Regla (Maat) a través de las Dos Tierras», «La luz divina (Ra) lo ha puesto en el mundo», «Estable es el poder de la luz divina», «El elegido del principio creador (Atum)». ¿No es ésta la prueba de que se veía en él al fundador de una dinastía, la XIX y de un linaje, el de los Ramsés?

«Hijo de Ra» se casa con Satre, «La hija de Ra», de acuerdo con una coherencia muy egipcia; vela por el equilibrio, político y religioso del país, sin beneficiar a Tebas la meridional a expensas de Menfis, la septentrional. Además, su dios protector es Ra y no Amón, señor de Tebas. Aunque sus maestros de obras trabajan en Karnak, el rey hace erigir, sobre todo, un templo en Abydos, el lugar de los misterios de Osiris. Envía expediciones al Sinaí para explotar de nuevo las minas y, gracias a su experiencia en asuntos de Estado, preserva la paz y la prosperidad. El reinado del primero de los Ramsés, cuya fuerte personalidad se presiente, fue por desgracia muy corto, menos de dos años (1295-1294). Los artesanos de Deir el-Medineh dispusieron pues de poco tiempo para decorar la tumba;

por ello su corredor es el más corto de las tumbas reales del Valle y su cámara funeraria es de restringido volumen.

Belzoni descubre la sepultura el 10 de octubre y penetra en ella el 11. No deja de maravillarse ante los cálidos colores de las pinturas, admirablemente conservadas; hoy todavía, aunque hayan perdido parte de su brillo, convierten al pequeño santuario en una gran obra maestra. Se ve en ellas a la diosa Maat, al rey conducido por Horus, Atum y Neith ante Osiris, al soberano consagrando cuatro cofres de vestidos ante el dios de la luz; escena rara, el faraón arrodillado, con la mano diestra en el corazón y el brazo izquierdo levantado en escuadra, celebra el rito de la alegría en compañía de personajes con cabezas de halcón y chacal. En las paredes están inscritas dos divisiones de un libro funerario desconocido hasta entonces: el *Libro de las puertas.*

El sarcófago de granito es soberbio; no contiene el cuerpo del rey sino dos momias que fueron introducidas después de que la momia real fuera puesta en lugar seguro. ¿Y los objetos? Esta vez, Belzoni está lleno de júbilo. Ciertamente, no es un fabuloso tesoro, pero al menos se apodera de una hermosa estatua del rey, de madera de sicómoro, que se yergue en una esquina de la sepultura; Faraón está representado en su función de guardián del otro mundo, como lo prueban las dos famosas estatuas negras de la tumba de Tutankamón. Otras varias estatuillas de madera habían escapado a la rapacidad de los desvalijadores; se trataba de personajes con cabeza de león, mono, tortuga y «zorro», dice un intrigado Belzoni. Uno de ellos llevaba barba y su rostro parecía una máscara; un dibujo permite identificarlo pues, representado en los techos astrológicos de las tumbas ramésidas. Se trata de la divinidad que mide las horas de la noche y el paso de las constelaciones.

Desde el punto de vista religioso y simbólico, Belzoni tenía ante los ojos piezas de gran valor; fueron vendidas al British Museum y... ¡perdidas! En el actual estado de las investigaciones, sólo subsisten al parecer una diosa hipopótamo, garante de la fecundidad, y una estatuilla con cabeza de tortuga, símbolo de la capacidad de resurrección. Los museos, lamentablemente, no son siempre lugares seguros y uno de los aspectos más tristes de la arqueología es ver cómo se desvanecen, así, objetos que un excavador arrancó del olvido.

La tumba de Ramsés I estuvo, durante mucho tiempo, en peligro, pues una parte del techo se derrumbó sobre el sarcófago y se temió que el conjunto de la sepultura amenazara ruina; apuntalándola, se evitó la catástrofe. La pequeñez de la tumba es poco apta para la invasión de grupos numerosos, y los colores no cesan de degradarse.

La capilla sixtina del arte egipcio: La tumba de Seti I (núm. 17)

Esta tumba puede considerarse la más importante del Valle, en la medida en que su estado de conservación es notable; antes de Seti

I, además, sólo algunas partes de la sepultura estaban decoradas. Con él, descubrimos la primera morada de eternidad cubierta por completo de textos y relieves, desde el comienzo del corredor descendente hasta la sala del sarcófago. Y a Belzoni, el buen gigante atormentado, el entusiasta aventurero despreciado por tantos eruditos y espíritus refinados, le debemos tan fabuloso descubrimiento.

La excavación comienza el 16 de octubre. Basándose en sus observaciones sobre el curso del agua de lluvia, Belzoni excava al pie de una pendiente bastante empinada, en una especie de avenida en la que desemboca un torrente durante las precipitaciones. Los *fellahs,* que a menudo poseen la clave de una exploración y, a veces, están mejor informados que los sabios de despacho, le desaconsejan proseguir; pero el titán de Padua se obstina. A dieciocho pies por debajo del nivel del suelo del Valle, aparece una entrada cerrada por grandes piedras.

El 18 de octubre, a mediodía, Belzoni se abre paso y penetra en una tumba inmensa, de ciento diez metros de largo.

«Esta vez tuve la felicidad que me recompensó ampliamente de todas mis penas -escribe-. *Puedo considerar el día de ese descubrimiento como uno de los más afortunados de mi vida. Y quienes saben, por experiencia, tener éxito en una empresa larga y penosa más allá de lo esperado son los únicos que pueden imaginar la alegría que me dominó al penetrar, primero de todos los hombres que actualmente viven en el globo, en uno de los más hermosos y vastos monumentos del antiguo Egipto; en un monumento que se habría perdido para el mundo y que está tan bien conservado que se diría que acababan de terminarlo poco antes de nuestra entrada.»*

Belzoni, estupefacto, advierte que toda la tumba está decorada; los colores de los bajorrelieves están intactos; los techos, por los que vuelan buitres de alas desplegadas, símbolos de la madre regeneradora, están intactos. Es una maravilla... ¡y siente el irresistible deseo de llegar al fondo del hipogeo!

Un obstáculo inesperado se lo impide: un pozo de treinta pies de profundidad, catorce de largo y doce pies y tres pulgadas de ancho. A ambos lados, los muros están decorados hasta la bóveda; más allá del borde opuesto, una pequeña abertura permite suponer que la tumba continúa. Una esperanza, una cuerda atada a un pedazo de madera cuelga en el pozo. Cae hecha polvo cuando la tocan. Hay que aguardar al día siguiente, 19 de octubre, para regresar con otra tabla, colocarla sobre el pozo y cruzar el vacío.

Sí, la tumba continúa. La enumeración de las partes de su planta da vértigo: escalera, corredor, escalera, corredor, el pozo, una sala con cuatro pilares, un camino que se detiene en una sala con dos pilares, otro que prosigue por una nueva escalera, un nuevo corredor, una sala pequeña, una sala con seis pilares flanqueada por dos capillas, la cámara funeraria con bóveda de cañón que da, a la izquierda, a una sala con dos pilares y, a la derecha, a una pequeña estancia para el mobiliario funerario y, finalmente, una sala oblonga con cuatro pilares.

El buscador de tesoros se siente decepcionado: un cuerpo de toro, fragmentos de estatuillas momiformes y de distintas estatuas, restos de jarras, pero el Belzoni enamorado de la grandeza de Egipto queda fascinado por la inmensa cámara funeraria, la morada del oro, cuyo techo está cubierto de signos astrológicos y astronómicos. Aquí, el faraón descansa en el cuerpo perpetuamente regenerado de su madre, el cielo. El alma del rey vive en compañía de las estrellas imperecederas, las circumpolares, y de las estrellas infatigables, los planetas. Faraón se convierte en la gran estrella al oriente del cielo que crea las horas del día y las horas de la noche, y atraviesa para siempre tiempos y espacios.

La tumba de Seti I es, también, el conservatorio de los grandes textos simbólicos e iniciáticos que Faraón debe conocer para cruzar las puertas del más allá y vivir en eternidad: *Libro de la cámara oculta (Amduat), Ritual de la apertura de la boca, Libro de las puertas, Letanías de Ra, Libro de la vaca celestial.* Son las seguras guías que contienen las fórmulas indispensables de conocimiento.

Aquí, Faraón es «el gran dios, dotado de vida»; guiado por la Regla, sigue el camino de Occidente, unido a la luz creadora. Hace ofrendas a todas las divinidades encontradas y su ser regenerado se convierte en el conjunto de las fuerzas divinas. Por sí sola, la tumba de Seti I merecería una larga obra de descripción, traducción y comentarios; ciento setenta y cinco años después de su descubrimiento, no ha sido todavía objeto de una publicación científica y ha sido necesario aguardar hasta 1991 para que se publicaran las fotografías en blanco y negro de Harry Burton, tomadas en 1921.[7]

En 1988, cayeron algunos fragmentos del techo astronómico y la tumba fue cerrada al público. Actualmente se están llevando a cabo trabajos de restauración.

Belzoni advierte distintas etapas en el acabado del dibujo: algunas escenas están más o menos esbozadas, aunque la gran mayoría alcanza la perfección. Es imposible, evidentemente, hablar de que están inconclusas. El italiano, intuitivo, es el primero en comprender -y demasiados egiptólogos olvidan su opinión- que los egipcios quisieron, de este modo, hacernos ver *«todo el procedimiento de los artistas encargados del embellecimiento de los sepulcros y los templos».* Quien quiera comprender la naturaleza y la técnica del dibujo egipcio, debe, en efecto, estudiar las plantillas de proporciones que esta tumba revela.

Durante su último viaje al Alto Egipto, Belzoni tomará moldes de los bajorrelieves utilizando una mezcla de cera, resina y fino polvo que le permite obtener una pasta fácil de modelar. Él, el manazas, se vuelve entonces delicado y procura no dañar los colores. Atónito, cuenta más de dos mil «figuras jeroglíficas» cuyo tamaño varía de una a seis pulgadas; y no se ocupa todavía de los propios textos, de aquellos textos que viven y transmiten la vida. Muchas sutilezas se le escapan, y otras muchas se nos escapan aún; por ejemplo, algunas

[7] El Instituto Ramsés procedió a un inventario fotográfico en color.

frases están escritas al revés pues el mundo subterráneo, mientras se halla en las tinieblas, está invertido. Cuando pasa el sol, en su viaje hacia la resurrección, todo se endereza.

El sarcófago, «del más hermoso alabastro oriental [la calcita]», deslumbra a Belzoni. No tiene igual en el mundo y «se vuelve transparente cuando se coloca una luz tras una de sus paredes». Decorado con figuras y textos del *Libro de las puertas,* esta obra maestra, cuya tapa fue arrancada y quebrada, se vio por desgracia transportada a Londres y acabó en un museo privado, el de Sloane, en Lincoln's Inn Fields. La comunidad científica internacional debiera movilizarse para repatriar ese sarcófago y devolverlo a su lugar de origen. Lo mismo debiera hacerse en lo que se refiere a los dos bajorrelieves cortados por Champollion y Rossellini, y que se hallan en el Louvre y el museo de Florencia. Si la intención era comprensible -mostrar al mundo la excepcional calidad del arte egipcio, este exilio no es hoy aceptable ya. ¿No se podría disponer al menos, y sin dilaciones, de una copia? La tumba de Seti I encierra un enigma ante el que Belzoni no fue insensible; más allá de la sala del sarcófago, un corredor se hunde en la roca como si el monumento renaciera y continuara. El italiano creyó en la existencia de un paso subterráneo que atravesaba la montaña; es imposible apoyarle o contradecirle porque no se ha iniciado excavación alguna.

Tal dispositivo no es único; existe en otras tumbas y significa, a nuestro entender, que la morada de eternidad, como el templo, nunca se termina. Lleva en sí misma su más allá, que escapa a cualquier comprensión humana. ¿Cómo simbolizar esa zambullida en lo invisible sino por medio de un corredor que se dirige al corazón de la piedra?

UN AGÁ DESEOSO DE BOTÍN

El descubrimiento de esta fabulosa tumba causó sensación: muy pronto circularon rumores. ¿No habría el titán de Padua exhumado un tesoro del que no habría hablado a nadie porque quería guardarlo para sí? Un potentado local, el agá de la ciudad de Qena, célebre todavía hoy por sus venganzas, no quiso aceptarlo. Sin perder un solo instante, montó en su caballo y partió a rienda suelta hacia el Valle, en compañía de una pandilla de milicianos armados.

Su llegada no pasó desapercibida; el agá y sus hombres dispararon tiros de pistola al penetrar en la necrópolis real. Belzoni les hizo frente, extrañado ante aquel despliegue de fuerzas. Con relativa amabilidad, el agá exigió visitar el sepulcro donde pudo hacer por fin, al excavador, la pregunta clave: ¿en dónde ocultaba el tesoro? Sus informadores se lo habían descrito: un gallo de oro lleno de diamantes y de perlas. El italiano, no sin trabajo, consiguió convencer a su interlocutor de que no había más riquezas que los prodigiosos bajorrelieves a los que el agá no había prestado atención alguna. Tras aceptar dirigirles una despectiva mirada, concluyó: «sería un buen local para un harén; las mujeres tendrían algo que mirar».

SETI I EL ADMIRABLE

La momia de Seti I no estaba ya en su sarcófago; los sumos sacerdotes Herihor y Smendes I se habían encargado de ella antes de que fuera transferida, en el año 10 de Siamon, al escondrijo de Deir el-Bahari.

La momia del creador de la obra maestra del Valle es la más hermosa de las momias y la mejor conservada; el rostro de Seti I es el de un hombre de raza blanca, grave, austero, de incomparables dignidad y nobleza. Una ligera sonrisa confiere a la expresión la serenidad más completa, que no excluye potencia y autoridad. Contemplar la momia de Seti I no es, ciertamente, enfrentarse a un muerto sino hallarse ante un faraón cuya alma ha vencido el obstáculo del óbito.

Seti I sólo reinó unos quince años (1294-1279) y murió entre los cincuenta y los sesenta años; pero aquel cuarto de siglo vio nacer una tumba sublime, el templo de Abydos, donde fueron revelados los misterios de Osiris y esculpidos los más hermosos bajorrelieves del Imperio Nuevo, la sala hipóstila de Karnak, la más vasta nunca edificada en Egipto, y el templo de los millones de años de Gurna, en la orilla oeste de Tebas. Semejante actividad arquitectónica, el genio de los arquitectos y los escultores que trabajaron en aquel bendito tiempo nos deja atónitos.

Cierto es que el rey se había colocado bajo la protección de Seth, el detentador del poder celestial; reina sobre un Egipto rico y apacible y, adepto de Seth, el asesino de Osiris, hizo edificar el mayor templo jamás construido para el dios muerto y resucitado, en Abydos, con el fin de que la fuerza destructora se vuelva fuente de resurrección.

Seti I, con el fin de garantizar la seguridad de las Dos Tierras, tomó de nuevo con mano firme el control de Siria-Palestina; beduinos y libios fueron controlados por el ejército y la policía del desierto. Ninguna amenaza de invasión perturbó el clima sereno que permitió a Seti el admirable construir las moradas divinas.

GLORIA Y DECADENCIA DE BELZONI

Pese a su formidable descubrimiento y a la primera exploración de la pirámide de Kefrén, Belzoni ve cómo su situación se degrada. No soporta ya ser el criado del cónsul general británico y se pelea con él, pero no se entiende mejor con sus adversarios, los franceses. Ni Salt ni el British Museum le agradecen los servicios prestados; no logra obtener el puesto oficial que pondría fin a su vagabundeo. Convertido en *persona non grata,* incapaz de financiar personalmente las excavaciones y obtener autorizaciones, sólo puede ya abandonar Egipto en 1819 y poner rumbo a Inglaterra, tras haber pasado por Italia y por su ciudad natal, donde es recibido como un héroe.

A fines de 1819 está en Londres. Gracias a los dibujos en color de Beechey y de Ricci, organiza una exposición de reproducciones de la tumba de Seti I. El éxito es inmenso; es la primera gran revelación

del arte egipcio que, tras tantos siglos de olvido, se pone bruscamente de moda. El libro donde Belzoni cuenta sus aventuras obtiene, también, el favor del público. En resumen, el titán de Padua se convierte en una celebridad; con un indudable sentido del espectáculo, desenvuelve una momia ante una concurrencia compuesta por lores y ladies. Por lo tanto, incluso las momias pueden tratarse ya; por lo que a los faraones se refiere, en adelante forman parte de la cultura europea.

En 1822, el año en que Champollion descifra los jeroglíficos, la exposición de Belzoni llega a París. El éxito se confirma. Sin embargo, el descubridor de la tumba de Seti I sigue sin obtener la estabilidad soñada. ¿Qué le queda salvo la aventura? Sale hacia Tombuctú, con la intención de llegar a las fuentes del Níger y obtener así nueva fama. Pero, esta vez, la expedición termina mal; el 3 de diciembre de 1823, con sólo cuarenta y cinco años, el titán de Padua muere de disentería.

Ciertamente, Belzoni se equivocó al afirmar que en el Valle de los Reyes no quedaba ya nada por descubrir; pero marcó indeleblemente su historia al descubrir las tumbas de Ramsés I y de su hijo Seti I. El mejor modo de resumir un personaje simpático y excesivo a la vez es citar uno de sus pensamientos, ingenuo y profundo al mismo tiempo: *«Los egipcios eran una nación primitiva: no encontraron modelos que imitar y se vieron obligados a inventar y crear».*

11 - EL METICULOSO SEÑOR BURTON

LA COTIDIANEIDAD EGIPCIA DE UN GENTLEMAN

El Valle es una gran dama de generoso corazón; ninguna clase de hombre la asquea, siempre que sienta interés por ella. Tras el bullidor y tempestuoso Belzoni, el siguiente explorador, James Burton, que trabajó en el paraje a partir de 1820, es exactamente lo opuesto: lento, preciso, meticuloso, no haría descubrimiento espectacular alguno. Sin embargo, gracias a él, el conocimiento del paraje progresará un poco; tras el tiempo del titán, llega el de una hormiga británica.

A comienzos del siglo XIX, el apasionado por la arqueología debe tener un evidente sentido de la organización y adaptarse a las condiciones locales. Su primera tarea en El Cairo consiste en alquilar un barco, que habrá tenido la precaución de desinfectar para que la mugre, los insectos y las ratas se vean reducidos al mínimo; si llega con buena salud a Tebas, se alojará en el templo de Karnak, si le interesa la orilla este, o en una tumba de la orilla oeste, si le fascina el Valle de los Reyes. En Gurna, donde los aldeanos han construido sus casas sobre las sepulturas de los nobles tebanos, es fácil encontrar morada. El arqueólogo debe aportar lo necesario: una cama, una mosquitera, sillas, un tablero de dibujo, un sextante, medicamentos contra la diarrea y la oftalmia, té, vino, coñac y, naturalmente, las obras de los autores antiguos y los modernos excavadores.

La comodidad es sumaria, pero la experiencia no es tan dura; el salario de los criados no es muy elevado y un hombre de calidad debe tener varios. Antes de que salga el sol, el primero de ellos abre la puerta de la alcoba y anuncia alegremente: «¡El sol, señor!»; el segundo sirve una taza de café y una pipa, el tercero un sólido *breakfast.* ¿Cómo no sentirse en forma, tras tantas precauciones, para subir a un asno y dejar que el borriquillo os guíe hasta el Valle? Allí hay que observar, medir, dibujar, excavar; a mediodía, es conveniente regresar para comer. Aves, arroz, pastas, agua del Nilo y un vaso de vino francés en el menú. Viene luego la indispensable siesta, después del café. Finalmente, se regresa al trabajo, hasta el ocaso, con la esperanza de descubrir una tumba intacta.

UN ENAMORADO DE LOS PLANOS

El honorable James Burton, que apreció los goces de aquella regulada existencia, fue un enamorado de la arqueología precisa, del dibujo puntilloso, del análisis arquitectónico y de los planos de las tumbas reales. Coleccionó, efectivamente, algunas antigüedades que se dispersaron en Sotheby's, pero redactó sobre todo setenta volúmenes de notas, planos y dibujos, ofrecidos al British Museum después de su muerte.

Poco preocupado por lo sensacional, el honorable señor Burton

piensa primero en proteger la magnífica tumba de Seti I haciendo edificar muretes que impidan al agua invadirla y degradarla; luego vacía el pozo que tanto había molestado al impaciente Belzoni en su avance.

Intenta también vaciar la enigmática tumba núm. 20 -que, según más tarde sabremos, fue una de las sepulturas de la célebre Hatshepsut-, pero debe renunciar a la empresa; el polvo hace irrespirable el aire y la tarea exige una organización de la que se siente incapaz. James Burton no es un conductor de hombres y no tiene las cualidades de un jefe de equipo; prefiere visitar las tumbas abiertas, observarlas de cerca y trazar sus planos. Advierte, por ejemplo, que una parte del techo de la tumba de Ramsés VI está hueca; por un agujero que se abre a bastante altura en el muro del corredor, es posible introducirse en otra tumba. Para evitarlo, el maestro de obras aumentó el ángulo de inclinación del corredor.

Burton no es sólo un observador sino también un descubridor, aunque sus éxitos fueran modestos; la tumba núm. 3, primero, sin inscripciones ni decoración, destinada tal vez a uno de los hijos de Ramsés III; la tumba núm. 12, luego, muda también, que se abre al sur de la sepultura de Ramsés VI. De unos ciento siete pies de longitud, baja, es un caso único en el Valle, si nos atenemos al plano de James Burton, ¡el único que se ha establecido! Tiene, en efecto, muchas cámaras laterales; ¿se trataría de un panteón familiar fechado en la XVIII dinastía? El monumento fue cuidadosamente excavado, pero los muros están desesperadamente blancos, a excepción de las marcas de los artesanos para indicar «norte» y «sur».

LA TUMBA DE MERIATUM (NÚM. 5)

James Burton realizó un tercer descubrimiento, más relevante; se trata también de una tumba no real, cuyo propietario es conocido, Meriatum, «El amado de Atum», uno de los hijos de Ramsés II, y sobre todo uno de los sumos sacerdotes de Heliópolis que llevaban el título de «Grande de los videntes» (o «El que ve al grande»). Personaje de consideración, en consecuencia, que fue uno de los primeros dignatarios del país en tiempos del más famoso de los Ramsés.

Naturalmente, el meticuloso James Burton levanta un plano del extraño monumento; un corredor lleva a una estancia cuadrada de dieciséis pilares en el que se abren varias cámaras. Nada comparable existe en el Valle ni en el resto de Egipto. A la izquierda de la entrada, la diosa Maat; en la tumba, muy deteriorada, Burton no señala objeto alguno.

Esta sepultura, digna de interés, no sólo no se estudió nunca de modo sistemático sino que hoy se ha perdido. Nadie ha entrado en ella desde 1920 y se halla en alguna parte, bajo el moderno aparcamiento, en un lugar que la hacía fácilmente inundable. Como la escala del plano de Burton se ha perdido también, no tenemos idea exacta alguna sobre sus dimensiones.

Tras los resonantes éxitos de Belzoni las hazañas de Burton parecen muy pobres; pero ¿tener tres tumbas del Valle, aunque no sean reales, en su activo no es acaso un honroso resultado?

12 - WILKINSON EL NUMERADOR

¡SE HAN DESCIFRADO LOS JEROGLÍFICOS!

El 27 de septiembre de 1822, Jean-François Champollion lee su «Carta al señor Dacier», donde expone los principios para descifrar los jeroglíficos. En el mismo instante, y en función de una de esas casualidades de la historia que se confunden con el destino, pasan ante el Instituto de Francia unas barcazas que transportan las enormes reproducciones de la tumba de Seti I que se expondrán en París. Champollion será el más atento de sus visitantes. ¿Vio a Belzoni y hablaron del Valle de los Reyes? Lo ignoramos. Es fascinante pensar que el genial descifrador se demoró en las reproducciones de la más hermosa tumba de aquel Valle que tanto esperaba explorar y al que Belzoni nunca regresaría, aquel Belzoni que tantos textos había visto sin poder leerlos.

El fabuloso descubrimiento de Champollion permitía leer los nombres de los reyes inscritos en los óvalos llamados «cartuchos», comenzar a comprender las bases de la civilización, establecer una cronología, un orden de las dinastías, en resumen, abrir un gigantesco libro cerrado desde que la última comunidad de adeptos egipcios, la del templo de Filae, había sido aniquilada por fanáticos cristianos, en el siglo VI de nuestra era. Podríamos creer que Champollion fue festejado y cubierto de honores. Muy al contrario, numerosos oponentes, tanto franceses como extranjeros, discutieron la validez del desciframiento. Entre ellos están los miembros de la expedición de Egipto, celosos del joven egiptólogo más sabio que ellos, cuando aparecían los últimos volúmenes de la *Description*. El conde de Forbin, director de los Museos nacionales y espíritu mediocre, desplegó numerosos esfuerzos para dificultar la carrera de Champollion.

Éste no había tenido posibilidad todavía de partir hacia Egipto para verificar la magnitud de su descubrimiento; no será él el primero en leer los nombres de los reyes inscritos en las tumbas del Valle, sino un inglés: John Gardner Wilkinson.

EL ORDEN Y EL MÉTODO BRITÁNICOS

Ya a la edad de doce años, Wilkinson, hijo de clérigo, hace una primera estancia en Egipto; nace una pasión que no hará sino aumentar durante las tres largas estancias que le llevarán al envidiable estado de primer egiptólogo ennoblecido, en 1837.

Tras sus estudios en Harrow y Oxford, se destina a una carrera de oficial; pero la llamada de Egipto es más fuerte. Un diplomático, sir William Gell, le alienta; como el joven dispone de algunos medios económicos, gracias a sus padres, se instala en Tebas ya en 1824, en una gran casa de ladrillos crudos, adornada con dos torreones, en la colina de Gurna, con la firme intención de proceder a un estudio sistemático de las tumbas del Valle.

Paciente y meticuloso, corrige los errores de sus predecesores y se interesa por lo que hoy se denomina «la cultura material» y la vida cotidiana de los antiguos egipcios. Redacta una obra monumental en cinco volúmenes, *The Manners and Customs of the Ancient Egyptians,* que le valdrá una reputación internacional. Como no tiene una cabeza metafísica y filosófica, Wilkinson no intentará comprender el significado de las tumbas reales, sino inventariarlas y clasificarlas; utilizando el método descifrador de Champollion, lee el nombre de los reyes inscrito en los cartuchos y, a partir de 1826, establece una primera lista cronológica de los faraones del Imperio Nuevo basándose en la documentación que proporcionan el Valle y otras inscripciones.

EL BOTE DE ACEITE OSCURO DE 1827

Para el Valle, 1827 es un año que cuenta, no porque Wilkinson saque a la luz una tumba extraordinaria sino porque numera todas las tumbas conocidas hasta entonces. Equipado con un bote de aceite oscuro y un pincel, inscribe los números a la entrada de cada sepultura; parte de la tumba más baja, asciende por el camino central atravesándolo a derecha e izquierda, hasta el punto más alto del Valle. Luego regresa al área central y desciende hacia la torrentera donde Belzoni descubrió la tumba de Seti I, a la que atribuye el núm. 17. Se dirige luego hacia la tumba de Montu-her-kopeshef, que recibe el núm. 19, luego desciende hacia las pendientes bajas del Valle. Así se otorgaron los veintiún primeros números. Wilkinson numera las catacumbas del valle del oeste en un sistema separado.

Advirtiendo que varias tumbas de la XIX dinastía estaban situadas en las partes bajas, Wilkinson teme que se inunden en las próximas lluvias torrenciales; asistió, por otra parte, a ese cataclismo cuando afectó la tumba de Merenptah. Un furioso torrente arrastró restos de roca que se introdujeron en el hipogeo. Conscientes ya del peligro, los antiguos habían construido pequeños diques ante las tumbas más vulnerables y bloqueado las puertas con piedras secas selladas con yeso muy resistente. Pero esos dispositivos se habían visto destruidos tras el abandono del Valle, expuesto ahora a la intemperie.

La tumba que apasionó a Wilkinson fue la de Ramsés III, no por sus colores sino por la representación de varios objetos utilizados cotidianamente: sillas, jarras, cestos, alfarería, etc. En opinión del arqueólogo, este material revelaba un alto grado de refinamiento.

Naturalmente, no desdeñó los dos famosos arpistas, que dibujó, al fin, con precisión.

Entre 1820 y 1830, Wilkinson copia las inscripciones y dibuja las escenas de las tumbas reales; ese enorme trabajo está reunido en cincuenta y seis preciosos volúmenes que contienen escenas desaparecidas o dañadas hoy. El arqueólogo, que sufría de oftalmia, se ve obligado a cambiar el Valle por las zonas desérticas donde el aire es más seco. No ha descubierto ninguna tumba nueva, es cierto,

pero ha puesto a punto una topografía de Tebas y una numeración que sigue utilizándose.

Como Belzoni, Wilkinson está convencido de que en el Valle no hay ya nada que encontrar; la más antigua tumba conocida es la de Amenhotep III y, desde Ramsés I, casi todas las sepulturas de los soberanos han sido identificadas. Las que faltan fueron, por lo tanto, excavadas en otra parte.

El arqueólogo inglés es un personaje estirado, distante, que no inspira simpatía; demasiado preocupado por los detalles y los aspectos materiales de la realidad egipcia, no advirtió la grandeza del Valle. Pero su trabajo sigue siendo digno de estima y sus «maneras y costumbres» de los antiguos egipcios servirán durante largo tiempo como obra de referencia, gracias a un hombre de campo.

Correspondería al padre fundador de la egiptología, Jean-François Champollion, situar el Valle en su verdadera perspectiva.

13 - CHAMPOLLION DESCIFRA EL VALLE

EL SUEÑO REALIZADO

Cuando llega a Egipto, Jean-François Champollion realiza su sueño más querido, conocer por fin la tierra de los faraones a la que se ha consagrado desde su juventud. Descifrar los jeroglíficos, ésa fue la vocación que le guió día tras día. Superdotado, aprendió gran cantidad de lenguas antiguas, preparándose para la iluminación de 1822, durante la que exclamó: «¡Ya lo tengo!», antes de desvanecerse. El desciframiento fue una cuestión de ciencia, de intuición y de videncia; todavía hoy parece una extraordinaria hazaña. En cuanto percibió las leyes de esa lengua en la que se mezclan lo simbólico y lo fonético, preparó una gramática, un diccionario y un tratado de mitología, trabajó con inagotable energía aunque su salud fuera frágil.

Tras mil dificultades, se embarcó finalmente hacia Egipto, a la cabeza de una expedición franco-toscana; el viaje estuvo a punto de ser anulado hasta el último minuto. Cuando el exiliado llegó a su patria espiritual, superó todos los obstáculos que levantaron en su camino Mohamed Alí, el cónsul general de Francia, Drovetti, y los traficantes de antigüedades; el descifrador quiso verlo todo, conocerlo todo, como si presintiera que aquel primer viaje de 1828-1829 iba a ser también el último.[8]

UNA CARAVANA DE ASNOS Y SABIOS

La primera visita de Champollion al Valle tuvo lugar en noviembre de 1828; fue una simple toma de contacto: *«Iba a visitar a los viejos reyes de Tebas en sus tumbas o, mejor, en sus palacios excavados a cincel en la montaña de Biban el-Muluk; allí, de la mañana a la noche, a la luz de las antorchas, me cansé recorriendo la sucesión de aposentos cubiertos de esculturas y pinturas, en su mayoría de sorprendente frescura».* Luego la expedición se dirige al gran sur y llega hasta la segunda catarata; en el camino de regreso, de marzo a junio de 1829, Champollion decide permanecer en el Valle para copiar lo esencial de las escenas y los textos de las tumbas reales. Su dibujante Néstor l'Hôte, que le conoce bien, no se hace demasiadas ilusiones: ¡lo esencial será todo! Conquistado, también él, por el Valle, no hará reproche alguno al descifrador pese al ritmo de trabajo que impone: tras la muerte de Champollion, L'Hôte regresará solo para completar sus dibujos.

«Una caravana compuesta de asnos y sabios», así describe Champollion la llegada de su equipo al lugar, cuidando de respetar el orden jerárquico de los factores; la carta del 25 de marzo de 1829 precisa las condiciones de alojamiento: *«Ocupamos el mejor aposento y el más magnífico que pueda encontrarse en Egipto. El rey Ramsés (IV) nos da hospitalidad, pues habitamos todos su magnífica*

[8] Narramos esta epopeya en nuestra novela *Champollion l'Egyptien.*

tumba, la segunda que se encuentra, a la derecha, al entrar en el Valle de Biban el-Muluk. Este hipogeo, de admirable conservación, recibe bastante aire seco y bastante luz para que estemos maravillosamente alojados... Es realmente una morada de príncipe, con el único inconveniente de la sucesión de estancia; el suelo está por completo cubierto de esteras y cañas; finalmente, los dos kauas *(nuestros guardas de corps) y los domésticos duermen en dos tiendas plantadas a la entrada de la tumba».*

Champollion, con mala luz, en posiciones extenuantes, respirando polvo, copia día y noche; se entrega al Valle y moviliza toda su energía, hasta el punto de caer desvanecido en la tumba de Ramsés VI cuyo mensaje espiritual le fascina.

En mayo, establece formalmente que el Valle es la necrópolis de los reyes originarios de Tebas, capital de Egipto por aquel entonces; cada tumba tiene su entrada propia y no se comunica con ninguna otra, a menos que algunos ladrones hayan excavado galerías. Y se extasía. ¡Qué inmenso trabajo para crearlo!

Admira las tumbas de Ramsés I, de Merenptah, de Seti I (en la que corta un sublime relieve para mostrar al mundo la perfección del arte egipcio), de Ramsés III (cuyos arpistas hace dibujar correctamente), de Ramsés VI y de Tausert; su gran decepción es el estado de la tumba de su querido Ramsés II, que encuentra llena de cascotes y habitada por serpientes y escorpiones. *«Haciendo excavar una especie de intestino en medio de los restos de calcáreo que llena esta interesante catacumba, llegamos, arrastrándonos a pesar del extremado calor, hasta la primera sala. Este hipogeo, según lo que puede verse, fue ejecutado a partir de un plano muy vasto y fue decorado con esculturas del mejor estilo, a juzgar por los pequeños fragmentos que subsisten todavía.»* Champollion preconiza una excavación completa que permita estudiar la tumba... ¡Una excavación que no ha sido practicada todavía!

CHAMPOLLION EL VISIONARIO

La estupidez humana irrita al descifrador: *«Varias de esas tumbas reales llevan en sus paredes el testimonio escrito que eran, hace muchos siglos, abandonadas y visitadas sólo, como en nuestros días, por muchos curiosos desocupados que, como los de nuestros días, creían identificarse para siempre garabateando sus nombres sobre las pinturas y los bajorrelieves, que quedaron así desfigurados. Los tontos de todos los siglos tienen ahí numerosos representantes».*

Este acceso de cólera no le impide hacer una predicción que se revelará acertada, pese a las opiniones de Belzoni y de Wilkinson: *«Es probable que todos los reyes de la primera parte de la XVIII dinastía descansen en este mismo Valle, y que sea ahí donde deban buscarse los sepulcros de Amenhotep I y II, y de los cuatro Tutmosis. Sólo podrán descubrirse ejecutando inmensos movimientos de tierra al pie de las grandes rocas cortadas a pico en cuyo seno fueron excavadas estas tumbas».*

Las cualidades de visionario del padre de la egiptología no se

ejercieron sólo en el terreno arqueológico; descifrador de los jeroglíficos, Champollion lo fue también del Valle cuyo mensaje fundamental, con fulgurante intuición, logró percibir. Trabaja a menudo solo en las tumbas, para escuchar «la voz de los antepasados», en silencio y recogimiento; sin más instrumento de trabajo que su mirada, consigue leer textos de gran dificultad y desvelar «las viejas verdades que creemos muy jóvenes». Las representaciones de los suplicios de los condenados evocan *El infierno* de Dante, pero, más allá de las imágenes, se produce el encuentro del ser transfigurado -Faraón- con las fuerzas divinas, y se afirma la inmortalidad del alma.

Champollion es capaz de percibir el secreto inscrito en los hipogeos y su razón de ser; en unas pocas líneas, da la clave básica del recorrido simbólico que lleva desde la entrada hasta la sala del sarcófago: *«Durante su vida, parecido al sol en su carrera de oriente a occidente, el rey debía ser el vivificador, el iluminador de Egipto y la fuente de todos los bienes físicos y morales necesarios para sus habitantes; el faraón muerto fue pues, también, comparado naturalmente con el sol que se pone y desciende hacia el tenebroso hemisferio inferior, que debe recorrer para renacer de nuevo por oriente y devolver la luz y la vida al mundo superior».* (Carta del 26 de mayo de 1829.)

Faraón y la luz son de la misma naturaleza; su aventura es idéntica. Si el sol no renace por la mañana, la naturaleza muere; si Faraón no resucita con él, la sociedad humana se sume en el caos. Como ha demostrado Assmann, los egipcios pensaron que el modelo faraónico, que está más allá de la Historia, era indispensable para la buena marcha del universo. Por ello, la enseñanza del Valle es, también, indispensable para la edificación de la espiritualidad; como Champollion comprendió, escenas y textos nos revelan las leyes del más allá y la vía de acceso para vivir en eternidad.

Las consecuencias de aquel desciframiento fueron considerables. Al probar que la Biblia no poseía la verdad absoluta, Champollion trastornó los hábitos y chocó con la Iglesia. Fue necesario admitir que la civilización se remontaba mucho más allá de Moisés; además, el padre de la egiptología demostró que los egipcios no eran idólatras ni politeístas, y que habían desarrollado una noción de la divinidad tan pura como la del cristianismo.

Aquella breve estancia en el Valle señaló una verdadera revolución del pensamiento; varios milenios de espiritualidad resucitaron y, a través de ellos, se perfiló una visión, a la vez muy antigua y muy nueva, de la vida y de la muerte. Champollion llevó a cabo una zambullida en las profundidades del alma egipcia y nos abrió un camino que estamos muy lejos de haber recorrido hasta el final; su experiencia supera el marco de la egiptología escolar y se inscribe, más bien, como la de un maestro espiritual. *«Debes considerarme como un hombre que acaba de resucitar* -escribe a su hermano, el 4 de julio de 1829-; *hasta los primeros días de junio, yo era un habitante de las tumbas donde no se ocupan demasiado de las cosas de este mundo.»*

Champollion no descubrió ninguna tumba nueva, pero vivió y transmitió el misterio del Valle; Wilkinson se ocupaba del número, Champollion percibió el Número, la realidad secreta. Su muerte frenó el florecimiento de la naciente egiptología. Traicionado, incomprendido, no tuvo ningún discípulo directo; sus obras más importantes no fueron publicadas y deberemos aguardar la época más reciente para verlas renacer.

Olvidando su predicción, la mayoría de los eruditos creyeron que el Valle estaba agotado y que todas sus tumbas habían sido sacadas a la luz.

14 - MOMENTOS BAJOS

EL TIEMPO DE LOS ARTISTAS

Entre 1820 y 1840, el Valle se convirtió en un lugar predilecto para los arquitectos y los artistas que se complacían dibujando las escenas de las tumbas reales; de este modo, el escocés Robert Hay, hijo de un terrateniente, se hizo construir una casa tras haber vivido en la tumba de Ramsés VI. En el suelo, alfombras compradas en El Cairo; contra las paredes, divanes y almohadones; cerca de la tumba, un corral con patos y pollos. Ante la entrada del sepulcro, perros guardianes. Trabajaban en los corredores, al abrigo del sol, y su mesa era la mejor posible.

Robert Hay, en un plazo de catorce años, efectuó varios viajes y reunió a su alrededor a jóvenes arquitectos y dibujantes, enamorados unos de Egipto y cediendo otros a una moda; a partir de 1842, Hay y su equipo efectuaron una considerable tarea; cuarenta y nueve volúmenes de dibujo, en los que se reproducen escenas desaparecidas o degradadas, serán depositados en el British Museum. Esta documentación, poco conocida, merecería una publicación.

Ni Hay ni sus compañeros pensaron en excavar; el Valle era un paraje tan bien explorado que parecía inútil desplegar vanos esfuerzos.

LA EXPEDICIÓN DE LEPSIUS EL PRUSIANO

El Valle había acogido ya a algunos aventureros, eclesiásticos, soldados, sabios, artistas... Le faltaba todavía un emisario del rey de Prusia, el lingüista y museógrafo Carl Richard Lepsius que permaneció en Tebas de octubre de 1844 a febrero de 1845. Autoritario, organizado, condujo a redoble de tambor un disciplinado equipo que visitó el máximo de parajes y cuya ambición fue publicar una nueva descripción de Egipto centrada en la arqueología; el proyecto adoptará la forma de una monumental colección de textos y planchas, los *Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien* que todos los egiptólogos dotados de suficiente fuerza física han manejado un día u otro; con las *Notices descriptives* y los *Monuments d'Egypte et de Nubie* de Champollion, son las primeras publicaciones arqueológicas de gran valor a las que debemos remitirnos para seguir la huella de monumentos desaparecidos.

Lepsius no marcó el Valle con su huella; se limitó a despejar algunas tumbas y levantar nuevos planos cuando consideró que los antiguos eran demasiado inexactos. Hizo un estudio sumario de la tumba de Seti I, rozó la gigantesca tumba núm. 20 y se ocupó de la sepultura de Ramsés II, de la que habría deseado sacar el sarcófago del ilustre faraón. Decepcionado, no encontró ni rastro. Sin duda es el autor de algunas degradaciones en la tumba de Seti I, de la que salió llevándose fragmentos de bajorrelieve.

EL DESENCANTO DE ALEXANDER RHIND

En distintos países, ciertos sabios se negaron a ver morir la egiptología tras el óbito de Champollion, cuyo descubrimiento fue discutido durante largo tiempo.

En Francia, el señor De Rouge estudió los textos de acuerdo con su método, cuya eficacia demostró. Alexander Rhind, por su parte, hombre de leyes de Edimburgo, obligado a permanecer en Egipto por su mala salud, decidió practicar la arqueología con rigor y método.

Estableciéndose en Gurna, en la orilla occidental de Tebas, comenzó a excavar en el Valle en 1855, a la cabeza de un equipo de veinte obreros y con una idea algo loca: ¿y si no hubieran sido descubiertas todas las tumbas?

Hacia 1850, la guerra de los cónsules había terminado por falta de combatientes y de hallazgos maravillosos; ¿quién podía pensar en iniciar largas investigaciones cuando expertos como Belzoni y Wilkinson habían considerado el paraje como definitivamente estéril? Como no existía reglamentación alguna, pequeños buscadores de tesoros cavaban aquí y allá, con la esperanza de echar mano a algún objeto precioso para revenderlo a buen precio en el mercado clandestino de antigüedades.

Pero el Valle se envolvió en su dignidad y se negó a esos ocasionales desvalijadores. Alexander Rhind era de otro temple; fue el primero que aplicó una ley básica de la arqueología moderna, anotando la posición exacta en la que encontraba un objeto. De momento, el detalle podía parecer sin importancia pero, tras una excavación bien dirigida, proporcionaba con frecuencia preciosas indicaciones.

Rhind esperaba excavar pulgada a pulgada, aunque las primeras tentativas fueran decepcionantes; ¡por fin la entrada de una tumba! La excitación del escocés llegaba al colmo. Tras dos días despejando, tuvo que rendirse a la evidencia, se trataba sólo de una roca que parecía haber sido tallada por manos humanas. Desencantado, decidió abandonar el Valle de los Reyes y explorar la rama oeste; pero su salud en declive le impidió llevar a cabo su proyecto. Entre Rhind, de evidente buena voluntad, y el Valle, no se estableció una corriente de simpatía; el total fracaso del escocés tendía a confirmar la inexistencia de otras tumbas.

AUGUSTE MARIETTE O EL VALLE OLVIDADO

De 1857 a 1872, Auguste Mariette, uno de los gigantes de la arqueología egipcia, excavó un considerable número de parajes. Hombre rudo, de difícil trato, paseó por todo Egipto su alta talla y sus autoritarias maneras. Temido y poco amado, impuso su formidable poder de trabajo y su pasión por la civilización de los faraones. En Mariette había algo de Belzoni; excavó mucho, con excesiva prisa a menudo, trazó su camino sin preocuparse por sus detractores y nunca cuidó su salud. Pero Belzoni fue siempre un aficionado mientras Mariette se convirtió en un profesional; no sólo

se preocupó de exhumar sino también de preservar y conservar. Ya en 1857, propuso una legislación para terminar con el pillaje de antigüedades y consideró la creación de un museo en el que estarían a salvo de toda clase de codicia. En Bulaq, en un modesto local del barrio viejo de El Cairo, el obstinado Mariette abrió el primer museo de antigüedades egipcias en el propio Egipto; él fue, también, quien puso los fundamentos del futuro Servicio de Antigüedades, encargado de organizar y supervisar las excavaciones.

¿Y el Valle? Mariette, el devorador de parajes, lo olvidó. Sin duda consideró que no tenía ya nada que revelar, de acuerdo con la opinión corriente; sin embargo, lo hizo vigilar y dio consignas a los guardianes de las tumbas para evitar nuevas degradaciones. Aunque la eficacia de aquellas órdenes fue dudosa, pusieron freno sin duda a la actividad de los iconoclastas.

En 1860 se tomó la primera fotografía conocida del Valle; se ve en ella la antigua entrada del paraje, bastante estrecha, que por desgracia fue destruida en 1950 para dar paso a la carretera. Esta nueva técnica, tan útil para los arqueólogos, no suprimió la necesidad del dibujo, más explícito a menudo; pero comenzaba una nueva era.

Hacia 1870, Egipto se abrió al progreso; una sociedad europea, compuesta sobre todo por franceses e ingleses, se puso a la cabeza de sus finanzas, su comercio y su industria. Era agradable vivir en aquel país, sus posibilidades futuras parecían interesantes, su pasada grandeza sólo pedía renacer; pero el pueblo iba a pagar el precio del cambio y los políticos llevaron pronto a su nación al borde de la bancarrota.

1870 es una fecha significativa en la historia del Valle; aquel año, en efecto, aparecieron en el mercado clandestino de antigüedades unos objetos muy extraños. A los conocedores no les cupo duda alguna: procedían de una tumba real.

15 - El escondrijo de Deir el-Bahari

Un nuevo conquistador: Gastón Maspero

Gracias a los esfuerzos de De Rouge, la egiptología no murió y la obra de Champollion no se olvidó por completo. Pacientes y laboriosos, jóvenes eruditos aprendieron los jeroglíficos y se formaron en la práctica de una nueva ciencia que alimentaron, poco a poco, con publicaciones francesas, inglesas y alemanas. Entre ellos, sobresale un nombre, el de Gastón Maspero, nombrado director de la nueva escuela de arqueología de El Cairo, adonde llega en 1881. Puesto a la cabeza del Instituto francés de arqueología oriental (IFAO), tuvo que aclimatarse a un Egipto que estaba descubriendo y afrontar una terrible prueba, la muerte de Auguste Mariette, agotado por largos años de intenso trabajo. Dramático final de una vida, puesto que Mariette estaba solo, necesitado, carecía de un reconocimiento oficial que sólo logrará después de su muerte; además, durante las últimas horas de su existencia, vio cómo se desmoronaba una de sus más obstinadas teorías. No había creído en el Valle, no creía que en el interior de las pirámides figuraran inscripciones. Pero Maspero, al penetrar en las pirámides de la VI dinastía, advirtió que sus paredes estaban cubiertas de franjas verticales de jeroglíficos, formando el más antiguo texto sagrado de Egipto. Mariette se había equivocado en un punto fundamental. Maspero emprenderá una traducción de aquellos *Textos de las pirámides,* de temible dificultad; fue su primera conquista arqueológica, pero le aguardaba otro milagro.

Un americano de barba blanca

Alto, imponente, de rostro alargado y adornado con una soberbia barba blanca, Wilbour no tenía sin embargo más que cincuenta años cuando, impulsado por su pasión egiptológica, se interesó por el mercado de las antigüedades; en 1881, éste seguía siendo muy floreciente, incluyendo cierto número de falsificaciones, aunque también piezas auténticas.

El ojo de Wilbour no era el de un profano; discípulo de Maspero, sabía distinguir el buen grano de la cizaña. ¡Pero el buen grano circulaba de modo anormal! Alguien ponía a la venta, desde hacía varios años, objetos que procedían sin duda alguna de una tumba real que ningún arqueólogo conocía. La conclusión se imponía por sí misma. Una banda de ladrones había echado mano a un notable tesoro. Única solución: intentar tirar discretamente del hilo sin llamar, demasiado pronto, la atención de los culpables.

Hábil y tranquilizador, Wilbour se hizo pasar por un aficionado a las rarezas dispuesto a pagar hermosas sumas; un tal Ahmed Abd el-Rassul aceptó recibirle, en Gurna... ¡En una tumba! Apropiado lugar, donde los haya, para negociar un magnífico papiro. Una semana más tarde, Wilbour tuvo entre las manos vendas de momia

con el nombre de Pinedjem I, rey-sacerdote de la XXI dinastía; como la pista iba precisándose, no podía ya actuar solo. Avisó a Maspero, quien, en compañía de Emile Brugsch y otros ayudantes, llegó a Luxor el 3 de abril de 1881. La investigación se acentuó; un pequeño revendedor se dejó dominar por el pánico y confesó que una importante familia de Gurna, los Abd el-Rassul, había descubierto una tumba cuyo contenido suponía cuarenta mil libras de antigüedades.

LA GRAN JUGADA DE LOS ABD EL-RASSUL

Maspero sabía que los habitantes de Gurna eran gente pobre, abrumada por los impuestos, y que el comercio de las antigüedades robadas en las tumbas era su único medio de enriquecerse; como egiptólogo, tenía que luchar contra aquel tráfico.

Interrogó a Ahmed Abd el-Rassul, que lo negó todo pese a la amenaza de ser encarcelado y, ciertamente, torturado, en Qena; seguro de sí y relajado, el interlocutor del arqueólogo no creyó que llegaran a semejantes extremos. Ni siquiera se enojó con el francés y sus relaciones siguieron siendo cordiales.

Ahmed, sin embargo, cometió un error; con el dinero obtenido con su tráfico, hizo construir en Gurna «la nueva casa blanca» que llamó la atención a las autoridades. La fortuna de los Abd el-Rassul se hizo demasiado visible.

Detenidos y encadenados, Ahmed y su hermano Hussein fueron encarcelados en Qena donde reinaba el terrible gobernador provincial Danud Pacha, una sola de cuyas miradas hacía confesar a los más endurecidos bribones; pero ambos hermanos guardaron silencio. Dos meses más tarde, fueron liberados.

Maspero y su equipo no tenían ya demasiadas esperanzas; habían agotado los medios legales. Fue entonces cuando, como en toda tragicomedia bien regulada, entró en escena el traidor. El hermano mayor de la familia Abd el-Rassul, Mohamed, quedó convencido de que la policía no se detendría ahí; aterrorizado, preocupado por las severas represalias, se dirigió a Qena y reveló el emplazamiento de una tumba que, por sí sola, contenía cuarenta momias.

El clan Abd el-Rassul lo había descubierto muchos años antes, en 1875 y, tal vez, incluso en 1870; como precio de su traición, Mohamed recibió quinientas libras egipcias y... ¡un cargo oficial! «Consideré que debía nombrarle *reis* de las excavaciones en Tebas -explica Maspero-; si pone al servicio del museo la misma habilidad que puso, durante largo tiempo, en perjudicarlo, podemos esperar todavía algunos hermosos descubrimientos.»

LAS MOMIAS REALES DE DEIR EL-BAHARI

El 6 de junio de 1881 un calor abrumador reinaba en Luxor; Emile Brugsch, que representaba a Maspero, se lanzó al asalto de la famosa tumba cuya existencia parecía casi extravagante. La sorprendente excursión no fue descansada; el ascenso a la colina

perteneciente al circo montañoso de Deir el-Bahari, tras la colina de Gurna, era peligroso. En el flanco sur del acantilado, a unos sesenta metros por encima del suelo, se abría un pozo de dos metros de largo y doce de profundidad.

Brugsch, impresionado e impaciente, presentía un formidable descubrimiento. Sin vacilar, bajó al fondo del pozo con la ayuda de una cuerda; allí comenzaba un corredor de techo bajo. Avanzó de rodillas y se hundió en la roca, unos setenta metros. Objetos antiguos por todas partes: estatuillas funerarias, cofres para canopes y ataúdes. El arqueólogo comprendió que se hallaba en un escondrijo dispuesto, por un sumo sacerdote, Pinedjem 11, que había hecho ampliar una antigua tumba.[9]

Brugsch, tras haber girado a la derecha, descubrió un nuevo corredor; era largo, estrecho, pero más alto y lleno también de antigüedades; al final del recorrido, estupefacción y maravilla: una cámara de setenta pies cuadrados llena de sarcófagos, algunos de dimensiones colosales. El egiptólogo se acercó y leyó las inscripciones. Identificó los ataúdes de la familia de Pinedjem, lo que era de esperar, pero creyó sufrir alucinaciones cuando descifró la identidad de los personajes reunidos en aquel santuario: Tutmosis I, Tutmosis II, Tutmosis III, Ramsés I, Seti I Ramsés II, Ramsés III, Ahmosis, el fundador del Imperio Nuevo, Amenhotep I, el creador del Valle de los Reyes, la gran y venerada reina Ahmose-Nefertari, cuyo sarcófago estaba metido en otro de cuatro metros de altura.

La época más gloriosa de la historia egipcia resucitaba, las momias de los reyes depositadas antaño en los ataúdes del Valle salían de la nada... Conmovido, Brugsch escribió esta frase exacta y extraordinaria: «Me hallaba ante mis propios antepasados». Le dominó una angustia, aquel fabuloso tesoro estaba en peligro. Ante todo, salir de la tumba; las antorchas podían pegar fuego a los preciosos sarcófagos.

TRASLADO DE MOMIAS Y ENIGMAS REALES

Reyes y reinas descansaban en hermosos ataúdes, algunos de los cuales habían sido desfigurados por los Abd el-Rassul, ávidos de joyas y amuletos; lo más sorprendente era una gran confusión, pues las momias no descansaban en sus sarcófagos de origen.

¿Qué había ocurrido? Textos y etiquetas de momias probaban que piadosos ritualistas, para salvarlas de una destrucción segura, las habían ocultado en aquella tumba que databa de comienzos de la XVIII dinastía y había sido reutilizada durante la XIX por el sumo sacerdote Pinedjem II y su esposa Neskhons. El secreto había sido

---

[9] Tal vez la de Inhapy, esposa de Ahmosis, Una inscripción nos da a conocer los nombres de quienes procedieron a los funerales de Pinedjem I, hacia 997 a. de C., y deben ser incluidos en el número de los salvadores de las momias reales: Nespekeshuty, «Divino padre» de Anión, escriba del ejército, alcalde de Tebas: Unnefer, «Divino padre» de Amón: Bekenmut, escriba real en Deir el-Medineh, el último que realizó esta función antes de que la comunidad se dispersara; Amenmosis, jefe de los artesanos; Pediamon, «Divino padre» de Amón y jefe de los secretos.

bien guardado, sin duda porque los salvadores habían procedido con rapidez y en pequeño número; habían envuelto de nuevo algunas momias y redactado etiquetas que relataban su traslado de la tumba de origen al escondrijo. Varias momias habían pasado algún tiempo en la tumba de Seti I; él mismo y Ramsés II eran, por otra parte, los dos últimos llegados.

Alrededor de los sarcófagos yacían miles de objetos, copas, jarras, *uchebtis,* guirnaldas de flores, cestos con alimentos, cajas que encerraban pelucas, es decir elementos del material fúnebre recogido en las tumbas. Si algunos amuletos habían sido brutalmente arrancados por los ladrones, Brugsch advirtió que muchas joyas habían sido cuidadosamente recogidas por los ritualistas encargados de restaurar las momias reales. Es muy probable que la tumba de Ramsés XI sirviera de taller; se quitó la chapa de oro de los ataúdes y se ocultó en otros lugares, todavía no descubiertos, raras y preciosas piezas.

El traslado de las momias reales y su colocación en lugar seguro fue una operación cuidadosamente programada y ejecutada con rapidez y eficacia; nadie reveló el secreto y, hasta la intrusión de los Abd el-Rassul, nadie penetró en el escondrijo.

Un formidable enigma se planteó entonces; ciertamente, se acababa de resucitar la memoria de varios faraones identificando sus momias, pero ¿dónde estaban sus tumbas? ¿Dónde habían sido enterrados, por ejemplo, Tutmosis III y sus predecesores? Mas Brugsch tenía otras cosas en la cabeza.

UN VIAJE PRECIPITADO

Evidentemente, aquel descubrimiento merecía la mayor atención; habría sido necesario establecer un inventario completo de los objetos, pequeños y grandes, anotar su emplazamiento exacto, trazar un plano de los lugares, dibujar y fotografiar, en resumen, consagrar varios meses a aquel increíble hallazgo. El propio Brugsch estaba considerado como un buen fotógrafo; sin embargo, no disponemos del menor cliché, ni de un plano, ni de una lista de los sarcófagos tal como estaban colocados.

Aterrorizado ante la idea de que los ladrones pudieran apoderarse en cualquier momento de semejante tesoro, Brugsch tomó una decisión que se considera desastrosa desde el punto de vista científico: vaciar rápidamente el escondrijo de su contenido.

Los hombres de Daud Pacha reunieron trescientos *fellahs* que formaban buena parte de la población masculina de Gurna y, en menos de dos días, aquel pacífico ejército transportó sarcófagos y momias hasta un barco especial fletado por el museo de El Cairo.

Aunque Brugsch respirara porque el fabuloso tesoro estaba de nuevo seguro, ¿cómo no lamentar una precipitación que nos ha impedido, para siempre, reconstruir ciertos acontecimientos y escrutar mejor los misterios de aquel escondrijo? Al borrar las huellas del paraje, sin efectuar la menor anotación, Brugsch privó a la arqueología egipcia de uno de los fragmentos más apasionantes de

su historia.

Algunos sarcófagos eran tan pesados que fueron necesarios doce hombres para llevarlos; cuando el barco surcó las aguas del Nilo, los aldeanos se reunieron en las orillas y saludaron ruidosamente a los antiguos reyes de Egipto. Como las antiguas plañideras, ciertas mujeres lloraron mesándose los cabellos mientras los hombres disparaban sus fusiles.

Un aduanero para las momias

Si el viaje de las momias reales se desarrolló sin incidentes, su llegada a El Cairo fue más movida y dio lugar a un incidente administrativo que ni el más fecundo de los novelistas hubiera podido imaginar.

La aduana, en todos los países del mundo, es una institución omnipotente. En el Egipto moderno, el aduanero medio es un personaje que cree en su importancia y debe demostrarla.

Cuando el barco que llevaba los sagrados cuerpos de los soberanos del Imperio Nuevo llegó al puesto de aduana encargado de tasar todas las mercancías que viajaban por el Nilo, el funcionario sintió una indiscutible turbación. Por un lado, debía aplicar el reglamento que no toleraba excepción alguna; por el otro, ¡dramático caso!, tenía que vérselas con una mercancía no inventariada. ¿Qué índice impositivo elegir? Desesperado, el aduanero incluyó las momias en la categoría de «pescado seco». Pagada la tasa, pudieron franquear la barrera de un mundo que no tenía ya, realmente, nada en común con la civilización faraónica, y llegar al museo de El Cairo.

Tutmosis III decepciona a Maspero

El comportamiento de Brugsch tiene una explicación; Maspero, su patrono, era un apasionado por las colecciones y sólo sentía un moderado interés por la arqueología de campo. Nada le gustaba más que ver como el museo se enriquecía con hermosas piezas. La llegada de las momias reales le colmó de satisfacción; decidió proceder al desenvolvimiento de los ilustres cuerpos comenzando por el de Tutmosis III, llamado a veces el «Napoleón egipcio» por sus victorias militares en Asia.

Los Abd el-Rassul la habían emprendido con la momia cortando algunas vendas para arrancar el escarabeo, símbolo de las mutaciones eternas, colocado en el emplazamiento del corazón. La decepción de Maspero fue muy grande, la momia estaba mal conservada. La cabeza separada del cuello, las piernas quebradas, las vendas saturadas de aceite y resina que se adherían a la piel. El sabio francés temió que las demás momias estuvieran en el mismo estado y aplazó *sine die* las operaciones. Seguros ya en el museo, Ramsés II y los demás faraones aguardarían días mejores.

El intermedio Lefébure

En 1882, el ejército británico bombardea Alejandría; el cuerpo

expedicionario inglés se apodera de El Cairo y, muy pronto, la administración británica reina sobre el país controlando el gobierno egipcio. El acontecimiento es importante; durante un largo período, Gran Bretaña se interesará de cerca por el país de los faraones y lo colocará, cada vez con mayor firmeza, bajo su yugo.

En 1883, Eugène Lefébure, de cuarenta y tres años de edad, se convirtió en director del Instituto francés de arqueología oriental; sucedió a Maspero que se puso a la cabeza del Servicio de Antigüedades y reinó así sobre la arqueología en Egipto. Lefébure, poeta y amigo de Mallarmé, se interesó en el simbolismo del Valle de los Reyes; copió la totalidad de los textos de las tumbas de Seti I y de Ramsés IV, identificó los «libros» y comparó las versiones de base con las halladas en otros lugares. Tras dos meses pasados en la tumba de Seti I, trabajó cuatro años en las tumbas reales antes de ceder su puesto a Grébaut.

Lefébure ha sido, por lo general, juzgado severamente; los epigrafistas le reprochan un trabajo apresurado y poco cuidadoso. Por lo que a su comportamiento se refiere, aquel hombre se ganó las críticas; ¿no había abandonado, acaso, a su mujer y a un bebé en El Cairo para permanecer en la orilla oeste de Tebas donde, tras haber desalentado a sus ayudantes, estaba solo? Tras haber residido en la tumba de Ramsés IV, tuvo frío durante las noches de invierno y prefirió instalarse en una célebre morada de Gurna, «la casa blanca» de los Abd el-Rassul, construida con el dinero procedente del tráfico de antigüedades.

Nervioso, enamorado de la soledad, salvaje, Eugène Lefébure escribió una obra no desdeñable en la que destacan sus estudios sobre el mito osírico y sobre los ritos de protección de los edificios; su pasión por el Valle de los Reyes fue innegable y se colocó en la estela de Champollion al afirmar su voluntad de conocer mejor los textos inscritos en las paredes. ¿Y cómo no envidiar a un investigador que tuvo la suerte de permanecer cuatro años en el Valle?

MASPERO DESENVUELVE

En junio de 1886, cinco años después del descubrimiento de Deir el-Bahari, Gastón Maspero, recuperado de su decepción, decidió examinar las momias reales. El estudio de los textos le reveló que habían realizado un evidente recorrido por el Valle; la momia de Ramsés II, por ejemplo, fue cuidada bajo el reinado de Herihor, transportada a la tumba de Seti I y, luego, a la de Amenhotep I, restaurada de nuevo y, finalmente, depositada en el escondrijo de Deir el-Bahari. Un equipo de especialistas velaba por esas preciosas reliquias después de que el Valle no fuera ya utilizado como necrópolis y, por lo tanto, estuviera poco o nada custodiado.

En compañía de Brugsch y de Barsanti, y en presencia del dueño del país, el jedive Tewfik, el primer día de la experiencia, Maspero desenvolvió las momias. Ciertamente, sufrió nuevas decepciones; por ejemplo, Ramsés III, cuyo rostro estaba dañado, o

la reina Ahmose-Nefertari, muerta en la vejez, y cuyo cadáver se pudrió en cuanto estuvo al aire libre; pero le aguardaban dos sublimes hallazgos.

El primero fue el de Ramsés II, a quien Maspero liberó de sus vendas en menos de un cuarto de hora; ancho pecho, hombros cuadrados, con las manos cruzadas sobre el pecho, algunos cabellos en las sienes y en la parte trasera del cráneo, la nariz larga y fina, los pómulos salientes, el mentón prominente, las orejas perforadas, el rostro potente y voluntarioso, el gran monarca hizo una gran impresión al equipo de egiptólogos.

El segundo fue el del padre de Ramsés II, Seti I, cuyo rostro tranquilo y sereno es la más hermosa cara momificada nunca descubierta; a través de ella, se expresa la eternidad.

16 - La tumba de Ramsés VI o la alquimia de la luz

Dos reyes en una tumba

En 1886, Grébaut sustituyó a Maspero a la cabeza del Servicio de Antigüedades; despechado y fatigado, el célebre sabio regresó a París. El nuevo director confió a George Daressy la tarea de despejar por completo las tumbas de Ramsés VI y Ramsés IX; aunque fueran ya muy visitadas desde la Antigüedad, estaban todavía llenas de cascotes. Aquella pequeña campaña de excavaciones dio interesantes resultados: los restos de una narria funeraria en la tumba de Ramsés IX y, en la de Ramsés VI, un objeto de madera que servía para encender fuego.

En 1888, Daressy concluyó la excavación de la tumba de Ramsés VI (núm. 9), que fue primero la de Ramsés V; dos reyes cohabitaron pues en una misma morada de eternidad, como si fueran indisociables el uno del otro.

El reinado de Ramsés V sólo duró cuatro años (1148-1144); su momia, bien conservada, es la de un hombre de 1,72 m aproximadamente, que parece haber muerto bastante joven. De acuerdo con dos de sus nombres, fue «Poderosa es la Regla (Maat) de la luz divina (Ra)» y «El que está hecho para existir gracias a la luz divina». Según la dedicatoria redactada para su tumba, precisó que había creado aquel monumento para sus padres, los dioses del espacio de regeneración, la *duat;* les concedía así un nuevo título de propiedad relativo a Egipto, para que los nombres divinos se vieran renovados.

Teólogo, Ramsés V hizo abrir de nuevo las canteras de piedra de Gebel el-Silsileh y las minas del Sinaí con la intención de emprender un vasto programa de construcciones; la muerte le impidió llevarlo a cabo.

Ramsés VI, que reinó durante ocho años (1144-1136), era uno de los hijos de Ramsés III; su momia, de 1,70 m, está por desgracia mutilada; se hallaba en el ataúd de un tal Re, primer profeta de Amón en el templo de Tutmosis III. Llevaba los nombres de «La luz divina (Ra) es el dueño de la Regla (Maat), amado por Amón, nacido de la luz divina, Amón posee su espada, el dios, el regente de Heliópolis». Se advierte la insistencia en el tema de la luz cuyas mutaciones se evocarán, precisamente, en la magnífica tumba que edificó desarrollando la de su predecesor.

¿Por qué lo hizo así en vez de excavar su propia morada de eternidad? Lo ignoramos. Lo cierto es que Ramsés VI quiso vincular su destino de ultratumba al de Ramsés V, sin duda a causa de una filiación espiritual.

Ramsés VI, que es el último faraón cuyo nombre consta en el Sinaí, hizo que la comunidad de Deir el-Medineh tuviera de nuevo sesenta artistas; no sólo se acercaba el fin del Valle y de la dinastía ramésida sino que Egipto sufría, también, una crisis económica y un

debilitamiento del poder central. Lamentablemente, la documentación no es abundante ni explícita.

LA TUMBA DE LOS MISTERIOS

Cuando un iniciado en los misterios de Eleusis, que cumplía las funciones de portador de antorcha, visitó la tumba de Ramsés VI, se sintió conmovido y lleno de admiración; hizo una inscripción: *«Yo, el portador de antorcha de los muy santos misterios de Eleusis, hijo de Minuciarus, el ateniense, habiendo visitado las siringas mucho tiempo después del divino Platón, he venerado y he dado gracias a los dioses que me han permitido hacerlo».* Ese particularísimo visitante reconoció, en las paredes, figuras y escenas que evocaban la enseñanza secreta transmitida durante la iniciación en los misterios.

El plano de la tumba es simple; en un eje que lleva de la entrada al corazón de la piedra, un corredor, una antecámara, una sala con pilares, un segundo corredor, una segunda antecámara y la sala del sarcófago. En las paredes de los corredores se inscriben capítulos del *Libro de las puertas,* del *Libro de las cavernas y* del *Libro de la cámara oculta;* en el techo, capítulos del *Libro del día y* del *Libro de la noche.*

Se desarrolla aquí la pasión por el sol; la majestad del dios se acuesta en vida y penetra en el mundo inferior para expulsar las tinieblas. Debe pasar una sucesión de puertas, rechazar las agresiones, hacer brotar el fuego de la inmortalidad. Los seres inquietantes, provistos de afilados cuchillos, no amenazan al sol sino que decapitan a los enemigos de Osiris; la luz es el secreto de la vida que provoca el gozo de Faraón. El rey se vuelve semejante a la luz, pues su voz es justa; ve su belleza, sube en su barca, navega por el océano de los orígenes, lleva con él a aquellos cuyo corazón ha sido reconocido auténtico, pues quienes han cometido el mal no verán el principio creador.

La sala de oro, donde se halla el sarcófago, tiene un techo en bóveda de cañón donde están pintadas dos diosas del cielo, la una el cielo del día, la otra el de la noche; en ese lugar se desarrollaba el misterio de la creación del disco solar y del renacimiento del rey, idéntico al nuevo sol que renace tras la travesía de las horas de la noche.

El viaje se efectúa de distintos modos. La barca solar desciende al mundo subterráneo, ilumina las tinieblas y reanima las fuerzas latentes; pero el sol puede recorrer, también, a pie las etapas de su resurrección. Según B. H. Stricker, las representaciones esotéricas de la tumba forman un auténtico tratado de embriología; tras haber asistido a la separación del cielo y de la tierra, al nacimiento de la luz y a la formación de un ser con las dimensiones del cosmos, vemos la impregnación del embrión, el descenso del alma animadora como un fuego llegado del cielo, la revelación del huevo primordial que contiene las formas de vida y la circulación de los elementos.

La tumba de Ramsés VI es un lugar fundamental del Valle; la

enseñanza que contiene es de las más esenciales. Como si los últimos ramésidas lanzaran las postreras chispas de una sabiduría, la tumba de Ramsés IX pertenece a la misma línea.

LA TUMBA DE RAMSÉS IX (NÚM. 6)

La última tumba del Valle espléndidamente decorada es la de un rey que reinó dieciocho años (1125-1107) y prolongó la obra esotérica y alquímica de Ramsés VI; su momia fue descubierta en el escondrijo de Deir el-Bahari. En el campo arquitectónico, se advierte una no desdeñable actividad, tanto en el norte, especialmente en Heliópolis, como en el sur, en Karnak. El nombre de Ramsés IX está presente en el oasis de Dakla y en Palestina. Escasos indicios, es cierto, que permiten suponer que, a pesar del creciente poderío de los sacerdotes de Amón, el poder faraónico recuperaba cierta soberbia. Pero en el año 16 del reinado se produjo un acontecimiento dramático, una pandilla desvalijó algunas tumbas. Este mero hecho es revelador de una crisis profunda que marcó el fin de la era ramesida.

Una de las escenas de la tumba de Ramsés IX, que debe estudiarse como complemento de la de Ramsés VI, es muy conmovedora; en ella se ve al rey haciendo ofrendas a «la que ama en silencio», la diosa de la cima tebana que protege el Valle de los Reyes.

A consecuencia de graves errores, la tumba de Ramsés IX está hoy degradada y la propia existencia de sus relieves se ve amenazada. Forma parte de los monumentos que deben restaurarse con urgencia, tanto más cuanto, también en este caso, falta una publicación correcta.

17 - TUTMOSIS III (NÚM. 34) Y EL AFORTUNADO SEÑOR LORET

MOMIAS SIN TUMBAS

En 1891, Mohamed Abd el-Rassul justificó las esperanzas que Maspero había depositado en él; tras haber indicado el emplazamiento del escondrijo de las momias reales, reveló otro a Grébaut. A Daressy corresponderá el privilegio de descubrir, a la entrada de Bab el-Gasus, un escondrijo conteniendo ciento cincuenta y tres sarcófagos y unas doscientas estatuas de sumos sacerdotes de Amón posteriores a la XXI dinastía.

Aquel brillante hallazgo, como el precedente, tenía un irritante sabor; si se disponía de las momias, forzosamente tenían que proceder de tumbas. Estas estaban, pues, enterradas bajo la roca y la arena.

Víctor Loret, que había llegado a Egipto en 1881, con Maspero, quedó impresionado por la resurrección de varios grandes reyes del Imperio Nuevo cuyas momias habían sido piadosamente recogidas en el escondrijo de Deir el-Bahari; cuando fue colocado a la cabeza del Servicio de Antigüedades, ignoraba que, durante los años 1898-1899, el Valle iba a ofrecerle sus más mayores gozos de egiptólogo. Por sí solo, Loret iba a numerar dieciséis tumbas, aumentando así de modo considerable el más prestigioso de los catálogos; ciertamente, varias de ellas eran ya conocidas y se limitó a atribuirles un número de orden, pero llevó a cabo varios descubrimientos fabulosos-. ¿Fue afortunado el señor Loret? Sin duda, pero también era buen conocedor de Egipto y de los egipcios; sus métodos lo probaron.

DONDE ENCONTRAMOS DE NUEVO A LOS ABD EL-RASSUL

En Tebas-Oeste, la célebre familia de Gurna sigue siendo un obligado punto de paso; el clan Abd el-Rassul conoce el terreno mejor que los arqueólogos. Ha explorado las colinas, los valles y los torrentes en busca de la más pequeña tumba, con la esperanza de descubrir tesoros negociables. Ha aprendido, con el transcurso del tiempo, a entablar otros diálogos con los excavadores europeos. A veces era más rentable vender una información que aventurarse en el mercado clandestino. Naturalmente, ese tipo de transacciones no puede consignarse en los informes oficiales ni mencionarse en las obras cultas. Pero ¿quién duda de su existencia y su utilidad? Víctor Loret supo llamar a la buena puerta. Discutiendo con el insustituible Mohamed Abd el-Rassul, a quien debiera considerarse, a fin de cuentas, como uno de los mejores arqueólogos del siglo XIX, obtuvo la tan esperada certidumbre, ¡una tumba desconocida todavía en el Valle de los Reyes! Es imaginable la fiebre que puede apoderarse de un excavador en semejantes circunstancias. Loret, metódico, ordenó que se llevaran a cabo una serie de sondeos que consistieron en excavar pequeños pozos en la masa de cascotes para llegar a la roca y descubrir la entrada de un hipogeo.

Contrariamente a lo que muchos imaginan, es muy raro que un arqueólogo ponga personalmente «manos a la obra»; suele limitarse a organizar y dirigir. La elección de los colaboradores y la formación de un equipo son decisivas. En ese terreno, Víctor Loret tuvo también suerte; confió a Hassan Hosni, inspector del Servicio de Antigüedades de Gurna, la tarea de proceder a las investigaciones en el extremo meridional del Valle, lejos de las tumbas ya conocidas, sin duda a causa de las informaciones facilitadas por Mohamed Abd el-Rassul.

Con el espíritu en paz, Loret se marchó a Assuan en viaje de inspección.

UNA TUMBA DE ALTURA

Víctor Loret no tendrá tiempo para inspeccionar ni para aprovechar las dulzuras invernales del hermoso paraje de Assuan. El 12 de febrero de 1898, recibió un cable de Hassan Hosni anunciándole una especie de milagro: los sondeos habían tenido éxito, ¡se acababa de descubrir una tumba! Loret regresó el 20 de febrero al Valle donde le aguardaba una colosal sorpresa, el 21 estaba ya trabajando.

Aquella tumba no se parecía a ninguna otra; por sí solo, su emplazamiento era extraordinario, se podía llegar a ella por el interior del Valle o por el sendero montañoso procedente de Deir el-Medineh pues admirablemente disimulada, se hallaba en el fondo de una cavidad, a casi diez metros por encima del suelo; los bordes del gollete iban aproximándose a medida que se acercaba la entrada, y el paso final no tenía más que un metro de anchura.

Fueron necesarias varias horas de esfuerzos para llegar al agujero negro que señalaba la entrada del hipogeo. De ella brotaba el olor de la madera de cedro. ¿Probaba aquello que había objetos preciosos intactos todavía? La curiosidad se hizo tan viva que ampliaron el agujero para arrastrarse e introducirse en aquel paraíso recuperado, de apariencia tan poco acogedora; ¿no serían necesarios diez días para despejar el recorrido que iba de la entrada al pozo?

La puerta de la tumba tiene 2,04 m de altura y 1,35 m de anchura. De sección cuadrada, el primer corredor tiene diez metros de largo, va reduciéndose y llega a una escalera muy pendiente que lleva a un segundo corredor de unos 9 m, interrumpido por un pozo de vastas dimensiones (4,15 x 3,96 m).

El primer cartucho que leyó Víctor Loret no dejaba subsistir duda alguna sobre el propietario del lugar: Tutmosis III, a quien algunos consideran, no sin razón, el mayor faraón de Egipto.

EL REINADO Y LA OBRA DE TUTMOSIS III

¿Cincuenta y cuatro años de reinado (1479-1425) o treinta y tres (1458-1425)? Todo depende de cómo se calcule. A la muerte de Tutmosis II, le sucede Tutmosis III y su reinado oficial comienza, pues, hacia 1479; pero el nuevo faraón es demasiado joven para reinar y una mujer excepcional, Hatshepsut, se hace cargo de la

regencia antes de convertirse, ella misma, en faraón durante veinte años (1478-1458), sin eliminar por ello a Tutmosis III.

De esta situación han nacido numerosas novelas. El joven Tutmosis no fue encarcelado ni perseguido; aprendió pacientemente su oficio de rey, no inició conspiración alguna contra Hatshepsut, no ordenó asesinato alguno y subió al trono en 1458, cuando se extinguió la reina-faraón tras un feliz y brillante reinado.

Tutmosis III, cuya memoria era venerada todavía en tiempos de los Ptolomeos, fue un soberano de excepcional envergadura; su momia, de pequeño tamaño, fue mal conservada, lamentablemente, y no comunica el vigor espiritual de un monarca que marcó profundamente su época y legó a la posteridad obras irreemplazables.

El historiador admira al jefe de guerra, responsable de diecisiete «campañas» en Levante, de las que algunas fueron expediciones militares y otras simples desfiles destinados a mantener el orden. Consciente de los peligros de invasión y deseoso de proteger Egipto, Tutmosis III dirigió la reconquista de Palestina, de Siria y de los puertos fenicios que no se convirtieron en colonias sino en protectorados; los gobiernos locales tenían que mostrarse fieles a Egipto y enviarle tributos. Tras haber atravesado el Éufrates, el ejército de Tutmosis III impuso la paz egipcia en Asia occidental; babilonios, asirios e hititas se comportaron como compañeros económicos que mandaban a la corte de Faraón oro, plata, cobre, marfil y piedras preciosas.

La gente de Mitanni, cuya civilización estaba centrada entre el Tigris y el Éufrates, parecieron durante largo tiempo una seria amenaza; por ello, Tutmosis III, en vez de esperar sus asaltos, decidió pasar a hierro y fuego el propio territorio del enemigo. En el año 33 de su reinado, le infligió una derrota decisiva.

En adelante, se tratará menos de hacer hablar las armas que de disuadir, pacificar y educar. En el año 42 del reinado se llevó a cabo la última campaña; Mitanni se había convertido en un país tranquilo, desprovisto de cualquier intención bélica. Aquella transformación de un peligro real en factor de seguridad fue uno de los más hermosos éxitos de la política exterior de Egipto; la operación fue llevada a cabo con discernimiento y perseverancia. Desde el Éufrates y el valle del Orontes, al norte, hasta Nubia y Napata, al sur, Tutmosis III reinó en un imperio de más de tres mil kilómetros de longitud. En el terreno arquitectónico, el rey modificó el templo de Amón-Ra en Karnak cerrando, hacia oriente, el patio del Imperio Medio, centro vital del edificio, con una espléndida construcción, llamada *akhmenu,* «Aquel cuyos monumentos brillan». El término *akh,* que puede traducirse por «luminoso, glorificado, fulgurante, útil», designa la más alta calidad espiritual del ser; ahora bien, en ese *akhmenu* se celebraba la iniciación en los grandes misterios de los sacerdotes de Karnak y los visires. La documentación prueba que estuvo reservada a un reducidísimo número de adeptos y que hoy contemplamos lugares en los que muy pocos egipcios fueron admitidos a lo largo de los siglos.

Los maestros de obras del rey construyeron templos en todo Egipto; él mismo se interesó por las más antiguas tradiciones e hizo copiar los textos sagrados de los orígenes, los famosos *Textos de las pirámides.* De este modo, los ritos practicados en Karnak se vincularon a las enseñanzas de Heliópolis, la más sagrada de las ciudades santas. Esos rituales, formulados por la Casa de la Vida en la época de Tutmosis III, fueron practicados hasta la época grecorromana; en este campo, como en los demás, el rey actuó de nuevo como innovador y hombre de síntesis.

El Valle de los Reyes fue objeto de sus más atentos cuidados. Probablemente hizo acondicionar las sepulturas de los dos monarcas que le precedieron, Tutmosis I y Tutmosis II, para darles una forma parecida a la de su propio hipogeo; algunos especialistas consideran incluso que es el verdadero fundador del Valle y que fue él quien lo designó, definitivamente, como necrópolis real.

Afortunado Víctor Loret, en verdad, que acababa de entrar en la morada real de semejante personaje. Su reinado había sido largo y glorioso, el Egipto de Tutmosis III rico y omnipotente... ¿No debía contener la tumba fabulosos tesoros?

ESTA TUMBA ES UN LIBRO ABIERTO

Loret advirtió que los artesanos habían trabajado cuidadosamente y el corredor había sido bien tallado; la decoración de la primera sala, de dos pilares, le asombró: gran número de divinidades dibujadas en el interior de rectángulos. Tenía ante los ojos las setecientas setenta y cinco fuerzas creadoras que engendra cotidianamente el sol y que permanecen ocultas en «las cavernas secretas de la totalidad reunida».

En el ángulo noroeste, una escalera que llegaba a la segunda estancia de la tumba, la cámara funeraria (15 x 9 m), sostenida por dos pilares rectangulares. Sus esquinas estaban cuidadosamente redondeadas; observándola atentamente, se toma conciencia de estar en el interior de un óvalo muy característico, el propio cartucho donde se inscribía el nombre de los faraones, dicho de otro modo, la sala es el ser del rey excavado en la roca; para Egipto, el nombre, que no debe confundirse con nuestro patronímico de estado civil, es uno de los componentes espirituales de la persona y no debe desaparecer. Nombrar es crear; siendo el nombre del rey una potencia creadora, sigue viviendo más allá del óbito.

En las paredes se desarrollan los distintos episodios del *Amduat,* el *Libro de la cámara oculta* o «Libro de lo que se encuentra en el espacio de mutación»; se trata de un gigantesco papiro desenrollado en las paredes, un libro abierto, pues, que tiene la particularidad de leerse a sí mismo por toda la eternidad, al margen de cualquier presencia humana. Debido a la especificidad del reinado de Tutmosis III, es posible que la tumba hubiera servido de lugar de iniciación y se hubiera revelado al adepto la totalidad de ese texto secreto que narra las metamorfosis del sol y su viaje por el más allá. Este viaje se inscribe en un óvalo; la tumba, por su forma, evoca

también el espacio sagrado en el que se producen las metamorfosis de la luz.

En uno de los pilares, una diosa, confundiéndose con un árbol, da el pecho al rey. Según el texto, es «su madre Isis» la que lo amamanta; ahora bien, Isis era también el nombre de la madre terrenal de Tutmosis III, asimilada aquí a la diosa, su madre celestial, que le convierte en un ser cósmico ofreciéndole la leche de las estrellas. La dama Isis está, además, representada en el mismo pilar; se la ve bogando en una barca de papiro por los paraísos celestiales.

El sarcófago, de gres rojo pintado, estaba todavía en su lugar, sobre un zócalo de alabastro; Nut, la diosa del cielo, se encarnaba en aquel sarcófago concebido como la matriz cósmica donde el ser real renacía en eternidad. En las vendas de la momia de Tutmosis III estaba inscrito un texto redactado por su hijo Amenhotep II: *«El dios perfecto, el Señor de las Dos Tierras, el señor de la acción, el rey del Alto y el Bajo Egipto, el hijo de la luz divina, nacido de su cuerpo, su amado, Amenhotep: él construyó esto como un monumento para su padre, de formas perfectas, ejecutando para él los libros de la realización espiritual».*

Víctor Loret tenía realmente mucha suerte; devolvía a la luz el primer libro abierto de las tumbas reales, la primera revelación completa del *Libro de la cámara oculta* y nos ofrecía el privilegio de poder descubrir ese lugar único donde uno de los más poderosos faraones había elegido sobrevivir por la austeridad de un texto sagrado, prefiriendo la sencillez del dibujo y el rigor de los jeroglíficos al esplendor de la pintura y el bajorrelieve.

LOS RESTOS DE UN SAQUEO

Pese a su emplazamiento, la tumba no había escapado a los desvalijadores. En la cámara funeraria, y en las cuatro capillas anejas, Loret recogió un pájaro de madera asfaltada, sin duda un cisne, algunos fragmentos de estatuas y jarras, bastones rituales, modelos de barca, natrón, huesos de babuino, osamentas de toro y dos momias de una época tardía. Las capillas, cuyo suelo era más bajo que el de la sala del sarcófago, estaban cerradas por puertas de madera, contenían el mobiliario fúnebre, los emblemas y símbolos reales y los alimentos del banquete eternamente celebrado en el otro mundo. De las riquezas originales sólo quedaban, pues, modestos vestigios que, sin embargo, hubieran podido enseñarnos muchas cosas. Pero Víctor Loret, aunque tuvo la precaución de cuadricular el suelo para situar convenientemente la posición original de los objetos, olvidó publicar sus notas y sus trabajos. Una vez más, el descubrimiento de una tumba real no era acompañado por un trabajo científico que ya nunca más podrá realizarse.

El equipo de Loret vació la tumba en tres días; fueron necesarios ocho para extraer los últimos restos de piedra. Nos interrogamos todavía sobre la fecha del pillaje; indica el paso de vándalos que, descontentos al no hallar montones de oro, rompieron

las estatuas de madera contra las paredes. Afortunadamente, no la emprendieron con los dibujos y los textos; para ellos, aquel tesoro no tenía valor alguno.

La inscripción de un escriba de la XX dinastía es difícil de interpretar; tal vez se trate de la señal de un informe de inspección. En la dinastía XXVI un alto dignatario, llamado Hapimon, copió el sarcófago de Tutmosis III, soberano que había llevado hasta su más alto grado el ideal faraónico.

18 - AMENHOTEP II (NÚM. 35) O EL SEGUNDO ESCONDRIJO REAL

CUANDO LA SUERTE PERSIGUE A UN ARQUEÓLOGO

Mientras Víctor Loret se encarga de la tumba de Tutmosis III, ordena que prosigan los sondeos en otra parte del Valle donde, hasta entonces, no había sido descubierto ningún indicio interesante. ¿Intuición, lógica o utilización del talento de los Abd el-Rassul? La pequeña historia guarda su secreto. En la colina situada sobre la tumba núm. 12, es un fracaso; pero al pie de los montículos que van del suelo del Valle a la terraza, un montón de cascotes calcáreos llama la atención. Tras haber despejado el terreno, aparece la entrada de una tumba. El 9 de marzo de 1898, se exhuma una estatuilla, un *uchebti* que lleva el nombre de Amenhotep II, hijo y sucesor de Tutmosis III. ¡Después del padre, el hijo! La suerte de Loret comienza a ser insolente. Sin embargo, el arqueólogo no se alegra; cierto número de objetos con el nombre de este rey han circulado ya por el mercado de las antigüedades; es, lamentablemente, prueba de que su última morada ha sido desvalijada y que no puede esperar hallazgos espectaculares.

LA NOCHE DEL SEPULCRO

Aunque la entrada, oculta al pie del acantilado, sólo fuera accesible a las 7 de la tarde, la curiosidad prevaleció. Loret tuvo la impresión de bajar a una gruta; avanzó por el primer corredor cuya altura variaba de 2 metros a 2'30 metros y la anchura de 1,55 metros a 1,64 metros, luego dio con un pozo. En el techo, estrellas de oro sobre fondo azul. No renunció y, a la luz de las velas, pidió una escalera que, colocada sobre el pozo, permitió franquearlo. Loret penetró en una sala con dos pilares, no decorada; en el suelo, fragmentos de grandes barcos de madera, flores de loto hechas de cedro, una figura de serpiente. También allí, los desvalijadores habían roto y saqueado. De pronto, la sangre del arqueólogo se heló y casi fue presa del pánico.

Necesitó valor para no poner pies en polvorosa y salir de la tumba abandonándolo todo. Ante él, un monstruo. Un genio maligno del otro mundo, de pie en una barca. ¿Iba a moverse, a arrojarse sobre el intruso que turbaba su último sueño?

Nada aconteció. El corazón del arqueólogo latió más lentamente; prudente, se acercó. La llama de las velas iluminó una momia martirizada, provista todavía de largos cabellos oscuros, con un agujero en el lugar del esternón.

Su imaginación se inflamó: ¿víctima de un sacrificio humano o el cadáver de un ladrón asesinado por sus cómplices y abandonado? En realidad, se trataba sólo de una inocente momia, la del príncipe Ubensennu, superior de los caballos del carro real, que había tenido el insigne honor de ser sepultado junto al faraón. Los desvalijadores, que no respetaban la vida ni la muerte, habían arrancado sus vendas

buscando joyas y mutilado el cuerpo con abominable salvajismo.

EL FARAÓN DEL COLLAR DE FLORES

Nunca se hablará bastante de la suerte de Víctor Loret; naturalmente, tuvo que afrontar una visión de horror, pero antes, había descubierto la tumba del gran Tutmosis III, y lo que todavía le aguardaba era igualmente milagroso.

Tras haber cruzado la sala con dos pilares, descendió por una escalera y penetró en una gran sala sostenida por dos hileras de tres pilares y decorada por completo.

En los pilares, el rey daba la cara a las divinidades que veneraba; Ra, la luz divina, afirmaba: «Pongo a Faraón a la cabeza de las estrellas». En los muros se desarrollaban, como en la tumba de su padre Tutmosis III, los episodios del *Amduat,* el *Libro de la cámara oculta.* El hijo había elegido, también, que su morada de eternidad tuviera la forma de un libro abierto. Su versión, escrita en hermosos jeroglíficos verdes, es muy completa y sirve de referencia para el establecimiento del texto. En el techo, las estrellas nos recuerdan que no estamos ya en la tierra sino en el cielo, en el espacio donde el espíritu de Faraón resucitado se convierte en una estrella.

Loret desdeñó los restos de objetos de madera y los fragmentos de alfarería; se vio irresistiblemente atraído por el sarcófago que reposaba en una especie de cripta excavada en el suelo. Se acercó, advirtió que era de gres, cubierto con un revoque rojo y brillante. Estaría vacío, claro, como todos los demás...

« ¡Victoria!», gritó Loret, entusiasmado. No, éste no estaba vacío. Amenhotep II seguía presente en su morada de eternidad; alrededor del cuello, la momia real llevaba un collar de flores. Sobre el corazón, un ramo de mimosas; a sus pies, una corona de hojas. De modo que los reyes recibían flores para su último viaje; se convertían en árbol, en planta y en flor, renacían como la vegetación cuya muerte aparente oculta una vida futura.

El afortunado Loret no había todavía agotado sus sorpresas; como en la tumba de Tutmosis III, cuatro pequeñas salas completaban la cámara funeraria y contenía los alimentos del banquete, entre ellos las primeras aceitunas identificadas. Subsistían también fragmentos de estatuas reales, de símbolos como la pantera, la serpiente de la diosa Neith, ladrillos mágicos, jarras, modelos de embarcación, un arco.

En una de las capillas de la derecha, estaban tendidas tres momias, una al lado de la otra. Entre un hombre y una mujer, un adolescente que llevaba en la sien derecha la trenza de los príncipes; el rostro del hombre estaba desfigurado, era horrible, pero la mujer era de gran belleza, con abundantes cabellos y una expresión majestuosa. Y no sabemos más; tal vez hubiera sido posible identificar a los tres personajes si el excavador se hubiera preocupado de redactar una publicación científica.

Una de las cuatro estancias pequeñas estaba cerrada con

bloques de calcáreo. Intrigado por aquel insólito dispositivo, Loret hizo arrancar un bloque y lanzó una ojeada al interior de aquella cámara de tres metros por cuatro. ¡Vio... nueve ataúdes! Un nuevo escondrijo, pues; sin duda pensó en los sumos sacerdotes de Amón. Pero la verdad era mucho más sorprendente: ¡Nueve momias reales!

En aquel lugar cerrado descansaban dos faraones de la XVIII dinastía, Tutmosis IV y su sucesor Amenhotep III; tres de la XIX dinastía, Merenptah, Seti II y Siptah; cuatro de la XX dinastía, Sethnakht, Ramsés IV, Ramsés V y Ramsés VI. El excavador se equivocó confundiendo a Merenptah con Akenatón, y advirtió hechos extraños; por ejemplo, la momia de Amenhotep III se hallaba en una tina con el nombre de Ramsés III, cubierta por una tapa de Seti II.

Pinedjem I dispuso ese escondrijo mientras Pinedjem II construyó el de Deir el-Bahari; por lo tanto, desde la XXI dinastía, poco tiempo después de que se dejaran de excavar tumbas en el Valle, los sumos sacerdotes de Amón consideraron que las momias reales no estaban ya seguras en sus sarcófagos y decidieron trasladarlas.

SUBSISTEN MISTERIOS

Víctor Loret no hizo transportar las momias al museo de El Cairo (el traslado sólo se efectuaría en 1934) y volvió a cerrar la extraña tumba. Parece haber sido desvalijada, efectivamente, pero ¿por qué los vándalos no la emprendieron con la momia de Amenhotep II y el escondrijo, desdeñando así los primeros objetos codiciados? Un simple murete de piedra no podía impedirles entrar en el escondrijo en busca de joyas y amuletos.

Fueron utilizados otros refugios provisionales, las tumbas de Horemheb (XVIII dinastía), de Seti I (XIX dinastía) y de Sethnakht (XX dinastía) es decir un rey por dinastía. Finalmente, se eligió la tumba de Amenhotep II como último sepulcro para nueve faraones, siendo los demás transferidos al escondrijo de Deir el-Bahari.

Obligado es advertir que la tumba de Amenhotep II fue desvalijada de un modo muy curioso. Sería más lógico admitir que fueron los sacerdotes de la XXI dinastía quienes se llevaron el mobiliario fúnebre y cerraron la tumba en la que Loret fue el primero (sin duda tras uno de los Abd el-Rassul de los siglos precedentes) en penetrar después de tres mil trescientos años de olvido.

Fascinante evidencia, ¡tras la apertura de aquel segundo escondrijo, faltaban muchas tumbas reales en la lista! Esta vez era seguro que el Valle no había entregado todavía todos sus secretos y que era preciso emprender nuevas excavaciones sondeando zonas inexploradas aún.

EL PODER DE AMENHOTEP II

El sucesor de Tutmosis III reinó veinticuatro años (1425-1401); organizó campañas militares contra Babilonia, Mitanni y el reino hitita, con el deseo de mantener el orden en las regiones pacificadas por su padre. No se opuso a Asia de modo violento; muy al contrario,

la integró en el imperio y admitió la presencia, en el propio Egipto, de divinidades asiáticas.

La interpretación literal de la documentación hizo que, a menudo, Amenhotep II fuera calificado de «rey deportista»; le gustaban los caballos, manejaba el remo con hercúlea fuerza y lograba, por sí solo, tensar un enorme arco para disparar flechas que perforaban varios blancos de metal. Sin duda debemos superar el aspecto anecdótico y recordar que el rey es la encarnación del poder; utiliza en todas sus actividades la inagotable y sobrenatural fuerza de Seth, señor de la tormenta.

Una estela rinde un hermoso homenaje a ese rey del collar de flores, cuya tumba fue eficaz refugio para nueve faraones: *«Su padre, Ra, lo creó para que construyera monumentos a los dioses».*

19 - Tutmosis I el fundador y la nueva fortuna de Loret

La suerte dura

Tras su extraordinaria temporada de excavaciones, en 1898, Víctor Loret comenzó otra a finales del invierno de 1899. Procedió a nuevos sondeos y destruyó así, según los arqueólogos contemporáneos, preciosos estratos; pero en aquella época se preocupaban poco por este tipo de detalles.

Loret trabajó en el gran barranco donde estaba situada la tumba de Ramsés IX, luego en el valle entre las tumbas de Amenhotep II y Tutmosis III. Ningún resultado, esa vez. Se desplazó a la zona comprendida entre las tumbas de Seti II y Tausert y, a comienzos de marzo de 1899, descubrió la entrada de un sepulcro.

Unos peldaños, un corredor bastante corto, de 1,70 m de alto, que desembocaba en una antecámara, una escalera llevaba a una cámara funeraria de forma oval y hacía pensar, por lo tanto, en un cartucho real; ése era el plano de la pequeña tumba, marcada por un descenso bastante brusco y un claro cambio de eje desde la primera cámara. El estuco había caído, a causa de la infiltración de las aguas de lluvia, y la decoración había desaparecido; sólo subsistían algunos frisos de *kakheru,* elementos florales que prodigaban una protección mágica. Al fondo de la cámara funeraria, seguida de una pequeña estancia destinada al cofre de los canopes, un magnífico sarcófago de gres rojo. El cofre de los canopes, que contenía las vísceras del rey distribuidas en cuatro compartimentos, estaba intacto.

Loret leyó el nombre del faraón en el sarcófago: ¡Tutmosis I! Acababa de descubrir, pues, la más antigua tumba del Valle, la primera que se había excavado en aquel paraje. ¿Acaso no correspondía a su papel de ancestro el que fuera la más pequeña y sencilla? Se recogieron pocos vestigios, fragmentos de alfarería, de una jarra de alabastro con el nombre del rey y, sobre todo, dos pedazos de calcáreo en los que figuraban textos del *Libro de la cámara oculta,* el *Amduat,* totalmente revelado en las tumbas de Tutmosis III y Amenhotep II, había sido inscrito ya, parcialmente, en el primer hipogeo. El indicio es capital, pues demuestra que las etapas de la resurrección del sol son consustanciales con el nacimiento del paraje y la función principal de las tumbas reales.

¿Tutmosis I el fundador?

La duración de su reinado se discute: doce o quince años (1506-1493); Tutmosis I no tenía parentesco alguno con su predecesor, Amenhotep I, y no pertenecía a la familia real. Su nombre nos indica que había «nacido de Thot», el señor de los jeroglíficos y de la ciencia sagrada.

El padre de Hatshepsut reprimió, en el año 2, una revuelta en Nubia; fijó su frontera meridional en la tercera catarata y construyó una fortaleza que impidiera cualquier invasión de las tribus

africanas. Al norte, el rey mantuvo la paz en Palestina y Siria. En Menfis, instaló una guarnición, desarrolló el arsenal y el puerto fluvial; de la gran ciudad partieron las tropas encargadas de mantener el orden en Asia. En Tebas, el maestro de obras Ineni construyó el recinto del templo de Amón-Ra de Karnak, una sala hipóstila ante el santuario de la barca y dos obeliscos ante el cuarto pilono. Además, Tutmosis I dio un decisivo impulso a la comunidad de Deir el-Medineh, creada sin duda por Amenhotep I a quien los constructores veneraron a lo largo de toda su historia.

Se afirma con frecuencia que la tumba de Tutmosis I (núm. 38) fue la primera que se excavó en el Valle; pero un egiptólogo inglés, John Romer, duda de esta certidumbre e intenta abrir de nuevo un expediente en el que, por desgracia, faltan las notas de Víctor Loret, mudo en lo referente a las exactas circunstancias del descubrimiento. Según Romer, los fragmentos de objetos datan de la época de Tutmosis III y no del reinado de Tutmosis I; por otro lado, el plano y la arquitectura de la tumba son parecidos a los de Tutmosis III. A éste último debiera atribuirse también, a su entender, el sarcófago en el que fue depositada la momia de Tutmosis I. Depositada o, con mayor exactitud, vuelta a inhumar pues, según la hipótesis de Romer, fue Tutmosis III quien hizo construir una tumba para su antepasado. Cierto es que las tumbas núm. 38 (Tutmosis I), núm. 42 (atribuida, aunque con discusiones, a Tutmosis II) y núm. 34 (Tutmosis III) tienen una planta parecida y elementos en común; ¿debemos concluir de ello que Tutmosis III hizo excavar los tres hipogeos para conferir unidad a su linaje?

Si la tumba núm. 38 no es la primera del Valle, ¿dónde está la que sabemos que fue excavada por Ineni, el maestro de obras de Tutmosis I? Romer propone la extraordinaria tumba núm. 20 que suele atribuirse a la reina-faraón Hatshepsut; de extraordinaria longitud, excavado en el acantilado, provisto de una pequeña abertura que corresponde a la voluntad de secreto expresada por Ineni, este hipogeo se abre en un inmenso arco aproximado que forma una planta única. Tutmosis I habría pues ordenado que acondicionaran la tumba núm. 20, reabierta por su hija Hatshepsut, autora de una nueva cámara funeraria en la que deseaba instalar la momia de su padre en un sarcófago de cuarcita, grabando en él el nombre de la reina que deseaba reposar junto a su padre. Pero no fue enterrada en esta tumba que, a su vez, fue abierta por Tutmosis III para trasladar la momia de su antepasado e instalarla en la sepultura núm. 38, con un nuevo equipo funerario.

Esta reconstrucción de los acontecimientos no es unánimemente aceptada; para el egiptólogo alemán Altenmüller, por ejemplo, la tumba núm. 20 no es la de Tutmosis I y la tumba núm. 38 debe considerarse, efectivamente, como la primera del Valle.

El examen de la momia considerada como la de Tutmosis I añade otras dificultades. Por un lado, la posición de las manos colocadas ante el sexo es anormal; por otro lado, la edad de la muerte, según los especialistas, debiera situarse en torno a los dieciocho años, lo que no corresponde a la duración de la vida ni del

reinado del faraón. O la momia llamada de Tutmosis I no es la suya o tenemos que reescribir de nuevo la historia.

20 - UN GUERRERO NUBIO, UN ALCALDE DE TEBAS Y TRES CANTORES

MAIHERPRI, EL GUERRERO NUBIO (NÚM. 36)

¿Qué podía esperar Víctor Loret, después de tantos éxitos? Otra tumba real, claro, y mejor aún, ¡intacta! La suerte no le abandonó, aunque cambió un poco. Concedió al afortunado señor Loret una ofrenda rarísima, la tumba intacta de un particular, añadiendo así un nuevo triunfo a un palmares fenomenal ya.

El arqueólogo prosiguió sus sondeos entre la tumba de Tutmosis 1 y la de Amenhotep II, y descubrió un pequeño pozo. Por lo común, este dispositivo conducía a una pequeña cámara no decorada que servía de sepultura a personas no reales; era así de nuevo pero, esta vez, había escapado a los desvalijadores.

Tras haber descubierto la primera tumba del Valle, la única tumba real que servía de escondrijo y la de Tutmosis III, Loret descubría, a finales de marzo de 1899, la primera tumba intacta. ¿Cómo no lamentar, una vez más, que esos formidables éxitos no hayan sido objeto de publicación alguna? La realidad es desoladora, ningún plano, ninguna fotografía, notas extraviadas y, sin duda, perdidas para siempre, objetos dispersos por distintos museos y, a veces, inencontrables, otros objetos vendidos en el mercado de antigüedades.

En el sepulcro de esta tumba, que llevará el núm. 36, un sarcófago negro, adornado con figuras divinas cubiertas de oro fino, contenía dos ataúdes momiformes también decorados con hoja de oro, pero vacíos; a su lado, un sarcófago de madera de cedro negro albergaba la momia de Maiherpri, cuyo nombre significa «El león en el campo de batalla». Habían desplazado la tapa, es cierto, y tal vez robado algunas joyas pero, en la minúscula estancia, muchos objetos estaban todavía en su lugar.

Consecuentemente, es un enigma idéntico al de Amenhotep II y otras tumbas del Valle; alguien entró tras el enterramiento, desplazó algunos elementos e inspeccionó el lugar. No puede tratarse, en modo alguno, de ladrones que, en épocas turbulentas, habrían tenido tiempo de desvalijar sin ser molestados y se habrían llevado el botín. Se piensa, más bien, en el paso de un ritualista que hubiera entrado para realizar ciertas ceremonias por el alma de los difuntos o para asegurarse de que todo estuviera en orden.

De acuerdo con sus títulos, Maiherpri era «hijo del *Kap»,* es decir de una institución real que se encargaba de la educación de los príncipes y de ciertos hijos de dignatarios; cumplía las funciones de «portaabanico a la diestra del rey». Pero ¿de qué rey? Ningún indicio lo precisa de modo formal. El estilo de la tumba evoca la XVIII dinastía; como la tumba de Amenhotep II está cerca, se ha emitido la hipótesis, a menudo transformada en certidumbre, de que Maiherpri era un fiel compañero de armas de este faraón. A decir verdad, faltan pruebas. Según otra hipótesis, Maiherpri fue el amigo de infancia de

Tutmosis III.

Cuando se quitaron las vendas, el 22 de marzo de 1901, apareció una soberbia momia que había sido protegida por tres ataúdes de madera; cabellos cortos, crespos, piel negra... ¡Un nubio, sin duda alguna!; el rostro era magnífico, la expresión digna y apaciguada.

Los nubios proporcionaban a Egipto cuerpos de élite y valerosos soldados; el nombre de Maiherpri hace pensar en un guerrero capaz de batirse como un león, pues el animal era también símbolo de la vigilancia. El examen de la momia demostrará que el nubio no sucumbió a una herida. Bajo la axila izquierda se había colocado un paquete de cebada germinada que evocaba la resurrección de Osiris, bajo la forma del grano que se pudre en tierra y recupera la vida durante la germinación.

Ignoramos todavía por qué Maiherpri fue recibido en el Valle. Su título de «hijo del *Kap*» permite suponer que su padre o su madre estaban vinculados a la familia real y que se benefició de una educación especial, dispensada en palacio. La momia parece la de un hombre joven, pero las opiniones de los especialistas varían.

¿Qué se encontró en esa tumba intacta que nos dé el reflejo de un material fúnebre destinado a acompañar al difunto por el otro mundo? En primer lugar, una reliquia osírica que evoca el proceso de la resurrección por medio de la germinación de la cebada, estableciendo también una de las bases del alimento que se servía en el banquete eterno de los paraísos; es el símbolo que se denomina «Osiris vegetante». Luego un bol azul adornado con peces, gacelas y flores en relación con el renacimiento y el dominio que el justo ejerce sobre el mundo animal y el reino vegetal; una redoma de perfume, sellada todavía, símbolo de la esencia de lo divino que respira el alma inmortal; algunas vasijas de barro que contienen los santos óleos, utilizados durante el ritual de regeneración; un juego de *senet* que ofrecía al viajero por el otro mundo la posibilidad de disputar una partida con lo invisible; brazaletes que servían para proteger los puntos de energía distribuidos por el cuerpo; algunas flechas que alejaban a los enemigos del más allá.

No deben olvidarse dos collares para perro, de cuero, uno decorado con escenas de caza y el otro con escenas de caballos; los fieles compañeros de Maiherpri le siguieron así al otro mundo. Como encarnación de Anubis, estaban incluso encargados de recibirle y guiarle por los hermosos caminos de la eternidad.

La expulsión de Loret y el regreso de Maspero

El «reinado» de Víctor Loret sobre el Valle fue resplandeciente; la lista y la calidad de sus éxitos es absolutamente notable. En dos cortas temporadas de excavaciones se impuso como un descubridor fuera de lo común. La lógica habría impuesto que prosiguiera durante largo tiempo; pero se mezcló la política.

A los ingleses, por oscuras razones, no les gustaba Víctor Loret. Y los ingleses eran los verdaderos dueños de Egipto, aunque

aceptaran que un francés ocupara la dirección del Servicio de Antigüedades. Pidieron la cabeza de Loret y su sustitución. ¿Qué peso tenía el señor Loret frente a los juegos de la política y a los ententes diplomáticos? Tal vez aquella destitución, injusta en sí misma, fuese el origen de la falta de publicaciones que podían esperarse. ¿Qué ha sido de las notas y los informes de Loret? ¿Se los llevó con él, se extraviaron o fueron robados en el propio Egipto? La suerte abandonó brutalmente a Víctor Loret; el Valle no le había decepcionado, los hombres le traicionaron. Los egiptólogos que pasan por la universidad de Lyon, donde Loret fundó un notable centro de investigaciones, pueden dedicarle un conmovido recuerdo; su aventura en el Valle sigue siendo una de las más fascinantes.

¿Quién sustituiría a Loret? Un hombre que gozara de reputación suficiente y, sobre todo, de la benevolencia de las autoridades francesas y británicas. Pensándolo bien, sólo Gastón Maspero cumplía esas condiciones, aunque hubiera abandonado sus funciones oficiales en Egipto más o menos decepcionado. El ilustre sabio aceptó la proposición pero negoció con firmeza su contrato; exigió un salario considerable y una gran libertad de maniobra. Se lo concedieron.

En cuanto llegó a El Cairo, Gastón Maspero, de cincuenta y tres años, se ocupó de reorganizar el Servicio de Antigüedades para hacerlo más eficaz. Dividió así los parajes arqueológicos en cinco distritos sobre los que velarían inspectores; se había puesto en marcha una nueva política de excavaciones.

HOWARD CARTER ENTRA EN ESCENA

Entre los inspectores a quienes el experimentado Maspero concedió su confianza, figuraba el joven Howard Carter. Permanecía en Egipto desde sus dieciocho años sirviendo de dibujante al arqueólogo Newberry y tenía ya una gran experiencia en el país.[10] Carter hablaba árabe, se había iniciado en la práctica de los jeroglíficos y conocía bien la región de Tebas; por ello, aunque sólo tuviera veinticinco años, Maspero le nombró inspector de las Antigüedades del alto Egipto, importante puesto que exigía mucho trabajo. Carter sentía una verdadera pasión por el Valle de los Reyes. Era *su* paraje, sentía deseos de explorarlo de cabo a rabo, de modo que ninguna pulgada de terreno escapara a sus investigaciones; bajo los montones de cascotes antiguos y modernos se ocultaban, forzosamente, tumbas. La primera tarea, a su entender, consistía en despejar el Valle y encontrar el antiguo suelo; los excavadores no se habían preocupado de evacuar las toneladas de piedras y arena que habían desplazado, ocultando así algunas zonas del paraje que seguían sin explorar.

Aunque el razonamiento podía parecer acertado y digno de interés, su puesta en práctica planteaba problemas insuperables; ¿no sería necesario contratar gran cantidad de obreros para emprender

[10] Sobre su insólita aventura, véase Christian Jacq, *En busca de Tutankamón,* Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1992.

un trabajo titánico, lento y penoso, con una muy débil esperanza de obtener resultados concretos? Los proyectos de Carter no sedujeron a Maspero, que no sentía demasiado interés por el Valle; sin embargo, los dos escondrijos, el de Deir el-Bahari y el de la tumba de Amenhotep I, demostraban que cierto número de hipogeos no habían sido descubiertos todavía. Además, el éxito de Loret ofrecía serias posibilidades para el porvenir; pero era Loret, precisamente; ¿no sería mejor olvidarle? Carter y Maspero se pusieron de acuerdo en un punto preciso: en aquel año de 1900, la afluencia turística llegaba al límite soportable y se convertía en un peligro para el Valle. Desde diciembre hasta abril, una muchedumbre de curiosos, de estudiantes y de enfermos, invadía Luxor, famoso por su clima y sus maravillas artísticas. Barcos y hoteles estaban al completo; se jugaba al tenis, al bridge, se organizaban bailes y veladas sociales, y se hacían excursiones gracias a la agencia Cook, que demostraba su conciencia social construyendo hospitales. Uno de los pasatiempos obligatorios era la excursión al Valle de los Reyes.

Si Carter, simple inspector, no podía tomar la decisión de emprender la gigantesca campaña de exploraciones en la que soñaba, obtuvo al menos la autorización para proceder a ciertos acondicionamientos. Gracias a un generador instalado en el Valle, las cinco tumbas más hermosas se beneficiaron de la luz eléctrica que eliminó las iluminaciones contaminantes, como antorchas y velas; se edificaron muretes alrededor de algunas tumbas, para protegerlas contra las inundaciones y la acumulación de cascotes; se trazó un sistema de pasos para que los turistas utilizaran un camino preciso. Algunas caídas de piedras en la tumba de Seti I exigieron trabajos de restauración. Howard Carter se preocupó sin cesar por el Valle; le hubiera gustado que se convirtiera en un lugar cerrado y protegido, al abrigo del mundo profano.

EL REGRESO DE LOS ABD EL-RASSUL

Loret, como recordaremos, había cerrado la tumba de Amenhotep II donde el faraón descansaba en su sarcófago y donde había otras nueve momias reales. Maspero, de acuerdo con sus costumbres, quería que todo pasara al museo de El Cairo; ordenó pues el traslado de los ilustres personajes, a excepción de Amenhotep II.

La tumba fue de nuevo accesible a los visitantes... ¡y a los ladrones! Aterrorizado, Carter advirtió que unos desvalijadores habían arrancado las vendas del rey. La cosa precisaba cierto número de complicidades; el inspector realizó una investigación que le llevó, como era de esperar, a los Abd el-Rassul. Como era de esperar, también, no obtuvo prueba alguna y el culpable siguió en libertad.

La momia de Amenhotep II fue restaurada, mejor protegida y permaneció en su sarcófago iluminado hasta 1931; en esta fecha, por desgracia, fue llevada al museo de El Cairo tras haber viajado en primera clase de los coche-cama del tren. Es deplorable la glotonería

de un museo donde, por bien organizado que esté, nunca se siente la irreemplazable atmósfera del paraje. Una reproducción en el lugar original es siempre más sugerente que un original encerrado en un edificio administrativo al que no estaba destinado.

LA MISTERIOSA TUMBA NÚM. 42 Y EL ALCALDE DE TEBAS, SENNEFER

Como inspector del Servicio de Antigüedades, Carter tenía la posibilidad de conceder autorizaciones de excavación en un lugar preciso y por un período limitado. En el otoño de 1900, dos residentes en Luxor solicitaron un permiso para... ¡el Valle de los Reyes! Fácil es imaginar la sorpresa del egiptólogo. Los dos curiosos personajes afirmaron conocer el emplazamiento de una tumba desconocida. ¿De dónde habían sacado tan preciosos informes?

La respuesta era fácil de imaginar: de los obreros de Loret, que los habían obtenido de un excelente conocedor, probablemente un Abd el-Rassul.

Intrigado, Carter concedió el permiso pero hizo supervisar los trabajos por su amigo Ahmed Girigar y pensó en dedicarles, personalmente, una atenta mirada. Ahmed Girigar era un *reis,* dicho de otro modo el actor principal en el drama que constituye una excavación arqueológica; el *reis* contrataba los obreros, controlaba su actividad, les pagaba, les daba órdenes y dirigía, efectivamente, las maniobras en la excavación. Sin un buen *reis,* el mejor arqueólogo obtenía sólo resultados mediocres. Carter tuvo la fortuna y la inteligencia de tomar por amigo y confidente a aquel hombre excepcional, Ahmed Girigar, que durante cuarenta años le sirvió con una fidelidad a toda prueba.

Bajo los acantilados donde se ocultaba el hipogeo de Tutmosis III existía, efectivamente, otra sepultura; el informe era exacto. En cuanto fue descubierta, a finales de 1900, el inspector Carter acudió al lugar. La tumba era pequeña, simple, correctamente perforada; su planta se parecía a la de Tutmosis I. En una cámara funeraria oval, un sarcófago inconcluso, sin decoración y visiblemente desplazado; en las paredes, ninguna inscripción, ninguna decoración. Evidentemente, no se trataba de una tumba real. Sin embargo, en la mayoría de las obras, esta tumba núm. 42 se atribuye a Tutmosis II.

¿Qué se advierte cuando se abre de nuevo el expediente, con la ayuda de la primera publicación arqueológica seria de una tumba del Valle, debida a Carter? El egiptólogo identificó un depósito de cimientos (lo que hoy sería una primera piedra) con el nombre de la reina Hatshepsut-Merytre, gran esposa real de Tutmosis III; sin embargo, la reina no fue inhumada en aquel lugar y su momia, probablemente, fue depositada en la tumba de su hijo, Amenhotep II. Carter llegaba a la conclusión de que la sepultura databa de la época de Tutmosis III, que le había dado la planta de su propia tumba, y que estaba destinada a un príncipe o a una reina.

Por lo que a los ocupantes de la tumba se refiere, vivieron durante el reinado siguiente, el de Amenhotep II. Se trataba de un personaje importante, el alcalde de Tebas, Sennefer, y su esposa,

Sentnay, y otra mujer, Baketre, que llevaba el antiquísimo título de «ornamento real»; sabemos que Amenhotep II tenía en mucha estima a Sennefer y que éste último fue un notable gestor, preocupado por la prosperidad y la dicha de su ciudad.

Forzoso es advertir que ningún objeto con el nombre de Tutmosis II fue exhumado y que ningún indicio permite afirmar que la tumba núm. 42 fuera la de este faraón.

LA TUMBA DE LOS TRES CANTORES DE AMÓN (NÚM. 44)

¿Había entrado Víctor Loret en la tumba núm. 42? Algunos lo suponen, aunque no anunciara oficialmente su descubrimiento. La misma observación vale para la tumba núm. 44 en la que Carter, utilizando una información que el *reis* Ahmed Girigar obtuvo de los obreros de Loret, penetró el 26 de enero de 1901.

Cercana a la tumba de Ramsés XI, data del Imperio Nuevo, pero había sido vaciada de su contenido original y vuelta a utilizar para albergar las momias de tres cantores del templo de Amón en Karnak, adornadas con coronas de persea, mimosa y loto azul. Estos ritualistas habían vivido durante la XXII dinastía y parece muy verosímil que los Abd el-Rassul tomaran sus cuerpos del escondrijo de Deir el-Bahari para «almacenarlos» en aquella sepultura vacía. La identidad del primer ocupante se ha perdido para siempre.

21 - THEODORE DAVIS, HOWARD CARTER Y TUTMOSIS IV

UN AMERICANO A LA CONQUISTA DEL VALLE

1902 es un año decisivo para el Valle. Theodore M. Davis, rico abogado neoyorquino de sesenta y cinco años, deseaba dedicar su jubilación a una ocupación original y hacer excavaciones en Egipto. La idea estaba de moda; cuando se disponía de una evidente fortuna, era de buen tono pasar el invierno en la tierra de los faraones y cavar algunos agujeros con la esperanza de descubrir un tesoro. El Servicio de Antigüedades, cuya falta de medios financieros era una enfermedad crónica, alentaba a los generosos donantes que, a cambio de un permiso, financiaban sus propias excavaciones y compartían los eventuales hallazgos con el Servicio. Naturalmente, el comanditario no empuñaba herramienta alguna y se limitaba a supervisar, desde muy lejos a veces, los equipos contratados; sin embargo, los descubrimientos se le atribuían y, si llegaba a descubrirse una tumba, él era el primero que debía entrar. El trabajo para los obreros, la gloria para el financiero.

Theodore M. Davis, al revés que los aristócratas que pronto se cansaban de las aburridas campañas arqueológicas, con frecuencia improductivas, era un hombre obstinado. Bajo, fornido, autoritario, no era un modelo de amabilidad y cordialidad; su silueta era la de un personaje acostumbrado a mandar, de maneras abruptas, cortantes incluso. En su comportamiento, nada despertaba simpatía. No obstante, le dominaba una pasión: la de las reinas de Egipto.

Eligió el Valle de los Reyes como lugar para sus experiencias. Gastón Maspero, feliz al recibir dinero fresco, le ofreció la concesión, de la que dispondría hasta 1915. Durante trece años, el Valle iba a conocer la más intensa campaña de excavaciones nunca llevada a cabo para arrancarle sus últimos secretos.

Naturalmente, era preciso nombrar a un arqueólogo de profesión como verdadero excavador; ¿y quién más competente que Howard Carter?

UN SUPERIOR DE TEMPLO Y DOS VIEJAS DAMAS

Desde el comienzo, las relaciones entre Davis y Carter fueron bastante tensas; el americano consideraba al arqueólogo como un simple empleado, el inglés consideraba a su «patrón» como un personaje insoportable y carente de conocimientos egiptológicos serios. Nombrado por el Servicio de Antigüedades, Carter cumplió sin embargo sus funciones con tanto más ahínco cuanto trabajaba en su querido Valle, que Davis había abandonado para descansar en Assuan, lejos de los desérticos acantilados de la necrópolis real.

Carter pudo utilizar un numeroso equipo, sesenta hombres, para emprender una primera campaña de excavaciones en nombre de Theodore M. Davis, en la zona de la tumba de los tres cantores. Despejando un barranco, llegó hasta la roca, utilizando un método

que consideraba esencial, y sacó de la tierra un fragmento de alabastro con el nombre de Tutmosis IV, cuya tumba no había sido descubierta todavía. Por lo tanto se ocultaba, forzosamente, en aquellos parajes. Con la seguridad de estar cerca del objetivo, Carter contrató cuarenta hombres más.

El 25 de enero de 1902, su equipo descubrió la entrada de un pozo; llevaba a la sepultura de Userhat, superior de los dominios del templo en la XVIII dinastía. La tumba, que llevará el núm. 45, había sido ocupada en la XXII dinastía por un tal Mereskhons y su esposa.

El balance de la primera temporada fue más bien escaso. Davis, sin embargo, siguió confiando en Carter cuya reputación era excelente; en enero de 1903, el egiptólogo inglés sacó a la luz una segunda tumba privada (núm. 60), que contenía los sarcófagos de dos ancianas, una de las cuales era tal vez una dama llamada In, nodriza de Tutmosis IV. El sepulcro, que contenía también patos momificados, fue cerrado de nuevo y nadie lo ha examinado desde aquella fecha.

LA TUMBA DE TUTMOSIS IV (NÚM. 43)

Carter era perseverante. Tras haber exhumado muchos objetos rotos con el nombre de Tutmosis IV, seguía convencido de que la tumba del rey estaba muy cerca; al pie de la colina desenterró un depósito de cimientos constituido por modelos de utensilios, pequeñas jarras, discos de alabastro y placas de cerámica. Su presencia anunciaba la de un hipogeo que Carter descubrió el 18 de enero de 1903.

Una tumba real... ¡Carter vivió su primera gran alegría como arqueólogo y enamorado del Valle! De cuerdo con la costumbre hubiera debido aguardar la llegada de Theodore M. Davis y penetrar en el hipogeo después de su patrono; como el americano tardaba en regresar de Assuan, el inglés no resistió la curiosidad e hizo una rápida visita al monumento antes de la apertura oficial, que tuvo lugar dieciséis días más tarde, en presencia de Maspero.

Davis y las autoridades que participaron en la ceremonia se sintieron molestos por el aire pesado y polvoriento que dificultaba su avance; la tumba, grande y cuidadosamente tallada, decorada con pinturas, era digna de un faraón. La planta, con un recodo e interrumpida por un pozo, era característica de la XVIII dinastía; el hipogeo había sido desvalijado y los ladrones habían dejado en el lugar la cuerda que habían utilizado. El suelo estaba cubierto de restos y, en la cámara funeraria, yacían miles de fragmentos de objetos rituales en los que destacaba una soberbia cerámica azul.

Aquellos vestigios demostraban la existencia de un mobiliario fúnebre rico y abundante: jarras, platos, potes, vasos canopes, bastones arrojadizos de cerámica, taburetes, sillas, tronos, *uchebtis,* estatuillas del rey, juegos, telas, panteras de madera, cuatro ladrillos mágicos, espadas, arco, guantes de arquero, piezas de carros, alimentos para el más allá. Ningún elemento de lo cotidiano, transfigurado en el otro mundo, había sido olvidado. Todos aquellos

objetos eran otras tantas obras maestras que atestiguaban el grado de refinamiento alcanzado por la civilización de la XVIII dinastía.

El sarcófago reposaba en una especie de cripta; su tapa, desplazada, estaba apoyada en una cabeza de vaca de madera y un montón de piedras; ¿tenía ese dispositivo un significado ritual, deseado por los sacerdotes que sacaron la momia del sarcófago para ponerla a resguardo en la tumba de Amenhotep II? En una capilla lateral, un horrible espectáculo aguardaba a los arqueólogos; la momia de un joven, liberada de sus vendas, había sido lanzada contra una pared y permanecía de pie, apoyada en ella, con el diafragma colgando.

Una inscripción permitió establecer que Maya, escriba real y superintendente del tesoro, había entrado en la tumba en el año 8 de Horemheb, para «renovarla», unos tres cuartos de siglo después de los funerales. ¿Qué significa exactamente ese término? Al parecer, implica algo más que una simple inspección. Sin embargo, en aquella época, el Valle estaba bien custodiado y no se había producido pillaje alguno; el hipogeo de Tutmosis IV, por lo tanto, no podía haberse degradado. Queda la momia: ¿exigió cuidados especiales? Tutmosis IV tuvo un reinado más bien corto (1401-1390), apacible y feliz. Ningún acontecimiento trágico turbó la serenidad de su época. El faraón siguió siendo célebre gracias a la estela que hizo colocar entre las patas delanteras de la gran esfinge de Gizeh para relatar una extraordinaria aventura.

Cierto día de gran calor, el joven príncipe Tutmosis cazaba en el desierto; fatigado, bajó de su carro y se durmió a la sombra de la esfinge, cubierta en su mayor parte de arena. En su sueño, escuchó la voz del león con cabeza humana, guardián del lugar donde se levantaban las pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos. Encarnación del sol al amanecer, la divinidad de piedra le prometió la realeza si la liberaba de los montones de arena que la asfixiaban. El príncipe lo hizo y se convirtió en el faraón Tutmosis IV.

Howard Carter, gracias a aquel éxito, demostraba sus cualidades de arqueólogo y podía esperar una brillante carrera en el Valle. Por lo que al financiero Theodore M. Davis se refiere, estaba satisfecho de sus dos primeras campañas en Egipto: dos tumbas privadas y una tamba real. Su jubilación comenzaba con buen pie.

22 - La increíble tumba de la reina-faraón Hatshepsut

Una mujer en el trono de Egipto

¿Quién no ha oído hablar de esta reina excepcional que, a la muerte de Tutmosis II, se encargó primero de una regencia y, luego, subió al trono de Egipto por un período de veinte años (1478-1458)? ¿Quién no ha admirado la escena de su coronación en la punta del obelisco caído, en Karnak, donde la reina está arrodillada ante Amón?

«La Regla (Maat) es el poder *(ka)* de la luz divina (Ra)», «La que besa Amón», «La más venerable de las mujeres», ésos eran los nombres de Hatshepsut. Verdadero faraón, cumplió celosamente su primer deber: construir templos. En Karnak, hizo erigir dos obeliscos y modificó la parte central del templo; en la zona que hoy se llama «museo al aire libre», pueden contemplarse los bloques de la magnífica «capilla roja», un edificio que probablemente nunca fue montado y que ofrece gran cantidad de escenas rituales raras. En la orilla occidental de Tebas, Hatshepsut hizo construir el templo de Deir el-Bahari, «el sublime entre los sublimes», cuyas tres terrazas ascendían hacia el acantilado; el último santuario se excavó en plena piedra. Los bajorrelieves, de maravillosa finura, narraban el transporte de los obeliscos y la famosa expedición al país de Punt de donde el ejército egipcio, compuesto por alegres y pacíficos soldados, se llevó árboles de incienso que fueron plantados en los jardines que precedían al templo. La explanada está hoy desierta, aplastada por el sol; es necesario imaginar los estanques, los árboles, las flores que ocultaban la arquitectura. El templo consagrado a Amón revelaba, también, los misterios de Anubis, encargado de momificar a los justos y conducirlos por los caminos del más allá.

Las tumbas de Hatshepsut

En el Imperio Antiguo, los faraones se hacían construir dos tumbas, si no tres; de este modo, en Saqqara, en el interior del recinto de Djeser, existían una tumba del norte y una tumba del sur, y es probable que se excavara una tercera sepultura en el Alto Egipto. El cuerpo físico del rey se depositaba en uno de los sepulcros; los demás recibían su ser invisible, aunque no menos real. Por ello no es seguro que las pirámides del Imperio Antiguo hayan albergado momias.

En el Imperio Nuevo, se produce un caso distinto; un gran dignatario hace preparar su tumba, pero, si se convierte en faraón, debe ordenar que excaven otra, correspondiente a la nueva función. Hatshepsut, como gran dama del reino, debía ocupar pues una sepultura al margen del Valle de los Reyes; una vez coronada, su morada de eternidad no podía estar en otra parte.

LA TUMBA NÚM. 20 O EL MÁS LARGO RECORRIDO DEL VALLE

Situada junto al acantilado, la tumba núm. 20 era conocida desde hacía mucho tiempo; los especialistas de la expedición de Egipto la habían situado, Belzoni se había interesado por ella, James Burton había entrado; pero nadie había practicado, antes que Carter, una excavación seria. Tan seria y difícil que iba a exigir varios meses de trabajo y dos campañas, de febrero de 1903 a mediados de abril de 1903 y de octubre de 1903 a marzo de 1904.

Carter no esperaba encontrar un hipogeo de tanta longitud; una serie de pasillos, que bajaban hasta 97 m de profundidad, se desplegaba a lo largo de 213 metros. Sin duda alguna, se trataba de la más larga y profunda de las tumbas egipcias. ¿Por qué tantos esfuerzos cuando el pillaje, lamentablemente seguro, no permitía esperar mayores hallazgos? Porque Davis amaba a las reinas de Egipto y quería satisfacer su pasión; encargarse de Hatshepsut le parecía esencial.

Carter y su equipo se enfrentaron con temibles dificultades; la polvareda y el calor eran tan grandes que les fue imposible respirar normalmente; utilizaron una bomba de aire para poder trabajar en el interior del hipogeo. La luz se apagaba sin cesar y, en las tinieblas, casi asfixiados, tenían que mantener su sangre fría. Como casi todo el pasillo estaba lleno de cascotes, fue necesario vaciarlo; pero sólo dos o tres hombres podían llenar, al mismo tiempo, los cestos que evacuaban hacia el exterior. Cuando la limpieza hubiera terminado, se necesitarían unos veinte minutos de incómoda marcha para llegar al fondo de la tumba.

Durante el recorrido, Carter tomó fragmentos de jarra de piedra con los nombres de la reina Ahmose-Nefertari, de Tutmosis I, padre de Hatshepsut, y de la propia Hatshepsut; la memoria de aquellos tres ilustres personajes estaba pues vinculada a aquel lugar. Otro descubrimiento interesante: algunos bloques llevaban fragmentos del *Amduat;* el texto de «la cámara oculta» se revelaba en los muros.

Al cabo de considerables esfuerzos, Carter llegó por fin a la cámara funeraria; allí había todavía dos espléndidos sarcófagos de cuarcita, la más dura de las piedras; el uno estaba destinado a Tutmosis I, el otro a su hija Hatshepsut. Eran los primeros ejemplares de aquel tipo, inspirado en el Imperio Medio; inauguraban la incomparable serie de tumbas reales.

Las fantásticas dimensiones de aquella tumba, su planta única, hacen pensar a Romer, como hemos visto, que fue la primera excavada en el Valle por Ineni, el maestro de obras de Tutmosis I. Hatshepsut se habría limitado a agrandarla para descansar en ella, en compañía de su padre; pero Tutmosis III hizo excavar una nueva tumba para Tutmosis I y trasladó su momia. Son sólo hipótesis; el único hecho cierto es que dos tumbas, la núm. 20 y la núm. 38, fueron destinadas a albergar los despojos de Tutmosis I.

La momia de Hatshepsut, preservada tal vez en el escondrijo de Deir el-Bahari, no ha sido identificada con seguridad; de su

material fúnebre, totalmente desaparecido, subsiste sólo una arquilla con su nombre, que contiene, al parecer, un hígado momificado. Segundo enigma sin resolver, referente a las relaciones de la gran reina con el Valle: ¿la dama In, enterrada probablemente en la tumba núm. 60, era efectivamente su nodriza, a la que concedió el honor de vivir su eternidad en la necrópolis real?

23 - ¿El faraón del Éxodo?

La tumba de Merenptah el innovador (núm. 8)

Durante su campaña de excavaciones (1903-1904), Carter decidió despejar la tumba del rey Merenptah, parcialmente accesible desde la Antigüedad. Su entrada, señalada por un hermoso portal, no estaba disimulada y había atraído a ladrones y visitantes. Sin embargo, con el transcurso de los siglos, el hipogeo se había llenado de cascotes; Howard Carter consideró necesario despejarlo, asumiendo así una tarea abrumadora cuyos resultados, poco espectaculares, ocultaron su mérito. ¿No sacaría a la luz una obra maestra de la XIX dinastía?

La tumba, en efecto, fue el lugar de varias innovaciones. Si el plano es sencillo, un corredor de empinada pendiente que lleva directamente a la sala del sarcófago, se advierte un claro aumento en las proporciones de la tumba; la altura del corredor pasa de cinco a seis codos, incluso siete (más de tres metros). La anchura aumenta también, de modo que se abandona la proporción de cinco codos por cinco en vigor en la XVIII dinastía. La cámara funeraria toma un nuevo aspecto; el sarcófago se instala en una pequeña cripta excavada en el suelo de la cámara. Hay una evidente voluntad de penetrar en las profundidades donde renace la luz. Por lo que al sarcófago se refiere, se hace colosal; bajo la tapa de granito rosa hay tres ataúdes, encajados el uno en el otro. El cuerpo del rey, protegido así por una cuádruple envoltura de piedra, descansaba en un ataúd de alabastro del que sólo han sobrevivido algunos fragmentos. El pulido de la tapa de granito es de una perfección inigualable.

Del equipo funerario, del que un *ostracon* nos dice que se introdujo en la tumba en el año 7 del reinado, sólo subsisten algunos vasos canopes y *uchebtis.* Puede afirmarse que los objetos eran numerosos y soberbios. Por lo que concierne a los textos, si la presencia del *Libro de la cámara oculta* se adecúa a la tradición de la XVIII dinastía, y la del *Libro de las puertas* a la de la XIX, se advierte la aparición de una llamada al juez de los muertos que será reutilizada a partir de entonces. En muchos campos, por consiguiente, el hijo y sucesor de Ramsés II señala una etapa importante en la historia del Valle.

Merenptah y la defensa de Egipto

La sucesión de Ramsés II planteó problemas, aunque el rey tuviera numerosos hijos. Khaemuaset, ritualista, mago, sumo sacerdote y restaurador de los monumentos antiguos, parecía el más apto para ascender al trono, pero murió antes que su padre. Mientras vivía, Ramsés II eligió como faraón a Merenptah, «el amado de Ptah». Ptah era el dios de Menfis, la vieja capital situada en la conjunción del delta y el valle del Nilo propiamente dicho. Se

manifestaba así cierto desafío a Tebas y una voluntad de situar en el norte el centro del poder, a causa de las profundas mutaciones que se anunciaban en Asia.

Merenptah reinó unos diez años (1212-1202); de edad avanzada cuando fue coronado, vivió en Pi-Ramsés, en el delta, cumplió su papel de constructor en todo el país y, como sus predecesores, hizo edificar su «templo de los millones de años» en la orilla occidental de Tebas.

El papel principal de este experimentado monarca, que había tenido la oportunidad de aprender a gobernar, fue defender su país contra una temible tentativa de invasión. En el año 5 de su reinado, «los pueblos del mar», coalición indoeuropea en la que predominaban anatolios y egeos, se lanzaron sobre las ricas tierras del delta con la intención de instalarse en ellas. El ejército egipcio, valeroso y bien organizado, consiguió contener la oleada; sin poder garantizar las cifras, se estima que una decena de miles de muertos quedó en el campo de batalla y que los soldados de Faraón hicieron un número semejante de prisioneros.

El problema del Éxodo

Bajo el reinado de Merenptah aparece, en una estela, la más antigua mención de Israel en un texto jeroglífico. Israel se considera como una tribu sumisa que no causa ningún trastorno particular al orden establecido.

Desde el punto de vista judío, el Éxodo es un acontecimiento considerable; desde el punto de vista egipcio, no ocurrió nada. Los escribas, que sin embargo tenían la costumbre de anotarlo todo, no hablan de una salida masiva de los hebreos de Egipto. Por lo que se refiere al exterminio de un ejército egipcio y a la derrota de un faraón junto al mar Rojo, ningún documento los menciona. El Éxodo, que probablemente no tiene fundamentos históricos, pertenece al mito. Los hebreos no eran esclavos sino asalariados que se ocupaban, en parte, de un sector clave de la economía egipcia: la fabricación de los ladrillos utilizados en la construcción de casas y palacios. Algunos ocupaban puestos importantes en la Corte. Salomón, deseoso de forjar una civilización duradera y de establecer la paz en el Oriente Próximo, no considerará a Egipto un enemigo y lo adoptará, incluso, como modelo. La película de Cecil B. De Mile, *Los diez Mandamientos,* es uno de los más deplorables engaños en technicolor que nunca se haya producido.

Las desgracias de Carter

En aquel año de 1904, Howard Carter parecía destinado a una hermosa carrera. ¿Acaso sus comienzos como arqueólogo en el Valle de los Reyes no se habían visto coronados por el éxito? Una tumba real en su activo, varias tumbas privadas, algunas limpiezas satisfactorias, un sentido innato del mando y de la organización... Gastón Maspero estaba tan satisfecho que decidió concederle un

ascenso. Le nombró inspector de las Antigüedades del Bajo Egipto, y puso así bajo su responsabilidad los prestigiosos parajes de Saqqara y Gizeh. El pequeño dibujante inglés, oculto a la sombra de Newberry y Petrie, se había convertido en un curtido profesional. Carter amaba el Valle, el Valle le había ofrecido la prueba de su amor. Ciertamente, no era él quien decidía abandonarlo, pero el Valle consideró sin duda aquel abandono forzoso como una infidelidad culpable. Poco tiempo después de su instalación en El Cairo, Howard Carter se vio mezclado en un incidente que adquirió proporciones dramáticas. Un grupo de franceses, bastante borrachos, exigió visitar el Serapeum después de la hora de cierre; el guarda, de acuerdo con las instrucciones recibidas, se negó. Llegaron las invectivas y, luego, los puñetazos. Personándose en el lugar, Carter tomó partido por su subordinado y expulsó a los revoltosos. Pero éstos disponían de apoyos diplomáticos; se intervino ante Maspero, que pidió a Carter que presentara sus excusas.

El arqueólogo inglés, desde su más tierna edad, era un apasionado de la justicia; ¿por qué iba a arrastrarse a los pies de una autoridad cualquiera reconociendo un delito, si no había cometido ninguno? Muy molesto, Maspero insistió; no tenía ganas de perder a un colaborador de calidad. Pero Carter, obstinado, seguro de estar en su derecho, mantuvo sus posiciones. Cediendo a las presiones de los británicos, que tomaron el relevo de la ira de los vejados franceses, Maspero se vio obligado a despedir a Howard Carter.

La caída fue brutal. El egiptólogo, injustamente expulsado del Servicio de Antigüedades al que pretendía consagrar su vida, no abandonó Egipto. Volvió a ser pintor y vivió pobremente, en El Cairo, de la venta de sus acuarelas. Sin dinero, sin relaciones, veía cómo se alejaban para siempre las excavaciones arqueológicas y su querido Valle.

24 - Los primeros pasos de Ayrton y de Ramsés IV

El intermedio Quibell

Después de los «años Carter» (1902-1904), Theodore M. Davis se sintió en apuros. Aunque no apreciara demasiado a aquel inglés de carácter difícil, había tenido, al menos, el mérito de transformar su jubilación en un inicio de epopeya arqueológica. Lo más urgente era sustituirle.

En noviembre de 1904, James Quibell sucedió a Carter como arqueólogo profesional, encargado de excavar el Valle de los Reyes en nombre de Theodore M. Davis. Quibell no era un autodidacta como su predecesor; universitario distinguido, había realizado sus estudios en Oxford y se interesaba, sobre todo, por las primeras dinastías y por el arte egipcio más arcaico. Su objetivo no era, ciertamente, un hallazgo espectacular; pensaba tomarse su tiempo, llevar a cabo lentas y meticulosas campañas sin preocuparse por los resultados inmediatos. Ponderado, reservado, chocó enseguida con el autoritarismo de Davis.

Davis era americano y rico. Pagaba y quería tumbas inéditas. Carter había probado que era posible; por lo tanto debía continuar en esa dirección. Este discurso disgustó mucho a Quibell, que solicitó su traslado sin haber iniciado ningún trabajo de envergadura en el Valle.

Maspero le sustituyó por Arthur Weigall, pero éste tampoco sirvió. Davis, pragmático, visitó al director del Servicio de Antigüedades y exigió que las excavaciones se realizaran a su guisa, empleando el personal que le conviniera. Él era el financiero y...

El calvario de Edward Ayrton

El inspector oficial del Servicio, Weigall, fue relegado a un oscuro papel de supervisor y no participó directamente en las excavaciones; durante tres años, de 1905 a 1908, Davis utilizó el talento de un joven arqueólogo, Edward R. Ayrton, mucho menos conocido, pese a un trabajo notable, que la mayoría de los excavadores del Valle.

Contratado con el sueldo de doscientas cincuenta libras anuales, Ayrton era un inglés atlético de rostro abierto y simpático; bien vestido, aficionado a la franela, valeroso y más bien metódico, sólo tenía por desgracia una pobre experiencia egiptológica. Su principal baza era la buena voluntad; fiel a Davis, era un empleado modelo que no discutía las órdenes de su patrono.

Al no disponer de poder alguno y de ningún margen de maniobra, Ayrton obedecía al pie de la letra; fue la cabeza de turco de Davis y su aventura, a veces, se pareció mucho a un calvario. Una prueba: Ayrton, a lo largo de sus investigaciones, tomó cierto número de notas que formaban la primera aproximación científica de las tumbas que descubría; Davis no consideró necesario tener en

cuenta estas informaciones esenciales en las mediocres publicaciones que firmó con su nombre, asociando a ellas afamados arqueólogos, ¡pero no a Ayrton! Los papeles del excavador se perdieron, las elucubraciones de Davis se imprimieron.

El joven inglés aceptó ser sacrificado; solitario, vivía en una modesta casa, en el desierto, lejos de la muchedumbre y de la vida social, prefiriendo la compañía de sus dos perros a la de los humanos. Ese tipo de hombre, salvaje, poco interesado por los bienes materiales, preocupado por el cumplimiento de su función, no es raro en disciplinas donde la vocación se ve explotada por los trepadores.

Ayrton no era un eremita; le gustaba jugar al diábolo, que estaba de moda por aquel entonces, y cada semana se concedía una velada de distracción en Luxor. Dotado de un carácter servicial, guiaba de buena gana a algunos visitantes por el Valle para hacerles admirar sus maravillas.

Davis había elegido bien su mano derecha; durante tres años, exigió al máximo trabajo y resultados. A los veintiséis años, el perro fiel se rebeló considerando que el yugo era ya en exceso asfixiante; juzgando que Davis se había pasado de la raya, Ayrton abandonó el Valle de los Reyes. Sus amigos acababan de abandonar sus actividades en otras excavaciones tebanas, y encontrarse cara a cara con el americano le pareció insoportable. Se unió a una misión americana en Abydos, la ciudad de Osiris. Al concluir una temporada de excavaciones, estudió un año en Oxford y partió hacia la India. Destinado a Ceilán, murió ahogado en la primavera de 1914, a los treinta y un años de edad.

En cuanto Ayrton fue contratado por Davis, éste le precisó sus intenciones, excavar cada colina y cada pie de colina de modo definitivo. Esta vez, el azar no tendría papel alguno; siguiendo el plan al pie de la letra, ninguna tumba, real o privada, escaparía a Davis.

¿La intendencia? Una casa de excavaciones, construida en la entrada del valle del oeste. En su interior, un laboratorio y cuartos de almacenamiento destinados a los objetos. Aunque desprovisto de agua corriente y de electricidad, el lugar debía mantenerse limpio y seco.

Todo estaba dispuesto para las grandes maniobras.

LA TUMBA DE RAMSÉS IV (NÚM. 2)

Ayrton comenzó explorando una tumba ramésida conocida desde mucho tiempo atrás pero que no había sido despejada de modo sistemático; aquello le permitió hacer prácticas dirigiendo su primera excavación de envergadura. La tumba tiene sesenta y seis metros de longitud y la forma de un corredor que va estrechándose; Ramsés IV desarrolla más aún las proporciones que Merenptah había aumentado; de este modo, la vasta cámara funeraria, grandiosa, contiene el mayor y más pesado sarcófago de granito de todo el Valle (once pies y medio de largo, nueve de alto), que además está tallado en forma de cartucho real. Esta sala de resurrección fue

transformada en iglesia en el siglo V d. de C., y la decoración de las paredes, de hermosísima calidad, sufrió mucho. Se advierte la presencia de gran número de textos: *Letanía del sol, Libro de las cavernas, Libro de las puertas,* y extractos del *Libro de los muertos,* con la famosa «confesión negativa» en la que el ser que se presenta ante la balanza del juicio divino afirma no haber cometido faltas graves que le condenarían a la «segunda muerte», el aniquilamiento.

Cuando Ramsés IV subió al trono, tenía unos cuarenta años de edad; hijo y sucesor de Ramsés III, anunció su intención de construir templos en todo el país y ofrecer a Egipto un reinado largo y brillante. Con el fin de obtener medios para su política, el rey dobló el equipo de artesanos de Deir el-Medineh, aumentándolo hasta los ciento veinte hombres; en el año 2 de su reinado, cambió su nombre de coronación e hizo preparar su tumba. Se organizaron varias expediciones para obtener sillares y piedras preciosas en las canteras del uadi Hammamat y en las minas del Sinaí, pues el rey pedía a sus escultores que crearan grandes estatuas y a sus maestros de obras que prepararan bloques para nuevos santuarios.

La muerte quebró aquel impulso. El destino sólo concedió a Ramsés IV seis años de reinado (1154-1148), muy insuficientes si se comparan con sus ambiciones.

25 - La tumba intacta de Yuya y de Tuya (núm. 46)

El oro brilla en las tinieblas

El mes de febrero de 1905 fue más cálido que de costumbre. La temperatura no impidió a los obreros de Davis proceder a una penosa exploración entre montones de cascotes y piedras; sus esfuerzos se vieron recompensados por la aparición de la parte superior de una puerta sellada. El jefe de equipo, el *reis,* llamó a su hijo pequeño tras haber hecho un agujero. Le pidió que se introdujera en la tumba; asustado, el muchacho se vio obligado a obedecer.

Primero, miedo, inmovilidad y silencio; luego el visitante se acostumbró y divisó, en las tinieblas débilmente iluminadas, el brillo del oro. Mirándolo más de cerca, vio allí el timón de un carro, una vara de función y un escarabeo cubiertos por una lámina de oro.

Ya no cabía duda, ¡un tesoro intacto! Primera reacción del *reis,* hacer que hombres armados custodiaran el lugar. Estaba convencido de que la noticia se extendería con la velocidad del relámpago y que desvalijadores de toda calaña se pondrían inmediatamente en pie de guerra. Entre los Abd el-Rassul debían de estar preguntándose, ya, cómo habían podido dejar pasar semejante potosí.

Avisados, Maspero y Davis no tardaron en acudir al lugar. Uno y otro, con satisfacción y esperanza, comprobaron que la puerta de la tumba estaba todavía sellada. Desde su cierre, al finalizar los funerales, nadie había entrado allí. Única solución, abrir. Con la ayuda de antorchas, disiparon la oscuridad y avanzaron por un suelo resbaladizo hasta una segunda puerta sellada que mostraba los sellos de la necrópolis tebana. Fue necesario quitar las piedras, hacer un agujero y subir sobre los hombros del inspector Weigall para penetrar en la sepultura, el 11 de febrero de 1905.

Los padres de la reina Teje

Las inscripciones revelaron a Maspero que los ocupantes de la tumba se llamaban Yuya y Tuya. La sepultura era de pequeño tamaño y no estaba decorada, como las demás tumbas no reales del Valle. En el suelo se había depositado ritualmente una capa de fina arena amarilla. Aludiendo al simbólico hecho de que el difunto es «Quien se halla sobre su arena».

El equipo fúnebre, soberbio, estaba intacto; la modesta estancia, en efecto, estaba llena de admirables objetos, vasos canopes, instrumentos de música, refinados asientos decorados con escenas rituales, una de ellas perteneciente a Sitamon, hija de Amenhotep III, silla de la reina Teje cuyos paneles estaban decorados con las divinidades protectoras Bes y Thueris, lechos con paneles que mostraban la figura del mismo Bes, protector del sueño, arquilla para joyas con el nombre de Amenhotep III y de Teje, carro que servía para viajar por el otro mundo, jarras llenas de natrón. «El

Osiris vegetante», de acuerdo con el apelativo técnico, era un vestigio modesto pero importantísimo; recordemos que, en un molde con la forma de Osiris, se vertía una mezcla de arena y cebada que se regaba cada día. La cebada germinaba y alcanzaba unos diez centímetros de altura; se envolvía el conjunto con un lienzo y se depositaba en la tumba, como prueba de resurrección.

Los arqueólogos se acercaron a los sarcófagos. El de Yuya estaba sobre una narria, símbolo de Atum, el principio creador; en su interior, tres ataúdes momiformes. El de su esposa Tuya sólo tenía dos ataúdes interiores. El rostro de ambas momias, con los ojos casi abiertos, era extraordinario; la pareja, unida en un idéntico y sereno goce, parecía viva. Yuya era un apuesto hombre rubio, muy digno, con las manos cruzadas a la altura del cuello. Se le ha comparado al actor americano Charlton Heston. Tuya era una mujer magnífica de cuerpo esbelto, rostro fino y cabellos rubios, cuya dulzura sigue siendo perceptible más allá del óbito.

Padres de la reina Teje, esposa de Amenhotep III, Yuya y Tuya habían vivido el maravilloso período en el que el refinamiento de la civilización tebana alcanzó su apogeo. Yuya era originario del valle de Akhmim, en el Medio Egipto y, al igual que su esposa, no tenía vínculos con la familia real. Su hija, Teje, iba a convertirse sin embargo en la «gran esposa real», y su hijo Anen, en sumo sacerdote; Yuya ocupó el puesto superior en los carros del rey.

La pareja vivió una especie de cuento de hadas; llamada sin duda a la Corte por su hija, convertida en reina de Egipto, llevó una existencia apacible y gozó del insigne honor de ser enterrada en el Valle de los Reyes. Sin duda ésta es una de las numerosas pruebas de la influencia de Teje, de la que sabemos que gobernó al lado de su marido. Como siempre llueve sobre mojado, algunos arqueólogos supusieron que Yuya y Tuya habían sido también los padres de la celebérrima Nefertiti, pero falta todavía un documento decisivo.

FRICCIONES DE ARQUEÓLOGOS

Contrariamente a lo que puede leerse aquí y allá, la tumba no fue desvalijada; ciertamente, entraron en ella y, sin duda, en una época antigua, para tomar algunos productos cosméticos; el mismo fenómeno se observará, por otra parte, en la de Tutankamón, sin que pueda darse una explicación. Si los ladrones hubieran descubierto semejante tesoro, sólo nos habrían quedado las migajas.

El 14 de febrero, Quibell visitó la tumba. Su enemistad hacia Davis aumentó más aún cuando advirtió que el americano había desplazado ya varios objetos sin tomar nota del emplazamiento exacto. Como técnico, se pone furioso y se pregunta por qué se permite a unos aficionados estropear el estudio de una sepultura intacta. De acuerdo con una costumbre deplorable, es preciso vaciar a toda prisa la sepultura y transportar los objetos al museo de El Cairo, donde hoy se exponen junto a los de Tutankamón, que le son cercanos por su estilo y su espíritu.

El equipo de Davis realizó numerosos dibujos, pero hubiera

debido existir una publicación cuidada y precisa; tres semanas después del descubrimiento, la tumba de la pareja de dulce sonrisa había sido vaciada por completo de su contenido.

Quibell ocupó, en El Cairo, el puesto que Carter había dejado vacante, y no regresó al Valle donde Davis siguió reinando como dueño y señor.

26 - LOS ÉXITOS DE AYRTON: UN FARAÓN, ALGUNOS PERROS Y UN VISIR

LA TUMBA DEL REY SIPTAH (NÚM. 47)

Ayrton, como buen y abnegado servidor, organiza el trabajo a un ritmo constante. Debido al calor del mediodía, el equipo de unos cuarenta hombres procedentes de Gurna y las aldeas vecinas comienza a las seis, bajo la dirección del *reis,* los obreros cavan entre escombros de piedra, llenan los cestos y van despejando, poco a poco, el lugar donde se espera descubrir una tumba. Se organiza una lenta y regular procesión; todos repiten los mismos gestos canturreando viejas melopeas. A la hora de la comida, los trabajadores se sientan en círculo y consumen cebollas, tomates y pan. El tomate es azucarado, la cebolla dulce y el pan excelente. Seis de cada siete días, el equipo lleva a cabo su tarea en el Valle; el viernes, en tierra de Islam, es día de descanso. Por lo que a los salarios se refiere, son escasos pero muy buscados; hay muchos candidatos que esperan ser contratados por el *reis.*

En noviembre de 1905, Ayrton descubrió la tumba de un rey de la XIX dinastía, Siptah; será el último hipogeo de este período descubierto en el Valle. El corredor estaba lleno de cascotes que fue necesario evacuar con precauciones, pues el techo amenazaba ruina: las malas condiciones impidieron una exploración completa que sólo se llevará a cabo, por Burton, en 1912. La tumba era grande, cuidadosamente dispuesta; su decoración, en la que predominaba el verde, soberbia; durante cierto tiempo, por los fragmentos de un ataúd de alabastro y otros objetos hallados entre los cascotes, se creyó que se trataba de la sepultura de una reina, lo que despertó el interés de Davis. El entusiasmo se enfrió cuando fue necesario admitir la realidad. Como la decoración estaba muy dañada más allá de los dos primeros corredores y como las partes bajas parecían peligrosas, Davis atendió a las razones de su arqueólogo que proponía abandonar la excavación. Como la momia del rey reposaba en el museo de El Cairo, sólo podían esperar algunos hallazgos menores. Siptah, «el hijo de Ptah», dios de Menfis, reinó seis años (1196-1190). Llamándose originalmente Ramsés-Siptah, lo que le unía a su glorioso antepasado Ramsés II, cambió su nombre por el de Merenptah, «el amado de Ptah», insistiendo pues en sus vínculos con el dios. Hijo de Seti II y de Tausert que, como Hatshepsut, fue regente primero y luego faraón, Siptah se dirigió a Nubia en el año 1 de su reinado, para instalar allí al virrey, alto funcionario encargado de egiptizar el paraje y de mantener la paz. Casi nada sabemos sobre los orígenes del rey, su modo de ejercer el poder y su fin.

ANIMALES REALES

A finales del año 1905, Ayrton excavó en la parte sur del barranco, en las proximidades de la tumba de Amenhotep II.

Supervisó grandes limpiezas, de acuerdo con las instrucciones de Davis, y no terminó con las manos vacías.

Descubrió primero un pequeño sepulcro de la XVIII dinastía que albergaba a un dignatario cuya identidad no pudo precisarse; se convirtió en un simple número en la lista, el núm. 49. Luego puso al descubierto tres fosas que conducían a tres cámaras que reservaban una buena sorpresa; allí no descansaban seres humanos sino animales. El más hermoso y majestuoso era un perro amarillo de tamaño medio, bien erguido sobre sus patas con la corta cola curvada sobre el lomo; ante su hocico, un mono que parecía tan vivo como él, puesto que los ladrones le habían quitado las vendas. Otros ocupantes aguardaban a Ayrton: cinocéfalos, más perros, patos, ibis, pájaros y un mono hembra sujetando tiernamente a su pequeño. Considerados como seres respetables, al igual que los humanos, los animales habían sido momificados de acuerdo con los ritos y gozaban de ataúdes, vasos canopes, amuletos y joyas, como aquel mono al que los desvalijadores no habían arrancado su collar de cerámica azul.

Algunos biólogos examinaron los cuerpos; advirtieron que aquellos animales habían sido bien alimentados, que su salud había sido excelente y su existencia fácil. Debido a su presencia en el Valle, puede defenderse la hipótesis de que se trata de animales que vivieron en la corte real y gozaron de la ternura de faraones y reyes. Es el momento de subrayar el lugar considerable que ocupaba el animal en el universo egipcio; se le consideraba el soporte y la forma encarnada de una fuerza divina que, al revés que el hombre, no podía desnaturalizar. Fiel al genio de su raza, transmitía sin deformación un poder del otro mundo. Por lo tanto, el hombre podía aprender mucho de los animales que eran algunos de los mejores maestros en el camino de la sabiduría.

El visir Amenemopet (núm. 48)

En enero de 1906, Ayrton descubrió un pozo que conducía a la muy humilde sepultura de un gran y poderoso personaje, el visir y gobernador de Tebas Amenemopet, hermano de Sennefer, que ocupaba la tumba núm. 48. Uno y otro vivieron en la época de Amenhotep II, conocieron una existencia feliz y un notable destino póstumo puesto que permanecieron cerca el uno del otro siendo recibidos en la necrópolis real. Es probable que el visir Amenemopet estuviera muy próximo a la comunidad de Deir el-Medineh y que su calidad de maestro de obras y supervisor de las tumbas reales justificara su presencia en el Valle.

Aunque la tumba estuviera devastada, contenía todavía el sarcófago y su momia; así se había preservado el recuerdo de un alto dignatario de la XVIII dinastía que había preferido esa modesta morada de eternidad junto al rey a quien había servido a una vasta y magnífica sepultura en el valle de los nobles.

UNA EXTRAÑA COPA AZUL Y UN REY DESCONOCIDO

A comienzos de 1906, Ayrton excavó al pie de una alta colina, junto a un barranco próximo a las tumbas de Tutmosis III, Amenhotep II y Tutmosis IV. Bajo una roca se ocultaba una hermosa copa azul en la que se había inscrito el nombre de Tutankamón.

Ayrton se sintió intrigado. Ningún objeto perteneciente a ese rey había circulado todavía por el mercado de antigüedades. Era muy difícil interpretar esa primera aparición de Tutankamón en el Valle y apreciar en su justo valor el modesto hallazgo; ¿se trataba de una copa utilizada durante el ritual de los funerales? ¿De dónde procedía y por qué había sido escondida allí? Fue imposible responder a esas preguntas. Ayrton y Davis las olvidaron.

UN LORD CON MALA SALUD Y EL REGRESO DE CARTER

Aquel año, un aristócrata británico, lord Carnarvon, hizo una estancia en Egipto con la esperanza de que mejorara su deficiente salud. Intrépido viajero, literato, apasionado por la historia antigua y de espíritu muy independiente, disponía de una gran fortuna; su dominio de Highclere era uno de los más hermosos de Inglaterra. Lord Carnarvon parecía destinado a una fácil existencia cuando un accidente de automóvil estuvo a punto de costarle la vida; gravemente herido, nunca recuperó su antiguo dinamismo y su disminución le hizo sufrir mucho. Egipto era sólo un destino turístico de moda donde los ricos enfermos iban a disfrutar del aire puro y el sol; Carnarvon olvidó un poco su infortunio físico al descubrir los parajes faraónicos, y especialmente los de Tebas-Oeste.

Una idea le divirtió. ¿Y si, como otros personajes de su rango, financiara algunas excavaciones? Muy al corriente de la política oriental, conocía bien los problemas de Egipto y obtuvo una entrevista con Gastón Maspero. Éste aceptó la proposición de lord Carnarvon; naturalmente, fue necesario atribuirle un arqueólogo profesional. Maspero aprovechó la ocasión de reparar la terrible injusticia de la que Howard Carter había sido víctima; le sugirió al inexperto lord que empleara al excelente técnico que vegetaba en El Cairo.

Carnarvon aceptó. Carter también. Ayudaría al arqueólogo a adquirir hermosas piezas para su colección de antigüedades y dirigiría en su nombre algunas excavaciones. Primero explorarían, sin demasiados medios, un pequeño sector de Deir el-Bahari. Nació una amistad sólida y duradera; ni el aristócrata ni el egiptólogo tenían un carácter fácil, pero se estimaron y se complementaron.

Carter se acercaba al Valle; pero seguía siendo Davis quien reinaba allí como dueño y señor.

27 - La misteriosa tumba núm. 55 y el faraón de la máscara de oro

Una nueva tumba real

El 1 de enero de 1907, tras haber discutido con Davis y obtenido su autorización, Ayrton pidió a sus obreros que exploraran las masas de cascotes al sur de la tumba de Ramsés IX en la parte central del Valle que ocupó, hasta 1991, un Rest House muy poco estético. En aquel lugar, la roca es casi vertical; a unos treinta pies del hipogeo de Ramsés IX, Ayrton exhumó algunos jarrones y puso al descubierto los peldaños de una escalera que conducía a la entrada de una tumba situada en la ladera de la colina.

Al pie de los peldaños se erguía un muro de piedras secas, sobre el que se habían impreso los sellos de la necrópolis; se trataba pues de una tumba real. Dada la importancia del descubrimiento, Arthur Weigall, inspector-jefe del Servicio de Antigüedades, se desplazó para observar el lugar. Estimó que el muro no era original y que había sido edificado para proteger la tumba, sin duda después de un robo.

Los arqueólogos penetraron en un corredor bien tallado, de unos seis pies de ancho; estaba lleno de cascotes, pero no había arena ni detritus entre ellos. No había estado pues mucho tiempo expuesto al viento o la lluvia; la tumba debía de permanecer cerrada desde la propia antigüedad egipcia y no había sido abierta desde entonces.

El avance resultaba casi imposible; en lo alto de un montón de cascotes, un enorme panel de madera llegaba al techo. No era un panel cualquiera; chapado en oro, procedía de una capilla decorada con relieves e inscripciones. Al acercarse, se advirtió que el techo estaba agrietado; el agua se había infiltrado pues y había dañado la chapa de oro que, sin embargo, brilló todavía cuando la iluminó la luz exterior.

Davis, una reina y una barbaridad

Dado el estado del lugar, se imponía la mayor circunspección; para salvar la chapa de oro y preservar los frágiles vestigios de una tumba que se anunciaba apasionante, hubiera sido necesario cerrarla de nuevo y recurrir inmediatamente a fotógrafos y especialistas en restauración. Tomarse tiempo era la más urgente medida.

Por desgracia, el día del descubrimiento ningún especialista trabajaba en los alrededores del Valle; además, Davis, impaciente, quería resultados. El *reis* recibió la orden de colocar, a la derecha, una larga tabla que sirviera de camino de acceso hacia el interior de la tumba; mientras reptaban descubrieron un nombre, el de la reina Teje, esposa de Amenhotep III y madre de Akenatón. Exaltado por la idea de excavar una tumba de reina, Davis ignoró cualquier

precaución; lo único que importaba era avanzar rápidamente hacia el sepulcro. Éste era una estancia alta y bastante grande, aunque no decorada; en el suelo, paneles de madera, fragmentos de chapa de oro y distintos objetos. Un sarcófago extraordinario llamó enseguida la atención; ¿no estaba acaso incrustado de piedras semipreciosas y no era, parcialmente, de oro? Para Davis, la identidad de su ocupante, aunque llevara en la frente un *uraeus,* no planteaba duda alguna: era una reina, una de las más célebres de la historia egipcia, la gran esposa real, Teje.

Sorprendentes detalles exigían una constante atención; los vasos canopes eran un hermoso ejemplo del arte llamado «amarniense», es decir de la época de Akenatón y Nefertiti; en un panel, se veía a Akenatón adorando a Atón, el globo solar en el que se encarnaba la luz. Su madre, Teje, participaba en el rito y se mantenía detrás de su hijo. Henos pues sumidos en la atmósfera de la ciudad del sol, Aketatón, en la mística del rey «herético», es decir en un período misterioso y complejo; en pleno Valle en la orilla oeste de Tebas, dominio de Amón, se celebraba pues, por toda la eternidad, el culto de Atón.

Una prueba más, si era necesario, de que ninguna guerra civil o religiosa opuso a los «partidarios de Amón» y los «partidarios de Atón», situación inconcebible en el antiguo Egipto donde nadie mató nunca a causa de un dogma religioso, porque tal noción no existía.[11]

El rostro del sarcófago, cuyo soporte se había derrumbado, era una máscara de oro que había sido arrancada. ¿Por quién y por qué razón? Sólo subsistían la ceja y una parte del ojo derecho. Podía esperarse, ante tantos enigmas, mucho cuidado y meticulosidad por parte de los arqueólogos; pero ni Davis, ni Ayrton, ni Weigall, ni Maspero pensaron en estudiar a fondo aquella sorprendente tumba 55, ni siquiera en redactar un informe arqueológico detallado. Fue una de las mayores barbaridades de la arqueología egipcia; para tomar una «hermosa» fotografía de la tumba, no se les ocurrió otra cosa que... ¡vaciarla! De paso, Davis consiguió incluso dañar la momia. Sin tomar precaución alguna, pisotearon las chapas de oro y se arruinó cualquier esperanza de una restauración inteligente que habría permitido admirar, en parte al menos, una capilla de oro tan espléndida como los santuarios análogos de Tutankamón.

A fines de enero de 1907, la tumba estaba limpia y entraron los visitantes. Davis les autorizó para llevarse, a guisa de recuerdo, fragmentos de chapa de oro; por lo que a los ladrones profesionales se refiere, ojo avizor desde el primer día, hurtaron objetos de la mal vigilada sepultura. Tanta desenvoltura resulta pasmosa y jamás alabaremos bastante el rigor de Howard Carter, que, algunos años más tarde, adoptará una actitud radicalmente distinta.

¿Una reina o un rey? ¿Akenatón encontrado?

La momia no se conservaba bien; Davis la dañó más tocando con excesiva brusquedad los dientes delanteros que se desprendieron y cayeron. La seguridad del americano se reforzó; efectivamente tenía ante los ojos un cuerpo de mujer. ¿No lo probaba acaso el examen de los huesos? Los primeros «especialistas» asintieron. Además, la posición ritual, con el brazo derecho sobre el costado y el brazo izquierdo doblado sobre el pecho, era la de las reinas. Otros especialistas se interesaron por el problema y demostraron que la momia era la de un hombre muerto entre sus veinte y sus treinta años.

¿No había leído Maspero el nombre de Akenatón? Pero ¿dónde, en el sarcófago o en otra parte? Ciertos egiptólogos adoptaron la idea y aseguraron que aquella tumba núm. 55 era la sepultura del rey cuyos despojos habían sido llevados a Tebas. La capilla dorada, que se ha perdido para siempre, habría sido ofrecida a su hijo por la reina Teje; por lo que a los vasos canopes se refiere, habrían sido fabricados para Amenhotep, mientras reinaba en Tebas, antes de cambiar de nombre. Los ladrillos mágicos, con el nombre del rey, le calificaban de «Osiris», dios que no figura ya en la temática religiosa de el-Amarna; ¿fueron depositados allí antes de la partida hacia la nueva capital o cuando se dio sepultura a la momia de Akenatón?

[11] Véase Christian Jacq, *Nefertiti y Akenatón,* Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1992.

¿No fue concebido el sarcófago, originalmente, para Nefertiti y utilizado, finalmente, por Akenatón que adoptó una postura de reina para simbolizar, por sí solo, la pareja real? Si alguien se ocupó del traslado desde el-Amarna, fue Tutankamón; el joven rey desplazó la Corte y se llevó consigo la momia de su predecesor que habría sobrevivido, por lo tanto, a la destrucción.

Esta versión de los hechos está lejos de ser admitida por todos. Se objeta que el cadáver es el de un hombre demasiado joven como para ser Akenatón; además, ninguna inscripción lo prueba formalmente. ¿Por qué no pensar en el corregente del rey «herético», Smenker, a quien Akenatón asoció al trono durante los dos últimos años de su reinado? Este corregente, cuya existencia niegan algunos, habría desempeñado el papel simbólico de la difunta Nefertiti. Las inscripciones del sarcófago, fueron, además, modificadas, para que algunas palabras pasaran del masculino al femenino. Detalle molesto: en la tumba no se recogió ningún objeto con el nombre de Smenker. Una posibilidad más: originalmente, el sarcófago se destinó a una mujer, Nefertiti, la esposa de Akenatón, o Teje, su madre, a la que había dedicado su capilla de oro, o a una de sus hijas. Y se pensó incluso en su esposa secundaria, Kiya.

Única certidumbre: los objetos (sarcófago, ladrillos mágicos, vasos canopes) están en directa relación con la reina Teje y el reinado de Akenatón. La «gran esposa real» era una personalidad de primera magnitud que personificaba a Maat, la Regla universal; participaba pues en todos los rituales. Teje murió antes que su marido, Amenhotep III, pero vivió hasta el año 8 del reinado de su hijo, Akenatón. Podría estimarse que, al principio, la tumba núm. 55 fue prevista como sepultura para esta reina, considerada digna de compartir la eternidad de los monarcas. Luego su dueña -que no ha sido formalmente identificada- habría sido trasladada a otra tumba, cediendo su lugar a la de su hijo o corregente.

Debido a la estúpida destrucción de demasiados indicios esenciales, es muy difícil realizar la investigación y se experimenta un penoso sentimiento de frustración; uno de los últimos episodios de la aventura amanuense se nos escapa cuando habían sobrevivido importantes vestigios. El Valle, una vez más, mantiene su misterio.

28 - Reyes, arqueólogos y un pequeño tesoro

Harold Jones, Ay y Tutankamón

En febrero de 1907, Davis contrató a un nuevo empleado para ayudar a Ayrton: E. Harold Jones no era arqueólogo sino artista. Sin gran experiencia en egiptología, se aventuró en el Valle con cierta inocencia y, beneficiándose de la sistemática exploración emprendida por Ayrton, hizo un curiosísimo hallazgo en el fondo del barranco que lleva a la tumba de Amenhotep II. Un pozo bastante ancho conducía a una cámara funeraria donde descubrió fragmentos de chapa de oro con los nombres de los reyes Ay y Tutankamón. Una escena muestra a Ay, de pie en su carro, disparando flechas contra los asiáticos; simboliza el orden vencedor del caos. Tutankamón se entrega, también, a una acción guerrera derribando a un libio; su esposa y su sucesor, Ay, asisten a la escena que no relata un acontecimiento histórico sino que alude al importante papel de Faraón, encargado de poner orden en lugar del desorden. Parece cierto que estos fragmentos proceden de la decoración de un carro ritual, perteneciente al mobiliario fúnebre utilizado por el ocupante de la tumba en el otro mundo.

¿Quién era el propietario de esa tumba núm. 58? Jones, además de los restos de mobiliario, fragmentos de frisos decorativos con el nombre de Ay, encontró la estatua de un alto dignatario en la postura de Osiris. Lamentablemente, no hay inscripción que comunique el nombre del personaje.

La tumba núm. 58 se excavó para un hombre de primera línea que ocupó importantes funciones en Tebas, bajo los reinados de Tutankamón y Ay. La presencia de un carro ritual, como en la tumba de Yuya, hacen pensar en un superior de los carros, colocado a la cabeza de un cuerpo de élite del ejército y encargado de velar por la seguridad del soberano. Son sólo hipótesis porque la tumba no revela la identidad del dignatario.

Las frustraciones de Howard Carter

En 1907, Howard Carter se hizo construir una casa en Tebas-Oeste, en una plataforma que domina una tumba real del Imperio Medio, a unos veinte minutos del Valle de los Reyes. Trabajando para lord Carnarvon, excavaba no lejos del Valle que seguía siendo su principal centro de interés, aunque le estuviera prohibido.

Desde su beranda, que daba a los templos fúnebres construidos en el lindero de los cultivos, Carter soñaba en las tumbas todavía enterradas que le gustaría descubrir; por lo tanto, seguía atentamente las excavaciones de Ayrton y se documentó sin cesar sobre el Valle. Poco a poco, fue convirtiéndose en el mejor especialista; no ignoraba nada de lo que había ocurrido allí y podía describir el menor rincón.

Pero la concesión pertenecía a Davis. Para Carter, el Valle

seguía siendo zona prohibida.

LA TUMBA DE AMENMÉS (NÚM. 10)

En diciembre de 1907 fue descubierta la entrada de una tumba deteriorada; comprendía un corredor, un vestíbulo y una cámara funeraria con cuatro pilares. La existencia de cartuchos, la mayoría de los cuales habían sido martilleados, demostraba que se trataba de una tumba real excavada para el faraón Amenmés que, al parecer, había reinado tres años (1202-1199), al mismo tiempo que Seti II.

El final de la XIX dinastía se vio turbado por una querella que opuso a Seti II, sucesor de Merenptah, y a Amenmés, príncipe y virrey de Nubia; ¿fomentó desde aquella provincia, rica y muy belicosa, una revuelta contra el soberano? No se sabe. La hipótesis es difícil de defender puesto que Amenmés, como Seti II, fue inhumado en el Valle tras haber sido reconocido como faraón.

La documentación es tan pobre y elíptica que nos vemos reducidos a hacer preguntas. Las dos mujeres que descansaban en la tumba son, también, enigmáticas; su identificación como la madre y la esposa de Amenmés ha sido discutida, y se ha pensado en la madre y la mujer de Ramsés IX. La momia del rey no ha sido encontrada.

EL MATERIAL DE EMBALSAMAMIENTO DE TUTANKAMÓN

El 21 de diciembre de 1907, el equipo de Davis descubre un pozo funerario cuyo contenido sólo se examinará el 17 de enero de 1908. La fosa rectangular, excavada en el sector este del Valle, junto a la tumba de Ramsés X, estaba llena de jarrones que contenían hojas, flores secas y saquitos. Los recipientes estaban envueltos con telas; en la tela se había inscrito el nombre de un faraón, Tutankamón.

La conclusión de Davis fue inmediata: acababa de identificar la tumba de aquel oscuro faraón. La afirmación hizo saltar a Carter, atento siempre a la vida del Valle; ¡semejante pozo no podía ser, en modo alguno, una tumba real! Davis no escuchó su advertencia; para él, la tumba núm. 54 completaba la núm. 58, descubierta la temporada anterior. El conjunto formaba la sepultura completa de Tutankamón.

En aquel año de 1908, el americano es un personaje célebre y respetado. ¿No se afirma, acaso, que encuentra un faraón por año? Ninguna crítica puede dañarle. En el museo de El Cairo se inauguró una «sala Davis» donde se expusieron sus hallazgos; era, sin discusión, el mejor excavador del Valle. El reconocimiento oficial no habría tenido valor sin una visita, a la casa de excavaciones, del cónsul general británico, sir Eldon Gorst.

Davis le recibió con la intención de deslumbrarle. El contenido de los recipientes de una tumba real sólo podía ser excepcional; el americano procedió pues a su apertura ante sir Eldon Gorst.

Aquel gran espectáculo se convirtió en un lamentable fiasco. El cónsul general se sintió muy decepcionado por los pobres vestigios

que exhibió el americano y abandonó la casa de excavaciones antes de lo previsto, contrariado por haber perdido su tiempo. El infeliz Ayrton, a quien se acusó de aquel crimen de lesa majestad, fue objeto de severas regañinas. Furioso, Davis cedió de buena gana el contenido de la maldita tumba 54 a Winlock, un arqueólogo americano, que se lo llevó al Metropolitan Museum de Nueva York con el fin de estudiarlo.

Sólo quince años más tarde revelará el resultado de sus investigaciones; amigo de Howard Carter, le hizo sin duda, antes, algunas confidencias. Resultado realmente sensacional; en un tejido, una fecha: año 6 de Tutankamón. Aquel rey, tan mal conocido, no había tenido pues un reinado efímero. ¿Qué contenían los recipientes? Vendas, trapos destinados a limpiar el cuerpo del monarca, bolsas de natrón, restos de una comida donde se habían consumido cordero lechal y aves, bebido vino y cerveza; se añadían collares de flores compuestos de ramas de olivo y acianos que habían llevado los invitados e, incluso, la escoba utilizada para borrar las huellas de pasos al salir de la tumba. Winlock comprendió que la tumba núm. 54 albergaba los recuerdos del banquete celebrado en los funerales de Tutankamón, que estaba pues enterrado en el Valle. Ocho personas, aproximadamente, habían participado en aquella sorprendente comida.

Por negligencia e incompetencia, Davis había tenido en sus manos y despreciado una de las más conmovedoras resurrecciones de la arqueología egipcia. Aunque la naturaleza del hallazgo se hubiera elucidado, la propia existencia del escondrijo no deja de asombrar. ¿Por qué lo habilitaron, por qué se quiso conservar la memoria del banquete, prefiguración del banquete eterno? Tutankamón, considerado demasiado a menudo como un «reyezuelo» sin envergadura, fue, por el contrario, tratado con especial cuidado por los ritualistas. Veremos más adelante que el azar no desempeñó, sin duda, papel alguno en la preservación de su tumba.

LA «TUMBA DE ORO» (NÚM. 56)

El 5 de enero de 1908, Ayrton había descubierto otra sepultura privada, cerca de la tumba núm. 58. Como de costumbre, tenía la forma de un pozo que llevaba a un sepulcro no decorado. Se había inundado y el suelo estaba cubierto por una capa de barro seco en la que el excavador distinguió fragmentos de objetos. Hubiera sido necesaria una gran minuciosidad para anotar su exacta posición y registrar científicamente el lugar. Pero Davis, impaciente, ordenó a Ayrton que actuara deprisa y comprobara que el lugar no contenía un tesoro.

Con la ayuda de un cuchillo se extrajeron dos pendientes de oro que llevaba el cartucho de Seti II, algunos fragmentos de chapa de oro y joyas, una anilla con dieciséis flores de adormidera, dos pequeños guantes de plata, dediles de oro con los nombres de Ramsés II y Seti II, collares, amuletos, brazaletes de plata cuyo grabado muestra a Tausert ante Seti II. Esa «tumba de oro» fue

excavada, al parecer, para una hija de Seti II y Tausert; le ofrecieron un tesoro que pudo escapar a los desvalijadores.

29 - La tumba de Horemheb (núm. 57)

Fortuna y desgracia de Ayrton

Tras el frustrado show ante el eminente cónsul general británico, Ayrton había tenido que sufrir las reprimendas de su patrono y servir, una vez más, de cabeza de turco aunque no tuviera responsabilidad alguna en aquel asunto.

Prosiguió, sin embargo, su trabajo concienzudamente; el Valle siguió sonriéndole y le ofreció, el 22 de febrero de 1908, un maravilloso hallazgo. En una parte baja del paraje, al fondo de un barranco, descubrió la entrada de un hipogeo desconocido. La escalera, de hermosa factura, era amplia, anunciando una tumba de gran tamaño, por desgracia estaba cubierta por una enorme masa de escombros; éstos habían sido acarreados por las aguas torrenciales formadas por las violentas tormentas.

En los cartuchos figuraba un nombre ilustre: Horemheb. Creyó que se engañaba porque aquel personaje célebre tenía ya una tumba en Menfis. De hecho, esta última había sido prevista para el general Horemheb; al convertirse en faraón, de acuerdo con la Regla, se había hecho excavar una tumba en el valle.

Un faraón calumniado

Demasiados autores han descrito a Horemheb como el liquidador de la «experiencia amarniense»; se le ha descrito con los rasgos de un perseguidor y el cine americano, tan alejado de la realidad egipcia, lo ha convertido incluso en un soldado violento y borracho.

Bajo el reinado de Akenatón, Horemheb residió en la ciudad del sol y realizó las funciones de general; no era sólo un militar sino también un escriba real, un literato y un administrador de alto rango, cercano a Faraón. Parece incluso haber ocupado el rango de primer ministro. Especialista en política exterior, fue un notable legislador que reformó ciertas costumbres que se habían hecho injustas.

Cuando Tutankamón sucedió a Akenatón, Horemheb siguió sirviendo al rey; fue también el servidor de Ay antes de subir, a su vez, al trono de Egipto en el que permaneció unos treinta años (1323-1293). Su reinado, apacible y brillante, cierra la XVIII dinastía y, en cierto modo, abre la XIX cuyos fundamentos pone Horemheb. Lejos de ser un hombre de transición, fue un monarca bisagra entre dos fases de la historia de Egipto. Sus reformas administrativas y legislativas cambiaron la fisonomía del país y prepararon los años en los que brillaron Seti I y Ramsés II. Este último, recordémoslo, arrasará la capital de Akenatón.

Los maestros de obras de Horemheb trabajaron, sobre todo, en Menfis y Karnak, donde edificaron tres pilonos. El segundo, que cierra la sala hipóstila por el oeste, y los noveno y décimo, en el camino de las procesiones. Se llenaron de pequeños bloques, los

talatates, con los que se habían construido los templos de Atón, erigidos en la parte oriental del paraje. En los cimientos de sus pilonos, Horemheb volvió a emplear, pues, la obra de Akenatón.

Reorganizó los equipos de Deir el-Medineh, aumentó el número de artesanos y dio órdenes para proceder a cierto número de restauraciones en las tumbas reales.

UNA EXPLORACIÓN APASIONANTE

Fueron necesarios tres días para llegar a la parte baja de la tumba avanzando a través de los cascotes, dos para despejar el corredor, uno para cruzar el pozo. Este hipogeo marca, por su planta, una ruptura en relación con la XVIII dinastía, donde el recorrido ritual se quebraba en ángulo recto; la tumba de Horemheb adopta un camino directo, sin recodo, y ofrece el «eslabón perdido» entre las pequeñas y secretas tumbas de la XVIII dinastía y las grandes tumbas con vistoso pórtico de la XIX. En este campo, como en otros, Horemheb se nos muestra como el primer ramésida. Tras el corredor de acceso suprimió, pues, el cambio de dirección y, después de la sala del pozo, se limitó a una ligera desviación antes de llegar a la cámara funeraria.

Otra innovación espectacular, el paso de las pinturas murales a los relieves pintados. Éstos, en un fabuloso estado de conservación, brillaban con extraño fulgor que parecía salir de la roca. A medida que se iba despejándolos, se vio aparecer a Horemheb haciendo ofrendas a divinidades con rostros sublimes; los azules, especialmente, eran de pasmosos frescor y belleza. Por primera vez, además, se revelaba el *Libro de las puertas,* un texto esotérico sobre las mutaciones de la luz; los ramésidas se lo debían pues a Horemheb.

Cuatro pilares sostenían el techo de la cámara funeraria, llena de cascotes; a pesar del pillaje, subsistían fragmentos de un cofre para canopes de alabastro, de estatuas de madera, de un altar para libaciones de alabastro, en forma de león, de una pantera de madera y de ladrillos mágicos.

El sarcófago, protegido por cuatro diosas colocadas en las cuatro esquinas, se parecía al de Ay; el de Tutankamón no es muy distinto. La presencia de Isis, Neftis, Neith y Serket garantiza el buen desarrollo del proceso de resurrección y la liberación de cualquier traba.

En la pared, sobre el sarcófago, se había dibujado en negro una escena que mostraba a Osiris presidiendo el acto de pesar el corazón; de aquella prueba dependía la justificación del ser que iba a renacer en el paraíso o a desaparecer. Horemheb, el legislador, quiso reposar bajo aquel acto esencial del juicio divino.

En el sarcófago yacían osamentas humanas, como en la pequeña cámara aneja; probablemente no se trata de los restos de la momia de Horemheb, que no ha sido hallada o no fue identificada entre las momias procedentes del escondrijo de Deir el-Bahari. Inscripciones de escribas indican que la tumba fue cuidada en el

Imperio Nuevo. Por desgracia, Davis no consideró oportuno publicar las notas de Ayrton que parecen definitivamente perdidas. El americano prefirió difundir su propio texto, sin gran interés, privándonos de las preciosas observaciones de su arqueólogo.

UNA TUMBA TALLER

«Tumba inconclusa», se escribe a menudo con respecto al hipogeo de Horemheb, porque algunas escenas están dibujadas y no pintadas; en otras, se distingue la cuadrícula que los dibujantes utilizaron para el cálculo de las proporciones.

En treinta años de reinado, Horemheb tuvo tiempo para hacer excavar su tumba, prever una soberbia decoración y concluirla; a nuestro entender, lo que vemos es lo que el rey había deseado. En realidad, el sepulcro es un taller en el que se revelan todas las etapas de la creación de los dibujantes, los pintores y los escultores, desde la superficie blanca hasta el color. Se enseña ahí el arte de las proporciones y la geometría sagrada, tal como se practicaban en la cofradía de Deir el-Medineh. Imagínese pues la importancia de la tumba de Horemheb que, desde este punto de vista, no ha sido todavía estudiada con atención. Se ha advertido, sin embargo, que el maestro de obras modificó la plantilla de proporciones y el número de cuadrados utilizados para medir las figuras en su altura y su anchura. También en este campo, el reinado de Horemheb fue innovador.

GLORIA Y DECADENCIA DE AYRTON

El esplendor de la tumba de Horemheb impresionó a quienes tuvieron la suerte de contemplarla; para Ayrton, fue un éxito que marcó el apogeo de su carrera de excavador. Sin duda esperó ciertas consideraciones por parte de su patrono; pero aquello era conocer mal a Davis, que habría preferido la sepultura de una reina y un hermoso tesoro compuesto por objetos raros y espectaculares.

Davis, que acabó interesándose por la arqueología, cometió una grave falta al negarse a publicar las notas científicas de Ayrton. Este último consideró, sin duda, que había llegado ya la hora de afirmar mejor su personalidad. Dejando de comportarse como una bestia de carga, formuló algunas exigencias que a Davis le parecieron inaceptables.

Ayrton abandonó pues el Valle que tan generoso había sido con él; como hemos visto, su destino no resultó demasiado favorable. El balance de sus años de trabajo (1905-1908) es absolutamente notable y debemos lamentar que Davis explotara tan mal los descubrimientos de su arqueólogo. Cuántas observaciones silenciadas, cuántos informes destruidos... La vanidad de los «patrones», en arqueología, fue a menudo dramática en la medida en que la documentación aniquilada no puede ser reconstruida.

No sin cierta nostalgia volvemos la página de la aventura de Ayrton, uno de los mayores exploradores del Valle y, sin duda alguna, el más desconocido; no supo hacer su propia publicidad ni

explotar sus hallazgos y permaneció a la sombra de un hombre cuyo comportamiento puede juzgarse severamente.

Cuando Ayrton se fue, Davis se vio en apuros.

30 - UN ARTISTA DESAFORTUNADO Y UNA REINA-FARAÓN

LAS DESGRACIAS DE JONES

Davis nombró, para sustituir a Ayrton, a E. Harold Jones, que trabajaba ya en el equipo arqueológico. Artista frágil, de carácter inseguro, obedeció las órdenes del americano que, fiel a su estrategia de limpieza total, quiso excavar los costados de los barrancos y las colinas que flanqueaban el valle del oeste. La empresa implicaba un trabajo enorme, que no dio resultado alguno.

Durante los años 1910-1911, se practicaron otras excavaciones, igualmente improductivas, alrededor de la tumba de Amenhotep III. La suerte parecía haber abandonado a Davis, que ya no descubría un faraón por año. El infeliz Jones tuvo que sufrir las cóleras y los malos humores de su patrono; mientras Ayrton había acumulado éxito tras éxito, el artista presentó sólo un triste balance: ni una sola tumba nueva. Vivió sin duda un terrible período de ansiedad y depresión; se añadió la enfermedad y, a finales de marzo de 1911, Jones murió.

SETI II, REY DE EGIPTO; BAY, CANCILLER; TAUSERT, REINA-FARAÓN

En 1909 fue explorada de nuevo la tumba de Tausert, conocida desde hacía mucho tiempo. Para intentar comprender el personaje de aquella soberana de finales de la XIX dinastía, debemos intentar desembrollar la madeja de varios destinos.

Seti II reinó seis años (1202-1196); o sucedió a Amenmés, que ocupa la tumba núm. 10, o el reinado de este último fue paralelo, durante dos o tres años, al de Seti. Ningún acontecimiento dramático marcó el período; se emprendieron trabajos en Karnak y Hermópolis, la ciudad de Thot. Sin embargo, la tumba de Seti II, cuya momia fue encontrada en el escondrijo de Amenhotep II, es muy modesta (núm. 15); no incluye pozo y el corredor inicial parece haber sido transformado en la sala del sarcófago. Afirmar que el rey fue inhumado precipitadamente y que el decorado fue ejecutado rápidamente a causa de los trastornos políticos es sólo una hipótesis no verificada, tanto más cuanto nos es desconocida la fecha del descubrimiento de la tumba. A la muerte de Seti II, el faraón designado, Siptah, era demasiado joven para reinar; se le atribuyeron sin embargo seis años de soberanía (1196-1190). Fue inhumado en la tumba núm. 47. Realmente fue Tausert quien ejerció el poder, primero en compañía de Siptah y luego sola durante unos dos años (1190-1188). Era la gran esposa real de Seti II y, por ello, estaba perfectamente informada de los asuntos del reino; a su lado, el canciller, escriba real y jefe del tesoro, Bay, que tuvo el honor de gozar de una tumba en el Valle (núm. 13), mal conocida y no excavada. Bay fue un dignatario de primer orden bajo el reinado de Siptah; un texto nos informa de que, lejos de Tebas, sentía la nostalgia de la gran ciudad y de sus magníficas mujeres.

Se excavó, pues, una tumba para el faraón Tausert, «la poderosa», que tuvo una «carrera» análoga a la de Hatshepsut y fue el último monarca de la XIX dinastía. Se trata de una tumba real en la que se emplea el codo específico para las medidas y las proporciones, y no una sepultura de reina.

La tumba es una obra maestra. Como fue parcialmente modificada por Setnajt, el sucesor de Tausert, se habló de conspiración, de intrigas de corte y otras maquinaciones, proyectando, como suele hacerse con excesiva frecuencia en egiptología, nuestras costumbres políticas en las del Egipto faraónico. Ningún documento corrobora esos fantasmas.

SETNAJT, FUNDADOR Y RESTAURADOR

Setnajt, cuyo nombre significa, «Seth es victorioso», sólo reinó dos años (1188-1186). Fundó la XX dinastía, la tercera y última cuyos soberanos fueron enterrados en el Valle. De acuerdo con el mito reactualizado por cada faraón, tuvo que restaurar un país arruinado y de nuevo puso el orden en el lugar del desorden. Aludiendo a Seth, insiste en el poder del cosmos, capaz de derribar todos los obstáculos, visibles o invisibles. En nombre de este poder y gracias a él, eliminó facciones, expulsó a los seres perjudiciales, especialmente a los asiáticos que intentaban apoderarse de Egipto.

Este restaurador de la armonía no cambió a los hombres que ocupaban los cargos y el país siguió viviendo en paz. Setnajt nombró muy pronto al futuro faraón, Ramsés III «príncipe» y «boca superior» del territorio, comandante en jefe de todos los ejércitos; aquella elección resultó muy juiciosa.

Tras un reinado muy corto, que recuerda al de Ramsés I, fundador de dinastía también, Setnajt se reunió con la luz de los orígenes; se realizó con él lo que se había realizado con Osiris, de modo que cruzó en barca los paraísos celestiales. En la tumba núm. 14, la de Tausert y Setnajt, se hallan en nuestra opinión los más hermosos rostros de diosas egipcias, resplandecientes y serenos.

COLISIÓN DE TUMBAS Y MATRIMONIO FORZADO

El reinado de Setnajt fue demasiado corto para que los artesanos de Deir el-Medineh tuvieran tiempo de terminar su tumba; habían comenzado a excavarla, pero un incidente les impidió proseguir. Este «proyecto» de tumba (núm. 11) desembocó en la de Amenmés (núm. 10), como si el plano consultado hubiera sido falso o incompleto. La colisión puso a los constructores en un brete; acuciados por el tiempo, decidieron agrandar la reciente tumba de Tausert y adjuntarle a su sucesor Setnajt. Matrimonio forzado, en consecuencia, pero aceptado por el rey en el otro mundo, y que se tradujo en un espléndido hipogeo en el que están inscritos todos los grandes textos. Podemos insistir en la calidad de las representaciones y la belleza de los colores que demuestran que la cofradía trabajaba con toda tranquilidad, lo que elimina la hipótesis de disturbios internos. Algunas representaciones de Tausert fueron

cubiertas de estuco; hoy, la delgada capa ha caído y la reina-faraón ha reaparecido.

La momia de Tausert parece haber desaparecido; la de Setnajt, como hemos visto, fue desplazada. Este último procedió probablemente a una restauración de las sepulturas de Seti II y de Siptah o, por lo menos, a una serie de ritos en honor de estos faraones; como fundador de dinastía, rindió homenaje a sus inmediatos ancestros.

31 - Carter, Amenhotep I y la gran guerra

Los últimos fulgores de Davis

Theodore Davis está viejo y deprimido. A sus setenta y cinco años, no tiene ganas ya de financiar excavaciones improductivas. Ciertamente, ha encontrado sucesor, para el infeliz Jones; Harry Burton, nacido el 13 de septiembre de 1879, en Stamford, Lincolnshire, es incluso un amigo. Encontró a Davis en Florencia, donde trabajaba como fotógrafo de arte; Davis le contrató en 1910, cuando Burton no tenía ninguna experiencia arqueológica. Hombre tranquilo, amable, ponderado, vestido con gusto y provisto de sentido común, Harry Burton no consiguió devolver la esperanza a su patrono. Nada habían descubierto desde hacía dos temporadas.

El americano podía, sin embargo, sentirse orgulloso. Durante doce años de exploraciones, había descubierto o despejado unas treinta tumbas, entre las que había un imponente número de obras maestras; su nombre estaría ligado para siempre al Valle, aunque el verdadero trabajo lo hubieran realizado otros.

El invierno de 1912 se anunciaba como la última temporada de excavaciones. Davis había adquirido una certidumbre: tras los enormes trabajos de limpieza sistemáticamente realizados por sus arqueólogos, ninguna tumba real había podido escapársele. Esta vez, el Valle había revelado todos sus secretos.

Le molestaba un detalle; un lord inglés, Carnarvon, y su arqueólogo, Howard Carter, deseaban obtener la concesión. Era absurdo que intentaran quitarle el puesto; de este modo, para desalentar a los importunos, ordenó a Harry Burton que limpiara algunas sepulturas ya excavadas. De regreso a Newport, en Estados Unidos, Davis no renunció a sus derechos sobre el Valle donde sus empleados siguieron trabajando hasta la muerte de su patrono, en 1915.

Harry Burton, convertido en fotógrafo oficial del Metropolitan Museum of Art, se ocupó de los monumentos tebanos en función de las urgencias y las oportunidades. Excelente técnico, utilizando los servicios de dos ayudantes como portador de focos e iluminador, realizó unas siete mil tomas, mil cuatrocientas de ellas en la tumba de Tutankamón, donde trabajó con Carter. Murió en el hospital americano de Assiut, el 27 de junio de 1940, y fue enterrado en el pequeño cementerio americano, al pie de la colina.

Howard CARTER: El regreso

Carter, cuya obstinación no era la menor de sus virtudes, no había dejado de observar los hechos y los gestos del equipo de Davis. Desde hacía varios años, acumulaba una formidable documentación sobre el Valle, trazaba el mapa más completo y sabía que en la lista faltaba, por lo menos, una tumba: la de Tutankamón. Los indicios eran claros y convergían.

En marzo de 1914, el Valle sufrió verdaderos diluvios; la tumba de Ramsés III quedó inundada y la de Ramsés II se llenó de nuevo de cascotes y piedras. Carter era consciente de las medidas que debían tomarse, pero ¿qué hacer sin autorización oficial? Ésta se hallaba en manos de Gastón Maspero. Como Davis, Maspero estaba viejo y agotado. El sagrado fuego de la arqueología se había extinguido; colmado de honores, el viejo sabio se sentía cansado. Tras catorce años pasados a la cabeza del Servicio de Antigüedades, consideraba que había cumplido su misión. ¿No había reorganizado, acaso, el Servicio, desarrollado las colecciones del museo de El Cairo, mantenido excelentes relaciones con las autoridades británicas, escrito obras consideradas «de vulgarización» que le habían hecho célebre al tiempo que daban a conocer y hacían amar el antiguo Egipto? Había llegado la hora de marcharse; Maspero decidió regresar a Europa.

Antes del verano de 1914, tuvo que resolver cierto número de problemas. Uno de ellos, y no el menor, se llamaba Howard Carter. Tozudo, empecinado, su antiguo inspector estaba decidido, ante todo y contra todo, a excavar en el Valle donde, según Maspero y todos los especialistas, las investigaciones serían ya muy decepcionantes.

Cuando Davis se marchó a América, Carter insistió; Maspero cedió. Lord Carnarvon era un mecenas de calidad; además de sus conocimientos sobre Egipto, manifestaba un indudable interés por el arte egipcio y sería un fiel apoyo para el arqueólogo. Ambos formarían un equipo coherente.

Maspero firmó un contrato con lord Carnarvon; el documento le autorizaba a iniciar excavaciones en el Valle. Era, para Carter, una inmensa victoria; tras tantos años difíciles, desesperantes incluso, obtenía por fin lo que con tanto ardor había deseado. En adelante, ya nada se opondría a que llevara a cabo su vocación.

El contrato estipulaba que lord Carnarvon financiaría las excavaciones y que, si descubría una tumba real intacta, ésta sería propiedad del gobierno egipcio; sin embargo, en la distribución de los objetos, algunos corresponderían al excavador a guisa de compensación. Maspero, naturalmente, no creyó ni un solo instante en que tal acontecimiento fuera posible. Todo el mundo sabía que las tumbas reales habían sido desvalijadas.

Los proyectos de Carter eran grandiosos, ¿no iba a necesitar trescientos hombres para quitar los montones de escombros que Davis había acumulado en las partes no exploradas del Valle? Antes de comenzar la excavación propiamente dicha, era necesario limpiar para llegar al suelo original. Carter pensaba, en efecto, que las tumbas todavía desconocidas se hallaban bajo la roca, y deploraba la poca previsión de Davis que se había lanzado a excavar sin preocuparse de sus sucesores.

Con notable intuición, alimentada por su profundo conocimiento del paraje, Carter quiso comenzar examinando el triángulo delimitado por las tumbas de Ramsés II, Merenptah y Ramsés VI. La idea, como veremos, era excelente; pero un terrible acontecimiento iba a retrasar la aventura.

En agosto de 1914 estallaba la primera guerra mundial.

La tumba de Amenhotep I

Carter y Carnarvon vivieron la guerra de un modo muy distinto. Carter fue, durante algún tiempo, «mensajero del rey» para el Próximo Oriente, pero fue expulsado de su puesto por indisciplina y regresó enseguida al Valle donde inició sus exploraciones con los medios de que disponía. El arqueólogo, cuyo espíritu estaba completamente ocupado por su pasión, no parece haber sido afectado por el atroz conflicto que devastó a Europa. El lord, por el contrario, estaba obsesionado por la idea de servir a su país; intentó que le movilizaran, pero su estado de salud le impidió ir al frente. Buen fotógrafo, puso sus habilidades al servicio del ejército. Por lo que se refiere al castillo de Highclere, albergó a oficiales heridos en combate. Egipto y el Valle no eran ya las preocupaciones fundamentales de Carnarvon.

En 1914, antes de la declaración de guerra, Carter había descubierto una curiosa tumba en Dra Abu el-Nagah, fuera del Valle pues; estaba convencido de haber identificado la sepultura del segundo rey de la XVIII dinastía y del primero de los Amenhotep, cuyo reinado de veinte años (1526-1506) había sido próspero.

La momia de este faraón, muy amado por los artesanos de Deir el-Medineh, que le consagraron un culto, fue encontrada en el escondrijo de Deir el-Bahari, vistiendo una tela anaranjada y llevando una máscara de madera y cartón pintado; estaba cubierta de guirnaldas de flores azules, amarillas y rojas. Pese a sus nombres, «Toro que subyuga a los países», «El que inspira un gran espanto», Amenhotep I, después de la guerra de liberación conducida por su predecesor Ahmosis, fue un rey pacífico. Se preocupó sobre todo de las tradiciones más antiguas, a partir de las que hizo componer el *Amduat,* el *Libro de la cámara oculta,* destinado a las tumbas reales del Valle. En Karnak subsiste una capilla de alabastro de Amenhotep I, depósito de la barca divina; uno de los títulos de gloria de ese faraón es haber organizado la cofradía de Deir el-Medineh y preparado así la creación del Valle. La fiesta del rey divinizado y resucitado fue una de las más alegres del calendario cuyo séptimo mes tomó el nombre de «El de Amenhotep».

¿Encontró realmente Carter la tumba de ese faraón, de la que se sabe que se llamaba «El horizonte de eternidad»? Algunos egiptólogos lo niegan, especialmente F. J. Schmitz, para quien la sepultura de Amenhotep I fue la tumba núm. 320, reutilizada por Inhapi, es decir el famoso escondrijo de Deir el-Bahari.

De 1915 a finales de 1917, Carter recorrió el Valle, completó su mapa, leyó de nuevo sus notas y sus expedientes y se preparó para el gran día en que lord Carnarvon le proporcionara finalmente los medios para comenzar las excavaciones. Paseando por el valle situado al costado oeste de la cima, que domina el Valle, descubrió la pequeña tumba de la princesa Neferu y otra modesta sepultura que contenía el sarcófago previsto para la gran esposa real Hatshepsut

antes de que fuera promovida al rango de faraón.

Con la muerte de Maspero, en 1916, concluyó una época de la egiptología. El tiempo de los aventureros había ya pasado; nadie volvería a excavar en Egipto como Belzoni. Se había instaurado un marco administrativo, el Servicio de Antigüedades; la era de las exploraciones salvajes y el pillaje sistemático había concluido, aunque al tráfico de antigüedades le esperaran todavía fecundos días.

En los últimos meses de 1917, Carnarvon supo que la victoria no escaparía a los Aliados; su espíritu se volvió de nuevo hacia Egipto hacia el Valle de los Reyes cuya concesión poseía oficialmente.

32 - De la exaltación al fracaso: Las derrotas de Carter

Carter el loco

En diciembre de 1917, lejos del estruendo de las armas, Carter se instaló en una hermosa morada de la orilla oeste donde estableció su cuartel general. Para que quedara bien claro que tomaba posesión del lugar, transformó en almacén la casa de excavaciones de Davis; en su interior, descubrió un plano del Valle establecido por Ayrton; advirtió que sabía más que el excavador del americano y que era capaz de completar el documento.

Carter provocó muchos celos. Era sólo un autodidacta, no tenía diplomas universitarios, no había ido a una gran escuela y, sin embargo, se convertía en el responsable de una misión correctamente financiada y dotada de nuevos medios técnicos, como el astuto sistema consistente en utilizar un raíl desplazable por el que se hacía circular una vagoneta cargada de escombros.

En la capillita egiptológica, donde florecían los golpes bajos, los ardides y las rivalidades más o menos furibundas, se sabía que Carter era el mejor especialista del Valle; pero se guaseaban porque, pese a su experiencia, era inconsciente de una realidad fundamental sobre la que ya se habían pronunciado los especialistas: no quedaba ninguna tumba inédita en el Valle. Aquel loco de Carter se lanzaba a una misión imposible de la que saldría ridiculizado y caído.

Primera campaña

Carter contrató como *reis* a Ahmed Girigar, amigo de mucho tiempo atrás; estaba así seguro de tener a sus órdenes un equipo de obreros serios y fieles. Los trabajos comenzaron en diciembre de 1917, en el lugar que obsesionaba al arqueólogo desde hacía mucho tiempo, entre las tumbas de Ramsés VI y de Merenptah. Fue necesario más de un mes de esfuerzos para desplazar la masa de escombros que llenaban el paraje; la vagoneta abierta y basculante resultó muy eficaz. Al revés que sus predecesores, Carter no se limitó a desplazar un montón para hacer otro montón; hizo que los escombros se llevaran fuera del Valle, de modo que quedaran en un terreno ya excavado. Por primera vez se aplicó a gran escala un método inteligente.

Además, Carter fue el primer excavador que se interesó por el contenido de los escombros; en aquella informe masa se ocultaban fragmentos de antigüedades cuya meticulosa lista iba estableciendo el inglés; aquellos modestos vestigios permitieron a veces sacar interesantes conclusiones.

Ya en la primera campaña, el arqueólogo topó con un adversario al que maldecirá cada vez más: el turista. Aunque la Gran Guerra no hubiera todavía terminado, los visitantes regresaron al Alto Egipto y no dejaron de vagabundear por el Valle de los Reyes. Se dirigieron, especialmente, a la tumba de Ramsés VI, célebre por

la belleza de sus misteriosas figuras, y turbaron pues los progresos del equipo de excavaciones. Preocupado por la seguridad de aquellos importunos, Carter temió que algunos curiosos cayeran en el agujero de treinta pies de profundidad que había hecho excavar y ordenó que se construyeran muretes protectores.

Carter llegó a un nivel del Valle desconocido hasta entonces; advirtió que la entrada de la tumba de Ramsés VI había sido perforada a quince pies por debajo del suelo original. A doce pies por debajo de esa entrada aparecieron los vestigios de rudimentarias cabañas de piedra, habitadas por los constructores. Se recogieron algunos fragmentos de chapa de oro, cuentas de cristal y una jarra que contenía un cadáver de serpiente disecado, símbolo del silencio y genio de la tierra.

A comienzos de 1918, Carter se hizo una pregunta fundamental:

¿Podía seguir excavando y descubrir algo bajo aquellas cabañas? Para responderla hubiera debido cortar el camino que llevaba a la tumba de Ramsés VI e impedir el acceso a los turistas. El asunto pareció en exceso delicado.

El 2 de febrero de 1918 concluyó la primera campaña y Carter se alejó de la tumba de Tutankamón, que estaba muy próxima.

SEGUNDA CAMPAÑA

Egipto había sufrido con la Gran Guerra; en 1918, el país tuvo más muertes que nacimientos. Una enorme inflación corroía una economía destrozada y el país fue presa de la angustia moral de la que, sin embargo, nació una esperanza: obtener la independencia. Comenzó a tomar cuerpo una tendencia nacionalista.

Si el entusiasmo de Carter siguió intacto, eso demostraba que su comportamiento no era el de un buscador de tesoros sino el de un científico enamorado del Valle, hasta el punto de escrutar sus menores aspectos. De este modo, en febrero de 1919, excavó durante cinco días ante la tumba núm. 38, la de Tutmosis I, para descubrir un depósito de cimientos que demostrara la atribución del sepulcro. Resultado mediocre; ciertamente exhumó el depósito, pero las inscripciones jeroglíficas se habían borrado.

En 1919, Carter cumplió una misión muy distinta. Los dos compradores más ricos del mercado de antigüedades eran lord Carnarvon y el Metropolitan Museum de Nueva York; oponiéndose podían hacer que los precios subieran. Carter fue el hombre providencial y conciliador. Arqueólogo de Carnarvon, tenía varios amigos entre los egiptólogos americanos; fue pues el experto encargado de comprar las antigüedades y ofrecérselas unas veces a su patrono y otras al museo, haciendo que se respetara un pacto de no competencia. Carnarvon venderá incluso al museo, a través de Carter, una parte de sus colecciones. En aquella ocasión, el aristócrata se mostró generoso y el egiptólogo gozó, por fin, de cierta seguridad material.

Ni Carnarvon ni Carter, ingleses sin embargo, negociaron con

el British Museum cuyas autoridades adoptaron una actitud desdeñosa; Carter, recordémoslo, no estaba diplomado por una gran universidad y no podía merecer la estima de colegas titulados y encopetados.

UNA FORTUNA POR TRECE JARRONES

Carnarvon se impacientaba un poco; las excavaciones costaban muy caro y los resultados eran más bien escasos, ni tumba ni objetos de valor. ¿No estaría agotado el Valle, como afirmaba Davis?

A fines de febrero de 1920, lord Carnarvon y su esposa, lady Almina, acompañados por su hija Eve, decidieron ir a ver *su* excavación. Eve era entusiasta y apasionada, lady Almina más reservada. Por lo que a Carter se refiere, estaba francamente inquieto; ¿qué podría enseñarles salvo un enorme trabajo de técnico, poco revelador para los profanos?

La suerte le sonrió. Antes de la llegada del trío, Carter excavó ante la entrada de la tumba de Ramsés IV y encontró un depósito de cimientos; mejor aún, cerca de las tumbas de Merenptah y de Ramsés II, sacó a la luz un escondrijo que contenía objetos utilizados durante los funerales del rey Merenptah. Entre ellos, trece jarrones de alabastro de muy hermosa factura. La propia lady Almina los sacó de la tierra con sus propias manos.

EL JESUITA Y EL ARQUEÓLOGO

De acuerdo con la legislación vigente, Carter tuvo que avisar al director del Servicio de Antigüedades. Éste era el jesuita francés Pierre Lacau, distinguido filólogo, excelente conocedor de los textos religiosos y con corazón de funcionario. Entre el hombre que actuaba sobre el terreno y el sabio de despacho, no nació la simpatía; no veían el mundo del mismo modo y, además, sus respectivas nacionalidades no arreglaron la situación.

Sin darse cuenta, Carter se hizo un enemigo de gran envergadura; no sólo no caía simpático a Lacau sino que, además, éste estaba decidido a sancionar el menor paso en falso. Por lo que se refiere al reparto de los trece jarrones entre Carnarvon y el museo de El Cairo, no hubo problemas; Lacau se mostró conciliador y aceptó que el aristócrata recibiera alguno de aquellos recipientes sagrados como compensación por el dinero invertido en las excavaciones.

UNA HERMOSA NAVIDAD DE 1920

Carter prosiguió, sin grandes resultados, sus investigaciones junto a la tumba de Merenptah, luego se ocupó de limpiar la tumba de Ramsés XI, que fue utilizada como comedor y lugar para almacenar vinos franceses y otras golosinas. En el primer corredor se colocaron mesas y sillas que lord Carnarvon utilizaría en la recepción de fin de año. Fue una hermosa Navidad; ¿puede imaginarse fiesta más distinguida y lugar más refinado? No faltaba nada de lo esencial y sólo lord Carnarvon pudo permitirse, aquel año,

tan excepcional marco.

Mientras, Howard Carter llevó a cabo unos sondeos muy cerca de las cabañas de los obreros, junto a la entrada de la tumba de Ramsés VI. Aquel dispositivo le intrigaba; pero los excavadores dificultaban la circulación de los visitantes, muy numerosos en aquella época. Cuando estaba de nuevo acercándose a su objetivo, el arqueólogo tuvo que dejar el trabajo en el sector y desplazar su equipo hacia el barranco que conducía a la tumba de Tutmosis III.

Un hallazgo: fragmentos de vasos canopes procedentes del equipo fúnebre de la tumba de Sennefer (núm. 42), la primera que Carter había descubierto veinte años antes, al comenzar su exploración del Valle. Entre sus trofeos figurará también el depósito de cimientos de la reina Meryt-Re Hatshepsut, esposa de Tutmosis III y madre de Amenhotep II.

EL CIELO SE CUBRE

A comienzos de 1921, Carter hizo excavar la tumba núm. 55 y la de Ramsés II; siguió utilizando el mismo método, limpiar hasta alcanzar la roca y el nivel más antiguo del Valle.

La excavación no fue del todo improductiva: un fragmento de vaso canope con el nombre de la reina Tajat, esposa de Seti II, y un pequeño escondrijo de objetos que contenía, especialmente, rosetas de bronce. Era muy poco, comparado con las considerables sumas invertidas por lord Carnarvon. Este último se impacientó y llegó a una conclusión. Puesto que las cualidades profesionales de Carter estaban fuera de dudas, el Valle no podía ofrecer nada ya.

En febrero de 1922, Carter dirigió una breve campaña de un mes, para reducir los gastos; comenzó a trabajar en el lado este de la tumba de Siptah y giró alrededor del ángulo, en el barranco de la tumba de Tutmosis III. Del suelo se extrajeron sólo algunos *ostraca.*

El mejor conocedor del Valle no había descubierto pues ninguna tumba nueva; disponía sin embargo de medios materiales, tenía la cooperación de un excelente *reis* y de un buen equipo de obreros y dirigía las excavaciones de acuerdo con un método riguroso.

Las esperanzas se disipaban. ¿Aquel Valle, al que Carter tanto había amado y al que seguía queriendo, iba a privarle del gozo de un triunfo? Se negó a creerlo, dispuesto a batirse hasta el final.

LA ENTREVISTA DE HIGHCLERE

Durante el verano de 1922, Carter estuvo en Highclere, el castillo de lord Carnarvon. El aristócrata, lamentándolo mucho, comprobó el fracaso de la empresa; tal vez Carter y él se habían lanzado a una aventura algo enloquecida. Sencillamente habían olvidado que el Valle había sido excavado ya en todas direcciones y que no quedaba tumba alguna por descubrir. Carnarvon no lamentaba nada, pero su fortuna no era inagotable.

Carter esperaba aquel discurso. A sus cuarenta y ocho años de edad, sabía que la suerte le abandonaba. ¡El Valle de los Reyes...

había soñado tanto en él! Y ahora le infligía su más dura derrota. ¿No iba a ofrecerse una última oportunidad al condenado? Ciertamente, Carnarvon tenía cincuenta y seis años, estaba enfermo, cansado, harto de financiar excavaciones estériles; pero Carter defendió bien su causa. Le habló de las cabañas de obreros ramésidas. Antes de renunciar definitivamente, quería asegurarse y saber qué se ocultaba debajo. Si no descubría nada, sería el verdadero final de la aventura.

El entusiasmo de Carter sedujo de nuevo a Carnarvon. Financiaría pues, sin esperanza alguna, una última temporada.

33 - TUTANKAMÓN O EL TRIUNFO DE CARTER

EL GRAN SILENCIO DEL 5 DE NOVIEMBRE DE 1922

Carter inició su última temporada de excavaciones en el Valle de los Reyes sin preocuparse del mundo exterior; sin embargo, el Egipto de 1922 se veía sacudido por movimientos de revuelta y veleidades de independencia cada vez más evidentes. Ciertamente, los ingleses seguían sujetando el timón, pero un hombre tan sagaz como lord Carnarvon sabía que la situación estaba evolucionando de modo ineluctable. A Howard Carter no le preocupaba. En aquel otoño de 1922, jugó su última carta. Su primera tarea consistió en cortar el acceso a la tumba de Ramsés VI para proseguir la exploración en profundidad. ¡Esta vez, que se fastidiaran los turistas!

Fiel a su idea inicial, pudo por fin cavar bajo los vestigios ramésidas y alcanzar un nivel anterior, que databa forzosamente de la XVIII dinastía; ¿iba a descubrir sólo un modesto depósito de cimientos?

El 5 de noviembre de 1922, cuando Carter llegó al paraje de la excavación, advirtió enseguida un silencio absolutamente insólito. La ausencia de ruido, de cantos y de palabras era anormal. No tardó en comprender: a silencio excepcional, acontecimiento excepcional.

Un obrero acababa de descubrir un peldaño. Se atarearon a su alrededor, Carter dio la orden de proseguir. Apareció un segundo peldaño y, luego, un tercero... hasta doce. El arqueólogo comparó la escalera con la de la tumba núm. 55 y la de la sepultura de Yuya y Tuya; databa sin duda alguna de la XVIII dinastía y conducía, probablemente, a un escondrijo. Los peldaños estaban bien tallados y permitían esperar un hipogeo de buena calidad.

Con intensa emoción, Carter bajó por aquella escalera que tenía tres milenios de antigüedad y chocó con una puerta, aparentemente intacta, en la que se habían puesto los sellos de la necrópolis. Creyó soñar... ¿Habría descubierto una tumba real intacta, la única del Valle? No, era un espejismo. Tenía que reflexionar, contener su entusiasmo. Un simple escondrijo, naturalmente, una sepultura devastada y desvalijada como las demás.

Carter practicó un agujero. Al otro lado, un corredor. El sueño se hacía realidad.

Mandó sin más tardanza un telegrama a Carnarvon: *«Maravilloso descubrimiento en el Valle. Una tumba magnífica con sellos intactos».* Mientras aguardaba la llegada del aristócrata, era preciso proteger los lugares. Carter disponía de la eficaz ayuda del *reis* Ahmed Girigar; recurrió también a su amigo Callender, un buen coloso ya jubilado que había dirigido los ferrocarriles egipcios. Callender acudió inmediatamente; ahuyentaría a los ladrones y no vacilaría en disparar sobre quien intentara introducirse en la sepultura. Para mayor seguridad, se enterró de nuevo la escalera y

se cubrió el paraje de cascotes. En lo alto, Carter colocó una gran piedra y dibujó las armas de lord Carnarvon.

TUTANKAMÓN, POR FIN

El 23 de noviembre de 1922, en presencia de su patrono y amigo, Carter hizo despejar de nuevo la escalera y, por primera vez, la parte baja de la puerta. También allí había sellos de la necrópolis y, sobre todo, un cartucho real legible. El propietario de la tumba fue pues identificado con seguridad: ¡Tutankamón!

La emoción llegó al colmo. Toda una existencia de esfuerzo, de sufrimientos y búsquedas quedaba, en aquellos instantes, justificada. Como un astrónomo que afirma la existencia de un cuerpo celeste desconocido por el sencillo juego de los cálculos, Carter había llegado a la conclusión teórica de que la tumba de aquel rey, mal conocido, de la XVIII dinastía tenía que haber sido excavada, forzosamente, en el Valle. Ahora no se trataba ya de teoría sino de la más concreta de las realidades.

El atento examen de la puerta entibió el entusiasmo; había sido abierta y vuelta a sellar. ¿No significaría aquel triste indicio que habían entrado los ladrones? A menos que las autoridades de la necrópolis hubieran procedido a una inspección, después de los funerales.

Carter estudió los fragmentos de objetos acumulados ante la puerta; descubrió los nombres de Tutmosis III y Amenhotep III en los escarabeos, los de Akenatón y Smenker en fragmentos de cajas de madera. Conclusión evidente: no se trataba de una tumba sino de un escondrijo análogo a la «tumba» núm. 55 donde se habían ocultado objetos y momia. Sin embargo, la presencia del cartucho de Tutankamón... Sólo había una solución para despejar las incertidumbres: penetrar en el santuario.

Y EL ORO BRILLÓ EN LAS TINIEBLAS

La actitud del Servicio de Antigüedades fue más bien sorprendente. Lacau, entregado a tareas administrativas, no abandonó su despacho de El Cairo; creyó sin duda que Carter había exhumado una pequeña sepultura sin interés. Por lo que al inspector local se refiere, el frío y pausado Rex Engelbach, aquella excavación no le interesaba demasiado. Carnarvon y Carter se enfrentaron pues, solos, con una puerta de 1,70 m de ancho y 1 m de grosor. Tras ella, una atroz decepción o una formidable alegría.

Quitada la puerta, apareció un corredor de 7,60 m de longitud, lleno de cascotes. Fueron necesarios dos días de trabajo para vaciarlo, dos días durante los cuales Carter fue anotando los fragmentos de antigüedades que yacían en aquel magma, especialmente una cabeza de muchacho brotando de una flor de loto. Evocaba, al mismo tiempo, al dios Nefertum y el éxito del proceso de resurrección. El ser justo renacía del loto como un nuevo sol.

El corredor terminaba en una segunda puerta sellada. Las esperanzas aumentaban. Con precaución, Carter practicó una

abertura y miró al otro lado; pese a la improvisada iluminación, vio. Pero ¿cómo creer lo que sus ojos le develaban?

Lord Carnarvon se impacientó. «¿Ve usted algo?», preguntó. «Sí —respondió Carter, conmocionado—, ¡cosas maravillosas!» De las tinieblas emergían extrañas figuras, animales fantásticos, estatuas, una increíble cantidad de objetos preciosos, en resumen, el más fabuloso tesoro jamás descubierto en Egipto.

LA MÁS HERMOSA HISTORIA DE AMOR DEL VALLE

Desde entonces, Howard Carter triunfó. Ignoraba que estaba iniciando un largo vía crucis que duraría diez años, de 1922 a 1932; lejos de ser considerado el mejor arqueólogo de su tiempo, sería atacado por el Servicio de Antigüedades, despreciado por las autoridades británicas, debería resistir frente a la injusticia, los trastornos políticos, luchar solo después de la muerte de Carnarvon.

Pero a finales del año 1922, sólo reinaba la alegría. El Valle había satisfecho a Carter más allá de sus exigencias; había recompensado su infinita paciencia, su metódica aproximación y su empecinamiento en desvelar sus secretos.

Convertido en «egipcio» a los dieciocho años, Howard Carter, a pesar de las pruebas, nunca había dejado de amar el Valle, objeto de todos sus deseos. Había tenido siempre fe en él, seguro de que su destino se decidiría allí y sólo allí. El Valle ofreció a aquel hombre, que lo amaba apasionadamente, lo más hermoso y extraordinario que poseía, la única tumba real intacta.

34 - DE LOS PRIMEROS TESOROS A LA MUERTE DE LORD CARNARVON

EL ESPÍRITU DE EQUIPO

Espíritu arisco e independiente, Carter fue sin embargo un notable jefe de equipo. Hablaba árabe y sabía dirigir a sus obreros, con la insustituible ayuda de su amigo Ahmed Girigar. Ante la magnitud de la tarea, supo también rodearse de técnicos como el químico Lucas, el fotógrafo Burton, el especialista en conservación Mace, los epigrafistas Gardiner y Breasted, y otros más. Carter comprendió enseguida que el estudio de una tumba real intacta no podía ser abarcado por un solo hombre. Ciertamente, siguió siendo el maestro de obras en cualquier circunstancia, pero supo delegar con buen criterio. Por fin un arqueólogo estaba decidido a tomarse el tiempo necesario y no vaciar la sepultura a toda prisa.

La mayoría de los amigos de Carter pertenecían al personal científico del Metropolitan Museum de Nueva York, otros, como Callender y Lucas, habían ocupado funciones oficiales en el propio Egipto. Nadie discutió la autoridad de Carter; en los peores momentos del conflicto con el Servicio de Antigüedades y con el gobierno egipcio, los miembros de su equipo le apoyaron y defendieron su posición. Durante varios años, «el equipo Tutankamón» vivió momentos exaltantes, cotidianas maravillas, con una obsesiva preocupación: no destruir nada y transmitir a la posteridad los tesoros arrancados a las tinieblas.

LA TUMBA HABLA

Cruzada la segunda puerta, los excavadores contemplaron una estancia de 8 metros de longitud y 3,60 metros de ancho, a la que Carter denominó «antecámara». Con ligero espanto, todos escucharon la voz de la tumba. Los objetos, que sufrían el choque del aire procedente del exterior, emitían extraños sonidos, como si despertaran después de tres milenios de sueño.

Los muros de la antecámara estaban blanqueados con yeso y no decorados; arquillas, sitiales, trono, cuatro carros desmontados, bastones, armas, jarrones de alabastro, cetros, trompetas, cuatro medidas de un codo de longitud, joyas, vestidos, sandalias, objetos de aseo, lechos rituales en forma de animal componían el mobiliario fúnebre del rey Tutankamón.

LA TERCERA PUERTA

En la pared norte de la antecámara apareció un paso tapiado y marcado, de nuevo, con los sellos de la necrópolis. A cada lado, dos estatuas de madera negra barnizada de 1,70 metros, que custodiaban el acceso a nuevas riquezas. Bastones, joyas, tocados, paños y sandalias eran dorados; ¿no representaban aquellas estatuas al propio Tutankamón en su función de guardián del umbral del otro mundo? Quien los contempla en el helado marco del museo de El

Cairo experimenta, aún hoy, una intensa emoción; no es difícil imaginar la que se apoderó de Carter en el estrecho espacio de la tumba. La inscripción identificaba a los dos guardianes como «*Ka* real de Horus del doble paraje de luz, el Osiris Tutankamón». Cada una de las efigies estaba adornada con un ramillete compuesto por hojas y ramas de persea y de olivo.

A fines de enero de 1923, lord Carnarvon, de regreso al Valle, comprobó que se había iniciado ya el vaciado de la antecámara. Carter velaba para que el menor objeto fuera tratado con la máxima atención; la tumba de Seti II, fácil de custodiar, sirvió de laboratorio y de almacén, la de Ramsés XI de comedor.

Lamentablemente, según Carter, el Valle se convirtió en una verdadera feria pueblerina donde se agolpaban personalidades más o menos frívolas, periodistas en busca de sensacionalismo, turistas charlatanes e indisciplinados. Aquella muchedumbre ávida de informaciones espiaba el menor paso de los arqueólogos y dificultaba su trabajo. Tutankamón y Carter se convertían en vedettes que debían soportar el peso de la celebridad. Peso excesivo para los hombros del egiptólogo, que no era diplomático ni mundano; si hubiera podido ordenar que expulsaran a toda aquella gente y cerrar el Valle, no lo habría dudado ni un solo instante.

LA CÁMARA DEL TESORO

A la izquierda de la antecámara, Carter descubrió una cámara mucho más pequeña que contenía un increíble número de objetos magníficos; a la entrada, un Anubis tendido sobre un gran cofre y envuelto en una tela de lino, observaba al intruso con sus penetrantes ojos. Anubis conocía el secreto de los caminos del otro mundo y conducía a los justos por el laberinto del más allá. Custodiaba el umbral de aquel tesoro en el que Carter, estupefacto, admiró una cabeza de la vaca Hathor de madera dorada, un naos de madera negra sobre una pantera negra, varios barcos, joyeles, brazaletes, pendientes y un pectoral colocados en cajas, espejos, material de escriba, un abanico formado por treinta plumas de avestruz, ciento trece *uchebtis,* un relicario rodeado y protegido por cuatro diosas donde estaban, en vasos canopes, las vísceras del rey, jarras de vino y de cerveza, cestos con frutas, flores y distintos alimentos. Aquella acumulación de rarezas planteó enormes problemas de conservación. Muchos objetos, si no eran correctamente tratados, se convertirían en polvo.

Carter y su equipo, a pesar de las presiones, no se apresuraron; colegas, aparentemente bien intencionados, les reprocharon su lentitud, despechados al no participar en los trabajos de restauración.

En aquella cámara del tesoro, Carter descubrió sorprendentes reliquias; primero dos fetos de seis y siete meses, que simbolizaban las etapas de la resurrección, luego una estatuilla de oro macizo de Amenhotep III en un sarcófago dorado y, en otro, un rizo de los cabellos color caoba de la reina Teje. De este modo, los padres de

Tutankamón estaban presentes en su morada de eternidad.

La visita de eventuales ladrones pareció cada vez más extraña.

¿Qué habían sustraído, en efecto, sino cosméticos y ungüentos? Algunos recipientes, inspeccionados, no habían sido cerrados de nuevo. En realidad, la tumba estaba intacta y debe rechazarse, definitivamente, la tesis del pillaje. Podemos afirmar, con R. Krauss, que las perturbaciones y las anomalías fueron producidas por el propio Carter y los miembros de su equipo.[12]

DUDAS Y CONFLICTOS

Carter no ocultó su inquietud a Carnarvon; el plano de aquella tumba era insólito. Ningún otro hipogeo real se le parecía. Era difícil imaginar que, tras la tercera puerta sellada, se ocultara el sarcófago de un faraón. Carnarvon tenía otras preocupaciones; Pierre Lacau cuestionaba el contrato firmado con Maspero sobre el reparto de los objetos. Nadie había previsto la magnitud y la calidad del tesoro. El aristócrata discutió aquel cambio de actitud; las excavaciones le habían costado mucho dinero y el vaciado de la tumba, el primero que se realizaba de modo riguroso, exigiría una no desdeñable financiación. ¿Por qué no respetar, en estas condiciones, la palabra dada? Lacau adujo una nueva reglamentación que se aplicaba a la tumba de Tutankamón. Diplomático, creyendo tener tiempo todavía, lord Carnarvon no se enfrentó directamente con el director del Servicio de Antigüedades.

LA APERTURA DE LA TERCERA PUERTA

El 17 de febrero de 1923, en una especie de espectáculo que hoy se calificaría de mediático, Carter abrió la puerta sellada en la pared norte de la antecámara. Tutankamón se había convertido en una estrella mundial que ocupaba la primera página de muchos periódicos, obligados a comprar sus informaciones al *Times* que, según los deseos de Carnarvon, había obtenido la exclusiva de la «cobertura» periodística. En materia de primicias, la tumba de Tutankamón era un manantial privilegiado; ¡cada día ocurría algo! Se reprochó a Carnarvon y a Carter haber concedido tal privilegio al diario inglés; los egipcios se sintieron humillados y, con la ayuda del corresponsal del *New York Times,* también enojado, llevaron a cabo campañas de prensa contra el arqueólogo.

La ceremonia del 17 de febrero fue organizada con mano maestra; las personalidades egipcias y extranjeras se sintieron encantadas de asistir a un momento único. El mundo entero aguardaba el resultado. ¿Y si, tras el muro, sólo existía vacío? ¿Y si Carnarvon y Carter se ponían en ridículo del modo más espectacular?

Imposible, se responderá, si, al revés de lo que parecía indicar la puesta en escena, habían explorado ya íntegramente la tumba. En efecto, algunos indicios permiten pensar que Carter, Carnarvon y su hija Eve habían practicado un agujero en la parte baja del famoso

[12] Véase R. Krauss, *Zum archäologischen Befund im thebanischen Königsgrab N.* 62, pp. 165-181.

muro e, incapaces de aguardar, se habían introducido en el interior de la cámara funeraria. Al finalizar aquella visita nocturna, habían vuelto a cerrar el paso.

De modo que Carter quitó sin angustia alguna algunos bloques y entró por segunda vez en la «sala del oro» donde había una capilla de oro que tal vez contuviera el sarcófago intacto de Tutankamón.

La noticia dio inmediatamente la vuelta al mundo. La continuación de las exploraciones prometía ser apasionante.

La desaparición de lord Carnarvon

El trabajo en la cámara funeraria presentaba considerables dificultades; entre la capilla de oro y los muros el espacio era escaso y hacía muy difíciles las maniobras. Carter seguía obsesionado por la necesidad de no romper nada.

Mientras preparaba un plan para desmontar la capilla, tenía lugar un drama. Carnarvon había sido picado por un mosquito; la herida se había infectado, al parecer, durante un afeitado. Se había declarado una grave enfermedad, como si el organismo del aristócrata, desgastado y debilitado, no estuviera ya en condiciones de luchar.

Lord Carnarvon sintió aproximarse la muerte y, con un valor y una nobleza ejemplares, anunció que estaba dispuesto. El 6 de abril de 1923, a la 1.55, exhaló el último suspiro. En aquel instante, todas las luces de El Cairo se apagaron, sin que el incidente pueda explicarse. En aquel instante, también, su perro preferido, que se había quedado en Highclere, aulló a la muerte y falleció.

Carnarvon, que fue enterrado en su propiedad, había amado a Egipto y el Valle de los Reyes. Aunque se hubiera opuesto a Carter en una ocasión, cuando sospechó que el egiptólogo se sentía atraído por su hija Eve, se comportó como un mecenas atento y un amigo fiel, indefectible apoyo para el descubridor de la tumba de Tutankamón.

Sin él, Carter iba a conocer las peores pruebas.

35 - Caída y redención de Howard Carter

Soledad de un egiptólogo

La pérdida de un auténtico amigo es siempre una catástrofe de la que nadie se recupera. Carter, poco dado, sin embargo, a admirar la aristocracia británica, sentía un sincero afecto por Carnarvon y se creyó por completo desamparado tras su desaparición; Carnarvon no vería pues el sarcófago de Tutankamón, suponiendo que existiese. Carter se prometió llevar la excavación hasta el final y dedicar sus últimas victorias al hombre que le había permitido despejar el más fabuloso de los misterios del Valle.

Carnarvon no sólo era un amigo sino también un protector que evitaba a Carter cualquier preocupación material, trataba con el Servicio de Antigüedades, se encargaba de la prensa, de los visitantes y de las relaciones públicas. En adelante, Carter estaría solo para enfrentarse con esas dificultades, al tiempo que proseguía el trabajo científico. No siendo diplomático ni hombre de mundo, dio varios pasos en falso, chocó con los periodistas, las autoridades administrativas y acabó siendo considerado una especie de colonialista que creía que la tumba de Tutankamón era de su propiedad. Tan torpe como es posible serlo, sin tomar conciencia del ascenso del nacionalismo egipcio, el egiptólogo no se desvió del camino trazado en compañía de Carnarvon: devolver a la luz los tesoros de Tutankamón.

La cámara funeraria

De las cuatro estancias que componen la tumba, es la única decorada. Los temas son raros, únicos incluso; asistimos a los funerales de Tutankamón, al arrastre del ataúd por la cofradía de los sabios, a la apertura de la boca del difunto por su sucesor, Ay, y a la acogida del resucitado por la diosa del cielo, Nut, que le transmite una energía que brota de sus manos. También están presentes monos que acompasan las horas y el escarabeo, símbolo del sol renaciente.

Entre la capilla de oro y el muro, Carter dispuso sólo de setenta y cinco centímetros para moverse; advirtió que estaba hecha con paneles ensamblados, de considerable peso, y que contenía otras tres capillas de oro. Había pues cuatro capillas, encajadas las unas en las otras, como las envolturas protectoras de un cuerpo de resurrección que sólo podía ser el del rey. Fue necesario proceder a un lento y paciente desmontaje.

La decoración de la primera capilla, de madera dorada y con incrustaciones de pasta de vidrio azul, está consagrada a la reanimación alquímica del alma de Faraón; estamos lejos, hoy todavía, de haber desvelado todos los secretos de los textos y las representaciones. En el pequeño espacio entre la capilla y el muro se habían colocado pieles de resurrección de Anubis utilizadas durante

los ritos de iniciación, once remos de madera que servían para la navegación por el otro mundo, una caja en forma de naos, otra en forma de pilono, un ramillete de persea y jarras de vino. Ante la puerta, una estatua de oca, símbolo de Amón, envuelto en una tela de lino, dos lámparas de alabastro y una trompeta de plata dedicada a Ra, a Atum y a Ptah. Esta acumulación de símbolos, en relación con la luz, la energía y el renacimiento, se consideraba indispensable para que la tumba fuera receptáculo de los poderes creadores.

La segunda capilla estaba recubierta de un velo adornado con margaritas de bronce dorado; los cordoncillos del cerrojo estaban intactos y Carter fue el primero en tirar de los pestillos de ébano desde el día del año 1327 a. de C. en que el ritualista aisló la cámara funeraria del mundo exterior.

También los cerrojos de la tercera capilla estaban intactos; por lo que a la cuarta se refiere, contenía un receptáculo de gres con una diosa en cada esquina.

El drama de febrero de 1924

El 12 de febrero de 1924, cuando las cuatro capillas estuvieron ya desmontadas, Carter decidió levantar la tapa del sarcófago. Éste mostraba la huella de una rotura reparada en la Antigüedad. Apareció el sarcófago exterior del rey, envuelto en un sudario; el receptáculo albergaba, en realidad, tres sarcófagos momiformes, uno dentro de otro, el primero de madera dorada, el segundo cubierto de chapas de oro y el tercero de oro macizo.

Carter no pudo sacar a la luz aquellas maravillas pues un grave incidente le enfrentó con el ministerio de Obras públicas y con el Servicio de Antigüedades. Desde hacía mucho tiempo, Pierre Lacau que era escuchado por el gobierno, intentaba hacer caer a Carter en una trampa; con los nervios de punta, el arqueólogo perdió la sangre fría cuando el Servicio negó la entrada a la tumba a las esposas de sus colaboradores. El egiptólogo estimó que era víctima de una medida injustificada y escandalosa; algunos colegas, como Gardiner y Breasted, escribieron una carta criticando severamente la actitud de Lacau. Carter fue más lejos y expuso una vengativa nota en el vestíbulo del Winter Palace, uno de los mayores hoteles de Luxor donde se albergaban turistas y notables.

El asunto fue envenenándose y Carter decidió cerrar la tumba. Para el gobierno, se excedía en sus derechos. Pierre Lacau, acompañado por policías y soldados, forzó la puerta de la sepultura e hizo bajar de nuevo la tapa del sarcófago, que Carter había dejado colgada.

¡A Carter le Prohíben la entrada en la tumba!

Lacau había ganado. El Servicio de Antigüedades tomaba posesión del monumento más célebre de Egipto. Al revés de lo que Carter deseaba, permitió que miles de turistas penetraran en la tumba cuando el arqueólogo inglés concedía las autorizaciones de visita con cuentagotas.

Varias personalidades políticas egipcias acudieron a la tumba y convirtieron aquel viaje por tierras reconquistadas en una victoria del Egipto moderno, capaz de rechazar las pretensiones de un inglés con actitudes colonialistas.

El éxito de Lacau fue absoluto cuando consiguió que a Howard Carter le prohibieran la entrada en la tumba; con la ayuda de lady Carnarvon, el arqueólogo inició un proceso contra el gobierno egipcio, pero le fue desfavorable tras rocambolescas circunstancias. Abatido por aquel nuevo golpe del destino, nerviosamente agotado, Carter abandonó Egipto para dar una gira como conferenciante por Estados Unidos, ignorando si volvería algún día al Valle de los Reyes y podría concluir su trabajo.

PROSIGUE EL TRABAJO

Las conferencias de Carter tuvieron mucho éxito; para el pueblo americano se convirtió en una estrella. Aquella gloria no le satisfizo; sólo pensaba en Tutankamón, prisionero de Pierre Lacau. Lacau, precisamente, no presumía ya demasiado; ¡nadie se atrevía a sustituir a Carter! La situación estaba bloqueada; el Servicio de Antigüedades disponía de la tumba pero no de un excavador competente.

De regreso a Inglaterra, Carter se entrevistó con lady Carnarvon. Se pusieron de acuerdo en un espinoso punto, mejor era renunciar a cualquier derecho de propiedad sobre los objetos descubiertos en la tumba. En Egipto, la situación evolucionaba; el gobierno Zaghlul fue derribado. Los políticos que tomaron el poder eran mucho menos hostiles a Inglaterra y a Carter. Lacau, aislado, tuvo que inclinarse; aceptó el regreso del hombre al que había conseguido expulsar. Cuando le devolvió las llaves de la tumba, le expresó su satisfacción por verle poner de nuevo manos a la obra. A sus cincuenta y un años, Carter reconstruyó su equipo, a excepción de Mace, muerto de tuberculosis, para iniciar la última etapa de la excavación. Se enfureció al comprobar que los objetos transferidos ya al museo de El Cairo habían sido manipulados por un personal incompetente; no habían sabido montar de nuevo los carros. Pero el hacha de guerra estaba enterrada. El Estado egipcio conservó la totalidad del tesoro y pagó a la viuda de lord Carnarvon los gastos que había hecho su marido. El trabajo prosiguió en un clima sereno.

ÚLTIMOS TESOROS

El 28 de octubre de 1925, Carter abrió el tercer sarcófago que protegían con sus alas las diosas Isis y Neftis; contempló la célebre máscara de oro y tomó ciento cuarenta y tres joyas y amuletos de la momia. Sarcófago y ornamentos de oro pesaban 1.110,4 kilos.

Una pequeña abertura daba acceso a la última pieza de la tumba que Carter llamó «anexo» (4 x 2,90 m); un considerable número de objetos le aguardaba allí. Estaban amontonados en un equilibrio tan precario que quitar uno podía hacer que todo el conjunto se desmoronara; el vaciado, que se inició durante la

temporada 1927-1928, sólo concluyó dos años más tarde. El tesoro se componía de cofres, cajas, jarras, lechos rituales, un trono de ébano, arcos, flechas, bastones arrojadizos, espadas, escudos, modelos reducidos de barcos, varas, bastones, juegos, carros dorados, ungüentos y alimentos diversos, carne momificada, uva, nueces, melones, etc.

En 1931, Carter mandó los paneles de las grandes capillas al museo de El Cairo donde fueron montadas de nuevo; en 1932, la tumba estaba vacía y la más fabulosa excavación de la historia de la arqueología había terminado.

Tras un decepcionante examen de su mal conservada momia, Tutankamón siguió reposando en su sarcófago.

Ingratitud

Howard Carter fue, sin duda alguna, el autor del más espectacular descubrimiento arqueológico de todos los tiempos. Era de esperar que se le concedieran grandes distinciones y siguiera ejerciendo sus aptitudes en otras excavaciones.

La realidad fue muy distinta. Carter, detestado, despreciado y víctima de los celos, cayó en una especie de clandestinidad. Poco interesado en obtener los favores del *establishment* y del mundo llamado «científico», había olvidado ser un trepador. Trabajador encarnizado, nunca comprendió que obtener un puesto oficial y ciertos honores exigía algunos compromisos.

Carter regresó varias veces a Egipto, pero no volvió a excavar. Inglaterra no le concedió la menor distinción. Murió en Londres, solitario, en 1939. Como suele suceder, la humanidad sólo había ofrecido ingratitud a uno de sus genios.

36 - EL ENIGMA TUTANKAMÓN

¿TUMBA REAL O TUMBA PRIVADA?

Leemos a menudo que la tumba de Tutankamón fue una tumba privada arreglada precipitadamente para convertirse en tumba real; nada lo demuestra. El egiptólogo belga Claude Vandersleyen considera que la escalera y el corredor son característicos de una tumba real; podemos añadir a ello la decoración de la cámara funeraria. Aunque la planta sea original, no existe ninguna razón seria para creer que el hipogeo no fuera concebido, desde el principio, por Tutankamón. Algunos ven, en el relativo desorden de los objetos, la consecuencia de un traslado, desde la tumba núm. 23, por ejemplo; puesto que, verosímilmente, las perturbaciones se deben al equipo de excavación, el argumento no se sostiene.

Estamos efectivamente ante una tumba real, dotada de todos los elementos necesarios para la resurrección del faraón; la cámara del oro albergaba incluso el más fabuloso sarcófago jamás descubierto. La «tumba tipo» de los manuales no existe, pues Egipto no fue sistemático ni doctrinario. A faraón excepcional, tumba excepcional.

¿QUIÉN ERA TUTANKAMÓN?

El príncipe Tutankamón, «Símbolo vivo de Atón», fue educado en la corte real de el-Amarna donde reinaban Akenatón y Nefertiti; seguimos sin saber con seguridad quiénes eran sus padres. Cuando la corte regresó a Tebas, el nombre del príncipe fue modificado; se convirtió en Tutankamón, «Símbolo vivo de Amón», y ascendió al trono de Egipto ocupándolo durante nueve años (1336-1327). No fue, por lo tanto, un reinado efímero; adolescente en su coronación, Tutankamón fue considerado lo bastante maduro como para gobernar y nada nos autoriza a repetir, interminablemente, que fue un rey insignificante y sin personalidad.

Se casó con la tercera hija de Akenatón y Nefertiti, Ankhesenpaaton, «Vive por Atón» que, en Tebas, cambió también su nombre para convertirse en «Vive por Amón»;[13] según sus retratos, era una muchacha de gran belleza. El rey y la reina vivieron momentos felices en los maravillosos jardines donde su ternura se expresó con el inimitable refinamiento del arte egipcio.

El reinado de Tutankamón no se diferenció del de un faraón «clásico»; hizo construir su «templo de los millones de años» en la orilla oeste, probablemente cerca de Medinet Habu, y excavar su morada de eternidad en el Valle. Sus maestros de obras comenzaron una columnata en Karnak, sus escultores crearon estatuas. El país permanecía armonioso y apacible cuando la muerte hirió a Tutankamón. Su esposa enterró a un monarca de unos veinte años de

[13] Hemos contado su historia y su leyenda, al tiempo que proponíamos una nueva interpretación de su acción política, en *La Reina Sol,* Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1991.

edad; fue ella quien, tras el banquete celebrado junto a la tumba, depositó en el umbral de la cámara funeraria una copa de alabastro proclamando la vida eterna del ser amado. La joven no quiso casarse con el viejo cortesano Ay, que sucedió a Tutankamón, ni con un gran dignatario como Horemheb, que sucedió a Ay. Según un fragmento de carta, solicitó al rey de los hititas que enviara a Egipto a uno de sus hijos. Horemheb impidió aquella desacertada unión. El doctor Maurice Bucalle, especialista en el estudio de las momias,[14] ha precisado que Douglas Derry, profesor de anatomía de la universidad de El Cairo, había destrozado literalmente la de Tutankamón, seccionándola y fragmentándola para extraer amuletos y objetos preciosos que había entre las vendas, especialmente dos de hierro, uno en forma de cabecera y el otro una daga con empuñadura de cristal de roca. Naturalmente, el martirio sufrido por los despojos del joven rey fue ocultado en los informes oficiales, que avaló luego Desroches-Noblecourt convirtiendo a Derry en el restaurador de la momia, «carbonizada o casi, por la acumulación de los ungüentos vertidos en los ritos funerarios y de momificación». Bucalle demuestra que «el papel destructor de los ungüentos utilizados en la momificación es un puro invento», y el egiptólogo americano Hans Goedizke deplora que sus colegas «tengan, durante los próximos años, que combatir las fantasías y las concepciones erróneas» difundidas a partir de 1936. Bucalle, que ha examinado realmente la documentación, concluye que existió un «odioso despedazamiento de la momia», y protesta vigorosamente contra la ocultación de la verdad. Resume así el destino de la infeliz momia: «Treinta y seis siglos de reposo, una semana de despedazamiento, un cuarto de siglo de falaces relatos». No fueron los egipcios quienes dañaron el cuerpo del joven rey, sino los egiptólogos, y es preciso reconocer el valor de uno de ellos al admitirlo.

UN TESORO PARA LA ETERNIDAD

En Egipto se han descubierto pocos tesoros; citemos los de Heteferes, la madre de Keobs, en Gizeh; de las princesas de la XII dinastía, en Illahun y Dachur; del arquitecto Kha y de Senedjem en Deir el-Medineh; de Yuya y Tuya en el Valle de los Reyes; de los faraones de la XXI y XXII dinastías en Tanis. El esplendor del tesoro de Tutankamón los eclipsa a todos. Pensemos que la publicación de los centenares de objetos que lo componen no se ha finalizado todavía, setenta años después del descubrimiento de la tumba.

Debemos advertir la extraordinaria utilización del oro en Tutankamón; han sobrevivido otros sarcófagos, pertenecientes a ilustres soberanos, pero ninguno utiliza el oro tan masiva y espectacularmente. Para los egipcios, el oro era la carne de los dioses. Obra alquímica, capta la energía celeste y hace que irradie.

Si la tumba de Tutankamón fue disimulada con tanto cuidado, si se benefició de un dispositivo de ocultación que ningún

[14] Véase Maurice Bucalle, «A propos de la momie de Toutankhamon», *La Revue administrative 44,* núm. 243, 1988, pp. 250-254, y «Mummies of the Pharaons», *Modern Medical Investigations,* Nueva York.

desvalijador logró superar, no fue por casualidad. Por sí solo, el tesoro es una síntesis de los esplendores del Valle y una especie de realización de la espiritualidad y el simbolismo del antiguo Egipto. Objetos, textos y representaciones nos enseñan las modalidades y las etapas de la transmutación de un cuerpo mortal en ser de luz. Esta tumba no se parece a ninguna otra porque los propios egipcios la convirtieron en santuario de lo esencial. Tutankamón, «Hábil como Ptah y sabio como Thot», no fue ciertamente un reyezuelo sin importancia sino el monarca elegido como vehículo y soporte de la tradición egipcia.

Debe citarse a un noble, Maya, cuyo recuerdo está presente en la tumba, gracias a inscripciones en los *uchebtis;* asumió las altas funciones de superior del Tesoro de la necrópolis real. Él organizó los funerales del rey y veló para que el equipamiento fúnebre estuviera completo; tal vez fue también él quien eligió el emplazamiento donde el cuerpo del rey, convertido en oro, permanecería oculto por los siglos de los siglos.

¿Cometió Carter un sacrilegio al quebrar ese silencio? Quizás no, si logramos descifrar el mensaje de Tutankamón a costa de investigaciones y estudios que están muy lejos de haber terminado. La máscara de oro del rey resucitado forma ya parte de nuestro paisaje interior.

Después de Tutankamón

La más importante de las tumbas reales, a causa de su contenido, fue la última que se descubrió; Howard Carter fue pues el último egiptólogo que sacó a la luz un hipogeo en el Valle. Luego nada; no ha vuelto a emprenderse ninguna campaña de excavaciones de cierta envergadura. Esta vez, la comunidad científica considera que el más célebre paraje de Egipto se ha agotado por completo. Está hoy abandonado a los turistas que no cesan de afluir.

De 1930 a 1966, Alexandre Piankoff se interesó por los textos enigmáticos inscritos en las paredes de las tumbas y publicó numerosas traducciones que sirven todavía de base a los investigadores; egiptólogos como Erik Hornung han seguido sus pasos.

En 1978-1979, John Romer organizó una campaña de excavaciones en la tumba de Ramsés XI. La década de los noventa debería estar señalada por cierto número de publicaciones indispensables, pues la mayoría de las tumbas se conocen todavía muy poco.

Pero ¿ha revelado realmente el Valle todos sus secretos?

37 - Las tumbas que no se encuentran

Los fundadores de la XVIII dinastía

Ahmosis, «El que nació de la luna», fue el primer faraón de la XVIII dinastía y tuvo un largo reinado, de algo más de un cuarto de siglo (1552-1526). El monarca expulsó a los ocupantes hicsos y puso los fundamentos de la civilización tebana.

Se admite comúnmente que su tumba no fue excavada en el Valle de los Reyes; pero es sólo una hipótesis, en la medida en que no parece haber sido hallada, aunque algunos arqueólogos la sitúen en Dra Abu el-Neggah. Este es uno de los más hermosos enigmas de la arqueología egipcia, si nos negamos a aceptar la identificación que acabamos de mencionar.

El caso de Amenhotep I, sucesor de Ahmosis, no se ha aclarado todavía de modo definitivo. La opinión de Carter, que creía haber identificado su tumba en el sector de Dra Abu el-Neggah, no ha suscitado la adhesión general. Si aquella pequeña sepultura no es la del primero de los Amenhotep, ¿dónde fue enterrado y debemos excluir sistemáticamente el Valle?

El embrollo de los Tutmosis

Para Tutmosis III (núm. 34) y Tutmosis IV (núm. 43), la situación es clara; sus hipogeos se han identificado con certeza. En cambio, el caso de los dos primeros reyes de ese linaje de «Hijos de Thot» plantea problemas.

La tumba núm. 38 se atribuye a Tutmosis I; aunque no se trata de la sepultura prevista originalmente para este rey, buscar su tumba sería inútil. Fue enterrado de nuevo por Tutmosis III en aquel lugar, y su antigua morada de eternidad, si se trata efectivamente de la inmensa tumba núm. 20, fue reacondicionada para Hatshepsut.

La tumba núm. 42, que se atribuye con frecuencia a Tutmosis II, sigue siendo enigmática; ciertamente tiene la forma de las tumbas de Tutmosis I y Tutmosis III y sería lógico pensar en una serie coherente. Pero chocamos con un hecho innegable, en la tumba no se encontró el menor fragmento de objetos con el nombre de Tutmosis II. Debiéramos pues pensar en la sepultura de un príncipe, una princesa o una reina, no en la de un faraón.

¿Dónde está Tutmosis II?

El 23 de febrero de 1929, el americano Winlock, gran amigo de Carter, descubrió en Deir el-Bahari una tumba que recibió el núm. 358; algunos pensaron que allí había sido enterrado Tutmosis II. Pero ¿por qué iba a excavar Tutmosis II su morada de eternidad fuera del Valle? Ciertamente, la presencia de un pozo es turbadora; pero ¿es un indicio suficiente?

Su reinado es especialmente poco conocido; ni siquiera estamos seguros del número de años. ¡Dos, tres, ocho o doce según

los especialistas en cronología! Estamos en terreno movedizo. Creemos saber que el rey murió relativamente joven, hacia los treinta años, y que se mostró atento al mantenimiento del orden en Nubia; la documentación es singularmente pobre.

Tal vez la tumba de Tutmosis II permanece sumida en las profundidades del Valle; por lo que a su momia se refiere, fue identificada en el escondrijo de Deir el-Bahari.

El enigma de Ramsés VIII

Ramsés VIII, uno de los hijos de Ramsés III, gobernó en Egipto durante tres años (1128-1125), según unos, un año según otros; no sabemos casi nada de su reinado, salvo que de esta época data la última mención actualmente conocida a Pi-Ramsés, la gran ciudad del delta que Ramsés II tanto quería. Eso no significa, sin embargo, que fuese abandonada en aquella época. ¿Ramsés VIII vivía en el norte o en Tebas?

No poseemos fragmento alguno de su material fúnebre. Su momia no se hallaba en el escondrijo de Deir el-Bahari ni en el de Amenhotep II. Por lo tanto, no hay rastro alguno de su tumba y es un caso muy parecido al de Tutankamón.

Jacques Vandier podría desalentar los ardores de eventuales excavadores al escribir que Ramsés VIII se limitó a la sepultura que se había hecho excavar en el Valle de las Reinas, cuando era sólo el príncipe Seth-her-jepechef; pero, al convertirse en faraón, debió de seguir la regla consistente en ocupar, de acuerdo con su función, una nueva morada de eternidad.

Que la tumba de Tutmosis II fuera cuidadosamente ocultada correspondería a la práctica de la XVIII dinastía; el caso de Ramsés VIII, en cambio, es mucho más sorprendente. Por aquel entonces, en efecto, los reyes hacían que su hipogeo fuera precedido por una monumental puerta que señalaba el acceso. ¿Por qué el octavo de los Ramsés iba a modificar la costumbre? Hay una solución, desesperante para los aficionados a lo inédito: la tumba inicialmente prevista para Ramsés VIII habría sido ocupada por uno de sus tres sucesores. Sin embargo, conocemos el caso de una tumba doble, la de Ramsés V y Ramsés VI, en la que ambos reyes se citan con toda claridad; no ocurre nada parecido con Ramsés VIII.

¿Son Tutmosis II y Ramsés VIII dos falsos enigmas, debidos a nuestra incapacidad para interpretar correctamente los hechos arqueológicos, o son dos tumbas ocultas todavía en el Valle de los Reyes?

38 - LAS TUMBAS «PRIVADAS»

UNA TERMINOLOGÍA INADECUADA

Los términos que utilizamos para describir la realidad egipcia están, a menudo, mal elegidos; hablar, así, de una tumba «privada» podría hacernos creer que un individuo podía, por propia iniciativa, hacer que le excavaran una sepultura en el Valle de los Reyes para satisfacer cierta fantasía o su deseo de vanagloria.

El término «privado» no tiene sentido; era Faraón quien decidía, por razones que con frecuencia ignoramos, permitir a uno de sus íntimos que pasara su eternidad en el paraje donde residían los monarcas.

¿Todas las tumbas privadas del Valle han sido ya descubiertas? Nada es menos seguro cuando sabemos que cierto número de ellas son simples agujeros hallados por casualidad a medida que iba excavándose. En ciertos lugares del Valle podemos estar casi seguros de que las investigaciones se llevaron a cabo con el mayor cuidado y el suelo no tiene ya, sin duda, nada que revelar. Algunas zonas, en cambio, son menos conocidas y podemos considerar que la cincuentena de sepulturas privadas, tumbas o simples pozos funerarios no es una lista definitiva. Pero ¿cuántas toneladas de piedra y arena sería necesario remover para obtener nuevos éxitos?

ANIMALES PARA LA ETERNIDAD

Las tumbas núms. 50, 51 y 53 no son inicios de sepulturas abandonadas ni escondrijos para material de embalsamamiento, sino moradas de eternidad que datan de la XVIII dinastía y albergan animales, especialmente perros y monos.

¿Signo del afecto de poderosos monarcas hacia sus fieles compañeros? Sin duda alguna, pero la intención es más vasta. En cada animal se encarna un poder divino en estado puro, sin ninguna de las deformaciones debidas a la especie humana. El mono hace referencia a Thot, dios de la sabiduría y dueño de la lengua sagrada, cuyo conocimiento es indispensable para abrir las puertas del otro mundo. El perro es la encarnación de Anubis, encargado de proceder a la momificación que transformará un cadáver en Osiris, en un cuerpo de resurrección, pues. Los animales son guías y consejeros, mensajeros del otro mundo cuya presencia es indispensable en una necrópolis.

CARACTERÍSTICAS DE LAS TUMBAS «PRIVADAS»

Si existen tumbas privadas, se diferencian claramente de las sepulturas reales. Hecho esencial, no incluyen decoraciones ni inscripción alguna; su tamaño es reducido y su planta muy sencilla. Tienen por lo general la forma de un pozo funerario que conduce a un sepulcro. Algunas fueron más o menos olvidadas por los ladrones, como las de Yuya y Tuya, y la de Maiherpri. El rey ofreció a esas

personalidades un ataúd de madera y no de piedra, pues ésta estaba reservada a los faraones. En resumen, modestas moradas de eternidad que, sin embargo, pueden contener objetos de gran valor.

Señalemos también que los faraones podían albergar también en sus propios hipogeos a príncipes y princesas; de este modo, Amenhotep acogió a su hijo; Tutmosis IV a su hijo y a su hija. Esta costumbre desapareció bajo los ramésidas, cuando los hijos de rey se hicieron enterrar, de buena gana, en el Valle de las Reinas; sin embargo, algunos hijos de Ramsés III ocuparon, tal vez, las tumbas núms. 3 y 12, y Montu-her-kepeschef, hijo de Ramsés IX, fue inhumado en la tumba núm. 19.

¿Quién fue admitido en el Valle de los Reyes? Hombres y mujeres cercanos al soberano reinante, cuya identidad no siempre nos es conocida. Los privilegiados cuyo nombre se ha preservado ocupaban funciones muy diversas. In (núm. 60) era una nodriza de la Corte real (tal vez de Hatshepsut); Maiherpri (núm. 36) un militar y, sin duda, un compañero de armas particularmente apreciado por un faraón; Meryatum (núm. 5) un sumo sacerdote de Heliópolis, la más antigua de las ciudades santas; Sennefer (núm. 42), un alcalde de Tebas, como su hermano el visir Amenemopet (núm. 48); Userhat (núm. 45), superior de los campos del templo de Amón; Yuya y Tuya (núm. 46), padres de la gran esposa real Teje.

Gran variedad de personajes, en consecuencia, característica de la sociedad egipcia que no conocía castas ni barreras infranqueables. El sumo sacerdote de Heliópolis podía codearse, sin menoscabo, con una nodriza y un soldado. La presencia de alcaldes de Tebas, la capital situada en la orilla este, podría parecer menos extraña; pero ¿por qué éstos y no los demás? ¿Por qué este visir y no los demás? Otras tantas preguntas que no podemos responder. Los documentos referentes al Valle son escasos y no es fácil hacer que hablen las tumbas que se ocupan mucho de eternidad y muy poco de anécdotas. Nos vemos reducidos a algunos títulos rituales, a algunos indicios extraídos de un material fúnebre desvalijado o dañado con frecuencia. Los ocupantes de las moradas de eternidad no nos han dejado ninguna noticia biográfica y debemos aceptar un silencio que, según los textos egipcios, era el de los sabios.

39 - EL MENSAJE DEL VALLE

LA REGLA DIVINA

La espiritualidad faraónica estaba centrada en la conciencia de Maat, la Regla universal, y su aplicación en el mundo de los hombres. El papel fundamental de Faraón consistía en alimentarse de Maat y hacerla vivir en la Tierra; sin la Regla, la sociedad era presa de la corrupción, la mentira y la desgracia. Maat está presente en las tumbas del Valle, con la forma de una diosa; se la encuentra a menudo a la entrada de los hipogeos. ¿Acaso no es necesario pasar por ella para entrar sin temor en los caminos del más allá? El alma era juzgada en la «sala de las dos Maat», que puede entenderse como la del doble aspecto de la Regla, divina y humana. Una existencia se consideraba armoniosa cuando el corazón del ser era tan ligero como la pluma de avestruz que simbolizaba la Regla. Si las acciones habían sido negativas, el corazón pesaba demasiado. El ser era condenado entonces a la segunda muerte y «la devoradora» se lo tragaba.

El juicio del presidente del tribunal, Osiris, era severo; se ataba a los condenados a postes, se los entregaba a terroríficos demonios que cortaban las cabezas con sus cuchillos, se los arrojaba a lagos de fuego. El simbolismo de los imagineros de las catedrales y de Dante se inspiró en el del Valle a través de distintos modos de transmisión.

El condenado se veía privado de la luz, permanecía disperso y prisionero de las tinieblas. Pero la Regla se mostraba llena de amor para quien la había practicado en vida; si la colocaba en su corazón, el viajero por el más allá no tenía nada que temer.

EL VIAJE DEL SOL

El tema fundamental de las tumbas reales es el viaje del sol por el otro mundo; al sumirse en las tinieblas, sufre terribles pruebas. De su supervivencia depende la de la creación, a la que renueva cada noche utilizando poderes originales. Al anochecer, Nut, la diosa del cielo, se traga al sol que penetra en su cuerpo sembrado con los signos del zodíaco, decanes, constelaciones y planetas cuya energía la alimentan. Nut está representada en el techo de algunas tumbas reales, como las de Seti I, Ramsés IV o Ramsés VI; está dividida en horas que custodian ciertas puertas. En ella los justos se convierten en estrellas. Por la mañana, Nut da a luz un nuevo sol.

Al morir en su cuerpo mortal, el sol se reúne con su cuerpo inmortal; cuando ilumina su camino, ilumina las tinieblas y hace visible lo que estaba oculto, es decir las fuerzas latentes de la creación. La vida renace de lo que permanecía inerte, las puertas de «la vasta y eterna ciudad» se abren, los resucitados se llenan de júbilo pues sólo el sol puede oír la voz de los seres del más allá, que se parece a la de un toro, un gato, al zumbido de una abeja o al soplo del viento. La luz quiebra el silencio de la oscuridad. La barca solar

es llamada «barca de los millones», pues acoge las fuerzas divinas y a los seres regenerados que, al participar en el viaje, se asocian a la dinámica de regeneración.

Faraón, Ra y «la primera vez»

«Ra (o Re) —escribe Piankoff— *no es el sol; es la energía, la fuerza divina que se manifiesta en todos los dioses.»* Adopta cuatro formas principales: el escarabeo Khepri por la mañana, el halcón Horakhty a mediodía, el anciano Atum con cabeza de carnero al anochecer y Osiris en las tinieblas.

Cuando Faraón es iniciado en el universo de los poderes divinos, durante el ritual de los grandes misterios, se convierte en Ra.

Dirigiéndose a él, proclama, según la *Letanía de Ra: «Soy tú, tú eres yo».* Donde Ra va, va el rey; cuando Ra crea, el rey crea.

Esta creación no se llevó a cabo de una vez por todas, en un pasado cualquiera, y no tiene fecha ni está inmóvil en el tiempo. Si el instante en el que toma cuerpo se llama «La primera vez», ésta se repite en cada nuevo amanecer. El mundo se renueva cada día, recién nacido por la mañana, adulto a mediodía, anciano por la noche. Entre la primera hora del día y la última de la noche, se realiza una eternidad.

En cierto modo, el origen de la creación es permanente. El más allá egipcio se presenta como una perpetua mutación, un incesante viaje.

PAISAJES DEL MÁS ALLÁ

El resucitado atraviesa regiones acuáticas y campos fértiles, paraísos bañados por el Nun, el océano de energía primordial donde nacen todas las formas de vida. Comparado con la Tierra, el más allá es gigantesco. El trigo que crece allí tiene una altura de nueve codos (4,68 m), una hora de viaje nocturno equivale a toda una existencia, la línea recta desaparece en beneficio de sinuosos canales.

Lo esencial es conocer los textos que permiten no caminar cabeza abajo, apartar a los guardas de las puertas y penetrar en la morada del Occidente donde vive el secreto de la resurrección.

Incorporado al sol, Faraón debe vencer a la temible serpiente Apofis que intenta cerrarle el paso. El astro solar pasa al cuerpo del gigantesco reptil invirtiendo la dirección del tiempo y del espacio; transforma en juventud lo que era vejez, va de occidente a oriente para renacer. En los muros de la tumba, buitres y serpientes aletean para mantener el soplo que da vida a todas las partes del edificio.

EL MISTERIO DE OSIRIS

Si Osiris es el soberano del otro mundo y el juez de los muertos, es también la momia concebida como soporte de resurrección y cuerpo de luz. Cada ser justificado se convierte en un Osiris al que Ra animará con su luz. Dato fundamental: Ra reposa en Osiris, Osiris reposa en Ra. Osiris es ayer y Ra es mañana. El iniciado proclama: *«Soy el ayer, conozco el mañana».* La vida engendra la

muerte, la muerte engendra la vida, de acuerdo con un proceso que no tiene principio ni fin. De este modo, el lugar donde reposa Osiris es el mayor de los misterios, que sólo puede percibirse en el interior del sarcófago donde el ser del Faraón se une al oro del cielo.

En todas sus moradas de eternidad, el Valle afirma la omnipresencia de la luz, presente en cada expresión de la vida, desde la piedra de estrella, y de la creación concebida como una permanente regeneración. En este sentido, sus tumbas son de sorprendente actualidad.

LOS «LIBROS FUNERARIOS REALES»

Los ritualistas del Imperio Nuevo crearon una serie de composiciones específicas que fueron grabadas o dibujadas en las paredes de las tumbas reales del Valle: el *Amduat* o *Libro de la cámara oculta, Libro de las puertas,* que aparece por primera vez en Horemheb y cuya única versión completa se halla en Ramsés VI, *Libro de las cavernas* (o, con mayor exactitud, de las «envolturas»), *Libro del día y de la noche, Letanía de Ra, Libro de la Vaca divina, Libro de Aker* (dios de la tierra), *Ritual de la apertura de la boca.* Estos textos esotéricos estaban reservados a los faraones y no fueron divulgados fuera de las tumbas reales antes del final de la XX dinastía.

Las composiciones ofrecen el conocimiento de los mitos y las divinidades, abren los caminos de la eternidad, permiten luchar contra los enemigos y efectuar el paso de la muerte a la vida.[15]

El texto elegido para figurar en las primeras tumbas del Valle fue el *Amduat,* cuyas versiones completas figuran en Tutmosis III y Amenhotep II. Hoy sabemos que el «libro» se inspira en modelos más antiguos; como siempre, en Egipto, las nuevas formulaciones se apoyan en las antiguas sin suprimirlas.

Mientras los particulares disponen del *Libro de los Muertos,* el *Amduat* fue patrimonio de las tumbas reales[16] y el único texto inscrito en sus muros, desde Tutmosis I hasta Horemheb; luego llegaron otros textos cuyos títulos ya hemos citado. La primera versión completa, en Tutmosis III, se presenta como un papiro desenrollado. La forma y el nombre de setecientas setenta y cinco divinidades, ante las que está colocado un pequeño recipiente donde arde incienso, se revelan en la sala alta de la tumba; en la sala del sarcófago, esos personajes se animan y participan en los distintos episodios de la mutación de la luz y de la resurrección. He aquí el título completo del *Amduat: «Escritos de la cámara secreta, sede de las almas, de los dioses, de las sombras, de los espíritus y de sus acciones. Al comienzo, el cuerno de occidente, puerta del mundo occidental; al final, el crepúsculo, puerta del mundo oriental. Para conocer las almas de la Duat, para conocer sus actos, para conocer sus actos de glorificación de la luz divina (Ra), para conocer los misteriosos poderes, para conocer el contenido de las horas y su*

[15] Estudiaremos su contenido y su iconografía en nuestro álbum consagrado al Valle de los Reyes, de próxima aparición.

[16] Hay que advertir, sin embargo, que existió una copia del *Amduat* en la tumba del visir User.

dios. Para saber lo que les dicen, para conocer las puertas, las vías que toma el gran dios, para conocer el curso de las horas y su dios, para conocer a los bienaventurados y los condenados». Bajo tierra y en las tinieblas, el viaje del sol se divide en doce etapas que corresponden a las doce horas de la noche, que tienen un nombre, un dominio y un guardián. Según la expresión de Champollion la barca divina navega «en el río celeste, por el fluido primordial o el éter»; en la proa está *Sia,* la intuición, que la guía por las profundidades de la energía original y por el cuerpo de la diosa del cielo. La tumba es precisamente la encarnación arquitectónica de ese camino del sol que desemboca en el sarcófago, medio matricial donde resucita, al igual que Faraón.

Amduat significa literalmente «Lo que está en el *Duat»,* término que puede traducirse como «cámara oculta», con la precisión de que no se trata de un lugar en el sentido corriente del término sino, más bien, de un conjunto de fuerzas y energías que permiten reunir lo que está disperso y asegurar la continuidad de la creación. La Duat es pues un espacio de mutaciones donde se realiza el perpetuo renacimiento de la luz y de su representante en la Tierra, Faraón. En su carta del 26 de mayo de 1829, Jean-François Champollion escribe: *«El sentido general de esta composición se refiere al rey difunto. Durante su vida, parecida al sol en su carrera del oriente al occidente, el rey tenía que ser el vivificador, el iluminador de Egipto y la fuente de todos los bienes físicos y morales que sus habitantes necesitaban. El faraón muerto fue pues naturalmente también comparado con el sol poniente y dirigiéndose hacia el tenebroso hemisferio inferior, que debe recorrer para renacer de nuevo por oriente y devolver la luz y la vida al mundo superior (el que habitamos), del mismo modo que el rey difunto tenía también que renacer, bien para proseguir sus transmigraciones o bien para habitar el mundo celestial y ser absorbido en el seno de Amón, el Padre universal».*

Conclusión

El difunto era recibido en la orilla oeste de Tebas por una diosa sonriente, «El bello Occidente»; el Valle de los Reyes es una sorprendente mezcla de encanto y austeridad de la que no está ausente. Cuando está abrumado por el sol y parece un caldero, el paraje no es muy acogedor; hay que amar el calor, el desierto y las piedras para aventurarse por aquel territorio misterioso, donde perduran las almas de los faraones. Conviene acostumbrarse poco a poco al espíritu del Valle. Aprender sin prisas a conocerlo. Es un inmenso santuario por donde se deambula, un mundo mineral donde se abren accesos al más allá: las puertas de las tumbas reales.

A los egipcios les parecía indispensable que ese otro mundo estuviera presente en la Tierra; los maestros de obras debían elegir emplazamientos privilegiados que sirvieran de puntos de contacto entre el mundo de los poderes divinos y el de los hombres. El Valle, debido a su posición geográfica y a su aspecto físico, fue uno de los

más hechizadores; pese a los modernos acondicionamientos y las modificaciones del terreno debidas a los excavadores, conserva su carácter sagrado y su poder original.

Al anochecer el velo se levanta un poco; una luz dorada, apaciguadora, suaviza las abruptas pendientes de los acantilados. Se inicia la hora de Atum, la serenidad de los anocheceres de Egipto, cuando el día se desposa con la noche en unas bodas de muerte y resurrección.

Cada tumba real tiene su propio carácter, sus colores, su disposición de textos y escenas; cada una de ellas es una creación original, aunque adecuada al simbolismo tradicional. Las sepulturas de tres dinastías forman un vasto cuerpo cada uno de cuyos órganos merece ser estudiado en sí mismo, vinculándolo al conjunto. A cada nueva visita, a cada nueva exploración, la admiración es más intensa, la comunión más profunda. Los enamorados del Valle pueden permanecer varias horas ante un bajorrelieve de Seti I o de Ramsés VI, dialogar con una diosa, meditar ante el escarabeo que simboliza el renacimiento del sol o contemplar, como Carter, el cuerpo celeste de la diosa Nut. Esos extraños rostros, de secreta belleza, nos hablan de una verdad sin tiempo, de esa eternidad donde se inscribe el inviolable misterio de los faraones.

Jamás se extinguirá la gran voz del Valle de los Reyes.

Valle de los Reyes, invierno de 1991

ANEXOS

La visita al Valle de los Reyes

Los turistas residen habitualmente en la orilla este, en uno de los hoteles de Luxor. Utilizan un trasbordador, que hace frecuentes travesías, para dirigirse al embarcadero de la orilla oeste. Un autobús o taxis les aguardan para llevarlos al Valle de los Reyes.

Actualmente, hay que comprar la entrada en la cabaña que las vende, junto al embarcadero. La entrada da derecho a visitar tres tumbas.

Es imposible facilitar un orden de visita pues, según la temporada, la afluencia de gente y las decisiones del Servicio de Antigüedades, una tumba puede estar abierta o cerrada.

La más célebre de todas ellas, la tumba de Tutankamón (núm. 62) de la que sólo está parcialmente decorada la cámara funeraria, está cerrada en la actualidad a causa de su mal estado de conservación, aunque se lleve a cabo un programa de restauración, como en la magnífica tumba de Nefertari en el Valle de las Reinas, no es seguro que vuelva a quedar abierta al público. Sería indispensable una reproducción fotográfica.

La tumba que merecería una visita más larga es la de Seti I (núm. 17); abierta en junio de 1991, fue cerrada de nuevo en noviembre del mismo año.

Deben verse, prioritariamente, las tumbas de Tutmosis III (núm. 34), Ramsés III (núm. 11) y Ramsés VI (núm. 9); luego las de Amenhotep II (núm. 35), Horemheb (núm. 57) y Setnajt y Tausert (núm. 14), Ramsés I (núm. 16) y Ramsés IV (núm. 2); las de Ramsés IX (núm. 16), Merenptah (núm. 8), Seti II (núm. 15) y Tutmosis IV (núm. 43) merecen también atención, en el marco de un estudio profundo. Las demás sepulturas sólo interesan a los especialistas.

CRONOLOGÍA DEL IMPERIO NUEVO

Hemos adoptado las fechas de N. Grimal, *Histoire de l'Egypte ancienne,* París, 1988. El mismo autor propone dos sistemas de fechas, y existen otras hipótesis propuestas por distintos egiptólogos.

IMPERIO NUEVO

1552-1069: 483 años

XVIII dinastía 1552-1295 (257 años)

XIX dinastía 1295-1188 (107 años)

XX dinastía 1188-1069 (119 años)

Lista de los reyes, fechas de los reinados y números de las tumbas del Valle de los Reyes

XVIII dinastía

Ahmosis	1552-1526	-
Amenhotep I	1526-1506	-
Tutmosis I	1506-1493	38
Tutmosis II	1493-1479	42?
Hatshepsut	1478-1458	20
Tutmosis III	1479-1425	34
Amenhotep II	1425-1401	35
Tutmosis IV	1401-1390	43
Amenhotep III	1390-1352	22
Amenhotep IV Akenatón	1352-1336	?
Smenker	1338-1336	55 (?)
Tutankamón	1336-1327	62
Ay	1327-1323	23
Horemheb	1323-1295	57

XIX dinastía

Ramsés I	1295-1294	16
Seti I	1294-1279	17
Ramsés II	1279-1212	7
Merenptah	1212-1202	8
Amenmés	1202-1199	10
Seti II	1202-1196	15
Siptah	1196-1190	47
Tausert	1196-1188	14

XX dinastía

Setnajt	1188-1186	14
Ramsés III	1186-1154	11
Ramsés IV	1154-1148	2
Ramsés V	1148-1144	9
Ramsés VI	1144-1136	9
Ramsés VII	1136-1128	1
Ramsés VIII	1128-1125	?
Ramsés IX	1125-1107	6
Ramsés X	1107-1098	18
Ramsés XI	1098-1069	4

LISTA DE LAS TUMBAS DEL VALLE DE LOS REYES POR NÚMERO DE ORDEN Y FECHA DEL DESCUBRIMIENTO

1. Ramsés VII: desde la Antigüedad (?). Excavación en 1905-1906.
2. Ramsés IV: sin duda desde la Antigüedad. Limpieza en 1905-1906.
3. Proyecto previsto para Ramsés III, abandonado luego. Excavado hacia 1820.
4. Ramsés XI: desde la Antigüedad.
5. Meryatum: 1820. Proyecto previsto para Ramsés II, abandonado luego. Tiene la forma de un corredor.
6. Ramsés IX: desde la Antigüedad. Excavaciones en 1888 y 1905-1906.
7. Ramsés II: desde la Antigüedad.
8. Merenptah: desde la Antigüedad.
9. Ramsés V y Ramsés VI: desde la Antigüedad. Limpieza en 1888.
10. Amenmés: diciembre de 1907.
11. Ramsés III: desde la Antigüedad.
12. ? No hay inscripción. 1820.
13. Bay: 1909(7).
14. Tausert y Setnajt: desde la Antigüedad sin duda; limpieza en 1909.
15. Seti II: ?
16. Ramsés I: 10/11 de octubre de 1817.
17. Seti I: 16 de octubre de 1817.
18. Ramsés X: ?
19. Montu-her-kopeshef: 9 de octubre de 1817.
20. Hatshepsut: 1824.
21. ? No hay inscripción. 9 de octubre de 1817.
22. Amenhotep III: 1799.
23. Ay: invierno de 1816.
24. Pozo funerario sin inscripción, descubierto por Wilkinson.
25. Pozo funerario sin inscripción: agosto de 1817.
26. Pozo funerario sin inscripción.
27. Corredor, con cuatro sepulturas, descubierto por Wilkinson.
28. Corredor con una tumba, descubierto por Wilkinson.
29. Pozo funerario sin inscripción.
30. Pozo funerario, varias cámaras, sin inscripción.
31. Pozo funerario sin inscripción.
32. Corredor, sin inscripción.
33. Corredor, sin inscripción.
34. Tutmosis III: 12 de febrero de 1898.
35. Amenhotep II: 9 de marzo de 1898.
36. Maiherpri: marzo de 1899.

37. Corredor con una cámara, no hay inscripción.
38. Tutmosis I: marzo de 1899.
39. Tumba sin inscripción.
40. Pozo funerario sin inscripción.
41. Pozo funerario sin inscripción.
42. Sennefer: fines de noviembre de 1900. Tutmosis II (?).
43. Tutmosis IV: 18 de enero de 1903.
44. Pozo funerario sin inscripción: 26 de enero de 1901.
45. Userhat: 25 de enero de 1902. Tumba utilizada de nuevo por Merenjonsu, guardián de puerta del templo de Amón, XXII dinastía.
46. Yuya y Tuya: del 5 al 11 de febrero de 1905.
47. Siptah: noviembre de 1905.
48. Amenemopet: enero de 1906.
49. Corredor sin inscripción: fines de 1905.
50. Pozo funerario sin inscripción.
51. Pozo funerario sin inscripción.
52. Pozo funerario sin inscripción.
53. Pozo funerario sin inscripción.
54. Escondrijo de Tutankamón: 21 de diciembre de 1907.
55. Teje (?), Smenker (?), Amenhotep IV (?): enero de 1907.
56. «Tumba de oro» para una hija de Seti II y Tausert: 5 de enero de 1908.
57. Horemheb: 22 de febrero de 1908.
58. Pozo (¿anexo de Tutankamón?): enero de 1909 o febrero de 1907.
59. Tumba sin inscripción.
60. In (?), corredor sin inscripción: primavera de 1903.
61. Pozo funerario sin inscripción.
62. Tutankamón: 5 de noviembre de 1922.

Hay que añadir a la lista dos tumbas no numeradas. La primera se halla cien metros al suroeste de la núm. 22; se trata de un depósito funerario de Amenhotep III. La segunda es un comienzo de tumba excavado cerca de la núm. 34,

LONGITUD APROXIMADA DE LAS TUMBAS REALES

(Clasificación cronológica)

Tutmosis I (núm. 38)	25 m
Tutmosis II (núm. 42) (?)	50 m
Hatshepsut (núm. 20)	200 m
Tutmosis III (núm. 34)	55 m
Amenhotep II (núm. 35)	60 m
Tutmosis IV (núm. 43)	90 m
Amenhotep III (núm. 22)	100 m
Tutankamón (núm. 62)	40 m
Ay (núm. 23)	55 m
Horemheb (núm. 57)	114 m
Ramsés I (núm. 16)	29 m
Seti I (núm. 17)	100 m
Ramsés II (núm. 7)	100 m
Merenptah (núm. 8)	115 m
Seti II (núm. 15)	72 m
Amenmés (núm. 10)	75 m
Siptah (núm. 47)	90 m
Tausert y Setnajt (núm. 14)	110 m
Ramsés III (núm. 11)	125 m
Ramsés IV (núm. 2)	66 m
Ramsés V y Ramsés VI (núm. 9)	104 m
Ramsés VII (núm. 1)	40 m
Ramsés IX (núm. 6)	86 m
Ramsés X (núm. 18)	40 m
Ramsés XI (núm. 4)	93 m

DESARROLLO DE LAS DIMENSIONES DE LAS PUERTAS Y LOS CORREDORES DE LAS TUMBAS REALES

(Según E. Hornung, The Valley of the Kings, p. 29)

	Anchura del corredor	Altura del corredor	Puertas
Tutmosis I	2,30 m	1,70 m	1,27/1,45 m
Hatshepsut	1,80/2,30 m	2,05 m	
Tutmosis III	2,05/2,16 m	1,96 m	1,01/1,88 m
Amenhotep II	1,55/1,64 m	1,99/2,30 m	1,30/1,42 m
Tutmosis IV	1,98/1,99 m	2,10/2,20 m	1,72/1,83 m
Amenhotep III	2,51/2,56 m	2,54/2,83 m	2,01/2,08 m
Tutankamón	1,68 m	2,05 m	1,49/1,50 m
Ay	2,60/2,64 m	2,47 m	2,12 m
Horemheb	2,59/2,64 m	2,59/2,64 m	2,04/2,11 m
Ramsés I	2,61/2,62 m	2,58 m	2,05/2,10 m
Seti I	2,61 m	2,61 m	2,07/2,10 m
Ramsés II	2,62 m	2,62 m	1,99/2,10 m
Merenptah	2,60 m	3,10/3,27 m	Como el corredor
Amenmés	2,70/2,71 m	3,15 m	2,16/2,19 m
Seti II	2,82 m	3,25/3,29 m	2,17/2,28 m
Siptah	2,61/2,62 m	3,24/3,34 m	2,03/2,09 m
Ramsés III	2,64/2,69 m	3,32/3,36 m	2,10/2,18 m
Ramsés IV	3,12/3,17 m	3,94/4,18 m	2,55/2,76 m
Ramsés VI	3,15/3,19 m	3,60/4,05 m	2,61/2,80 m
Ramsés VII	3,13 m	4,10 m	2,75 m
Ramsés IX	3,24/3,25 m	4,09 m	2,77/2,78 m
Ramsés X	3,17 m	4,01 m	2,72 m

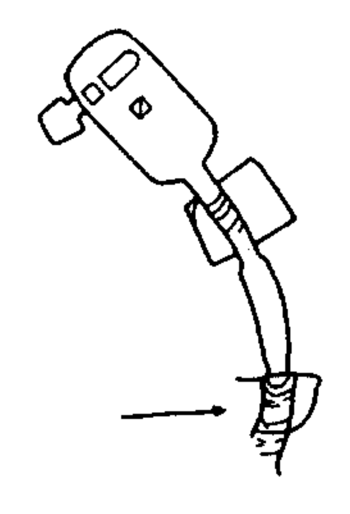
Ramsés XI	3,18/3,30 m	4,10 m	2,80/2,86 m

Planos de las tumbas reales

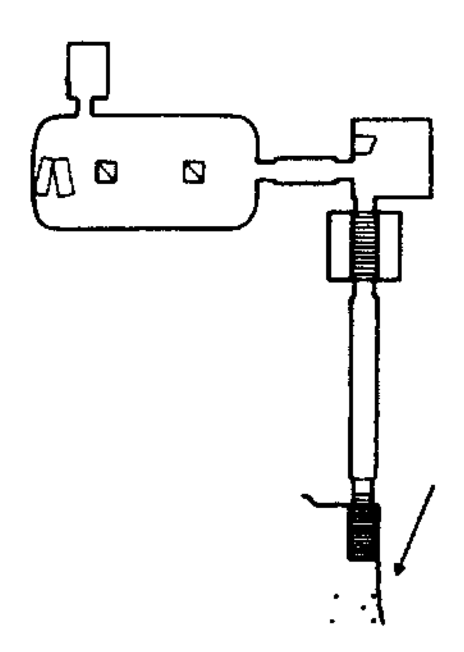
(Clasificación cronológica)

Estos planos pueden encontrarse en cierto número de obras (Porter-Moss, Romer, Reeves, etc.). Reproducimos los proporcionados por E. Hornung, *The Valley of the Kings,* pp. 211-216.

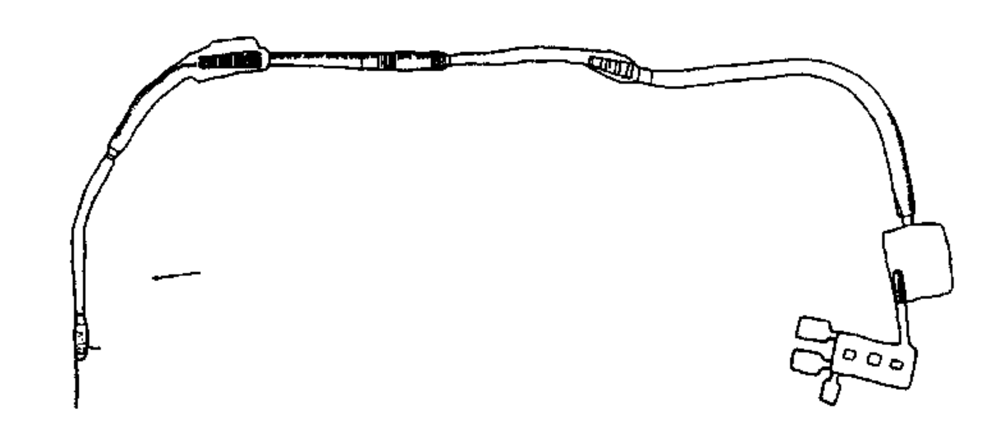
TUTMOSIS I
núm. 38



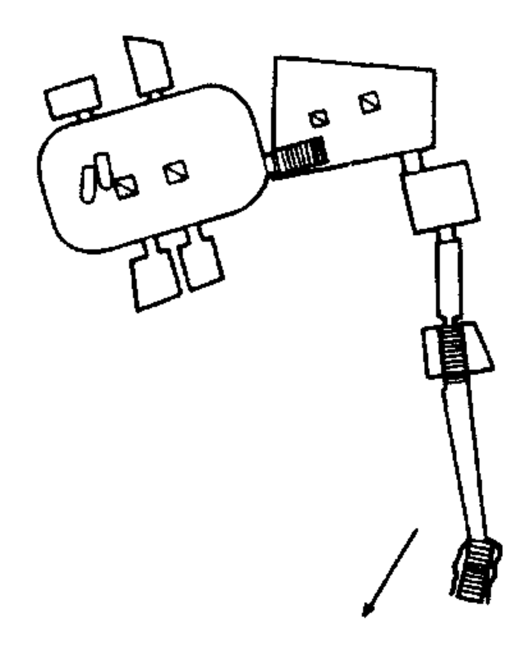
TUTMOSIS II (?)
núm. 42



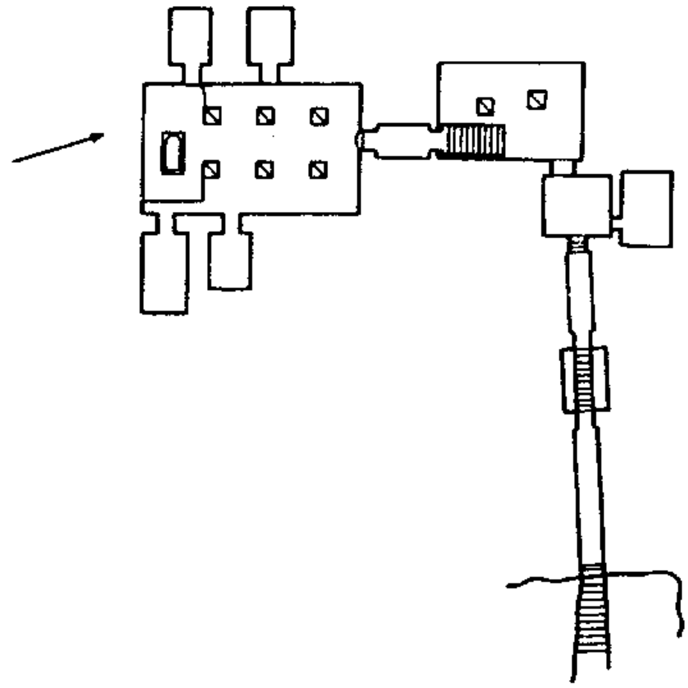
HATSHEPSUT
núm. 20



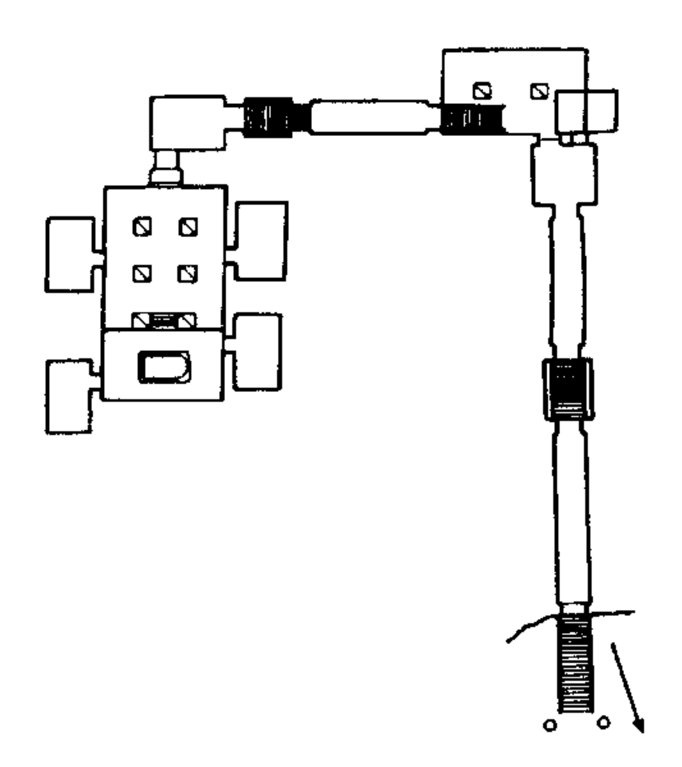
TUTMOSIS III
núm. 34



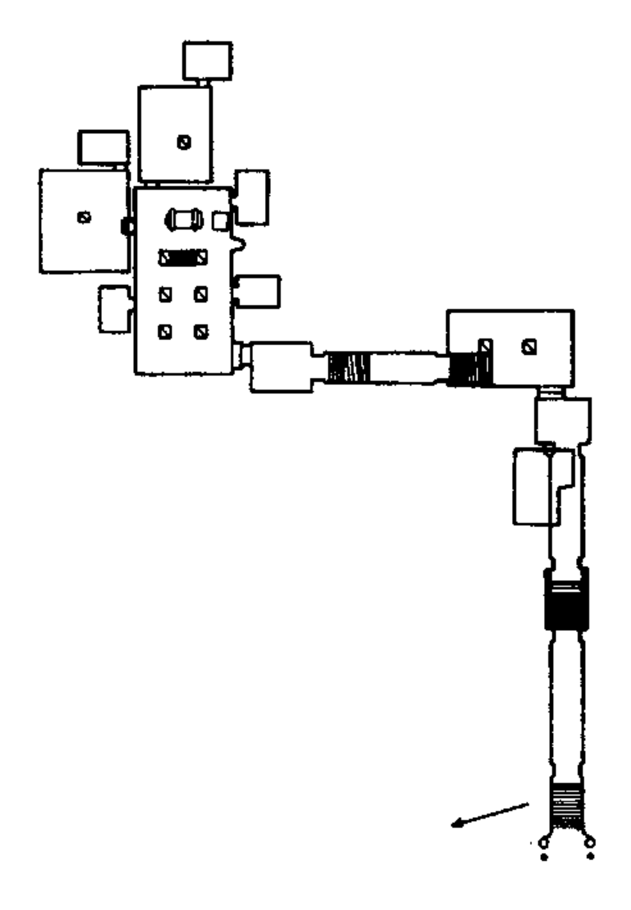
AMENHOTEP II
núm. 35



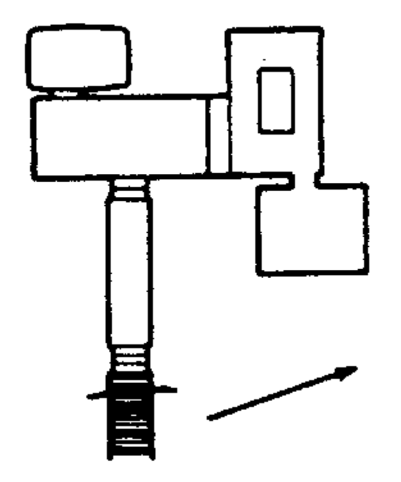
TUTMOSIS IV
núm. 43



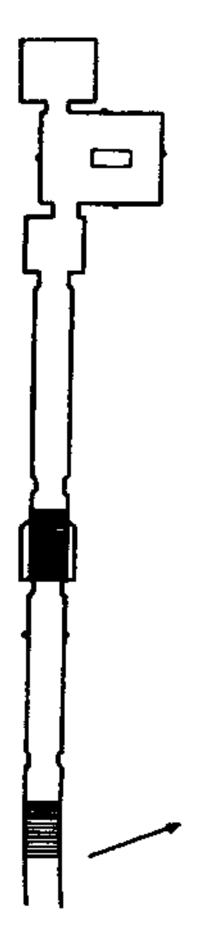
AMENHOTEP III
núm. 22



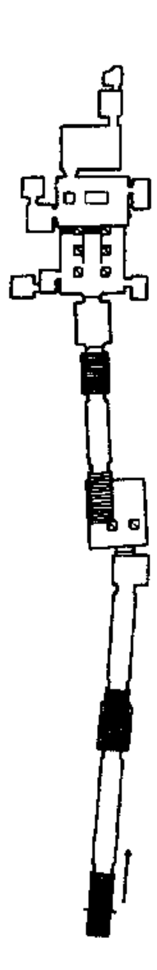
TUTANKAMÓN
núm. 62



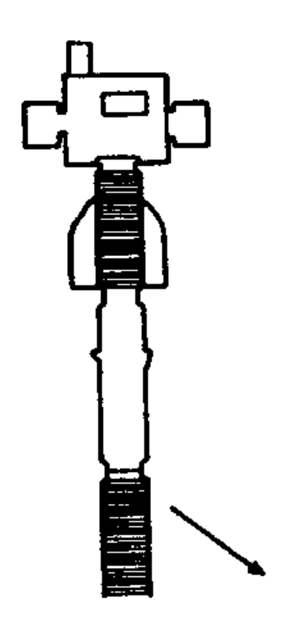
AY
núm. 23



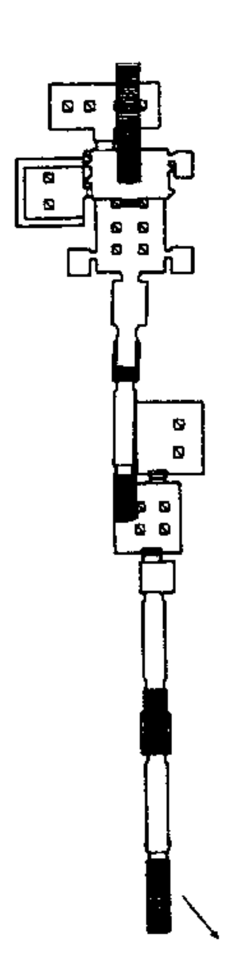
HOREMHEB
núm. 57



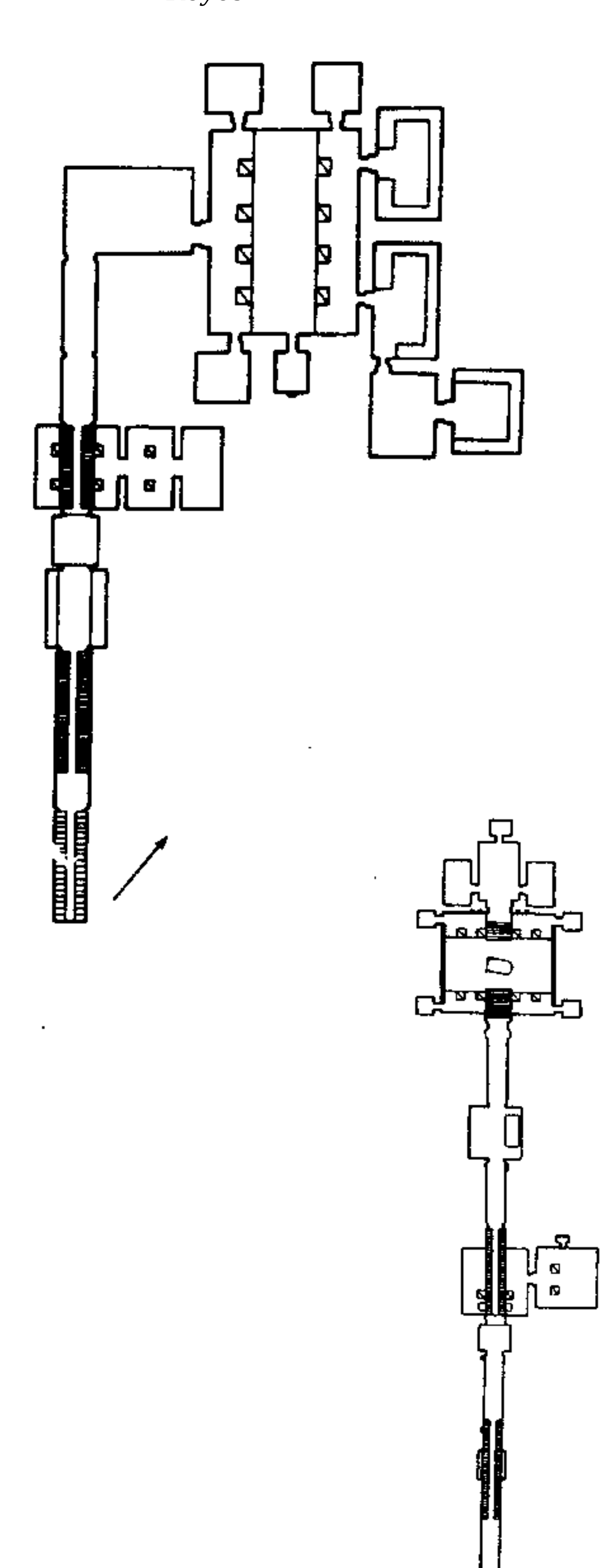
RAMSÉS I
núm. 16



SETI I
núm. 17

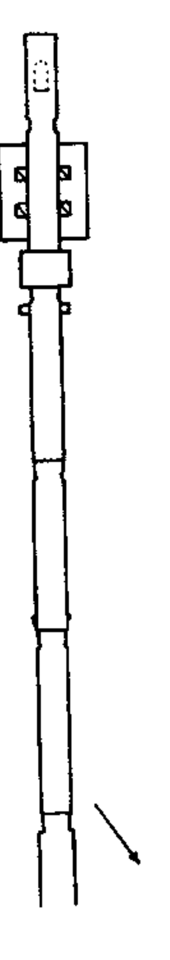


RAMSÉS II
núm. 7

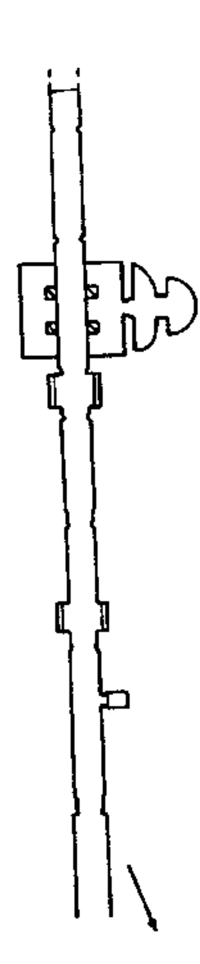


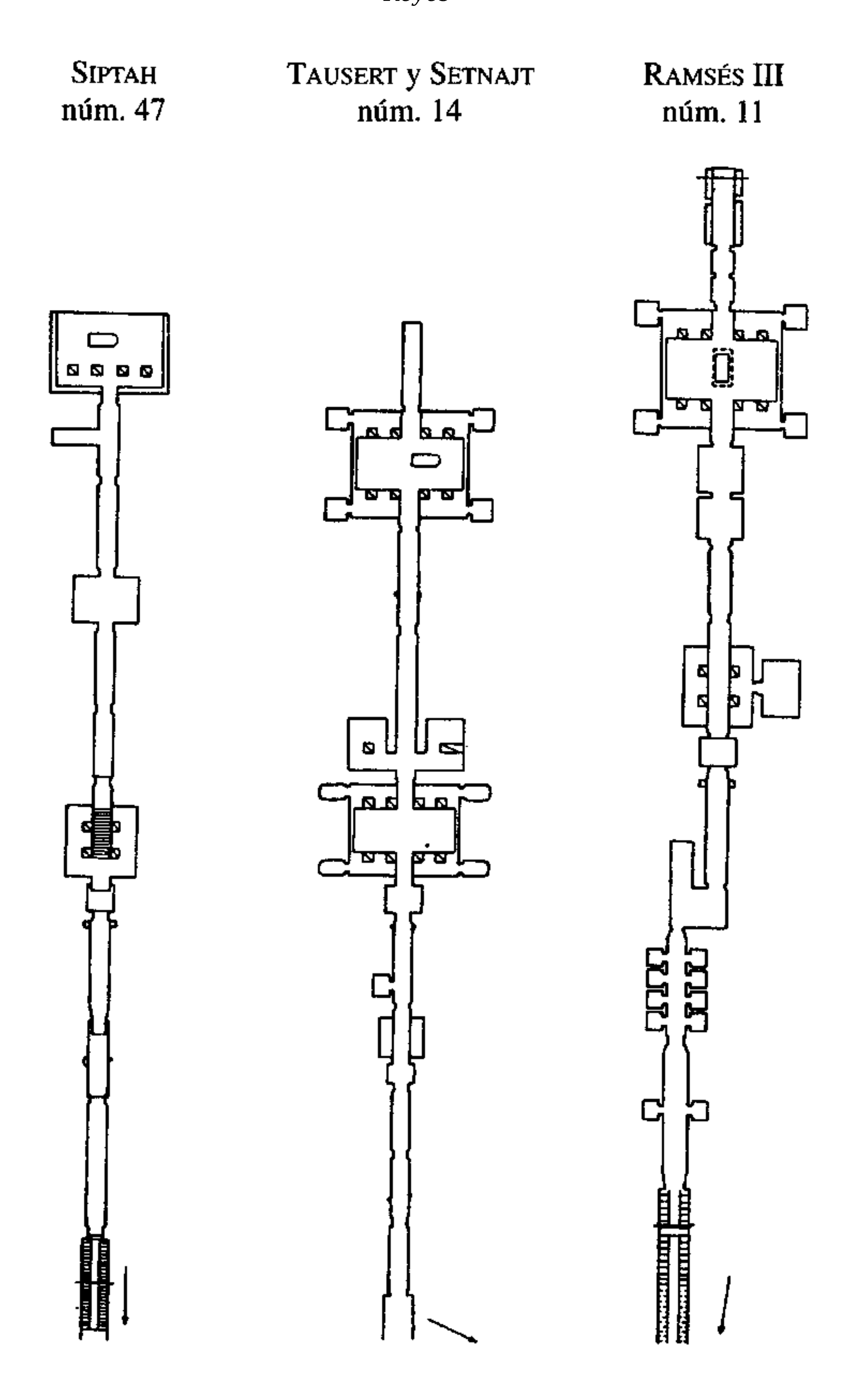
MERENPTAH
núm. 8

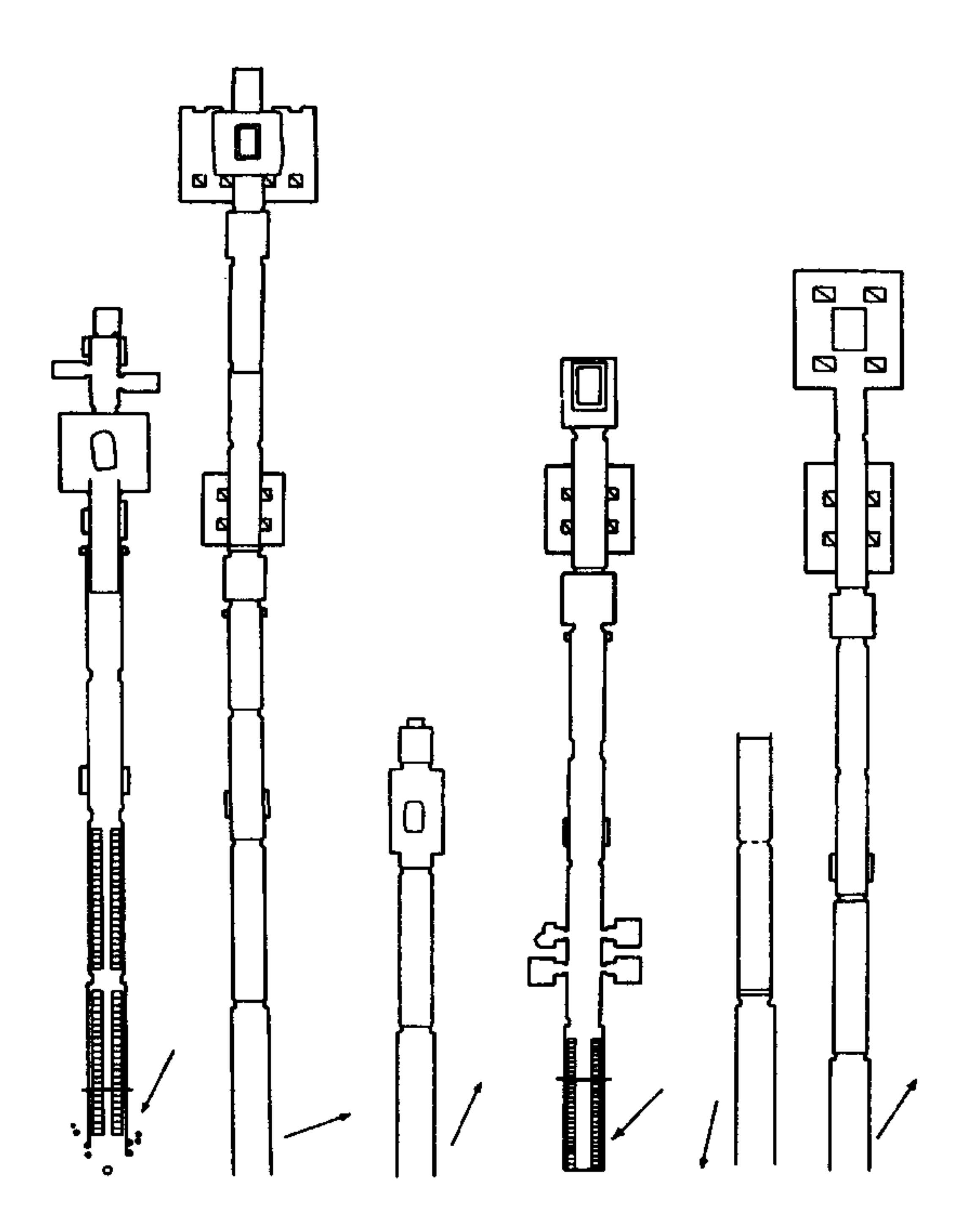
SETI II
núm. 15



AMENMÉS
núm. 10




SIPTAH
núm. 47
TAUSERT y SETNAJT
núm. 14
RAMSÉS III
núm. 11


RAMSÉS IV
núm. 2
RAMSÉS VI
núm. 9
RAMSÉS VII
núm. 1
RAMSÉS IX
núm. 6
RAMSÉS X
núm. 18
RAMSÉS XI
núm. 4

DISTRIBUCIÓN Y NATURALEZA DE LOS TEXTOS EN LAS TUMBAS REALES

TUMBA	1.er CORREDOR	2.° CORREDOR	3.er CORREDOR	POZO	SALA CON PILARES	4.° Y 5.° CORREDORES	ANTECÁMARA	CÁMARA FUNERARIA
Tutmosis I (núm. 38)								Fragmentos del Amduat
Hatshepsut (núm. 20)								Fragmentos del Amduat
Tutmosis III (núm. 34)								Amduat; Letanía de Ra (en los pilares)
Amenhotep II (núm. 35)								Amduat
Tutmosis IV (núm. 43)								
Amenhotep III (núm. 22)								Amduat
Tutankamón (núm. 62)								Amduat; Apertura de la boca
Ay (núm. 23)								Amduat
Horemheb (núm. 57)								Libro de las Puertas
Ramsés I (núm. 16)								Libro de las Puertas
Seti I (núm. 17)	Letanía de Ra	Letanía de Ra; Amduat	Amduat		Libro de las Puertas	Apertura de la boca		Libro de las Puertas; Amduat + techo astronómico
Ramsés II (núm. 7)	Letanía de Ra	Letanía de Ra; Amduat	Amduat		Libro de las Puertas	Apertura de la boca		Libro de las Puertas; Amduat + techo astronómico (?)

Merenptah (núm. 8)	Letanía de Ra	Letanía de Ra; Amduat	Amduat		Libro de las Puertas	Apertura de la boca	Libro de los Muertos	Libro de las Puertas + techo astronómico
Seti II (núm. 15)	Letanía de Ra	Letanía de Ra; Amduat	Amduat		Libro de las Puertas			Libro de las Puertas
Amenmés (núm. 10)	Letanía de Ra	Letanía de Ra						
Siptah (núm. 47)	Letanía de Ra	Letanía de Ra; Amduat	Amduat					
Tausert/ Setnajt (núm. 14)		Libro de los Muertos	Libro de los Muertos		Libro de los Muertos	Apertura de la boca		Libro de las Puertas + techo astronómico
Ramsés III (núm. 11)	Letanía de Ra	Letanía de Ra; Amduat	Amduat		Libro de las Puertas	Apertura de la boca	Libro de los Muertos	Libro de las Puertas; Libro de Aker
Ramsés IV (núm. -2)	Letanía de Ra	Letanía de Ra	Libro de las Cavernas				Libro de los Muertos	Libro de las Puertas; Libros de los Cielos
Ramsés VI (núm. 9)	Libro de las Puertas; Libro de las Cavernas + techo astronómico	Libro de las Puertas; Libro de las Cavernas + techo astronómico	Libro de las Puertas; Libro de las Cavernas + techo astronómico y Libros de los Cielos	Libro de las Puertas; Libro de las Cavernas + techo astronómico y Libros de los Cielos	Libro de las Puertas; Libro de las Cavernas + techo astronómico	Amduat; Libros de los Cielos	Libro de los Muertos	Libro de la Tierra; Libros de los Cielos
Ramsés VII (núm. 1)	Libro de las Puertas; Libro de las Cavernas							Libro de la Tierra
Ramsés IX (núm. 6)	Letanía de Ra; Libro de las Cavernas	Letanía de Ra; Libro de las Cavernas; Libro de los	Amduat					Libro de las Cavernas; Libro de la Tierra; Amduat

Muertos	y Libros de los Cielos

(Según E. Hornung, *Valley of the Kings,* pp. 209-210).

BIBLIOGRAFÍA

Sobre el Valle de los Reyes se han publicado cinco obras de base; se trata, por orden cronológico, de las siguientes:

THOMAS, E., *The Royal Necropolis of Thebes,* Princeton, 1966.
CERNY, J., *The Valley of the Kings,* El Cairo, 1973.
ROMER, J., *Valley of the Kings,* Londres, 1981. (Edición española: *Últimos secretos del Valle de los Reyes,* Planeta, Barcelona, 1990.)
HORNUNG, E., *The Valley of the Kings, Horizon of Eternity,* Nueva York, 1990.
REEVES, C.N, *The Valley of the Kings. The Decline of a Royal Necrópolis,* Londres, 1990.

Hemos extraído de ellas lo esencial de nuestra documentación, completándola con los libros y artículos citados en las obras generales; se ha añadido una bibliografía para cada tumba real.

Abreviaturas utilizadas:

KV = Kings' Valley = Valle de los Reyes.
BSEG: *Bulletin de la société d 'égyptologie de Genéve.*
GM: *Göttinger Miszellen,* Gotinga.
JARCE: *Journal of the American Research Center in Egypt ,*Nueva York.
JEA: *Journal of Egyptian Archaeology,* Londres.

Bibliografía referente a las tumbas reales (Por números de orden)

KV 1, Ramsés VII
PIANKOFF, A., «La tombe n° 1 (Ramsés VII)» *Annales du Service des Antiquités de l'Egypte* 55, 1958, 145-146.
HORNUNG, E., «Zum Grab Ramsés VII», *SAK* 11, 1984, 419-424.
REEVES, C.N, C.N., *Valley of the Kings,* 119.
HORNUNG, E., *Zwei Ramessidische Königsgräber: Ramsés IV und Ramsés VII,* Maguncia, 1990.

KV 2, Ramsés IV
REEVES, C.N, *op. cit.,* 115-117.
HORNUNG, E., *op. cit.*

KV 4, Ramsés XI
REEVES, C.N, *op. cit.,* 121-123.
La tumba será publicada por John Romer.

KV 6, Ramsés IX

GUILMANT, E, *Le Tombeau de Ramsés IX,* El Cairo, 1907.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 119-120.

KV 7, Ramsés II
MAYSTRE, C, «Le tombeau de Ramsés II», *Bulletin de l'Institut français d'archéologie oriéntale 38,* 1938, 183-190.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 94-95.

KV 9, Ramsés IX
PIANKOFF, A., Y RAMBOVA, N., *The Tomb of Ramesses VI,* Nueva York, 1954.
ABITZ, E, *Baugeschichte und dekoration des Grabes Ramsés VI,* Friburgo/Gotinga, 1989.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 117-119.

KV 11, Ramsés III
REEVES, C.N, *op. cit.,* 115.
La tumba será publicada por Marek Marciniak.

KV 14, Tausert
ALTENMULLER, H., «Das Grab der Königin Tausret im Tal der Könige von Theben», *SAK* 10, 1983, 1-24; «Das Grab der Königin Tausret (KV 14)», GM84,1985, 7-17: *Dossiers de l'Archéologie,* 149-150, 1990.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 115.

KV 16, Ramsés I
PIANKOFF, A., «La tombe de Ramsés I», *Bulletin de l'Institut françáis d'archéologie oriéntale* 56, 1957, 189-200.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 91-92.

KV 17,Seti I
LEFEBURE, E., *Les Hypogées royaux de Thébes,* Primera parte, París, 1886.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 92-94.
hornung, E., *The Tomb of Pharaoh Seti I*, 1991.

KV 20, Hatshepsut
DAVIS, T. M., y col., *The Tomb of Hâtshopsîtû,* Londres, 1906.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 24-25.

KV 22, Amenhotep lII
PIANKOFF, A. Y HORNUNG, E., «Das Grab Amenophis' III im Westtal der Könige», *MDAIK* 17, 1961, 117-127.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 38-40.

KV 23, Ay
PIANKOFF, A., «Les peintures dans la tombe du roi Aï», *MDAIK* 16 (1958), 247-251.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 70-72.

KV 34, Tutmosis III
BUCHER, R, *Les Textes des tombes de Thoutmosis III et d'Amenophis II,* El Cairo, 1932.
ROMER, J., «The Tomb of Thutmosis III», *MDA1K 31* 1975, 315-351. reeves. *op. cit.,* 19-24.

KV 35, Amenhotep II
BUCHER, R, *op. cit.*

KV 43, Tutmosis IV
cárter, H., newberry, R E., y maspero, G., *The Tomb of Thoutmosis IV* Londres, 1904 (y Catálogo general del museo de El Cairo, volumen 15).
REEVES, C.N, *op. cit.,* 34-38.

KV 47, Siptah
DAVIS, T. M. Y COL., *The Tomb of Siphtah,* Londres, 1908.
REEVES, C.N, *op. cit..* 105-108.

KV 55
DAVIS, T. M. Y COL.., *The Tomb of Queen Tiyi,* Londres. 1910.
GARDINER, A. H., «The So-Called Tomb of Queen Tiye», *JEA* 43. 1957, 10-25.
PEREPELKIN, G., *The Secret of the Gold Coffin,* Moscú, 1978. REEVES, C.N, C. N. «A Reappraisal of Tomb 55 in the Valley of the Kings», *JEA* 67, 1981, 48-55 y *op. cit.,* 42-45.

KV 57, Horemheb
DAVIS, T. M. Y COL., *The Tomb of Harmhabi and Touatânkhamanou,* Londres, 1912.
HORNUNG, E., *Das Grab des Haremhab in Tal der Könige,* Berna, 1971.
REEVES, C.N, *op. cit.,* 75-79.

KV 62, Tutankamón
REEVES, C.N, *op. cit.,* 61-69.
CÁRTER, H., Y MACE, A. C., *The Tomb of Tut.Ankh.Amen,* Londres, 1923-1933. (Edición española: *La tumba de Tutankhamón,* Destino, Barcelona, 1989.)
REEVES, C.N, N., *The Complete Tutankhamum,* Londres, 1990.

Obras generales

ABITZ, F.
Baugeschichte und Dekoration des Grabes Ramses VI, Friburgo/Gotinga, 1989.
Konig und Gott. Die Gotterszenen in den agyptischen, Konigsgrdbern von Thutmosis IV bis Ramses HI, Wiesbaden, 1984.
Die religiose Bedeutung der sogennanten Grabrauberschdchte

in den agyptischen Kdnigsgrcibern der 18. bis 20. Dynastic, Wiesbaden/1974.
Statuetten in Schreinen als Grabbeigaben in den agypt. Konigsgrdbern der 18. und 19. Dynastie, Wiesbaden, 1979.
«Zur Bedeutung der beiden Nebenraume hinter der Sarkophag-
halle der Konigin Tausret», *SAK* 9, 1981, 1-8.

ALDRED, C.
More Light on the Ramesside Tomb Robberies, in *Glimpses of Ancient Egypt.* 1979, 92-99.
«Valley Tomb num. 56 at Thebes», *JEA* 49, 1963.

ALTENMULLER, H.
«Bemerkungen zu den Konigsgriibern des Neuen Reiches», *SAK* 10, 1983,25-61.
«Die Grab der Konigin Tausret im Tal der Konige von Theben», *SAK* 10, 1983, 1-24."
«Das Grab der Konigin Tausret (KV 14)», *GM* 84. 1985, 7-17.
«Rolle und Bedeutung des Grabes der Konigin Tausret im Konigsgrabertal von Theben», *BSEG* 8, 1983, 3-11.
«Tausret und Sethnacht», *JEA* 68, 1982, 107-115.
«La tombe de la reine Taousert», *Les Dossiers de Varcheologie,*
149-150, 1990,64-7.

ASSMANN, J.
Re und Amun. Die Krise des polytheistischen Weltbilds im Agypten der 18-20 Dynastie, Friburgo, 1983.

BALOUT, L., Y ROUBET, B.
La Momie de Ramsés II. Contribution scientifique á l'égyptologie, París, 1985.

BARGUET, P.
«L'Am-Douat et les funérailles royales», *Revue d'égyptologie* 24, 1972,7-11.
«Le livre des portes et la transmission du pouvoir royal», *Revue d'égyptologie* 27, 1975, 30-36.
«Remarques sur quelques scénes de la salle du sarcophage de Ramsés VI», *Revue d'égyptologie* 30, 1978, 51-56. barta, W.
«Die Anbringung der Sonnenlitanei in den Königsgräbern der Ramessidenzeit», GM 71, 1984, 7-10.
Die Bedeutung der Jenseitsbücher für den verstorbenen König, Munich, 1985.

BEINLICH, H., Y SALEH, M.
Corpus der hieroglyphischen Inschriften aus dem Grab des Tutanchamun, Oxford, 1989.

BIERBRIER, M.
Les Bâtisseurs de Pharaon, Monaco, 1986.

BRODBECK, A., Y STAEHELIN, E.
Das Buch von den Pforten des Jenseits, Ginebra, 1979-1980.

CÁRTER, H., Y GARDINER, A.
«The Tomb of Ramesses IV and the Turin Plan of a Royal Tomb», *JEA IV,* 1917, 130-158.
cárter, H., y mace, A. C.
The Tomb of Tut.Ankh.Amen, Londres, 1923-1933. (Edición española: *La tumba de Tutankhamón,* Destino, Barcelona, 1989.)

CÁRTER, H., NEWBERRY, P. E., Y MASPERO, G.
The Tomb of Thoutmosis IV, Londres, 1904.

CERNY, J.
A Community of Workmen at Thebes in the Ramesside Period, El Cairo, 1973.
The Valley of the Kings, El Cairo, 1973.

DARESSY, G.
Fouilles de la Vallée des mis, Catálogo general del museo de El Cairo, El Cairo, 1902.

DAVIS, T. (y diversos colaboradores)
The Tombs of Harmhabi and Toutânkhamanou, Londres, 1912.
The Tomb of Hatshopsîtû, Londres, 1906.
The Tomb of Iouiya and Touiyou, Londres, 1907.
The Tomb of Siptah, Londres, 1908.
The Tomb of Thoutmosis IV, Londres, 1906.
The Tomb of Queen Tiyi, Londres, 1910.

DODSON, A.
«The Tomb of King Amenmesse: Some Observations», *Discussions in Egyptology* 2, 1985, 7-11.
«The Tombs of the Kings of the Eighteenth Dynasty at Thebes», ZÄS 115, 1988, 110-123.
Dossiers de l'archéologie, 149-150 (mayo-junio 1990), Vallée des reines, Vallée des rois, Vallée des nobles.

GABOLDE, L.
«La chronologie du règne de Thoutmosis III, ses conséquences sur la datation des momies royales et leurs répercussions sur l'histoire du développement de la Vallée des rois», *SAK* 14, 1987, 61-81.

GARDINER, A.
«The So-Called Tomb of Queen Tiye», *JEA* 43, 1957, 10-25.

GRAPOW, H.
«Studien zu den thebanischen Königsgräbern», *ZAS* 72, 1936, 12-39.

GUILMANT, F.
Le Tombeau de Ramsés IX, El Cairo, 1907.

HARRIS, J. E., Y WENTE, E. F.
An X-Ray Atlas of the Royal Mummies, Chicago, 1980.

HAYES, W. C.
The Royal Sarcophagi of the XVIII Dynasty, Princeton, 1935.

HELCK, W.
«Königsgräbertal», *Lexikon der Ägyptologie* III, 1979, 514-526.

HEYDEN, A. (VAN DER)
Valley of the Kings. Tal der Könige. Vallée des Rois, El Cairo/Lausana, 1982.

HORNUNG, E.
Ägyptische Unterweltsbücher, Zurich/Munich, 1984.
Das Amduat. Die Schrift des Verborgenen Raumes, Wiesbaden, 1963-7
«Auf den Spuren der Sonne: Gang Durch ein ägyptisches Königsgrab (Seti I)», *Eranos Jahrbuch* 50, 1981, 431-475.
Das Buch der Anbetung des Re ira Westen (Sonnenlitanei), Ginebra, 1975-77.
Das Buch von den Pforlen des Jenseits, Ginebra, 1980-84.
«Eine aenigmatische Wand im Grabe Ramses IX, in Form und Mass», *Festschrift Fecht,* Wiesbaden, 1987, 226-237.
Das Grab des Haremhab im Tal der Könige, Berna, 1971.
«Das Grab Thutmosis II», *Revue d'égyptologie* 27, 1975, 125-131.
«Struktur und Entwicklung der Gräber im Tal der Könige», *ZAS* 105, 1978, 59-66.
The Valley of the Kings. Horizon of Eternity, Nueva York, 1990.
Zwei Ramessidische Königsgräbern; Ramses IV und Ramses VII, Maguncia, 1990. jong, W. J. (de)
«Het graf van Koning Ramses I», *De Ibis* (Amsterdam) 9, 1984, 34-76.

KRAUSS, R.
«Zum archäologischen Befund im thebanischen Königsgrab Núm. 62», *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesselschaft zu Berlín,* 118, 1986, 165-181.

LEFÉBURE, E.
Les Hypogées royaux de Thébes, 2 vol., París, 1886-1889.

MASPERO, G.

Eludes de mythologie el d'archéologie égyptienne, tomo II, París, 1983, 1-181.

La trouvaille de Deir el-Bahari, El Cairo, 1881.

Les Momies royales de Deir el-Bahari, El Cairo, 1889.

MAYSTRE, C.

«Le tombeau de Ramses II», *Bulletin de I'Institut français d'archéologie oriéntale,* El Cairo, 1939, 183-190.

PEET, T. E.

*The Great Tomb Robberies of the Twentieth Egyptian Dynasty,*Oxford, 1930.

PEREPELKING, G.

The Secret of the Gola Coffin, Moscú, 1978.

PIANKOFF, A.

Les Chapelles de Toutankhamon, 2 vol., El Cairo, 1951-1952.

La Création du disque solaire, El Cairo, 1953.

«Les différents "livres" dans les tombes royales du Nouvel Empire», *Annales du Service des Antiquités de l'Egypte* XL, 1940, 283-9.

The Litany of Rê, Nueva York, 1964.

Le Livre du jour et de la nuil, El Cairo, 1942.

Le Livre des portes, 3 vol., El Cairo, 1939-1962.

Le Livre des quererts, El Cairo, 1946.

«Les peintures dans la tombe du roi Ai», *MDAIK* 16, 1958, 247-251.

The Shrines of Tut-Ankh-Amon, Nueva York, 1955.

«La tombe de Ramses I», *Bulletin de I 'Instituí franjáis d'archéologie oriéntale* 56, 1957, 189-200.

The Tomb of Ramesses VI, 2 vol., Nueva York, 1954.

«La tombe núm. 1 (Ramses VII)», *Annales du Service des Antiquités de l'Egypte* 55, 1958, 145-156.

«Les tombeaux de la Vallée des rois avant et après l'hérésie amarnienne», *Bulletin de la société française d'égyptologie* 28-29, 1959,7-14.

PIANKOFF, A., HORNUNG, E.

«Das Grab Amenophis III im Westtal der Könige», *MDAIK* 17, 1961, 111-127.

PORTER, B., MOSS, R. L. B., BURNEY, E., Y MALEK, J.

Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Painting, vol. /, parí 2: the Theban Necrópolis: Royal Tombs and Smaller Cemeteries, 1973.

QUIBELL, J.

Tomb of Yuaa and Thuiu, Catálogo general del museo de El Cairo, El Cairo, 1908.

REEVES, C.N, C. N.
The Complete Tutankhamun, Londres, 1990.
«The Discovery and Clearance of KV 58», *GM* 53, 1982, 33-45.
«A Reappraisal of Tomb 55 in the Valley of the Kings», *JEA* 67, 1981,48-55.
«The Tomb of Thutmosis IV: Two Questionable Attributions», GA/44, 1981,49-56.
The Valley of the Kings. The Decline of a Royal Necrópolis, Londres, 1990.

ROBINS, G.
«Anomalous Proportions in the Tomb of Haremhab (KV 57)», GM65, 1983,91-96.
«The Canon of Proportions in the Tomb of Ramesses I (KV 16)», GM68, 1983, 85-90.

ROMER, J.
«Royal Tombs of the Early Eighteenth Dynasty», *MDAIK* 32, 1976.
«The Tomb of Thutmosis III», *MDAIK* 31, 1975, 315-351.
«Thutmosis I and the Bîban el-Molûk: Some Problems of Attribution», *JEA* 60, 1974, 119-133.
Valley of the Kings, Londres, 1981. (Edición española: *Últimos secretos del Valle de los Reyes,* Planeta, Barcelona, 1990.)

SCHADEN, O. J.
«Clearance of the Tomb of King Ay (KV 23)», *JARCE* 21,1984, 39-65.
«Preliminary Report on the Re-clearance of Tomb 25 in the Western Valley of the Kings», *Anuales du Service des Antiquités de l'Egypte63,* 1979, 161-8.

SOUROUZIAN, H.
Les Monuments du roi Merenptah, Maguncia, 1989.

THOMAS, E.
The Royal Necrópolis of Thebes, Princeton, 1966.
«The "Well" in King's Tombs of Bîban el-Molûk», *JEA* 64, 1978, 80-83.

TUT'ANKHAMUN'S TOMB series, colección publicada en Oxford bajo el patrocinio del Griffith Institut.

VANDERSLEYEN, C.
«Pour qui a été creusée la tombe de Toutankhamon?», *Studia NasterII,* Lovaina, 1982, 263-7.